
MALICIA
RUBI
LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA ZAITSEV
NAOMI WEST

MALICIA RUBÍ

LA BRATVA ZAITSEV

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Malicia Rubí

1. Rayne
2. Rayne
3. Kirill
4. Rayne
5. Rayne
6. Kirill
7. Rayne
8. Rayne
9. Rayne
10. Kirill
11. Rayne
12. Kirill
13. Rayne
14. Kirill
15. Rayne
16. Rayne
17. Kirill
18. Rayne
19. Kirill
20. Rayne
21. Kirill
22. Rayne
23. Kirill
24. Rayne
25. Kirill
26. Rayne
27. Kirill
28. Rayne
29. Rayne
30. Kirill
31. Rayne
32. Rayne
33. Kirill
34. Rayne
35. Rayne
36. Kirill
37. Rayne
38. Rayne
39. Kirill
40. Rayne

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

la Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

MALICIA RUBÍ

Un jefe arrogante con algunos secretos sucios. Suena tentador, ¿verdad?

ERROR.

Kirill Zaitsev es cualquier cosa menos tentador.

Claro, es alto y ancho y musculoso en todos los lugares correctos.

Y claro, es más rico que varios países pequeños.

Y sí, vale. Sus ojos me enloquecen, y huele a menta y almizcle, y también está la forma en que su mandíbula se aprieta cuando...

Lo siento, ¿dónde estaba?

Ah, sí. Jefe arrogante. Secretos sucios.

Todas esas cosas suenan muy bien.

Por un tiempo, yo también pensaba lo mismo.

Luego, supe quién es Kirill EN REALIDAD.

Un asesino.

Un magnate.

Un mafioso.

Y tiene cosas escondidas en el tercer piso de su mansión que nadie debe saber.

No tengo por qué husmear.

Soy una criada, no una detective.

Pero no puedo evitarlo.

Así que voy donde no debo ir, y veo lo que no debo ver...

Y luego, por supuesto, Kirill me atrapa en el acto.

En la mayoría de las historias, ese sería el final.

El culo se encuentra con la acera, baja el telón, ruedan los créditos.

Pero, en esta historia, eso es solo el principio.

Porque algo extraño sucede cuando Kirill me mira...

Saltan chispas.

Y cuando es él quien las enciende...

Bueno, puedo decir que estoy dispuesta a quemarme.

MALICIA RUBÍ es el primer libro del dúo de la Bratva Zaitsev. La historia de Kirill y Rayne continúa en el Libro 2, MISERICORDIA RUBÍ

1

RAYNE

Por muy mal que vaya tu noche, te aseguro que la mía va peor.

Hace dos segundos, sostenía una copa de vino. Ahora, la ágil mujer rubia a la que he servido toda la noche la sostiene...

En su regazo.

—¡Estúpida! —grita la mujer mientras me aparta la mano vacía de un manotazo. Se levanta de un salto. La copa cae al suelo con un ruido sordo y estremecedor. El goteo apenas audible del vino tinto sobre el suelo de madera es el sonido más fuerte que he oído nunca.

El resto de la gente en el salón de baile mira con la respiración contenida. Es una sensación extraña tener quinientos ojos puestos en ti a la vez, sobre todo cuando el valor neto combinado de los propietarios de esos ojos supera el PIB de Guam.

Pero un par de ojos son más espeluznantes que todos los demás juntos. Y me está mirando.

A pesar de haberme pasado media noche echándole el ojo al semidiós moreno de ojos verdes del otro lado de la mesa, ahora no soporto mirarlo. En realidad, mirándolo es como empezó todo este problema. Si me hubiera centrado en mi trabajo y no en la forma en que su enorme mano tatuada se enroscaba en torno a su vaso de whisky, quizá no habría estropeado su cita con un Cabernet.

—Se me ha estropeado el vestido —aúlla la mujer. Intenta quitar el vino de su minivestido dorado y reluciente, pero lo único que consigue es empeorar las cosas.

—Lo siento mucho —tartamudeo—. Yo no... Deja que te traiga una toalla. ¿Puedo traerte una toalla? Y un poco de soda. Yo solo...

Empiezo a retroceder, pero la mujer se abalanza sobre mí. —Dejaste caer esa copa en mi regazo a propósito —sisea—. ¡Te he visto!

Sacudo la cabeza tontamente. —No lo hice, lo juro. Fue un accidente. Se resbaló.

La mancha de vino tinto que se extiende por su corpiño amarillo dorado parece sangre. En lo que

a mí respecta, podría serlo, porque mi jefe me va a matar por esto.

Irving dejó muy, muy claro que esta noche era uno de los acontecimientos de mayor repercusión de la temporada, y que todos sus camareros debían prestar la máxima atención a los detalles.

Ni siquiera tenía que estar aquí. Había planeado tomarme la noche libre ya que es el cumpleaños de mi madre. Bueno, era su cumpleaños, supongo. Todo lo que quería era tomarlo con calma y estar sola y llorar con un kilo de helado a mi lado. Pero Irving pidió que todos se pusieran manos a la obra, y no tuve más remedio que ir a trabajar, esperando muy servicial a los ricos y famosos de la ciudad.

—Asignaré a mis mejores camareros a atender a los asistentes más importantes —había dicho Irving durante la preparación de la velada—. Rayne, estás en la mesa de Kirill Zaitsev. ¿Puedes encargarte de eso?

Otra camarera a la que más o menos conocía, Miranda, le había dicho entre dientes a su amiga—: Zorra con suerte. Con gusto estaría en su mesa. O inclinada sobre ella. Lo que él prefiera.

No supe a qué se refería hasta que me acerqué a la mesa dos y contemplé el espectáculo de hombre que solo podía ser el Sr. Zaitsev.

Ojos verdes brillantes, pestañas largas y un cuerpo cincelado. La combinación es suficiente para que, incluso yo, la notoriamente asexual Rayne Garner, tuviera que tragar grueso.

Mi mejor amiga Harmony me ha acusado de estar en una “sequía sexual”, y no para de exigirme que tome medidas para salir de ella. Le dije que no tenía interés en una relación y se puso como una fiera.

—¿Quién habló de una relación? —gritó Harmony cuando hablamos por teléfono hace dos noches—. ¡Hablo de sexo! De follar. Hacer el amor con un guapo y sudoroso desconocido. Por el amor de Dios, ve a echar un polvo, Rayne. Te hará sentir mejor.

Le dije que no. —No me parece para tanto —le dije—. No necesito más drama. Mi vida ya tiene mucho de eso.

De vuelta al presente, la mujer rubia se vuelve hacia mí, con los brazos extendidos. —¿Y bien? ¿Eres una retrasada o solo una estúpida cualquiera? Di algo.

Cada vez que abre la boca, me arrepiento un poco menos de haberle echado vino encima.

—He dicho que lo siento. Lo *siento* —repito—. ¿Quieres otra copa?

—¿Por qué? ¿Para que me la eches encima? Cristo, no, no quiero nada de ti. Sabía que era un evento benéfico, pero no sabía que los camareros *eran* los que necesitaban caridad.

Escucho la voz de mi madre en mi cabeza. *Sé mejor que ella*. No hay números lo bastante altos para describir cuántas veces he oído eso a lo largo de mi vida.

Ser mejor que esta clasista no debería ser tan difícil, ya que está cayendo muy bajo. Pero mamá siempre fue mejor que yo en este tipo de cosas. Incluso cuando mi padre nos dejó para formar una segunda familia, mi madre nunca dijo una mala palabra respecto de él. Siempre supo poner

la otra mejilla. Incluso cuando había lágrimas corriendo por ellas.

—Estaré encantada de buscar lo que necesites para mejorar la situación. Puedo conseguirte una toalla para que —hago un gesto hacia su torso—, te la ates a la cintura.

Frustrada, se da la vuelta y mira al Sr. Zaitsev. —Kirill —ronronea en un pequeño y patético gemido—, haz algo.

Kirill le tiende su propio vaso. —Toma, Viktoria —le dice con una sutil sonrisa burlona en la comisura de los labios—. Toma el mío.

Viktoria mira el vaso como si quisiera quitárselo de las manos. Luego, su expresión se transforma en un mohín exagerado. —Estás... estás de broma. ¿Estás bromeando? Estás de broma. Nos ha arruinado la noche.

—No es mi noche —se encoge de hombros—. Tu vestido no entraba en mis planes para la noche. No iba a durar mucho puesto, en cualquier caso.

Su voz es profunda y rica, con un leve atisbo de risa en el borde. Juro que siento esas vibraciones de barítono entre mis muslos. La sugerencia no tan sutil de lo que ha planeado para después también me hace vibrar.

Reconozco el timbre de los celos en mi pecho. Lo conozco bien.

Pasé buena parte de mi infancia celosa de chicas como Viktoria. Tenían ropa nueva perfecta, habitaciones rosas perfectas y horquillas de mariposa perfectas. Viktoria probablemente tenía un cajón lleno de pinzas de mariposa. Y ahora tiene a Kirill Zaitsev.

En cuanto a mí... ¿qué tengo? Veamos: una madre muerta, un padre ausente y dos hermanas que se turnan para odiarme y compadecerme. No tengo hogar, ni perspectivas, ni futuro, ni esperanza.

Y así, de repente, tampoco tengo un carajo que dar.

—A mi madre se lo prestó el diseñador —espeta Viktoria a quien quiera escucharla—. Este vestido estuvo en la pasarela de París. Tuve que hacer una dieta de zumos durante dos semanas para poder ponérmelo. Y ahora está destrozado.

—Te compraré uno nuevo —exclama Kirill como si no le importara—. Tienes muchos otros vestidos. No necesitamos desquitarnos con la clase trabajadora.

La vergüenza se enrosca en mi espina dorsal. Hablan mal de mí delante de mí, como si yo no existiera. Supongo que, en sus mentes, no existo. Solo soy un flotador en la esquina de su visión. Parte del fondo.

¿Qué importa que esté trabajando en el cumpleaños de mi difunta madre cuando la pobre Viktoria tiene vino en el vestido?

¿Qué importa que esté viviendo en la casa de invitados de mi hermana y luchando mes a mes solo para mantenerme a flote cuando ellos se han enfrentado al más mínimo inconveniente?

¿Qué les importa a ellos?

Respuesta: nada de nada.

—¿Así que por tener cosas bonitas tengo que dejar que me degraden? —Viktoria gruñe—. No es mi culpa que la servidumbre esté celosa de mí.

“Clase obrera” es un término duro. ¿Pero “servidumbre”? Es la gota que derrama el vaso.

De repente, no me importa que el hombre más atractivo que he visto en mi vida esté justo en mi línea de visión. No me importa que se suponga que tengo que hacer todo lo posible para disculparme con esta mujer y enmendar mi error. No me importa mi trabajo, ni mi reputación, ni ninguna de esas tonterías.

Solo quiero que las cosas sean justas por una vez en toda mi maldita vida.

Lo siento, mamá, tengo una nueva frase. Cuando no puedas ser mejor persona, sé peor y arrástralos a todos contigo.

—Lo siento mucho, señora —le digo, aumentando la sinceridad de mi voz—. Es que su personalidad es tan plana y sin vida que la confundí con la mesa.

El hombre al lado de Kirill, con un corte de pelo oscuro, casi esnifa vino por la nariz. Tiene que taparse la boca con una mano para no vomitar por todas partes.

A Viktoria, en cambio, parece que le va a salir fuego por los ojos. La expresión de serenidad y distanciamiento que ha mantenido durante la mayor parte de la noche se ha transformado en una furia candente.

—¡Cómo te atreves maldita… zo-zorra!

Arqueo una ceja, pero no retrocedo. No hay otro camino que seguir. —Realmente me estás demostrando lo contrario. Qué creativa.

Se le dilata la nariz y me mira indignada. —La gente como tú no puede hablar así a gente como yo.

—¿Honestamente, quieres decir? Vale, bien, entonces mentiré: eres una persona encantadora. Seguro que seguirías teniendo amigos si no tuvieras dinero y tetas falsas. La gente te quiere por tu encanto y tu comportamiento agradable y tus pedos huelen a rosas.

Levanta la mano como si fuera a abofetearme. Me preparo para el golpe, pero, antes de que caiga, un brazo bronceado pasa a mi lado y agarra su muñeca en el aire.

No tengo que darme la vuelta para saber a quién pertenece. Siento su ancho pecho susurrando contra mi espalda. Con cuidado, me alejo de la mesa sin tocarlo.

—No montes una escena, Viktoria —advierte Kirill en voz baja. La siento más que oírla.

—¡¿Yo?! Yo no estoy provocando la escena, es ella —arranca su brazo y se vuelve hacia mí—. Estás despedida. Nunca volverás a trabajar en esta ciudad.

—¿Llegaré a ser como tú entonces? Me encantaría vivir del dinero de mi padre en vez de trabajar por un sueldo —respondo.

Inhala bruscamente. Estoy segura de que nadie le ha hablado nunca así. Y para mí también es la primera vez; apenas reconozco la voz enérgica que sale de mi propia boca.

Pero esta fue la gota que colmó el vaso, supongo. Un camello extremadamente cansado que ha estado cargando con el equipaje acumulado de toda una vida de intimidación, acoso, decepción y un golpe de mala suerte tras otro.

Toda una vida recibiendo burlas porque no llevaba la ropa adecuada y mi madre me cortaba el pelo.

Toda una vida viendo cómo la gente, incluso mis propias hermanas, me juzgaba por elegir no ir a la universidad y obtener una licenciatura. Como si mi vida no llegara a nada a menos que me casara con un bastardo rico como hicieron ellas.

Mamá era una de las únicas personas que no dudaba de mí a cada paso, y ahora, se ha ido. ¿A quién demonios hay que impresionar ahora?

A nadie. Nadie que me importe, al menos.

Viktoria todavía está hirviendo. —Te metiste con la mujer equivocada.

—Ella y yo tenemos eso en común —gruñe Kirill antes de que pueda formular una respuesta.

Su atención se centra en él. —¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que el sexo no es lo suficientemente bueno como para aguantar tanto drama —suspira—. Siéntate, cállate y deja en paz a la camarera. Era vino, no sangre de cerdo.

Viktoria se lanza por encima de su hombro para intentar escupirme. A lo lejos, oigo a la gente entre la multitud jadear y cuchichear. Si había alguna posibilidad de que Irving no se hubiera dado cuenta antes del caos, esa posibilidad se ha esfumado hace tiempo.

Estoy jodida.

Kirill agarra con fuerza los hombros de Viktoria y la empuja. —Aquí no. Si quieres pelear, organizaré un foso de barro y algunas bikinis. Hasta entonces, sean civilizadas.

La cara de Viktoria arde. No sé si de rabia o de vergüenza. Pero, sea como sea, retrocede.

Él me mira con un brillo duro en los ojos. Es una mirada que dice: *Ya me he encargado de esto. Ahora, corre a donde perteneces, niñita.*

Pero la gente me lo lleva diciendo mucho, mucho tiempo. Siempre he hecho caso. He ido donde me decían y me he tragado mi amargura.

Ya no.

Esta noche es cuando me enfrento. Contra *todos* ellos.

Curvo el labio superior. —Insulta a tu rubia tonta en tu tiempo libre, idiota. Yo puedo luchar mis propias batallas.

Entonces, antes de que pueda tener la satisfacción de ver la sorpresa en su cara, me doy la vuelta y vuelvo a la cocina. Espero que me dejen en paz, pero la mitad del personal de cocina se me echa encima en cuanto atravieso las puertas batientes.

Miranda llega a mí primero. —¿Qué has hecho? —suelta—. Estaba fuera y oí el grito. Irving me dijo que no fuera entrometida, pero...

Uno de los cocineros, Oscar, la aparta con la mano. —Derramó vino. Todo el mundo lo vio. ¿Pero qué dijo?

Doy un respingo. Ahora que la adrenalina se desvanece, aparece el arrepentimiento. —¿Estás seguro de que todo el mundo lo ha visto? —pregunto. Mi fuego disminuye rápidamente.

Ambos me miran como si fuera tan descerebrada como me acusó Viktoria. —Viktoria Kozlov gritó en mitad de la cena y Kirill Zaitsev evitó que te abofeteara.

Miranda levanta las cejas. —Sí, cariño, creo que se puede decir que todo el mundo lo vio.

—Mierda —ahora me arden las mejillas—. Tal vez no debería haberla insultado.

Oscar carcajea. —¿Qué has dicho?

—Algo sobre que era aburrida y privilegiada. Realmente no recuerdo los detalles. Como que... me desconecté. Algo así. Realmente no lo sé. Kirill dijo que ella no valía la pena, y todo después de eso es una especie de borrón.

—Maldita sea —se ríe Miranda—. Bueno, parece que tiene una vacante en su cama esta noche, entonces. Estás al frente de la fila.

Toda la sangre de mi cuerpo corre a mi cara a la vez. —¿Qué? ¿Por qué...? No, no es eso. Me llamó “clase trabajadora”. No es exactamente una frase para ligar.

Oscar agita los brazos. —Mira a tu alrededor, cariño. *Somos* clase trabajadora.

—Sí, pero lo dijo como un insulto —sacudo la cabeza—. Tenías que estar ahí. La gente como él no mira a la gente como yo de... de esa manera.

Odio que esas palabras acaben de salir de mi boca. Sueno demasiado como mis hermanas para mi gusto. No soy una chica obsesionada con el estatus, el dinero y las apariencias, y no dejaré que alguien como Kirill me convierta en ese tipo de persona.

Si piensa que soy basura, bien. Que así sea. Estoy mejor sin alguien así en mi vida.

—Insultó a su cita y evitó que te pegara. Créeme, Kirill solo presta atención a la gente de la que quiere algo —dice Miranda.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, a diferencia de ti, aparentemente, le he estado prestando atención los últimos meses.

—Espera. ¿Lo conoces?

—Tanto como tú, *duh* —Miranda pone los ojos en blanco—. Sabía que eras despistada, pero ¿cómo puedes pasar por alto a un hombre así? Ha aparecido en los tres últimos almuerzos de la Cámara de Comercio.

—Y esa gala para el congresista —interviene Oscar.

—¿Por qué estás *tú* tan pendiente de él, Gran O? ¿Hay algo sobre ti que deba saber? —pregunta Miranda, con picardía en los ojos.

Oscar la empuja juguetonamente. —Si fuera gay, lo sabrías, Mimi. Solo presto atención a lo que me rodea. A diferencia de la señorita Dedos de Mantequilla de aquí.

Quiero argumentar que estaba demasiado ocupada haciendo mi trabajo para prestar atención a los invitados presentes, pero Miranda y Óscar tienen razón: no hay excusa para no fijarse en Kirill. —No sé. Supongo... supongo que no lo vi.

—Bueno, yo sí —anuncia Miranda—. Y Kirill ignora a casi todo el mundo excepto a la gente con la que tiene negocios y a las mujeres con las que se va a la cama.

Arrugo la nariz. —Eso es asqueroso.

—Oh, supéralo, Rayne. Los hombres como Kirill no tienen que gastar energía cortejándote. Se guarda eso para el dormitorio.

Oscar hace el signo de la paz. —Yyyy… Con esto me retiro.

—¡Estás inseguro de tu propia masculinidad! —cacarea tras él. Luego se vuelve hacia mí—. He visto lo suficiente para saber que Kirill va tras lo que quiere.

—Paso. No tengo tanta sed de sexo.

—Me estás malinterpretando, cariño. Existe el sexo y luego existe EL *sexo*. Tengo la sensación de que Kirill es del segundo tipo.

Inmediatamente, pienso en mis hermanas. Lana y Alexis se casaron con hombres “así”. Quizá no tan ricos como Kirill, y en absoluto tan guapos. Pero aún así, eran sin duda miembros de ese gremio que come con cucharas de plata, la clase de tipos que crecieron limpiándose el culo con billetes de cien dólares. La mayoría de la gente diría que están viviendo el sueño, pero yo he visto las goteras de su casa. Sé que no es tan bonito.

Por eso sé con certeza que Kirill Zaitsev es solo una fantasía. Un espejismo y nada más. De hecho, es mejor así. Vivirlo como Miranda sugiere solo llevaría a la decepción.

Estoy a punto de decírselo, pero de repente se queda boquiabierta y se escabulle.

Estoy confundida, hasta que una sombra se cierne sobre mí. Como un toro furioso, siento su aliento caliente en mi cuello y ese olor familiar a colonia que apenas cubre su olor corporal.

Irving.

—¿En qué demonios estabas pensando? —echa humo.

Me giro y miro a mi jefe, tragando saliva. —Fue un accidente.

—El vino no —ladra, con su fino bigote crispado por la rabia como si estuviera vivo—. En un día normal, el vino sería bastante malo. Pero insultaste al Sr. Zaitsev y a su cita. Lo avergonzaste delante de toda la fiesta.

Si fuera tan fácil acabar con los imbéciles del mundo, dejaría estos trabajos por horas y me convertiría en una justiciera enmascarada. Pero, si Miranda y Oscar tienen razón, entonces acabo de cometer un error grave. E Irving no es el tipo de persona que deja pasar esas cosas fácilmente.

Suspiro. —Lo siento. No debería haberle faltado al respeto a los invitados.

Irving me chasquea los dedos en la cara. —Él no me importa, Rayne. ¿Y yo qué?

—¿Tú?

—¡Tu comportamiento refleja mi liderazgo! Este evento está bajo mi atenta mirada. Y ahora, de lo único que se hablará es de cómo una de mis camareras vertió vino sobre la cita del Sr. Zaitsev y lo llamó imbécil.

Miranda jadea detrás de mí. Irving la mira por encima del hombro y luego se vuelve hacia mí. —Esta gente organiza fiestas extravagantes y contrata servicios de catering. ¿Y adivina a quién no contratan si creen que las camareras se van a volver locas en el comedor?

—No me volví loca —protesto—. Pero lo siento. De verdad. No quería...

—Discúlpate de inmediato.

Respiro tranquilamente por la nariz. —He dicho que lo siento. Realmente no quería que las cosas se salieran tanto de...

—No conmigo.

—¿Con... ella? —pregunto, entendiendo de inmediato—. ¿Quieres que vaya a disculparme con Viktoria?

—Y con el Sr. Zaitsev —añade—. Después, te mantendrás lo más lejos posible de ellos el resto de la noche.

Sacudo la cabeza antes de que termine su frase. —No. ¡No! No me disculparé con esa gente.

—Entonces, estás despedida.

—Quizá no lo recuerdes —grito—, pero esta es mi última noche trabajando para ti. Mañana empiezo un nuevo trabajo.

—Y quizá *tú* no lo recuerdes, pero firmaste un contrato. Si no cumples una semana de trabajo o te vas antes de la fecha que indicaste en tu aviso, pierdes el sueldo de toda esa semana.

—¡Pero trabajé en dos bodas seguidas el sábado!

Irving sonríe satisfecho. La rata sabe que me tiene acorralada. —Es tu decisión.

Técnicamente, no necesito el dinero de una forma desesperada, no es como si "me estuviera muriendo de hambre". Más que nada porque mi hermana Lana me dijo que podía quedarme en su casa de invitados sin pagar alquiler todo el tiempo que necesitara. Pero solo lo dijo porque cree que no puedo pagar el alquiler, lo que me obligó a insistir en que pagaría, porque lo último que necesita Lana es otra razón para sentirse superior.

Podría ir a verla. Podría explicarle la situación y pedirle una prórroga, o decirle que no pagaré el alquiler este mes. Pero pensar en eso es casi tan malo como disculparme con Viktoria y Kirill. De alguna manera, Lana lo tergiversará para que todo sea culpa mía.

Como ha estado haciendo toda mi vida.

Estoy sopesando mis opciones cuando golpean la puerta detrás de Irving. Se da vuelta con una mirada despiadada hasta que ve la corpulenta figura que se asoma por la ventana.

Es uno de los hombres que vi merodeando alrededor de la mesa de Kirill. Un guardaespaldas de algún tipo, creo.

Irving se yergue todo lo que le permite su delgado cuerpo de metro ochenta y abre la puerta. —¿Sí?

—El Sr. Zaitsev quiere que ella le sirva —gruñe el hombre, apuntándome con la barbilla—. Ella seguirá siendo su camarera durante el resto de la noche.

Un escalofrío me recorre al pensar en volver a meterme en la boca del lobo. Pero entonces veo la cara de mi hermana cuando le digo que no puedo pagar el alquiler. La tensión de sus labios. La decepción de sus cejas.

¿Por qué mi hermanita no se pone las pilas? pensará. *¿Qué le pasa?*

Irving se encoge de hombros y luego se tranquiliza. —Si eso es lo que quiere el Sr. Zaitsev, eso es lo que tendrá. ¿No es así, Sra. Garner?

Me trago mi orgullo y sonrío a Irving con los ojos muertos. —De acuerdo.

Irving debe decidir que esa es la mejor respuesta que va a obtener de mí, porque se vuelve hacia el guardaespaldas. —Dile al Sr. Zaitsev que estará con él en breve.

El guardia cierra la puerta. Irving me dirige su atención. —Todavía puedo despedirte. Si no te controlas ahí...

—Puedo controlarme perfectamente. Puedo superar lo que me lancen.

Con eso, empujo a Irving y atravieso las puertas. En cuanto vuelvo a entrar en la sala de banquetes, mis ojos se posan en Kirill. Me mira con el ceño fruncido e ilegible.

Miranda tenía razón. ¿Cómo diablos no lo había visto antes? Es magnético. La comisura de sus labios se tuerce en una mueca. Aparto rápidamente la mirada y me ajusto el delantal para que no me absorba.

La cuestión será qué decide exactamente lanzarme el Sr. Zaitsev.

2

RAYNE

Viktoria no dice nada cuando me acerco, pero no hace falta. Está colgada del brazo de la silla de Kirill, prácticamente enroscada en su regazo. Casi espero que empiece a acariciarle el pelo como si fuera un supervillano malvado y ella su gata.

—¿Va todo bien por aquí? —hago todo lo posible por sonar tranquila y despreocupada, pero las palabras me salen tensas. Es difícil estar relajada con un par de ojos verde esmeralda mirándome directamente al alma.

—Todo bien, cariño —responde el amigo de Kirill con el pelo rapado—. Ya nos han atendido.

Ignoro el cariño condescendiente y le dedico una sonrisa tensa. —Me alegra escuchar eso.

—¿Te has metido en problemas con tu jefe?

Me estremezco. El profundo sonido de la voz de Kirill no debería resultarme tan familiar ya, pero lo hace. Las palabras de Miranda siguen dando vueltas en mi cabeza. *Kirill sólo presta atención a la gente de la que quiere algo.*

—No más de lo habitual —digo, tragando saliva.

—Parecía disgustado.

Viktoria se echa el pelo rubio por encima del hombro y se acerca aún más a Kirill, negándose rotundamente a mirarme. Un poco más y se cae de la silla. *Levanta la pierna y orínalo de una vez,* quiero decir. *Lo entendemos, es tuyo.*

—Lo has malinterpretado.

—No lo hice —responde Kirill—. Nunca lo hago.

—No estoy segura de cómo has visto algo con... —*la Barbie demoníaca arrastrándose sobre tu regazo,* así me gustaría terminar la frase. Me aclaro la garganta y reformulo—. Desde aquí.

Por la forma en que arquea el ceño, estoy casi convencida de que puede leerme la mente. Es inquietante.

—Si no hay nada más, iré a buscar los postres.

Me doy vuelta para irme, pero no antes de oír la voz de Viktoria. —Quizá esta vez sí ponga los platos en la mesa en vez de en nuestro regazo.

Aprieto los puños. *No lo haré. No si sigues abriendo la boca.*

En el mostrador de servicio de la cocina me espera una bandeja fría con los sándwiches de helado de lima y caramelo salado deconstruidos. La tomo y salgo por la puerta antes de que Irving pueda acorralarme para darme otro sermón.

No lo necesito; no voy a volver a meter la pata. Meses de emociones reprimidas y dolor salieron a flote, estallé, fin de la historia. Fue una casualidad, eso es todo. No se repetirá.

Además, esta es mi última noche. Mañana empezaré un nuevo trabajo a tiempo completo y podré acabar con el sector de servicio al cliente, con Irving y con toda esta gente horrible.

Harmony estaba encantada cuando le conté lo del nuevo trabajo. —¡Sí! Un nuevo comienzo —dijo—. Ya era hora. Necesitas un trabajo de chica grande ganando dinero de chica grande. Tu madre estaría muy orgullosa.

Probablemente Harmony también se sentirá orgullosa de mi arrebato cuando se lo cuente más tarde. *Mejor fuera que dentro* dirá. *Siente esas emociones. Procesa esa pena como necesites*. No es una terapeuta ni mucho menos, pero es lo más cerca que voy a estar con mi presupuesto.

Cuando vuelvo a la mesa, tengo la mano casi entumecida por el frío de la bandeja.

Con cuidado, la apoyo en el borde de la mesa y empiezo a repartir los platos. —¿Piensas darte un gustito, Kirill? —pregunta el hombre de la cabeza zumbada.

Es una pregunta bastante normal a primera vista, pero la forma en que lo dice, con una sonrisa de comemierda en la cara, me hace aguzar el oído. La sutileza es para los pájaros, supongo.

La sonrisa de Kirill crece. —Ya me conoces, German. No me limito —luego se echa hacia atrás en su silla y me observa recorrer la mesa como si fuera un deporte.

—¿Te traigo dos raciones de postre, entonces? —pregunto.

No estoy tratando de sacarle nada. Estoy teniendo una conversación educada. Eso es todo.

Sacude la cabeza. —Una será suficiente. Tengo el ojo puesto en otra cosa para más tarde.

Me trago el manojo de nervios que tengo en la garganta y me concentro en mi trabajo. Una vez que todos han tomado su postre, intento marcharme, pero entonces un hombre al otro lado de la mesa necesita que le rellenen el vaso de agua, otro necesita una cuchara nueva después de que la suya tocara el suelo durante un segundo, y un tercero quiere una servilleta limpia. En un momento dado, Viktoria gruñe y sale corriendo hacia los aseos.

Atiendo las necesidades de todos con una sonrisa ensayada, sin dejar de sentir los ojos de Kirill fijos en mí. Todo el tiempo, German le susurra al oído.

Cuando vuelvo con los cubiertos y las servilletas del carrito, me acerco lo suficiente para captar

un poco de lo que están cuchicheando.

—...Solo digo que, si querías probar algo de los barrios bajos, podríamos haber ido al club —murmura German—. Esta no vale la pena el dolor de cabeza. No es muy dócil que digamos.

Kirill le contesta algo, pero no lo capto. Probablemente sea lo mejor. Mi corazón ya está acelerado. Que hablen de ti como si fueras un perro en una exposición canina puede tener ese efecto

German se ríe de algo que dice Kirill y luego chasquea los dedos en el aire. —Oh, ¿querida? ¿Me pones otro?

—"Cariño" y "querida" ¿en una noche? —digo en un tono agradable—. Si no te conociera mejor, pensaría que eres la reencarnación de mi tío Francis.

German sonríe. —¿Era un casanova guapo con una gran polla?

—Más que nada era un imbécil, en realidad. Y no era tan guapo después de que lo pateara un caballo —recojo su vaso vacío de la mesa—. Recibió un patadón justo en la cara. Le dejó con cicatrices y con problemas. También tienen eso en común.

Kirill reprime una sonrisa y la de German se desvanece. —¿Recuerdas lo que estaba bebiendo?

—Sí —digo—, por supuesto. A pesar del incidente de antes, en realidad soy bastante buena en mi trabajo.

—¿Es eso cierto? —German se apoya en los codos, ansioso por recuperar el terreno perdido—. ¿En qué otros trabajos eres buena?

Kirill se ríe. Suena como un terremoto lejano, profundo y aterrador. Tiene una sonrisa en los labios y un desafío en los ojos. Me desafía a decir algo. A hacer algo.

Y no debería, lo sé. Soy muy, muy consciente de que debería callarme y marcharme antes de que Irving cumpla su amenaza de quitarme el sueldo, o Viktoria cumpla *su* amenaza de echarme de todos los trabajos de la ciudad, o Kirill cumpla su amenaza de hacer realidad todas esas oscuras fantasías que se agolpan tras sus ojos.

Pero después del día, no, del mes, no, del año que he tenido, ya me importa una mierda.

Que Dios me ayude, estoy al límite.

Y ese sonido crepitante en mis oídos es lo último de mi prudencia marchitándose.

Me doy golpecitos en el labio inferior fruncido, finjo estar sumida en mis pensamientos. —Puede que pienses que una noche conmigo sería... ¿cómo lo llamaste? ¿"de los barrios bajos"? Pero déjame decirte una cosa, Cosa 1 y Cosa 2: a mí tampoco me interesa ser tu "experiencia de los barrios bajos". Prefiero beber veneno para ratas, en realidad. Eso o dártelo de comer. Así que "experimenta" eso.

Las mejillas de German palidecen, pero Kirill tiene cara de piedra. No revela nada.

Me giro para alejarme, pero Kirill me agarra de la muñeca. Su tacto es suave, pero creo que

podría haberme detenido con un dedo. Con un susurro. A pesar de lo que acabo de decir, el hombre tiene un control químico sobre mí.

—Tienes una gran bocota —murmura—. Podría meterte en problemas algún día si no descubres qué más puedes hacer con ella.

Me pongo rígida. —Puede que consigas que mi jefe lameculos te adule, pero yo no te debo nada. No puedes obligarme a hacer lo que quieras.

Su ceño se frunce. No sé si está molesto o divertido. —No tendré que obligarte —dice—. Cuando llegue el momento, lo harás por voluntad propia.

Antes de que pueda preguntar qué significa, una voz chillona atraviesa mi trance. —¿Qué demonios es esto?

Viktoria ha vuelto del baño. Tiene la cara roja y está enfadada, mira fijamente la mano de Kirill alrededor de mi muñeca. Con los orificios nasales dilatados, casi parece poco atractiva, si es que eso es posible en un rostro tan simétrico y quirúrgicamente perfecto.

—No es nada —suelto la mano de golpe y doy un paso atrás—. Los dos se merecen el uno al otro.

Oigo a Viktoria hablando como una loca mientras me alejo, pero ya no me importa lo que tenga que decir. El postre está servido. Se recogen las mesas. He hecho mi trabajo, soy libre, y no volveré a ver a ninguna de estas personas.

Estoy casi en la cocina cuando un traje oscuro se pone delante de mí.

Casi no me detengo a tiempo. Una gran mano se extiende para sujetar mi hombro y evitar que choquemos. —Lo siento. Te llamé un par de veces, pero no me escuchaste. Parecías muy concentrada en huir de la escena.

La voz masculina no se equivoca. De hecho, sigo mirando la puerta de la cocina como si fuera la línea de meta y estuviera compitiendo por el oro olímpico. Tengo que forzar la vista hacia el hombre que tengo delante.

Es más o menos de mi estatura, con una cuidada barba castaña salpicada de plata y ojos grises oscuros. Sus dedos brillan con media docena de anillos, y las carillas de su sonrisa son de un blanco cegador.

Parpadeo. —Lo siento, ¿p-puedo ayudarte con algo?

Me quita la mano lentamente, como si intentara no asustarme. —¿Puedo ayudarte *yo* con algo? —responde.

—No estoy segura de lo que quieres decir.

—Vi la escena allí. Con Zaitsev.

—¿Lo conoces? —hago una mueca. Justo lo que necesito: más amigos de Kirill. Como si los que ya conocí no fueran lo bastante horribles.

—Todo el mundo aquí lo conoce —responde—. ¿Tú no?

—No antes de esta noche.

—Estoy sorprendido. Kirill suele conocer a todas las mujeres guapas.

Estoy tan concentrada en analizar cada una de sus palabras que casi me pierdo el chiste y lo que implica. *Maldición, este tipo está coqueteando conmigo*.

No debería sorprenderme tanto la idea. No es que sea un troll o algo así. Pero, en eventos como este, llevar el uniforme de camarera suele hacerte invisible. Comparada con mujeres como Viktoria, ataviadas con sus mejores galas, no soy nada especial. Sin embargo, he llamado mucho la atención esta noche. Demasiado, sinceramente.

—Teniendo en cuenta que tiré vino en su cita y lo insulté, creo que cualquier futuro entre nosotros ha sido totalmente abandonado.

—Él se lo pierde —el hombre se acerca. Ahora es imposible malinterpretar lo que es esto. Lo que está haciendo.

El diablillo Harmony de mi hombro me anima a ir a por ello. A acabar con mi sequía sexual. El tipo no está nada mal, aunque sea un poco viejo.

Pero no esta noche. Incluso antes de que Kirill y su séquito oficialmente destruyeran mi estado de ánimo, hoy nunca iba a ser un buen día.

¿Cómo puede serlo? Mamá no está aquí para rechazar todo lo que intento comprarle, insistiendo en que yo soy el verdadero regalo.

No está aquí para cantarle el “Cumpleaños feliz”, aunque sea su canción menos favorita del mundo.

Ella no está aquí.

Y ahora yo también necesito desesperadamente salir de aquí.

—Bueno, gracias por ver cómo estoy. Eres muy amable, pero estoy bien —me muevo para rodearlo, pero él se mueve conmigo.

—Seré sincero —dice—, mis motivos no eran precisamente desinteresados. Te elegí en el momento en que entraste en la habitación esta noche.

—¿Tú... me *elegiste*?

El hombre no parece ver ningún problema en su frase, porque sonríe y asiente. —Tengo un gusto excepcional.

Dios mío. ¿Aún no se ha cumplido mi cuota de estúpidos? Es cruel e inusual tratar con tantos hombres obsesionados consigo mismos en una ventana de tres horas. Quizá, sin saberlo, tengo un letrero de neón colgando sobre mi cabeza que dice: *Mujer triste y vulnerable. Todas las pollas son bienvenidas.*

Miro a mi alrededor y me fijo en unos cuantos hombres, que forman un semicírculo en las sombras a nuestro alrededor. Todos visten idénticos, con sencillos trajes negros y finas corbatas negras. Si no los conociera, pensaría que son del Servicio Secreto.

—Supongo que entonces debería sentirme halagada —murmuro.

—En tu lugar, lo consideraría un cumplido —acepta con una sonrisa pícara—. ¿No te sientes halagada?

—Solo estoy acostumbrada a servir la carne. No a que me traten como tal.

Sus ojos se abren de par en par, y tengo la sensación de que este hombre no tiene mucha experiencia en ser desafiado. —Quizá empezamos con mal pie —canturrea, aunque su voz tiene un toque de hielo que antes no tenía—. Vi cómo te trataban Zaitsev y su séquito. Quería suavizar cualquier disgusto que pudieran haber causado. Pero ahora soy yo quien se disculpa. Supongo que no he sido tan altruista como esperaba.

Su disculpa parece sincera, y los modales que me han inculcado desde que era pequeña golpean la puerta. Suspiro. —Yo también me disculpo. He tenido... bueno, un par de meses duros. No debería desquitarme contigo.

—No pasa nada —dice con una sonrisa socarrona—. Estoy hecho de un material bastante duro. Puedo contigo.

Hay algo sugerente en la forma en que lo dice. Una propuesta debajo de la superficie.

Este tipo es arrogante y seguro de sí mismo, pero parece que me dobla la edad, por lo menos. Y, a diferencia de la atracción magnética de Kirill, este hombre me repele. No importa que sea educado y me halague, quiero alejarme de él todo lo posible. Mis instintos me gritan que me retire.

—Me las arreglaré sola, pero gracias.

Por tercera vez, intento moverme para rodearlo.

Y por tercera vez, me bloquea el paso. —No debería sorprenderme que seas tan franca. Cualquier otra camarera se habría caído de bruces en cuanto Viktoria Kozlov la miró mal.

—¿Son las camareras especialmente susceptibles al veneno de esa mujer? —arqueo una ceja—. No sabía que las profesiones funcionaran así.

Se ríe entre dientes. —Tú y yo tenemos que salir. Está claro que tenemos mucho de qué hablar.

—Tal vez nos veamos en el próximo evento. Organizamos muchos de este tipo.

Intencionadamente no menciono que, desde hace tres minutos, oficialmente ya no soy empleada de Irving Brock Caterers. Estoy segura de que este hombre habrá olvidado mi cara para la próxima recaudación de fondos, de todos modos. Me parece el tipo de hombre con un cinturón lleno de muescas.

—O puedes darme tu número ahora —sugiere—. Facilitaría las cosas.

—Lo siento, no le doy mi número a desconocidos.

Tiende la mano con una sonrisa confiada en los labios. —Stefano. Ya no soy un extraño, ¿verdad?

Stefano... Creo recordar que un nombre como ese estaba en la lista VIP de Irving en la sesión informativa previa al servicio, pero me importa un bledo. Estoy demasiado ocupada descojonándome por lo kilométrico de esa horrible frase que acaba de soltar.

Le doy la mano una vez y luego lo rodeo. Al soltarlo, retrocedo hacia las puertas de la cocina. —Encantada de conocerte, Stefano, pero estoy fuera del trabajo. Me tengo que ir. Que pases buena noche.

Antes de que pueda discutir, o dar la orden de impedirme el paso a sus guardaespaldas, giro y abro de un empujón las puertas de la cocina. Pero echo un último vistazo al comedor.

Me digo a mí misma que no busco nada en concreto. Sin embargo, mis ojos se posan en él.

Me estremezco y me alejo a toda prisa. No quiero más atención de Kirill Zaitsev.

He tenido suficiente para toda la vida.

3

KIRILL

Si alguien más me faltara al respeto delante de mi cita y mi mano derecha, lo haría papilla. No podrían alejarse de mí como si bailaran el vals, con las caderas balanceándose tentadoramente de un lado a otro. No podrían caminar.

Pero, de algún modo, las palabras afiladas de su lengua me atrajeron más. Me gustó su fuego, su descaro, su negativa a echarse atrás. Tenía un brillo temerario en los ojos que me decía que sabía que se estaba pasando de la raya y que ya no le importaban una mierda las consecuencias.

Tal vez por eso envié a Anton a rescatarla de su jefecito llorón. Para divertirme un poco más.

Siempre consigo lo que quiero, dije.

Y lo que quiero es a ella.

—Qué puto aburrimiento —se queja Viktoria—. Todo este evento es un desperdicio. ¿Alguien sabe siquiera para qué estamos recaudando dinero?

—Niños —ofrece German—. Creo.

—¿Niños?

—Quizá niños enfermos —se encoge de hombros—. O niños pobres. O niños pelirrojos. No sé.

Rayne odiaría aún más a mis invitados si pudiera oír esta conversación. No sé si creía que estaba disimulando bien o no, pero su aversión hacia nosotros fue evidente desde el momento en que se acercó a la mesa.

Quizá por eso le presté atención: me venía bien un reto. Dios sabe que Viktoria no lo es. Incluso ahora, se deja caer sobre mi silla, arqueando la espalda para intentar atraer mis ojos hacia su escote. Su perfume es empalagoso. Todo en ella es repulsivo esta noche.

—Bueno, da igual. De todas formas, odio a los niños. Vámonos —me ronronea al oído—. Podemos divertirnos más en tu casa.

La culpa es mía. Le pedí a Viktoria que viniera conmigo porque siempre puedo follármela sin

echar gasolina a los rumores. Pero, de repente, no puedo convocar ni el más mínimo interés en su compañía.

Me encojo de hombros. —Ahora no.

Como la gatita herida que es, resopla y me da la espalda. Y lo único que puedo pensar es en que Rayne se habría defendido.

Pensar en ella me hace registrar la habitación. Cuando veo con quién está, me pongo rígido.

German se da cuenta y sigue mi mirada. —¿Qué coño hace Stefano Corleone hablando con esa camarera tan peleona?

—Meando nuestra tregua.

German levanta una ceja. —¿Vale esa chica la pena para ti?

Tal vez sí. Tal vez no. Aún no lo he decidido.

En voz alta, digo—: No se trata de la chica. Es el principio. Solo la quiere porque me vio hablando con ella.

—Pues que se la quede —se encoge de hombros German—. ¿A quién le importa?

—Tiene que saber que no me voy a quedar de brazos cruzados ante una falta de respeto.

Son negocios, eso es todo. No tiene nada que ver con el brillo violeta en los ojos de la mujer. O la forma en que su piel se sintió tan suave bajo mi pulgar cuando la agarré.

Viktoria se inclina. —¿De qué están hablando?

—Cotilleos. Tu especialidad —dice German—. En realidad, podrías ser útil aquí. No es que no seas siempre útil, por supuesto. De hecho, el jefe me ha dicho exactamente lo útil que puedes ser.

Es un mentiroso; no le he dicho una mierda. Pero ha visto a Viktoria salir de mi casa a altas horas de la noche con la frecuencia suficiente como para hacer sus suposiciones, y probablemente no estén muy equivocadas.

—Eres un cerdo, German —se hace la desinteresada, pero noto el rubor avergonzado en sus mejillas. Me importa una mierda: Viktoria puede irse cuando quiera. Lo aguanta porque está desesperada por mí. Ese es su problema, no el mío.

German inclina la cabeza hacia Stefano. —¿Qué crees que quiere con la camarera?

El labio de Viktoria se curva con desagrado. —Probablemente lo mismo que ustedes dos quieren con ella.

—Yo no quiero nada con ella —gruño.

—¿Este pequeño drama de esta noche era solo para darme celos, entonces? —sacude la cabeza —. Nunca entenderé qué tiene de atractiva una mujer así. ¿Es una fantasía a lo "*Mujer Bonita*"? ¿Quieres llevarla de compras y enseñarle a parecer menos indigente?

—No creo que la mayoría de los hombres piensen en ir de compras cuando contratan a una prostituta.

—Bueno, entonces ahí está tu respuesta —dice—. Stefano quiere follársela y estoy segura de que lo hará.

Resoplo. —Es lo suficientemente mayor para ser su padre.

Estoy seguro de que Stefano no tiene ninguna posibilidad con una mujer como Rayne, pero Viktoria parece pensar lo contrario. Se inclina hacia delante, demasiado ansiosa, y dice—: He oído que es un hombre difícil de rechazar.

—¿Qué sabe esa vieja cabra arrugada de seducción? —pregunta German, con un poco de vino escurriéndole por la comisura de los labios.

—Más que tú —señalo con una sonrisa.

—Incorrecto. En primer lugar, no tengo cincuenta años. Así que llevo ventaja.

—Edad es igual a experiencia —sugiere Viktoria—. Experiencia es igual a... bueno, una experiencia mejor.

German frunce el ceño, así que le explico. —Está hablando de follar, imbécil.

—Espera, ¿te follaste a Stefano? —German le llama la atención.

Viktoria levanta la barbilla. —Claro que no. Lo hizo mi prima. Se parece mucho a la puta que se me echó encima, la verdad. Pelo castaño, ojos azules. Pero Gabrielle es mucho más guapa. Tenía sentido que Stefano la quisiera. Y por eso le dio algunas cosas.

—¿Como clamidia? —German se ríe entre dientes.

—Como regalos, imbécil —replica Viktoria—. A todas las chicas les gustan las cosas bonitas. Incluso a nuestro patito feo de camarera. Los regalos pueden ganar muchos puntos, y Stefano siempre tiene un regalo.

—Stefano también tiene una polla flácida y un descuento para mayores —le hago un gesto de desdén—. Los regalos son solo una compensación.

Viktoria es exactamente el tipo de mujer que adoraría los regalos de Stefano.

Es arrogante, egoísta y no es especialmente inteligente. Llevar y poseer cosas bonitas le permite compensar muchas cosas. Eso y estar siempre dispuesta a abrirse de piernas.

—Por eso no necesito hacer regalos —me levanto y me abrocho la chaqueta—. No tengo nada que compensar.

Viktoria casi se tuerce el tobillo con los tacones al intentar levantarse y seguirme. —¿Por qué no me lo demuestras? Muéstrame exactamente lo poco que tienes que compensar —me arrastra las uñas por la manga. El rasguño de sus uñas acrílicas contra la tela hace que me pique la espina dorsal—. Vámonos de aquí.

Miro hacia donde estaban Rayne y Stefano hace un minuto. Pero Stefano está solo ahora, viéndola irse. Rayne está prácticamente corriendo hacia la cocina.

Justo antes de que la puerta se cierre tras ella, Rayne se gira.

Y me busca con la mirada.

La forma en que nuestros ojos se encuentran es casi como si estuviera planeado. Como si la hubiera llamado por su nombre y ella hubiera respondido, sabiendo que la estaba observando, sabiendo con absoluta certeza en qué lugar de la habitación me encontraba.

Por un momento, toda la animosidad de nuestra conversación anterior desaparece.

Veo a través de la máscara a la mujer que hay debajo.

He visto esa mirada suficientes veces para saber exactamente lo que significa.

Entonces se ha ido.

—Kirill —se queja Viktoria—. Vamos, vamos a...

—Te llamaré un taxi —le hago un gesto a German, y él coge su teléfono para llamar a uno por mí.

Ella frunce el ceño. —¿Por qué no puedo ir contigo?

—Porque me voy a mi casa.

—De acuerdo. Y yo...

—Te vas a la tuya —termino—. Sola. No estoy de humor esta noche.

Se sacude como si la hubiera abofeteado. Siendo la hambrienta de atención que es, probablemente preferiría eso. Hacer una escena podría haberle dado capital social durante semanas. Pero este rechazo silencioso es vergonzoso e inútil.

—¿Desde cuándo no tienes ganas? —pregunta con el labio curvado.

—Desde ahora —digo rotundamente—. Buenas noches, Viktoria.

Me voy antes de tener que seguir escuchando sus inútiles quejas. Dejo que German se ocupe de su berrinche. Yo tengo cosas mejores que hacer.

Stefano me ve cuando está a medio camino de su mesa. En su cara se dibuja un gesto de sorpresa al ver que me acerco a él. Normalmente es al revés. Él es quien viene a adularme para que le haga un favor, pero lo oculta tras una sonrisa fácil.

—Me alegro de que ahora podamos ser amigos, Kirill —dice tendiendo la mano—. Estos eventos ya son bastante incómodos sin enemigos entre la multitud.

No le doy la mano. —Somos aliados, Stefano. No amigos.

Stefano y yo solo somos aliados desde hace unos meses, y seguro que nunca hemos sido amigos.

Estoy radicado fuera de Nueva York la mayor parte del año, así que Stefano cree que debo dejarle la Costa Oeste a él. Pero no comparto mis cosas.

Sus ojos se afilan. —Los aliados son amigos de algún tipo, ¿no?

—Solo mientras sean útiles el uno al otro. Es un equilibrio delicado. En el momento en que se exceden, las cosas se desmoronan.

Ambos sabemos exactamente a qué me refiero.

Stefano sonríe más. —Por suerte, ambos sabemos dónde están esos límites. Y hay tantas oportunidades ahí fuera para nuevas adquisiciones. No se me ocurriría tocar lo que es tuyo.

Levanta la barbilla hacia mi mesa. Hacia Viktoria, estoy seguro. Pero ni siquiera miro detrás de mí.

Tomo un trago de una bandeja que pasa. —En realidad vine a hablar contigo porque Viktoria te adulaba esta noche. Al parecer, eres todo un regalón. Creo que tienes una oportunidad si te apuras y engulles mis descuidadas sobras como un buen perrito.

Stefano hace una mueca. Sabe que no debe tocar mi propiedad. También sabe que Viktoria es una migraña andante de metro y medio.

—No es de mi gusto, me temo.

—Pero sí te gusta mi camarera, ¿no?

Me estudia un momento antes de reírse por lo bajo. —Tienes una forma de ir directo al corazón de las cosas, Kirill Zaitsev.

—Somos hombres ocupados. No le veo sentido a perder el tiempo.

Levanta su vaso, casi vacío. —Bravo, bravo. Por dejarnos de tonterías.

No me uno a su brindis. —No has respondido a mi pregunta.

—¿Sobre la camarera? —Stefano parpadea, confundido—. No creí que fuera necesario. ¿Qué es ella para ti?

La respuesta honesta casi brota de mis labios: es un diamante en bruto.

—Es una distracción divertida —digo en su lugar.

Stefano se encoge de hombros y mira a media distancia. —Te sorprenderías. Me temo que también te decepcionará, porque ahora mismo está de camino a mi coche. Mis hombres la están escoltando.

Está mintiendo, estoy seguro. La Rayne que vi hace quince minutos no tocaría a Stefano ni con un palo. Es más probable que sus hombres la golpeen en la cabeza y la arrastren a un callejón.

—Ah, eso es lo que faltaba —musito—. Sabía que había algo diferente en ti. Es que no estás rodeado de tu habitual círculo de simios afeitados. Te sientes confiado, por lo que veo.

—Supongo que me siento afortunado esta noche —se inclina, bajando la voz—. Sin resentimientos por la camarera, ¿verdad? Eres más que bienvenido a tenerla cuando haya terminado. Si queda algo.

Antes de que pueda responder, Stefano saluda a alguien al otro lado de la habitación y se escabulle rápidamente. Un movimiento inteligente, porque unos segundos más y no estoy seguro de que hubiera quedado de él más que una mancha roja como el vino que Rayne derramó sobre Viktoria.

La intensidad de mi reacción me coge por sorpresa. No debería importarme una mierda la camarera. Lanzó unos cuantos golpes e hizo que Viktoria se quedara boquiabierta como una idiota. Eso no debería bastar para captar mi interés.

Pero ha captado mi interés, vaya que lo ha hecho.

Y, ahora mismo, mi interés podría ser lo único que se interponga entre ella y el final violento de su noche.

Mientras Stefano se pasea por la sala, me doy la vuelta y me dirijo a la salida. Evito las puertas principales por instinto y me dirijo a la entrada de personal, más discreta, situada a un lado. En cuanto salgo, oigo su voz.

—...¿Por qué me haría un regalo? —pregunta.

Cierro la puerta en silencio y bajo unos escalones, pegándome a las sombras. Rayne está de pie en la acera con uno de los guardias trajeados de Stefano a su lado. Tiene una caja negra en las manos, aunque la aleja de ella como si fuera un animal atropellado.

—Acabo de conocerlo hace cinco minutos —continúa—. Y ni siquiera le he dicho mi nombre.

Como si necesitara confirmación, aquí está la prueba de que Stefano hablaba pura mierda.

—Ha estado guardando esto durante un tiempo —explica el guardia con torpeza—. Esperando a la mujer adecuada para llevarlo.

Yo contengo un bufido, pero Rayne no. —¿Te paga por decir cosas así?

El guardia no responde, así que Rayne abre la caja y se queda inmóvil. —Mierda —respira—. ¿Son diamantes de verdad?

Quizá Viktoria tenga razón. Quizá los regalos lujosos son un gran aliado a la hora de cortejar a las mujeres.

Pero, en el siguiente suspiro, Rayne me demuestra lo contrario. —No puedo aceptarlo. Ni siquiera lo conozco.

—Ese es el objetivo del regalo. Que llegues a conocerlo —todavía suena como si estuviera leyendo un guion.

—No estoy de humor para conocer a nadie esta noche —replica Rayne—. Y no creo que vaya a conseguir lo que quiere a cambio.

—El Sr. Corleone no quiere nada. O no mucho —dice el guardia—. Solo un paseo.

—¿Qué tipo de paseo?

—¿Qué otro tipo de paseo hay?

—Sabes —comenta Rayne—, tengo la sensación de que no es la primera vez que paras a una chica en la calle por tu jefe. El esfuerzo es admirable, pero no me interesa.

Debe de haberse salido del guion, porque el guardaespaldas busca a tientas una respuesta, pero Rayne lo aparta y le devuelve la caja a las manos.

—Dile que gracias, pero no, gracias. Prefiero coger mi bici.

Intenta rodear al guardia, pero él se le echa encima. —Espera aquí. Habla con él cuando salga.

—Ya escapé de él una vez esta noche. No voy a hacerlo de nuevo —responde—. Apártate de mi camino. Ahora mismo.

En cuanto da un paso, el guardia la agarra del brazo y la empuja hacia el borde de la acera. —Me has obligado a hacer esto —murmura, enfadado—. Esto podría haber sido muy, muy sencillo.

Me tenso, pero me contengo. Espero. Nada me gustaría más que Stefano saliera y le pusiera una mano encima. German preguntó si Rayne merece una guerra. La verdad es que aún no lo he decidido.

Si Stefano muestra su cara, tendremos nuestra respuesta.

Rayne mira a su alrededor para ver si alguien la observa, pero no hay nadie en este lado del edificio. Aparte del resplandor de la entrada principal, apenas hay luces por aquí. Yo estoy oculto en la sombra. La noche es tranquila y silenciosa.

—¡Suéltame! —aparta el brazo de un tirón, pero el guardia se lo sujeta al costado con facilidad.

—Me temo que no puedo, señora. El jefe me dijo que la retuviera aquí por todos los medios —baja la boca hasta su oído—. No hay límite en lo que puedo hacerte, así que no me pongas a prueba.

Rayne se queda inmóvil.

Por primera vez esta noche, tiene miedo.

4

RAYNE

—¿De verdad secuestrarás a una mujer para tu jefe? —pregunto, tratando de sonar imperturbable, incluso mientras mi corazón martillea en el interior de mis costillas—. Debe ser un gran seguro médico para arriesgarte a un delito grave.

Su aliento me calienta el cuello mientras se ríe. —¿Crees que esto es grave, pequeña? He hecho cosas mucho, mucho peores.

El hielo corre por mis venas. —¿Quién diablos son ustedes?

—Nadie que merezca la pena conocer —interrumpe una nueva voz.

El guardia que me sujeta se da la vuelta. Me pone detrás de él para que no pueda ver, pero me agarra firmemente del brazo. —No te metas. No tiene nada que ver contigo, Kirill —gruñe el hombre.

Kirill. Su nombre se desliza por mi mente como un suspiro, seguido de una oleada de alivio. Apenas conozco a este hombre, pero sé que ahora estoy a salvo. No dejará que me pase nada.

¿...Verdad?

—Yo diría que esto tiene mucho que ver conmigo —responde Kirill. Todavía no puedo ver por la espalda del fornido guardia, pero su voz parece acercarse—. Déjala ir.

—No recibo órdenes de ti. No eres mi jefe.

Kirill chasquea la lengua. —Menos mal, porque nadie a mi servicio sería tan estúpido como para dejar que un enemigo se acercara tanto.

Antes de que pueda siquiera registrar sus palabras, se oye el sordo crujido de hueso contra hueso.

La cabeza del guardia se rompe con la fuerza del puñetazo de Kirill. Es tan estremecedor que grito y retrocedo como si fuera yo la golpeada. Su agarre sobre mí se afloja lo suficiente como para que pueda apartarme antes de que se desplome sobre mí.

—Deberías haber escuchado, *mudak* —suspira Kirill.

Él y el guardia son de la misma altura, pero Kirill parece el doble de alto que cualquier humano que haya visto. Se eleva sobre la escena como un dios vengativo.

El guardia ruge e intenta hacer su propio movimiento, pero Kirill se abalanza sobre él con el hombro. El guardia vuela hacia atrás y se estrella contra el portabicicletas.

—No trabajas para mí, pero aun así te daré un consejo —dice Kirill mientras avanza sobre el idiota gimoteante donde yace de culo en el barro—. Cuando elijas dónde depositar tu lealtad... sigue al hombre que puede destriparte con sus propias manos.

Los gemidos del hombre se convierten en gritos cuando Kirill le clava el tacón de su zapato de vestir en la espinilla. El crujido de su hueso retumba en el aire. Lo siento en mi propio esqueleto. De repente me duele la pierna con una simpatía que en realidad no siento.

—Deberías hacértelo mirar —aconseja con una risita oscura. El hombre en el suelo solo gime.

Con eso, se da la vuelta y se dirige hacia mí. —Vamos, princesa —me dice—. La noche te espera —estoy tan aturdida que no puedo hablar, y tan abrumada que, cuando Kirill me ofrece su codo, lo cojo.

Me lleva por la acera y dobla la esquina hacia la parte trasera del hotel. Para cualquiera que nos vea, podríamos ser una pareja normal saliendo de una fiesta elegante. Aparte del hecho de que yo llevo un uniforme de camarera y Kirill un esmoquin, parecemos perfectamente cómodos.

Después de todo lo que acaba de decir, todo lo que acaba de hacer, debería estar aterrorizada. Debería estar luchando con uñas y dientes, no paseando con él por una parte aún más oscura de la propiedad del hotel.

—¿Dijiste que ibas a montar en bici? —pregunta.

Parpadeo. —Sí, espera. ¿Cuándo dije eso?

—Le dijiste al gruñón que preferías ir en bici. ¿Es así como te trasladas?

Sus palabras están impregnadas de condescendencia. Probablemente tenga toda una flota de coches. Un garaje entero dedicado a Ferraris de un millón de dólares que nunca ven la luz del día. ¿Qué pensaría de mí en mi bicicleta de segunda mano con borlas rosas y una cesta de mimbre atada al manillar?

—Sí, así es como me traslado —exclamo—. Acabo de mudarme aquí. Aún no he tenido tiempo de comprarme un coche.

O el dinero para comprar un coche, pero eso no viene al caso.

—Bien. Entonces, puedes venir conmigo.

—Gracias, pero no —empiezo a decir, pero entonces se detiene y se vuelve hacia mí.

—No era una pregunta.

—Entonces no importa si respondo, ¿verdad? —argumento.

Su labio esboza una sonrisa satisfecha. —No, no importa. Pero no de la forma en que sugieres —se pasa una mano por el pelo inmaculado—. Las mujeres de donde yo vengo no suelen ser tan agresivas. Y Manhattan no es precisamente famosa por su cortesía.

Frunzo el ceño. —¿Nueva York? ¿Has viajado hasta aquí solo para esta recaudación de fondos? —pregunto—. La fiesta estuvo bien, pero no como para atravesar todo el país. Y sé a ciencia cierta que la comida del catering es mediocre.

—Estoy seguro de que a tu jefe le encantará oír tu crítica de sus servicios.

—En realidad, ya no trabajo para Irving. Esta noche ha sido mi última noche.

Echa un vistazo y sus ojos verdes captan la luz plateada de la luna. —Suerte que te pillé, entonces.

Se da la vuelta y reanuda la marcha. Sus zapatos hacen un satisfactorio clic sobre el cemento. Se mueve como un bailarín, elegante y seguro de sí mismo. Lo observo, hipnotizada por cada pequeño gesto, cada movimiento irreflexivo.

Saca unas llaves del bolsillo y las luces traseras de un coche justo enfrente parpadean.

De repente, me doy cuenta de dónde estamos. De lo que estamos haciendo.

—Espera. Mi bicicleta. Tengo una bici. Necesito montar... —gracias a Dios que está oscuro, porque estoy roja como un camión de bomberos.

—Estás tartamudeando.

—Estoy un poco sorprendida, en realidad. Casi me ataca un matón —escupo—. Así que tendrás que disculparme.

—Si estás en estado de shock, probablemente no deberías ir en bici —me lleva hasta la puerta del pasajero y la abre—. Sube.

Me aferro a la puerta como si fuera mi balsa salvavidas y estuviera perdida en el mar. —No estoy en estado de shock. Solo me he sacudido un poco. Estoy bien.

—Bien —se aparta de mí y extiende una mano hacia el hotel—. Entonces vuelve y coge tu bici. Estoy seguro de que, si se lo pides amablemente, el hombre con la tibia rota se apartará de tu camino. Seguro que su peso muerto no ha doblado demasiado la rueda. Estoy seguro de que su jefe y sus colegas no están husmeando, buscando a alguien con quien descargar su ira por lo que alguien le hizo a su amigo.

No soy tan estúpida como para pensar que podría ganarle a ese matón, con la pierna rota o no. Y Kirill lo sabe.

Entrecierro los ojos. —Menudo caballero de brillante armadura estás hecho. La caballerosidad está realmente muerta, ¿no?

—Te estoy ofreciendo llevarte a casa. Eres tú la que se resiste —baja la barbilla, mirándome bajo unas pestañas que solo puede tener un hombre que nunca las apreciará como es debido. Son

largas, oscuras y llenas. Juro que me está mirando directamente al corazón. Al lugar donde encierro mis esperanzas y mis sueños, mis fantasías, mis miedos.

Deja de resistirte, dicen esos ojos. *Ríndete*.

Pero ¿rendirme a qué? ¿A quién?

¿Y qué pasará si lo hago?

—No necesito coger mi bici. Puedo ir andando.

La casa de Lana está a treinta minutos en bicicleta. Si voy andando, tardaré el triple. Lana se ofreció a dejarme conducir el coche de Mitchell, pero vi la cara que puso cuando se lo dijo. Si dejaba una sola huella en el salpicadero, probablemente lo llevaría al taller por la mañana para que lo limpiaran a fondo. O tal vez simplemente lo desmantelaría para venderlo como chatarra. No necesito ese tipo de presión.

Kirill asiente. —De acuerdo.

—¿Por qué no discutes conmigo?

—¿Se supone que debo hacerlo? —su expresión es vacía, pero percibo una sonrisa escondida bajo la superficie.

Probablemente se esté riendo de mí, pero no puedo contenerme. —Sí. Se supone que debes insistir. Es de caballeros. Tienes que prometerme que eres un buen tipo y que no dejarás que me pase nada. Algo así como, *nunca sería capaz de vivir conmigo mismo si te dejara marchar y te pasara algo*.

Tal vez realmente estoy en estado de shock. No puedo creer lo que acabo de decir. Aunque una parte de mí siente que Kirill ya lo sabía. Él puede leer mentes o intuir emociones o algo así, estoy casi segura.

Finalmente, inclina la cabeza hacia un lado. —¿Y qué debo decir si no soy un buen tipo?

Un tentador temblor me recorre y se apodera de mi vientre. Pero no tengo tiempo de pensar en lo que significa, porque, justo en ese momento, un rayo repentino cruza el cielo. Un segundo después, un trueno retumba tan fuerte que me tapo los oídos con las manos y grito.

Maldita sea. Justo a tiempo. Muchas gracias, Madre Naturaleza.

Cuando el trueno se desvanece, suspiro y paso a su lado, con el corazón desbocado.

Kirill es puro desenfado.

—Acabas de romperle la pierna a alguien —suelto mientras arranca el motor.

—¿Eso te molesta?

—No. No tanto como debería.

—No debería importarte en absoluto. Él te habría hecho cosas peores —lo dice con facilidad, y

yo le creo—. Debería sentirse agradecido de que romperle la pierna sea todo lo que hice. Dame la dirección.

Tecleo la dirección de mi hermana en el teléfono y levanto el GPS. Kirill lo mira un segundo y luego aparta el teléfono. —Lo tengo.

—¿De verdad? ¿O solo eres uno de esos tipos que odian recibir indicaciones?

Me mira. —Yo no acepto indicaciones. Yo las doy.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuro.

Resopla. —No te hagas la superior. Tampoco sabes seguir instrucciones. Vi lo furioso que estaba tu jefe cuando entró en la cocina detrás de ti.

—No importa. Esta noche era mi última noche, de todos modos.

—Entonces, ¿por qué volviste a la mesa y me serviste?

Arrugo la nariz. —No te estaba *sirviendo*.

—Lo dice la chica en cuya etiqueta dice “Personal de Servicio”.

—Sí, pero la forma en que lo dijiste, es como... como... como si yo fuera una moza de bar. O una sirvienta. No es así.

—Elabora.

Me vuelvo hacia él, con los ojos muy abiertos. —¿Hablas en serio? ¿Tengo que explicarte por qué ser camarera es diferente a ser sirvienta? Debes ser muy rico.

—Y tú debes de desconocer el concepto de cliché —responde con frialdad—. ¿Una chica de clase obrera resentida que odia a los ricos? No eres tan original como crees.

Odio que sus palabras me hieran de verdad. —¡Lo dice el tipo que me pidió específicamente como su camarera! Si no soy original, podrías haberme intercambiado con cualquiera.

—Me has divertido cuando has puesto a Viktoria en su lugar. Hacía mucho tiempo que nadie más que yo hacía eso.

Viktoria. Durante unos minutos, olvidé que la rubia existía. Ahora, ella se cierne en el coche como un fantasma. Un inoportuno tercer ocupante.

—¿Dónde está tu novia? No deberías llevarla a casa.

—Ella no es mi novia. Y le llamé un taxi.

Un taxi. ¿Por qué no pensé en eso? Probablemente. porque Kirill estaba de pie delante de mí con las llaves del coche y su mandíbula cuadrada y perdí la capacidad de hablar, por no decir de razonar.

—Seguro que parecía ser tu novia —la forma en que se inclinaba sobre su silla y lo tocaba... Se grabará a fuego en mi memoria por razones que no puedo o simplemente no quiero explorar.

Kirill mantiene los ojos en la carretera y una mano en el volante, tranquilo y sereno sin esfuerzo. —Perdió mi interés. Decidí enviarla a casa.

—Vaya. Alerta a los medios: Creo que podría sentirme mal por ella.

—Ahorra tu energía. Ella saca mucho provecho del tiempo que pasamos juntos.

Los celos rugen en mi interior. Sus llamas verdes devoran mi contención. —Claro que lo ves así. Como si estar contigo fuera un regalo —pongo los ojos en blanco—. Los hombres como tú creen que pueden tener lo que les dé la gana. O a quien quieran. Es asqueroso.

—Y sin embargo, preciso.

Me vuelvo hacia él. Kirill sigue mirando hacia la carretera, pero sé que me está observando. Se hace el frío y el distante muy bien, pero es perceptivo. No me habría seguido fuera, salvado de ese guardia y ofrecido llevarme a casa si no le interesara. ¿No es cierto?

—No me extraña que mis hermanas sean desgraciadas.

—Me encantaría oír cómo eso también es culpa mía.

—No tuya, exactamente. Pero tu tipo. Gente como tú. Se casan con imbéciles ricos con las brújulas morales rotas.

La mano de Kirill se reajusta en el volante. Sus largos dedos son elegantes en su insensibilidad. Curtidos y fuertes. Rompió una pierna con el talón del pie. ¿Qué podría hacer con esos dedos si se lo permitiera?

—Lo último que supe es que las mujeres de todo el mundo buscaban un hombre rico.

—La gente persigue todo tipo de cosas que no son buenas para ellos —digo—. Dinero, fama, drogas. Es la naturaleza humana. Por ejemplo, mis hermanas. Nuestro padre nos abandonó y crecimos pobres. No querían volver a quedarse sin nada, así que buscaron a papás apoderados para que las cuidaran. Ahora están casadas con hombres ricos y odiosos que no les importan una mierda. Es el instinto humano de supervivencia. El problema es que no siempre sabemos qué es lo mejor para nosotros.

Kirill se ríe. —Ciertamente no eres tímida con tus opiniones.

—Sí, bueno. Tú y tus amigos no tienen reparos en ser imbéciles.

—Derramaste vino en mi cita porque no podías dejar de mirarme, ¿pero yo soy el imbécil?

Me sonrojo de vergüenza porque tiene razón. Lo único que se me ocurre decir es—: Pensé que Viktoria no era tu novia.

—No lo es. Era mi cita.

—Oh, cierto. Tu “cita”. También conocida como la mujer que planeabas llevarte a casa y follarte esta noche hasta que perdiera tu interés.

—Ese título es un poco largo, pero cubre lo básico.

Sacudo la cabeza. —Eres repugnante.

—Eso sigues diciendo. Si esperabas que fuera tan puro como la nieve, sigue esperando, *printsessa*.

Odio lo transparente que me siento en su presencia. Parece estar al tanto de mis sentimientos y deseos más profundos. Cosas que nunca me admitiría a mí misma, y mucho menos a él.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. No estoy celosa; estoy asqueada. Eres tan arrogante con todo esto. Quiero decir, ¿a quién le importa si ni siquiera te gusta la mujer en la que metes tu polla? Todo mi género es solo un medio para un fin, ¿verdad?

Echa un vistazo. —Es una buena pregunta. ¿A quién le importa? Porque a mí no.

Me quedo con la boca abierta. —Estás de broma, ¿verdad? ¿Quieres que te explique por qué debe gustarte una mujer antes de acostarte con ella?

—Eres tú quien habla de instintos humanos —argumenta—. Es un instinto humano perseguir el placer y aparearse. Y muchas especies no son monógamas. Los humanos no son diferentes.

Estoy estupefacta. —La razón evolutiva primordial por la que los humanos tienen sexo es para tener bebés. Y los bebés humanos no salen del útero y empiezan a caminar. Necesitan cuidados. Si tienes diez bebés con diez mujeres diferentes, tus hijos nunca te verán.

Se ríe de nuevo. —Lo creas o no, sé cómo usar un condón.

Se me viene a la cabeza la imagen de Kirill sobresaliendo sobre mí como antes sobresalió sobre aquel guardia. La única diferencia es que en esta fantasía está desnudo. Pasaría un condón por su pene, acariciando la dureza que es solo para mí...

Excepto que no sería solo para mí, ¿verdad? Kirill obviamente hace este tipo de cosas a menudo.

Salgo de mi fantasía sexual con un movimiento de cabeza. —Lo único que digo es que al menos deberías intentar preocuparte por alguien antes de llevarla a la cama.

—Lo tendré en cuenta —dice—. Pero, por ahora, seguiré con mi método.

—¿Y qué método es ese?

—Hacer lo que me da la puta gana —me mira. Sus ojos recorren mi cuerpo una vez. Solo una vez. Un rápido sube y baja que hace que el calor me recorra las venas—. Algunas personas funcionan bien juntas. Otras no... Pero incluso así, puede ser explosivo.

Siento la boca seca. Trago saliva para aclararme la garganta, pero mi voz sigue saliendo áspera. —¿Por qué querrías acostarte con alguien con quien no funcionas bien?

Suelta un profundo zumbido, casi un suspiro. —Porque ese puede ser el mejor tipo de sexo. El tipo de sexo que roza el odio. Furioso y duro. ¿Alguna vez has tenido eso con alguien?

La lluvia golpea el parabrisas, aislándonos aún más del mundo exterior. Me siento como si estuviéramos en una válvula de presión. En cualquier momento, el deseo en bruto de este coche explotará.

La respuesta es no. Nunca he tenido eso con nadie porque no ha habido tiempo. Siempre estoy trabajando. Luego estaba mamá.

Sin embargo, ahora que se ha ido, el mundo se ha abierto para mí. Tal vez tenga tiempo para eso ahora. Tal vez podría dejar que Kirill me ayude a experimentar algo nuevo.

Tengo la oferta en la punta de la lengua. *Hazlo. Muéstrame de qué estás hablando.*

Pero Kirill gira bruscamente el volante a la izquierda y yo me golpeo contra la puerta del pasajero con un gruñido poco femenino.

—Hemos llegado —desciende por el camino de entrada y se detiene frente al sendero que rodea la casa principal y da a la casa de invitados.

Ahora que el coche está parado y su atención está en mí, la realidad se agolpa. Esto no es una fantasía sexual, por mucho que Kirill parezca la versión de carne y hueso de un príncipe de dibujos animados, con su hoyuelo en la barbilla. No puedo pedirle sexo a un hombre que acabo de conocer. Estaba siendo absurda. Probablemente todavía estoy en estado de shock.

—De acuerdo, entonces —cojo el pomo de la puerta—. Supongo que voy a...

Sin dejarme terminar, Kirill coge algo del asiento trasero y abre la puerta. Llueve a cántaros. Kirill abre el paraguas con destreza y se acerca a mi puerta. Estoy tan asombrada que ni siquiera me muevo cuando abre la puerta.

—Realmente debes pensar que la caballerosidad ha muerto —dice mientras me mira—. Porque parece que has visto un fantasma.

Cierro la boca y salgo del coche. Kirill sostiene su paraguas sobre mi cabeza, dejando que la lluvia lo empape.

Hay demasiado ruido para hablar, así que no lo hacemos. Me acompaña hasta la puerta de la casa de invitados y la abro rápidamente. Es una carrera alocada con obstáculos de llaves y pomos y esquivar la lluvia. Todo sucede tan rápido que él está dentro conmigo antes de que me dé cuenta de lo que está pasando.

—¿Qué estás haciendo?

—Siguiéndote a casa para poder violarte —dice fácilmente.

Me imagino mi expresión de asombro desde su perspectiva. Pero, a juzgar por la sonrisa devastadora de Kirill, debe de ser impagable.

—Tranquila. Solo quería ver cómo viven los afortunados —explica.

—Los afortu... ¿Perdón?

Asiente. —Ya sabes, la parte moralmente superior de la sociedad. Quería ver dónde vives. Quizá estudiar tus costumbres y seguirte como una líder espiritual. Podría vender mis trajes y llevar uniformes de catering de poliéster y...

—Eres divertidísimo —le ofrezco un lento aplauso—. De verdad. Deberías dejar tu trabajo y

empezar a hacer monólogos. Por cierto, ¿cuál es tu trabajo?

Su boca se tuerce como si guardara un secreto. —No quiero darte aún más razones para pensar que soy malvado.

Por razones que no comprendo, se me eriza el vello de la nuca. Intento reírme. —¿Tiene algo que ver con romper piernas?

—De vez en cuando. Pero eso es solo una parte del panorama general.

No se mueve realmente, pero de repente parece que estamos increíblemente cerca.

Tiene el pelo húmedo y enroscado en la frente. Quiero estirar la mano y apartárselo. Quiero acariciarle la mandíbula y pasarle el pulgar por el labio.

—¿Vas a hacerme daño? —pregunto en voz baja.

Ahora sí se acerca. Baja la barbilla. Una gota de agua rueda por el puente de su nariz. —Solo si me lo pides amablemente.

Por favor. Cada célula de mi cuerpo clama por lo que sea que tenga para dar. Dolor. Placer. Lo tomaré todo.

Lo deseo.

Sin pensarlo, me estiro sobre las puntas de los pies y me arqueo hacia él... justo cuando un estridente timbre rompe el momento.

Grito y salto hacia atrás. —¿Qué demonios es eso?

—Es tu casa —dice Kirill—. Dímelo tú.

Mi teléfono está en el bolsillo y en silencio desde el trabajo, así que no es eso.

Entonces, miro a la pared y veo el teléfono fijo parpadeando en rojo.

—Es mi hermana. Está entre la casa de invitados y la principal —quiero arrancar la línea telefónica de la pared y tirarla a la piscina. En lugar de eso, contesto con voz cortante—. ¿Sí?

—¿De quién es el coche aparcado delante de la casa? —pregunta Lana—. Sigue en marcha, pero no hay nadie dentro.

Suspiro. —Me han traído a casa desde el trabajo.

—¿De quién es?

Miro a Kirill. Tiene el paraguas en la mano y me mira. Me vuelvo hacia la pared. —De nadie. Solo es alguien que conocí.

—Eso no es seguro.

—Tampoco lo es volver a casa en bici bajo un aguacero.

Suspira. —Te ofrecí el coche de Mitchell.

—Sí y parecía que iba a tirarse sobre el capó para evitar que lo sacara del garaje. Se habría vuelto loco si lo hubiera conducido con esta tormenta.

Lana empieza a defenderlo, pero apenas la escucho. —...como siempre, todo eso está en tu cabeza. Te lo imaginaste. Siempre estás...

Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta para darle las gracias a Kirill por traerme. Pero, cuando lo hago, veo que la puerta principal está abierta.

Y Kirill se ha ido.

5

RAYNE

Estamos otra vez en la puerta. Kirill tiene la mano pegada a la pared, aprisionando mi cuerpo con sus fuertes brazos.

—No me interesa ser tu experiencia con los "barrios bajos" —le digo—. Ya te lo dije.

—Escuché lo que dijiste.

Presiono su pecho con una mano, deleitándome con la ondulación de los músculos bajo la fina tela. —Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Todo lo que te daba miedo rogarme que hiciera.

Me besa y yo gimo. Me arqueo contra su cuerpo y le agarro de la camisa. Su rodilla se encaja entre mis piernas. Es toda la invitación que necesito para empezar a apretarme contra él.

Me agarro a su camisa, tirando de la tela que parece interminable. ¿Dónde demonios están los botones? —¿Me vas a hacer daño?

Sus dientes rozan mi cuello. —Solo si me lo pides amablemente.

El deseo ha tomado totalmente el timón. Necesito su piel contra la mía. Necesito sentir su calor en la palma de mi mano.

Deslizo una mano hacia abajo para alcanzar sus vaqueros. Con la otra, recorro su pecho en busca de los botones. Pero, por mucho que lo intento, no encuentro lo que busco.

—¿Cuánto mide tu camisa? —pregunto, rebuscando entre los pliegues de tela. Ya ni siquiera siento su cuerpo. Es como si estuviera envuelto en una carpa de circo.

Me inclino hacia atrás y ya no puedo verlo. Estoy mirando una pared de lana negra y algodón blanco. Es como si su traje se hubiera transformado en una pared. Oigo el profundo rumor de su risa.

—¿Dónde has ido?

La necesidad sigue palpitando en mí y estoy cada vez más desesperada. Lo necesito. Lo deseo.

Vuelvo a oír el estruendo, pero esta vez parece que viene de más lejos. —No. No te vayas —grito —. ¡Vuelve!

Oigo el estruendo de nuevo, y de repente...



ESTOY DESPIERTA.

Y mi teléfono está sonando.

Está vibrando en mi mesilla de noche. Voy a cogerlo, pero tengo las manos enredadas en las sábanas. Con un par de maldiciones ahogadas, me libero de la tela y me doy la vuelta para coger el teléfono. Supongo que es el despertador, pero en realidad es una llamada. A las cuatro de la mañana.

—Harmony —gimo al responder—. ¿Tienes idea de qué hora es aquí?

—Sí, por eso te llamé en mi hora de almuerzo para dejarte un mensaje —está hablando con comida en la boca.

—Sabes que tengo el sueño ligero.

—Y sabes que te he dicho que pongas el móvil en No Molestar antes de irte a dormir —me replica mi mejor amiga—. Así que no te pongas así conmigo, zorra.

Me dejo caer sobre la almohada. Si hay alguien capaz de hacerme ondear la bandera blanca de la rendición, esa es Harmony. —Bien. Pero ya estoy despierta, así que olvida el mensaje. ¿Por qué llamas?

—¡Para desearte un feliz primer día! —aclama—. Por fin puedes enviar a Irving ese correo electrónico que escribiste en tu primera semana de trabajo. Y ahora no podrá denunciarte a RRHH.

—Sí, pero probablemente podría llamar al FBI por los atroces crímenes que amenacé con cometer —me río—. Ese correo electrónico era solo para tus ojos. Era una sesión de desahogo.

—Maldición. Supongo que no quiero que vayas a la cárcel por amenazas terroristas.

—Especialmente, cuando estás demasiado lejos para pagar mi fianza.

—Oh, volaría de vuelta para eso —dice—. Luego te metería en mi maleta y te traería conmigo a Italia. Sabes que en Italia también hay trabajo, ¿verdad? Podrías venir aquí y vivir conmigo. Tomás está casi de acuerdo con que acampes en nuestra habitación de invitados.

Por un momento, me permito imaginar un mundo en el que soy una expatriada, viviendo al otro lado del mundo con mi mejor amiga y su nuevo marido. Sería como un programa de televisión. Como una fabulosa comedia de situación en la que saldría con guapos italianos, comería helado

y me metería en líos.

No es mala idea.

—No puedo —suspiro—. Las cosas están demasiado...

—En el aire ahora mismo —termina por mí—. Lo sé, lo sé. Pero me alegro de que hayas conseguido este nuevo trabajo. Las amas de llaves están buenas. ¿Puedes ponerte esa cosa de criada francesa con volantes? Te quedaría genial.

—No tengo ni idea.

—Empiezas hoy, pequeño saltamontes. ¿No deberías *saberlo*?

—Todo ha sido un poco loco —admito—. El anuncio era para una criada, pero la mujer que me contrató dijo que formaría parte del personal de una casa. Como si me contrataran a tiempo completo para trabajar en la mansión de alguien. Limpiaré, pero puede que también haya otras tareas. Aún no estoy completamente segura de todo lo que implicará.

Harmony silba. —Eso es misterioso. Me encanta. Por favor, llámame y cuéntamelo todo.

—Siempre te lo cuento todo.

—Sí, pero el catering era aburrido —se queja—. Normalmente me contabas las sobras que te llevabas a casa. Ahora que soy una mujer casada, tengo que vivir a través de ti. Necesito drama, no críticas sobre lasaña industrial.

No se equivoca. Antes de anoche, mi vida era bastante aburrida.

—Entonces, ¿quieres que te hable del hombre que me salvó de ser secuestrada y luego me llevó a casa, o debo esperar a que termines de insultarme?

Harmony jadea. —Cállate. ¿Estás de broma? ¡Cállate!

Los últimos vestigios del deseo de mis sueños siguen latiendo en mi interior. Cuando cierro los ojos, casi creo que puedo oler la colonia de Kirill. —Definitivamente no estoy bromeando. Todo sucedió así.

—Tengo diez minutos antes de tener que ir a trabajar. Cuéntamelo todo.

Rápidamente, desentraño la noche, contándole a Harmony todo desde la forma en que Viktoria me habló…

—¡Esa perra! —interrumpe.

A la forma en que el guardia de Stefano susurraba amenazas en mi oído...

—Tienes que llamar y denunciar eso a la policía, Ray. En serio. Es aterrador.

Cuando llego a los últimos momentos que Kirill y yo pasamos juntos en la puerta de la casa de invitados, Harmony está gritando.

—¡No te creo! —grita. Su voz baja dramáticamente—: "*Solo si me lo pides amablemente*"—.

¡Oh, Dios mío! Qué ardiente. ¿Se lo pediste amablemente?

Sonrío, pero se me escapa al recordar lo rápido que Kirill hizo lo mismo. —Nos interrumpieron. Se fue antes de que pasara nada más.

Ella maldice. —¿Conseguiste su número?

—No. Sé su nombre, pero eso es todo —la decepción es palpable, tanto la suya como la mía. Anoche habría intentado disuadirme de sentirme así. Pero es muy temprano y mis escudos emocionales aún no funcionan del todo. Tengo que admitir que ojalá Kirill se hubiera quedado.

Ojalá se hubiera despedido, al menos.

—Y ahora, probablemente nunca lo volveré a ver.

—No digas eso —regaña Harmony—. Quiero decir que conocí a Tomás en una discoteca cualquiera de Milán, me enrollé con él y luego no conseguí su número. Me moría de arrepentimiento. Pero, dos noches después, lo volví a ver. Y ahora estamos casados.

—Una historia de amor para siempre —me burlo.

Se ríe. —¡Sabes lo que quiero decir! Cosas más raras han pasado. No pierdas la esperanza.

La idea de que tengo esperanzas en Kirill es demasiado seria para mi gusto. Puedo sentir mis escudos volviendo a la vida. —No importa. Tengo un nuevo trabajo del que preocuparme. Y apenas he visto a Lana y Mitchell desde que me mudé con ellos.

—Mejor todavía —murmura Harmony.

—¡Har!

—Lo siento. Lo siento. Simplemente no me gusta la forma en que te tratan. Necesitas conseguir tu propio hogar.

—¿Pensé que querías que me mudara a Italia contigo?

—¡Eso quiero! Pero también soy realista. Sé que nunca te alejarías demasiado de Lily y Brady. Y esos niños necesitan una tía divertida en sus vidas. Sobre todo, porque sus padres son unos snobs prejuiciosos que...

—Que me dejan vivir en su casa de invitados a bajo precio y siguen siendo mi familia, sin importar sus defectos —termino.

—Vale. Tienes razón —se echa atrás—. Lo siento. De todas formas, tengo que irme. Y tú también. No quieres llegar tarde en tu primer día.

Miro la hora. —Teniendo en cuenta que llamaste en mitad de la noche y que no tengo que estar allí hasta dentro de dos horas y media, no creo que haya ninguna posibilidad.

—De nada —canturrea Harmony sin ningún pudor—. ¡Quiquiriquí! Que tengas un buen primer día.

Le doy las gracias y cuelgo con una sonrisa en la cara. Debería estar enfadada con ella por interrumpir mi sueño, pero siempre me siento mejor después de que hablamos. Aunque me haya abandonado por su amante italiano.

Vuelvo a tumbarme en la cama, pero conciliar el sueño es imposible. Como si los nervios del primer día no fueran suficientes, mi sueño de Kirill se aferra a mí como una camisa mojada. De la misma forma que su camisa mojada se aferró a él anoche.

Con un gemido y algunos pensamientos mal reprimidos más sobre el aspecto que debe tener su cincelado abdomen, finalmente me doy la vuelta y me dirijo al baño.

Antes de mudarme, la casa de invitados estaba en un estado de cambio. Lana tenía planes de convertirla en un gimnasio o en una sala de manualidades. Quizá incluso un cuarto de juegos para los gemelos. Pero cuando dije que estaría por los alrededores y buscaba un lugar donde quedarme, ella y Mitchell contrataron a un contratista para convertirla en una vivienda habitable, con cuarto de baño incluido.

La generosidad fue sorprendente, pero aún lo fue más la preciosa casa de invitados que encontré al llegar.

Por mucho que me queje de Mitchell, puedo decir felizmente que su dinero pagó un cuarto de baño estupendo. Es pequeño, pero tiene calefacción por suelo radiante y una ducha de lluvia con presión ajustable. No está mal.

El baño se llena de vapor, y me pierdo entre el agua caliente y mis remordimientos.

Debería haber besado a Kirill en el coche. Diablos, debería haberlo besado en el estacionamiento del hotel. ¡El hombre me salvó la vida! En vez de eso, lo regañé todo el camino a casa.

Claro, le hizo comentarios condescendientes sobre mí a su amigo. Pero eran algo halagadores... en cierto modo. Algo así. Si entrecierras los ojos. El punto es que estaba interesado en mí. Y no es como si él fuera el que trató de secuestrarme en la acera.

Pero si sus planes para mí se parecían en algo a lo que empezaba a suceder en mi sueño, quizá ser secuestrada por él no sería tan malo.

El calor se arremolina entre mis piernas y miro el cabezal de ducha extraíble. Tal vez me relajaría un poco si pudiera liberar parte de esta presión. Podría cerrar los ojos, imaginar a Kirill de rodillas frente a mí...

Casi me he convencido de ceder cuando el mismo timbre estridente de la noche anterior corta el aire.

—¡Tienes que estar de broma! —cierro el grifo y atravieso la casa, desnuda y empapada. Arranco el teléfono fijo de la pared—. ¡Mándame un mensaje como una persona normal, Lana! Ya nadie usa teléfonos fijos.

—¿Tía Rayne? —dice una vocecita temblorosa.

Doy un respingo. —Lily. Lo siento mucho, cariño. Pensé que estaba hablando con tu mamá.

—Mamá dijo que podía llamarte al teléfono grande. ¿Puedo?

—¡Claro que puedes! Cuando quieras —me doy una palmada húmeda en la frente—. ¿Qué necesitas, cariño?

—Desayuné tortitas. Con forma de ratón. Y leche con chocolate. No leche con chocolate caliente como la que tenemos para las películas. Sino leche con chocolate fría.

—¡Qué rico! ¿Me guardaste algo?

Hay una pausa. —No. Pero mamá puede hacer más. ¡Mamá! —grita al fondo—. ¡La tía Rayne quiere leche con chocolate fría!

—Dile que se la haga ella —dice Lana de fondo—. En realidad, se lo diré yo. ¿Puedo hablar con la tía?

Lily refunfuña y pone mala cara al teléfono. —Mamá quiere el teléfono.

—Te quiero —le digo, intentando compensar la forma mezquina en que le he contestado—. ¡Que tengas un buen día!

—Te quiero.

Se oye un sonido de arrastre y entonces Lana contesta sin molestarse en saludar. —Empiezas tu trabajo hoy, ¿verdad?

Me la imagino de pie sobre la enorme isla de su cocina, con el teléfono pegado a la oreja, mientras mete los almuerzos en latas de metal para niños. Es la única tarea que no delega en la niñera y nunca deja de repetirlo. Es una auténtica mártir.

—Sí. En una hora, en realidad. Acabo de salir de la ducha.

—¿Y tienes tu bici? —pregunta.

Empiezo a decir que sí, pero entonces recuerdo que en realidad no la tengo. La dejé en el hotel. Debajo de un hombre violento con una tibia rota.

—Mierda. No, no la tengo —sopeso mis opciones a hipervelocidad antes de decidirme por la que es claramente la mejor—. ¿Puedo coger el coche de Mitchell, quizás?

—Hoy está en el taller.

—¿Ah, sí? Pero si me lo ofreciste anoche.

—Sí, y Mitchell se dio cuenta de que necesitaba un cambio de aceite —dice—. Alguien lo recogió esta mañana.

Resoplo. —Bueno... Bueno... ¿podrías llevarme?

—Tengo que llevar a los niños al campamento de día. Está a una hora en coche, así que nos vamos en cinco minutos. ¿Puedes estar lista en cinco?

No necesito mirar mi cuerpo desnudo ni el charco de agua que se acumula bajo mis pies para

saber que no estaré lista en cinco minutos. —Desde luego que no. Voy a necesitar treinta minutos, por lo menos.

—Bueno, Mitchell tiene una bicicleta vieja en el garaje —ofrece Lana—. Pero las ruedas probablemente estén pinchadas. Y la carretera estará inundada por la lluvia de anoche. No ha llovido así en años.

El optimismo de mi llamada con Harmony esta mañana se va desvaneciendo poco a poco. Se supone que hoy es un nuevo comienzo. Pero parece más de la misma mierda de siempre.

—Um. No gracias, pero está bien. Supongo que pediré un coche, o algo.

Lana resopla. —Buena suerte. Este barrio es una zona muerta de Uber. La última vez que intenté conseguir uno, nadie quiso recogerme porque el trayecto era muy largo.

—Supongo que eso es lo que pasa cuando todo el mundo aquí arriba tiene un coche para ir al trabajo, otro para llevar a los niños y otro que puede estar en una tienda especializada la mitad del tiempo.

Suena más amargo de lo que pretendía. Estoy a punto de disculparme, pero Lana empieza a hablar antes que yo. —Por lo menos tenemos coche propio —suelta—. Me aseguraré de que nuestras vidas no interfieran en tu agenda en el futuro.

Antes de que pueda decir nada, cuelga. —Maldita sea —cuelgo el teléfono de golpe.

Quiero llamarla para disculparme, pero no tengo tiempo. Vuelvo al baño y cojo la toalla y el teléfono. Lana no se equivocaba: estamos en una zona muerta. El coche más cercano no llegará hasta dentro de 45 minutos. Lo que solo me daría quince minutos para hacer el trayecto de veinte minutos al trabajo.

—¿Cómo puedo despertarme antes que el sol y aun así llegar tarde? —gimoteo.

Ahora no puedo hacer nada. No tengo el número de teléfono de nadie en la casa donde voy a trabajar, así que no puedo avisarles que llegaré tarde. Y, por desgracia, la conductora de cinco estrellas Leighton R. y su Nissan Crossover blanco son mi último recurso.

Me seco el pelo, me maquillo de forma sencilla y discreta y me pongo unos vaqueros y una camisa de botones. La mujer que me llamó para ofrecerme el trabajo me dijo que me darían uniformes, pero quiero causar una buena impresión.

Estoy fuera con una taza de café de viaje en la mano cuando Leighton llega a la acera con cinco minutos de retraso.

—Siento llegar tarde —dice a través de la ventanilla bajada. La chica no puede ser mucho mayor que el mínimo exigido. Yo diría que veinte, si soy generosa. Lleva el pelo recogido en trenzas gemelas y diamantes de imitación pegados en las comisuras de los ojos—. Tenía un déficit de cafeína. Un café helado era fundamental.

Aprieto los dientes y me subo al asiento trasero. —Está bien. Pero yo también llego tarde. Si pudieras darte prisa.

—Sí, claro —pisa el acelerador, pero luego pisa el freno rápidamente—. Se me olvidaba la música. ¿Te gusta el Pop? ¿O Indie?

El repentino arranque y parada hace que el café se derrame sobre la parte delantera de mi camisa rosa pálido.

Respiraciones tranquilizadoras, Ray. Respira profunda y calmadamente. No estrangules a tu Uber. No cometas ningún delito.

—No me importa. Cualquiera de las dos cosas me parece bien. O nada. Solo necesito llegar a...

—Bien. Lo siento —dice.

Pone música y pisa el acelerador con la misma brusquedad. Otro chorro de café me quema la mano y me mancha la manga.

Vaya nuevo comienzo.



LLEGO TAN tarde que apenas levanto la vista de la mansión que tengo delante. Leighton no para de hablar de ello mientras recorremos el largo camino de entrada.

—...Conduzco por lugares como este, pero nunca he visto más allá de las puertas. Es enorme. Podría haber un campo de fútbol entero en este jardín delantero. Y mira todas esas ventanas. ¿Cuántas habitaciones hay?

He hecho lo que he podido para quitar la peor mancha de café con unas servilletas que encontré debajo del asiento del conductor de Leighton, pero no ha servido de nada. Menos mal que dentro me darán un uniforme. Pero, aún así, mi primera impresión se ha ido al infierno.

—No lo sé. Hoy es mi primer día.

La casa es enorme, con un exterior de estuco blanco y un tejado de tejas de arcilla roja. El césped es de un verde vibrante. AstroTurf, supongo, a menos que esta casa esté utilizando cuatrocientas veces más agua de la permitida. No es que me sorprenda, al fin y al cabo, los desagües son para los pobres. A la gente de esta casa no le preocupa el agua.

—¿Vas a ser asistente personal o algo así? —pregunta, estirándose para mirarme por el retrovisor—. Te ves organizada. Pareces una jefa.

Por alguna razón, eso no me parece un cumplido viniendo de ella. —Estaré en el servicio de limpieza, en realidad.

Leighton frunce el ceño. —Oh.

En cuanto el coche frena, salgo corriendo del asiento trasero y subo a la acera. Saludo a Leighton con la mano, pero, antes de que pueda darme la vuelta, baja la ventanilla del acompañante.

—Tienes una mancha en la camisa —se señala el pecho para indicar dónde está—. ¿Lo sabías?

No puedo soportar otro segundo de esta chica. Y tampoco es que me sobren segundos. Le respondo con un pulgar hacia arriba y subo a toda prisa los anchos escalones hasta la doble puerta principal. Pulso el timbre, pero no pasa nada. Después de esperar al menos un minuto, llamo a las puertas de madera.

Tarda un poco, pero finalmente, la puerta se abre. Una mujer de mediana edad con el pelo gris brutalmente corto y un severo delineador de ojos negro está de pie frente a mí. —¿Rayne Garner?

Asiento. —Sí. Soy yo. Siento mucho llegar...

—Llegas tarde —gira sobre sus talones y entra en la casa. Dudo un segundo antes de apresurarme a entrar tras ella—. Estaba dando al resto del personal el resumen de la mañana. Están en la cocina.

Avanzamos tan deprisa por la casa que solo puedo captar fragmentos de las galas. Barandillas de madera pulida en las escaleras, una mesa de mármol blanco en la entrada, cortinas de terciopelo que cuelgan de enormes ventanas.

Es todo precioso. No puedo imaginar que haya mucho que limpiar por aquí. ¿Pero tal vez ese es el punto? Las casas solo se ven así cuando un equipo de elfos invisibles, no escuchados y mal pagados trabajan entre bastidores.

—Siento mucho llegar tarde —prácticamente susurro, pero mis palabras resuenan en el mármol.

—¿Lo han oído todos? —responde la mujer. No tiene que hablar muy alto para proyectar su voz.

Levanto la vista y veo un grupo de gente dispersa al fondo de una enorme cocina. Todos me miran fijamente.

—La Srta. Garner dijo que lo siente. Si hubiera llegado a tiempo, ¿qué habría oído?

Una morena menuda al frente del grupo levanta la mano no más arriba del hombro.

—“Siento mucho” no hace las camas —recita obedientemente.

—Exacto —la sargento de instrucción asiente y se vuelve hacia mí—. Estaba terminando. Alguien más tendrá que ponerte al corriente de tus deberes y del funcionamiento de la casa.

Asiento, devolviéndole la mirada durante varios segundos antes de que me resulte incómodo. Finalmente, mueve la cabeza hacia los demás. —Ve.

La vergüenza me recorre la espalda. Me agacho y me uno al resto del personal. —Pónganse los uniformes y a trabajar —continúa—. Yo estaré en el tercer piso, como ya he dicho. Ese nivel de la casa está prohibido para todo el mundo excepto un puñado de empleados. No vengan a buscarme. Siempre tengo el teléfono encendido. Llamen si necesitas algo. Pero es mejor que no lo hagan.

Con una enérgica inclinación de cabeza, la mujer gira sobre sus talones y sale de la habitación.

—Será un amor —refunfuña la mujer que está a mi lado, ganándose una risita silenciosa del

grupo. Tiene tatuajes de colores en los brazos y la parte derecha de la cabeza está rapada. El otro lado está enroscado en perfectas espirales moradas.

Cuando todos empiezan a separarse en grupos más pequeños para cuchichear y hablar, ella se vuelve hacia mí. —Gracias por llegar tarde. Me has quitado un peso de encima.

—¿Qué has hecho mal?

Se señala el pelo. —Me han dicho por teléfono que los tatuajes están bien, pero que llevar la cabeza morada rapada es pasarse de la raya. Llevo un día, pero creo que ya estoy a prueba.

No parece importarle demasiado.

—Yo diría que entonces tú me has quitado la presión de encima —bromeo—. Probablemente olvidará que llegué tarde con el tiempo, pero, a menos que tu cabello crezca inusualmente rápido, estás en problemas.

Se ríe y tiende la mano. —Soy Natalia.

—Rayne —estrechamos las manos—. ¿Qué me he perdido?

—Nada vital. Te enseñaré dónde puedes cambiarte y dónde está el armario de los servicios. Por lo demás, es limpieza. Todo el mundo sabe cómo limpiar una casa, ¿verdad?

Me encojo de hombros. —Supongo que lo averiguaremos.

—Supongo que sí —se ríe entre dientes—. Sinceramente, mi principal objetivo hoy es ver al dueño. Es muy misterioso, o eso he oído. ¿Lo conoces?

—No. Ni siquiera sé su nombre —admito—. Respondí a un anuncio y me contrataron por correo electrónico. Hoy es el primer día que veo a... como se llame esa mujer.

—Sonya —ofrece Natalia—. Ella se encarga de las contrataciones de temporada. Antes de que llegaras, le pregunté si podíamos conocer al dueño y me dijo: “Es un hombre muy ocupado”.

Arrugo la nariz. —¿Está demasiado ocupado para venir a conocer a las personas que se encargarán de mantener su casa? Qué clase.

—Sí. ¿Tal vez trabaja desde el tercer piso? Sonya dijo que no podemos subir allí. Nunca. Está prohibido.

—Raro —susurro—. Quizá sea una especie de monstruo horrendo. Estamos en alguna historia gótica de la vida real, con un hombre desfigurado que está demasiado avergonzado para ser visto a la luz del día. O es un topo. Solo sale por la noche para alimentarse y...

—Hola a todos —interrumpe una voz grave que resuena en todo el grupo—. Bienvenidos a mi casa.

Ni siquiera tengo que darme la vuelta. Instintivamente, mi cuerpo sabe quién es. Aunque mi cerebro se esfuerza por comprender cómo puede estar ocurriendo esto, mi corazón palpita con certeza.

Me giro y veo a Kirill Zaitsev.

Lleva un pantalón azul oscuro y una camisa blanca abotonada. Tiene las manos en los bolsillos y una sonrisa con hoyuelos en la comisura derecha de la boca.

Y, cuando me ve, sus ojos verdes brillan. No de sorpresa, sino de diversión.

¿Sabía cuando nos conocimos anoche que yo trabajaría para él? Tenía que saberlo. Y, en lugar de decírmelo, decidió retrasar mi vergüenza. Quería humillarme delante de todos mis compañeros de trabajo para asegurarse de que nunca viviría esto.

Dios sabe que no es horrible.

Pero definitivamente estoy en compañía de un monstruo.

6

KIRILL

Rayne está de pie en mi cocina con una camisa abotonada manchada de café y una expresión de puro asombro. Supongo que eso responde a la pregunta de si sabía o no que iba a trabajar para mí cuando nos conocimos anoche. Un “no” rotundo.

Ya somos dos.

Claro, cuando anoche estaba en la puerta de su pequeño cuchitril, me imaginé viéndola por la mañana. Pero las circunstancias eran diferentes. Mi imaginación tenía mucha menos ropa.

Ahora que está aquí, no hay razón para que ese pensamiento no se haga realidad. Está en mi casa. Suficientemente cerca para alcanzarla. Suficientemente cerca para saborearla.

Entonces, vuelvo a mirarla a la cara y veo que su sorpresa se ha convertido en una rabia latente.

Así que quizá haya una razón. Pero está bien. Siempre salgo victorioso ante los desafíos. —Seguro que Sonya les ha dado todos los detalles —digo, dirigiéndome a todos con un gesto despreocupado de la cabeza. Hay un murmullo de confirmación, pero Rayne no se mueve. Ni siquiera respira—. Algunos de ustedes vuelven del año pasado, así que ya saben lo que hay que hacer. A los nuevos contratados, solo estarán aquí tres meses. Después de eso, volveré a Nueva York y la casa permanecerá cerrada para todos, excepto para un equipo mínimo durante el resto del año.

Rayne frunce el ceño. ¿Decepción, quizás? Curiosidad, seguro.

—Pero, si la cagan, serán despedidos. Así de sencillo. Si me faltan al respeto o me roban, serán despedidos. Si llegan tarde o son torpes, se van —miro a Rayne. Tiene los orificios nasales abiertos. La señalo—. Tú. ¿Has trabajado antes para mí?

Sus ojos se abren de par en par. Se le va todo el color de la cara cuando todo el mundo se vuelve para mirarla. Durante un segundo, abre y cierra la boca, insegura. Luego, levanta la barbilla. —No lo creo.

Me golpeo la barbilla con un dedo. —Me recuerdas a una camarera que me sirvió anoche. Una auténtica descuidada.

—¿Es eso cierto? —ella arquea una ceja, fingiendo interés.

—Lo es. Tú no eres propensa a los accidentes, ¿verdad? ¿Cuál era tu nombre?

—Rayne —dice con frialdad—. Rayne Garner.

—¿Eres propensa a los accidentes, Rayne Garner? ¿Tendré que preocuparme de que te me caigas encima?

Su mandíbula se endurece. —No. Definitivamente no.

Me trago la sonrisa. El teléfono zumba en mi mano. Compruebo el mensaje rápidamente. Es de Sonya.

SONYA: Rayne Garner llegó tarde y Natalia Dyer se afeitó la cabeza después de enviar su foto. ¿Debería sustituirlas?

Natalia está junto a Rayne y le da un codazo por algo. Rayne le sonríe antes de devolverme su mirada letal.

Por un segundo, considero dejar que Sonya despida a Natalia solo para molestar a Rayne. Se la ve bien cuando está excitada. No me importaría verla canalizar esa emoción en algo un poco más... físico.

Pero me resisto. Sonya es demasiado anticuada para su propio bien a veces. Uno pensaría que trabajar para una Bratva la ablandaría a cosas como el pelo púrpura y los tatuajes.

Le respondo con un simple tecleo.

No.

Luego, guardo mi teléfono en el bolsillo y vuelvo a mirar a Rayne. —Me acaban de decir que llegó tarde, Srta. Garner.

Se muerde las mejillas. Y, maldición, qué espectáculo. Sus labios están carnosos y rosados. —Pido disculpas. No volverá a pasar.

—¿Estás segura? —pregunto—. Porque, si vas a ser un problema, me ocuparé de ti ahora mismo.

La sala rebosa nervios y confusión. Estoy dando un espectáculo, pero no puedo evitarlo. Anoche llevé a Rayne al límite.

Ahora quiero saber cómo se ve cuando desata sus emociones.

Además, molestar a Stefano no estaría mal. Después de alejar a Rayne del hotel, German volvió para tratar con el guardia, pero se había ido. Probablemente volvió cojeando a Stefano con su pierna rota para decirle lo que pasó. No podría importarme menos. En realidad no necesito a Stefano como aliado.

—Anoche, un imbécil me rompió la bici —dice. Sin ningún remordimiento, se lleva una mano a la boca—. Disculpa el lenguaje. Pero, si conocieras al tipo, lo entenderías.

Por mucho que me guste nuestra audiencia, estoy cansado de hablar en código. —Pueden retirarse todos —digo de pronto, agitando una mano en el aire. Mantengo la mirada fija en Rayne —. Excepto tú.

Está haciendo un trabajo admirable para mantener la compostura, pero su tez pálida lo revela todo. Las mejillas y la nariz se le sonrojan.

Sonrío. —No te preocupes, Rayne. No te haré daño.

A menos que lo pidas amablemente, queda en el aire entre nosotros mientras el resto del personal se marcha para cambiarse y ponerse a trabajar.

En cuanto nos quedamos solos, Rayne se aleja de mí. —Si vas a despedirme, hazlo. Si no, tengo trabajo que hacer.

—Tu "trabajo" es hacer lo que yo diga —me inclino con la voz baja—. ¿No te lo advertí? Siempre consigo lo que quiero.

Se endereza y su camisa manchada se estira sobre su pecho. Dios, esta mujer es divertida. La forma en que me responde. Cada palabra es un pinchazo, cada expresión un movimiento táctico.

Estoy acostumbrado a que la vida sea tranquila cuando estoy aquí en el complejo. Mi vida en Nueva York es mucho más acelerada, pero vengo aquí por paz y tranquilidad. Para alejarme. Para despejarme.

Rayne es todo lo contrario. Apenas hace doce horas que la conozco, pero ya está apareciendo en lugares que no le corresponden.

—¿Sabías quién era yo anoche cuando nos conocimos? —exige.

—¿Te refieres a antes de derramar la bebida sobre Viktoria porque estabas demasiado ocupada mirándome? ¿O te refieres a cuando me invitaste a tu casa y casi me rogaste que me quedara?

—Yo no te invité a entrar —gruñe—. Sabías que trabajaría para ti, ¿verdad? Por eso me prestaste atención.

—No necesito una razón para hacer lo que me plazca.

La pregunta dice mucho más de ella que de mí. Es obvio que Rayne tiene un peso sobre los hombros en lo que respecta al dinero. Pero ¿también está acomplejada? ¿No tiene un espejo? Hoy es aún más obvio, ahora que se ha quitado el uniforme de camarera, que Rayne está perfectamente proporcionada. Cada centímetro de ella prácticamente pide ser agarrado.

—Conozco tu tipo. No te faltan mujeres que se te tiran encima. Tenías una cita preciosa contigo. Estridente y molesta, pero aún así, hermosa. ¿Por qué si no perderías el tiempo con tu camarera?

Me apoyo en la pared y cruzo los brazos sobre el pecho. —Es difícil no prestar atención cuando mi camarera tira vino sobre mi cita e insulta a todos en mi mesa, uno por uno —digo.

Rayne frunce el ceño. —No insulté a todo el mundo.

—¿No habías terminado? —pregunto—. Discúlpame. Quizá los invite a cenar y podamos

repetirlo. Dejarte tener un segundo asalto. Para terminar.

—Basta —dice ella—. Solo dime lo que quieres.

—Oh, *ese es* un juego peligroso, *printsessa*. No puedes con lo que yo quiero.

Tengo la sensación de que todo su cuerpo se ruboriza. Quiero desnudarla y averiguarlo. Es un problema.

Viktoria fue mi cita anoche por una razón. Porque ella es algo seguro. Ella es la solución eficiente a mi problema. Y Rayne está señalando los problemas de esa solución.

A saber, estoy jodidamente aburrido.

—¿Sabes qué? No me importa lo que quieras —dice Rayne—. De verdad que no. Quiero conservar este trabajo y eso es lo importante. Salvo que me despidan y me echen de aquí a rastras, no puedes deshacerte de mí. Me pagan casi el doble que en cualquier otro puesto similar. No voy a renunciar a eso por un poco de acoso sexual.

Frunzo el ceño. —Acoso suena muy sucio. Yo prefiero llamarlo juegos preliminares.

—Definitivamente no es eso. Pero ¿sabes qué? Llámalo como quieras. Yo no voy a ninguna parte.

Nos miramos fijamente. El aire entre nosotros se vuelve eléctrico. Sonya está arriba ahora mismo. Podría empujar a Rayne contra la isla y obligarla a admitir la verdad aquí y ahora. Nadie saldría herido. Demonios, incluso podría hacerme algún bien. He estado reprimido, considerando que anoche no salió exactamente como lo planeé.

Estoy sopesando la idea de hacer rodar a Rayne cuando oigo el familiar chasquido de unos tacones altos por el pasillo.

—¿Kirill? —grita una voz chirriante—. ¿Hola?

Suspiro. —Cocina.

El ritmo de sus pasos se acelera, y entonces Viktoria está en la cocina con nosotros. Me arrastra la mano por el brazo y se desliza delante de mí, impidiéndome ver a Rayne sin pensárselo dos veces.

—No contestabas al teléfono, así que vine.

—La mayoría de la gente entendería la indirecta —digo.

Se ríe, pero es un sonido fino y quebradizo. —No estabas actuando como tú mismo anoche. Pensé que esta mañana estaría bien una comida que absorbiera todo ese alcohol.

—No tengo resaca.

Ella lo ignora y continúa. —Así que iba a decirle a tu criada o chef o quien sea que te prepare unas tortitas.

Rayne se arrastra hacia la salida trasera de la cocina, haciendo todo lo posible por pasar desapercibida, pero no puede evitarlo. Resopla.

Viktoria es como un sabueso tras el rastro. Se pone rígida y voltea. Sabe que hay una asistenta en la habitación con nosotros. Por eso no le prestó atención cuando entró.

Pero no sabe que es Rayne.

Hasta que...

—Tú —sisea Viktoria. Es como una serpiente saliendo de la hierba, levantándose para atacar—. ¿Qué demonios estás haciendo *tú* aquí?

7

RAYNE

Es una buena pregunta. ¿Qué *estoy* haciendo aquí?

Debería haber salido corriendo con el resto del personal. Por mucha atención que Kirill quiera prestarme, no soy especial para él. Es un depredador que escoge a los más débiles de la manada.

Estoy segura de que él puede verlo en mí: cuánto deseo pertenecer a este lugar, cuánto echo de menos la comodidad de tener a alguien con quien hablar, alguien que me comprenda.

Tenía la *inocente* esperanza, por lo visto, de que Lana se convirtiera en eso para mí, pero ya llevo aquí dos meses y apenas la he visto.

Y Kirill puede olerlo. Está tratando de alejarme de la manada para devorarme entera.

Aunque eso no suena del todo desagradable, no puedo dejarme consumir de ese modo.

Queda muy poco de mí.

Me giro hacia Viktoria. Apenas ha amanecido y lleva un vestido blanco con mangas de encaje y zapatos de tacón blancos, como si fuera una florista estrella porno.

Tengo que esforzarme al máximo para no arrugar la nariz.

—Estoy trabajando —pronuncio cada sílaba con lenta intención—. Ahora trabajo aquí. Soy criada.

No hay que avergonzarse de ser una criada, por mucho que mi hermana y su marido no estén de acuerdo. Pero me siento pequeña diciéndolo en voz alta.

Odio que Viktoria pueda hacerme sentir así.

Rodea a Kirill. —¿Por eso me enviaste a casa después de la gala? ¿Para localizar a esta zorra y darle un trabajo?

—¿Cómo podría no hacerlo, después de su excelente actuación de anoche? —Kirill está vivo de pura diversión. Es como un niño sentado frente a un espectáculo de marionetas. Él no nos ve

como personas reales. Estamos aquí para su placer. Como la mayoría de la gente en su vida, estoy segura.

—Me estás jodiendo.

Pone los ojos en blanco. —Sí, así es. No tenía ni idea. Sonya la contrató.

Frunzo el ceño. ¿Será verdad? Si trabajar para Kirill es solo una extraña coincidencia, entonces la vida es una mierda. Como si no me hubiera tocado el palo más corto ya suficientes veces.

—Pero *tú* lo sabías, ¿no? —Viktoria me fulmina con la mirada—. ¿Querías quitarme de en medio?

Miro a Kirill detrás suyo. Anoche dijo que no era su novia. ¿Lo va a decir ahora?

Por la pequeña sonrisa que se dibuja en sus labios, creo que no. No le arruinaría la diversión.

—A menos que el vino estuviera envenenado —digo, tensa—, no estoy segura de cómo un pequeño derrame podría "quitarte de en medio".

—Mentira. Viste cómo era tu nuevo jefe y decidiste colarte. Me hiciste quedar en ridículo, y luego apareciste aquí para alardear delante de él.

Me miro y vuelvo a mirarla con una ceja levantada. —Sí, está claro que me estoy exhibiendo. A los hombres les encanta la ropa informal con manchas de café.

Kirill suelta una risita, que es pura gasolina en el fuego de Viktoria.

—Escucha, pequeña zorra —escupe—. Te haces la inocente, pero no engañas a nadie. Veo tus intenciones. Y si crees que me voy a quedar de brazos cruzados y dejar que te pavonees por la casa como una puta, eres más tonta de lo que pensaba.

Anoche estaba al límite. Fue un día de mierda, y tenía algo que probar. Hoy solo estoy cansada.

Miro a Kirill. —¿Sueles dejar que tu novia acose a tu personal?

—Nunca ha sido un problema. El personal siempre ha sabido cuál era su sitio —interrumpe Viktoria.

—Conozco mi lugar —digo—. Y no es aquí. Tengo trabajo que hacer.

—No, si no tienes trabajo —se burla Viktoria. Se vuelve hacia Kirill y le presiona el pecho con la palma de la mano—. ¡No puedes dejar que alguien a quien le pagas me trate así! Tiene que mostrarme respeto. Un día, yo podría ser la mujer de esta casa.

Kirill no revela nada. Quizá por eso Viktoria está tan cohibida: no sabe a qué atenerse con él, porque no le da nada con lo que trabajar. Tiene sentido, aunque sea muy molesto.

Casi siento empatía.

La mira a ella y luego a mí, sopesando sus opciones.

Y en esto, Viktoria por fin me supera. Se me revuelve el estómago. No puedo perder este trabajo.

No el primer día.

Lo único peor que decirle a mi hermana que voy a ser criada es decirle que me despidieron el primer día. Si no puedo mantener este trabajo, ¿qué pensará de mí?

Podrías estar haciendo mucho más con tu vida, me dijo una y otra vez.

Cuando dejé la universidad para cuidar de mamá. Cuando me mudé a su casa de invitados en lugar de obtener mi título. Cuando acepté el trabajo de catering. Cuando acepté este trabajo.

No soportaría volver a oírlo.

Oigo la voz de mi madre en mi cabeza. *Defiéndete, Raynie. Lucha por ti misma. Nadie más lo hará.*

Kirill abre la boca, pero lo interrumpo. —No puedes despedirme —le digo—. Firmé un contrato. Tengo derechos.

No sé si esto es verdad. Sonya me envió un correo electrónico y lo firmé con mi nombre. ¿Es eso legalmente vinculante? Ni siquiera leí la maldita cosa. Técnicamente, podría haber aceptado ser la esclava sexual de Kirill o lamerle las botas cada hora. Si hubiera sabido para quién estaba trabajando, habría leído la letra pequeña. Dos veces.

La cabeza de Viktoria se mueve en mi dirección. —Puede hacer lo que quiera contigo.

Ella no se da cuenta de lo sugerentes que son sus palabras, pero Kirill sí. Sus ojos brillan mientras me observa. Un desafío tácito.

Siento que esa pequeña parte de mí se agita aún más. Durante meses, he estado aturdida. Todo el mundo lo ha señalado. Pero hay algo en esta gente, en Kirill, más concretamente, que me está despertando.

—Bien —digo, mirando a Kirill más allá de Viktoria—. Haz lo que quieras. Sé que no soy nada para ti. Un parpadeo en tu vida que olvidarás en cuanto me pierdas de vista. Diviértete persiguiéndonos a las hormiguitas con tu lupa, pero no esperes que me retuerza.

La cara de Viktoria se arruga de confusión. —¿De qué estás hablando? ¿Ves, Kirill? Esta zorra está loca.

Pero me doy cuenta de que entiende lo que digo. Su diversión se ha desvanecido, pero no su interés. —No estás despedida. Hoy no.

Viktoria inhala bruscamente. —¿Te la vas a quedar? No puedes. Tienes que...

—No tengo que hacer nada —gruñe—. Puedo hacer lo que quiera. Y, ahora mismo, no quiero encontrar una sustituta. Ella se queda.

El alivio me llena el pecho. Todavía tengo trabajo. Un sueldo.

Por ahora.

Pero dura poco. Viktoria está furiosa, pero no puede dirigir su ira contra Kirill. Así que, como un

misil buscador de calor, dirige toda su atención hacia mí.

—Está bien. Pero si te vas a quedar, vas a trabajar —se sienta en el taburete de la barra. Sus largas uñas postizas golpean la encimera de cuarzo—. Prepárame el desayuno.

—Soy una criada, no un chef.

Me dedica una sonrisa sin encanto. —Si quieres conservar tu trabajo, serás lo que yo te diga que seas.

Miro a Kirill y al instante me arrepiento. No necesito que me salve de ella. Antes de que pueda hacer nada, me doy la vuelta y rebusco en la despensa.

Nunca dejes que te vean flaquear.

Detrás de mí, Viktoria vuelve a fijar la vista en Kirill. —¿Estás muy ocupado hoy? Pensé que podríamos ir a comer. Tal vez comprar algunas cosas para las habitaciones de invitados. La decoración está muy anticuada.

—Acabo de comprar la casa. Un decorador de interiores la amuebló hace tres años.

Se ríe. —Por eso deberías dejarme este tipo de cosas a mí. Los tiempos cambian, las modas van y vienen. Tú te encargas de los negocios y yo de la casa.

Si Viktoria no es la novia de Kirill, nadie se lo ha dicho todavía.

—No importa. Hoy trabajo —responde secamente.

—Pero vienes aquí a relajarte, ¿no? —se queja—. ¿Por qué molestarse en dejar todo y a todos atrás en Nueva York solo para venir aquí y hacer más de lo mismo? Trabajar no es relajarse.

Hace un gesto de dolor. Es leve, pero lo capto y me hace fruncir el ceño, confundida. —No soy yo quien viene aquí a relajarse —dice en un tono siniestro.

Eso me desconcierta. Si no es él, ¿entonces quién? Dudo que sea Viktoria. Toda su vida es una larga vacación. ¿Hay alguien más con quien viaje? Sonya no mencionó a nadie más en la casa. Por otra parte, el tercer piso está fuera de los límites. ¿Tiene una familia secreta escondida allí?

Me doy cuenta con un sobresalto de que estoy congelada en la despensa, escuchando a escondidas. Así que rápidamente cojo un recipiente de copos de avena y algo de fruta.

Cocinar no es mi fuerte, pero le preparé a mi madre el mismo desayuno todos los días durante meses. Al final, no podía estar de pie ni para ir al baño, y mucho menos para cocinar. Así que aprendí algunos trucos, y mis copos de avena eran sus favoritos con diferencia.

Viktoria suspira. —Bueno, te seguí hasta aquí, y ahora estoy aburrida.

—Yo no te pedí que hicieras eso —dice fríamente.

Miro hacia él justo cuando Viktoria acurruca su cuerpo contra el suyo, respirando en su cuello. —No tenías que pedírmelo. Lo hice por ti.

Kirill me mira y yo me doy vuelta rápidamente. Me concentro en picar bayas mientras hierve el agua.

Mientras cocino los copos de avena en una sartén y caliento la fruta y las ramas de canela en mantequilla dorada en otra, Viktoria no para de parlotear.

—Miranda vendrá la semana que viene, pero ya le dije que podríamos estar ocupados.

—No tenemos planes —Kirill suena como si no pudiera importarle menos. No tengo ni idea de por qué la aguanta.

—Como si eso importara —ríe Viktoria—. Miranda es una zorra. Ni siquiera quiero verla, de todos modos.

—Entonces no te quejes conmigo de que te aburres.

—No me quejaba —ella desliza su taburete más cerca de él, las patas raspando el suelo—. Solo quiero pasar más tiempo contigo. Incluso cuando estoy aquí, desapareces arriba. Me gusta tu estilo de hacerte el difícil, pero me siento sola. La cama se enfría sin ti.

La mención de Viktoria en su cama me sonroja. Aunque podría deberse a que todo lo que hay en el fuego está hecho y a punto de quemarse. Pongo los copos de avena en un cuenco y vierto la mantequilla y las bayas, removiéndolas por encima. La mantequilla marrón con sabor a nuez huele a fruta y canela. Y a mi madre, por supuesto. Así es como huelen sus últimos días en mi memoria. A fruta, canela y el sabor acre de la muerte.

Cuando le entrego el cuenco a Viktoria, está sentada de lado en su silla, con una pierna sobre el muslo de Kirill. Él no la anima en absoluto, pero tampoco la empuja. Aparentemente, eso es suficiente para ella.

Se inclina hacia delante, mira dentro del cuenco y arruga la nariz. —No me extraña que lleves la camiseta holgada. Si te metes mierda como esta en el cuerpo cada mañana, tienes que alejarte de cualquier cosa ajustada.

Parpadeo. —Es avena y fruta.

—Untada en mantequilla y azúcar —menea la cabeza—. No hay forma en que me coma eso. Además, ya me he tomado un batido verde. No tengo hambre.

Perra. Me dan ganas de tirarle el cuenco caliente a la cara. En lugar de eso, me trago todos los insultos que se mueren por salir de mi boca y asiento. —Entonces me pondré a trabajar.

Me doy vuelta y salgo de la habitación con pasos uniformes y mesurados. Pero, en cuanto me pierdo de vista, surge el arrepentimiento.

Nadie debería hablarle a otro ser humano como Viktoria me habla a mí. Lana no tenía razón en que las tareas domésticas estaban por debajo de mí, pero ser menospreciada en el trabajo definitivamente lo está. Tengo dignidad, ¿no? Soy una persona. Soy real. Estoy aquí.

Me hierve la sangre. Estoy a punto de darme vuelta y volver a la cocina para decirle a Viktoria dónde puede meterse su batido verde. Pero entonces oigo el estruendo de la voz de Kirill.

—Suéltame —dice.

Las patas del taburete vuelven a rozar el suelo y Viktoria jadea. —¿Qué demonios, Kir?

—No me llames así.

Ella duda. —¿Qué pasa?

—Estás trepando sobre mí como si fuera un maldito árbol, eso es lo que pasa.

Pensé que no hacía ruido, pero ahora cada exhalación suena como un soplador de hojas. Aprieto los labios, los pulmones me arden al contener la respiración. Espero a que alguien hable.

De repente, se oye un golpe seco en la pared justo detrás de mí. Un trozo de cerámica azul chorreando avena salta al pasillo.

—Has fallado —exclama Kirill, que sigue sonando aburrido.

—¿Qué le ves a esa zorrita? —sisea.

Le dijo la sartén al cazo, pero en este caso, la sartén está enseñando mucho muslo por la mañana temprano y el cazo está bien tapadito, con todas sus partes escondidas.

—Has dejado que te ponga de cabeza —sigue Viktoria. Su voz baja, se vuelve sensual—. Quizá hayas olvidado lo que puedo ofrecerte. Me encantaría ayudarte a aliviar el estrés.

Hay otro forcejeo y Kirill maldice en voz baja. —Esto no tiene nada que ver con ella. Como dijiste, vine aquí a relajarme. No puedo hacerlo contigo cerca.

—Pero Kirill, yo...

—No, Viktoria —interrumpe Kirill—. Vete de mi puta casa.

Sus palabras son definitivas. Viktoria ha demostrado ser testaruda, pero incluso ella debe comprender que Kirill habla en serio. Tras un breve silencio, Viktoria sale de la cocina tan rápido como llegó.

La rabia que bullía en mi interior sigue ahí, pero sin salida, se desplaza. Debería alegrarme de que Viktoria se haya ido, pero la frustración me quema el fondo de los ojos. Voy a llorar.

Ha sido así toda mi vida. Reprimo todo hasta que mi cuerpo lo canaliza en lágrimas. Es una forma lamentable de aliviar la presión y lo odio, pero supongo que es mi forma de ser.

Oigo a Kirill moverse por la cocina, sus pasos cada vez más cerca, y corro despavorida por el pasillo. Entro en la primera habitación que encuentro y me aprieto contra la pared. Las lágrimas ya ruedan por mis mejillas.

Cierro los ojos. —Contrólate —susurro mientras me froto las mejillas con rabia.

—Vas a tener que ponerte mucho más dura si pretendes trabajar aquí.

La voz grave de Kirill me sorprende. Me separo bruscamente de la pared y me llevo la mano al corazón. —Dios… ¿De dónde has salido? No te he oído... —sacudo la cabeza—. Gracias por el

consejo, pero estoy bien.

Sus ojos brillan, fríos y distantes. —No era un consejo. Es un hecho.

Pongo los ojos en blanco. —Lo tendré en cuenta, entonces.

Me muevo para rodearle y ponerme a trabajar, aunque aún no sé exactamente qué implica "trabajar". Me he perdido la reunión de la mañana y no tengo ni idea de a dónde ha ido Natalia. Aun así, quiero estar en cualquier sitio menos aquí.

Pero entonces miro al otro lado de la habitación.

—Cállate la puta boca —respiro, adentrándome en la habitación incluso antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Las ventanas me llaman. Un canto de sirena que no puedo evitar.

Me acerco y apoyo una mano en el cristal, aun cuando pienso tardíamente que probablemente tendré que limpiar esa mancha más tarde. Pero no me importa.

—Es precioso.

La casa está situada en lo alto de una colina. Un césped verde se extiende por la parte trasera, pero rápidamente se convierte en arena dorada hasta donde alcanza la vista en cualquier dirección. Olas de espuma y agua turquesa lamen la playa. Hacia el horizonte, el océano se vuelve zafiro y el sol blanquea las crestas de las olas de un blanco nacarado.

Y Kirill puede verlo todo desde su salón.

—No está mal —comenta Kirill mientras entra tras de mí.

—Es increíble. Nunca saldría de esta habitación.

—Supongo que te gusta el océano.

Asiento. —A mi madre le encantaba. Quería volver a visitarlo. De hecho, yo iba a llevarla. Estaba todo planeado.

—¿Pero...?

—Pero era un viaje de tres horas. Estaba demasiado enferma. Colgué carteles en las paredes de su habitación, pero no era lo mismo. No se parecía en nada a esto.

El recuerdo es tan vívido. Puedo oler los guantes de látex de las enfermeras y las sábanas blanqueadas. La habitación de mamá siempre había olido al perfume floral que se echaba en las muñecas y al aceite que se masajeaba el pelo, pero eso desapareció poco a poco. La cama del hospital sustituyó a su colchón de tamaño normal, las bolsas de suero sustituyeron a la mesa donde colocaba las fotos familiares y los ramos de flores, y el olor a enfermedad la sustituyó a ella. La consumió.

Al final, le di un beso en la frente y ni siquiera reconocí su olor.

Está de pie justo detrás de mí. No sé cuándo se ha acercado tanto. La paz que acababa de invadirme se vuelve pétrea, espinosa, dolorosa. Me pongo rígida.

—Relájate —ordena—. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? No voy a hacerte daño.

Me doy la vuelta para mirarlo y estamos casi frente a frente. Espero que retroceda, pero no lo hace. Se mantiene firme, y yo también. —A menos que te lo pida amablemente, ¿verdad?

Su boca se inclina en una sonrisa. —Exacto.

Esa sonrisa. Tengo que admitir que me tiemblan las piernas. Kirill Zaitsev es muchas cosas, y devastadoramente guapo es sin duda una de ellas. Por desgracia, la lista también incluye manipulador, condescendiente y misógino. Su mandíbula cincelada no basta para equilibrar la balanza.

No debería abrirme a este hombre. Ya puede meterse bajo mi piel. No hay necesidad de darle munición adicional.

—¿Viktoria lo pidió amablemente? —digo, esquivándolo y entrando en el salón.

Hay un sofá profundo en forma de U frente a una chimenea. Tiene dos caras: una da al salón interior y la otra al patio de piedra. Me imagino acurrucada bajo una manta en este sofá, con un libro en la mano y el sonido de las olas flotando a través de las ventanas abiertas.

—Viktoria no hace nada amablemente, por si no te has dado cuenta —dice.

Resoplo. —Créeme, me he dado cuenta. También me he dado cuenta de que no haces mucho por mantenerla a raya. No debería permitírsele aterrorizar así a su personal.

—No la dejaría si no tuvieras tan buen aspecto cuando te pones nerviosa —me vuelvo hacia él con los ojos entrecerrados. Me devuelve la mirada con puro calor—. Tus mejillas se sonrojan y tu pecho empieza a subir y bajar. Es indecente.

—Esta conversación es indecente —miro hacia la puerta, pero está cerrada. Estamos solos—. Eres mi jefe.

—Yo soy *el* jefe.

—¿Cuál es la diferencia? Eso dije.

—La diferencia es —dice, acercándose a mí con toda la gracia de un gato exótico—, que yo no respondo ante nadie. Y tú respondes ante mí.

—No respondo ante ti —argumento—. Trabajo para ti, pero no puedes obligarme a hacer lo que quieras.

Ladea la cabeza, observándome. —¿Y si no tengo que obligarte? ¿Y si queremos lo mismo?

Suelto una carcajada mientras se me revuelve el estómago de los nervios. —Imposible. Tú y yo venimos de mundos muy distintos.

—Pero somos iguales. Todos los humanos lo son... en el fondo —Kirill se acerca a mí y luego me rodea. Mantiene la distancia, pero juro que puedo sentir su aliento en mi cuello—. Hormonas y feromonas. Química y conexión. Nos impulsa a todos, de una forma u otra. Puede servirte si se lo permites.

¿Cuántas veces ha pronunciado este discurso? Una parte de mí piensa que muchas. Suena muy pulido. Pero, ¿cuántas mujeres han podido resistirse a él? Esta puede ser la primera vez que realmente ha tenido que trabajar en algo.

Me gusta esa idea.

—Quieres decir que puede servirte *a ti* —corrijo—. Estoy segura de que Viktoria también siguió sus instintos. Y ahora suplica tu atención y se enzarza en peleas de gatas con tus criadas. Está desesperada y es patética. No quiero acabar así.

—No lo harás.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque Viktoria y yo... no queremos las mismas cosas —dice con facilidad, echándome en cara mis propias palabras—. Pero creo que tú y yo podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Cómo sería ese acuerdo?

¡Cállate! Quiero gritarme a mí misma. *No te importa lo que tenga que decir. Haz tu trabajo y vete.*

Pero la parte de mí que Kirill ha despertado... Está hambrienta de más. Por el subidón de adrenalina que siento cuando entra en la habitación. Por el cosquilleo que envía a través de mis extremidades.

Mis hermanas creen que necesito sentar cabeza y encontrarme un “buen hombre”. Léase: “hombre rico”. Esta podría ser mi oportunidad de probar esa fantasía.

Aunque solo sea para demostrarles lo equivocadas que están.

Además, si sé que está condenado desde el principio, no puedo salir herida. ¿No es cierto?

Cierto. Eso tiene que ser cierto.

Kirill se acerca. Tengo que estirar el cuello para mirarlo a los ojos. Separo los labios en un suspiro que no puedo contener y él sonríe. Abre la boca para responder, pero su respiración se entrecorta y se queda inmóvil.

De repente estoy aterrorizada, atrapada en el limbo, con la inhalación atrapada en el pecho. Estamos en un viaje peligroso, y Kirill es quien está al volante. Si me equivoco, estoy convencida de que se descarrilará.

Entonces Kirill suspira y mira por encima de mi cabeza. —¿Qué pasa?

Me doy la vuelta y veo al hombre de anoche de pie en la puerta. German, se llamaba.

Lleva la misma sonrisa de comemierda que en la gala.

—¿Interrumpo? —pregunta.

Al instante, me siento sucia. El agradable hormigueo en las extremidades se convierte en un

picor insoportable. Y los latidos de mi pecho ya no son excitantes, sino que me provocan ansiedad.

¿En qué demonios estaba pensando?

Me alejo de Kirill de un salto y me dedico a mullir una almohada en el sofá de al lado. Ahora tiene peor aspecto que antes, pero solo porque mis manos tiemblan como hojas en un huracán.

—¿Qué necesitas? —Kirill gruñe. Parece molesto, pero a German no parece importarle.

—Te necesito, grandullón —dice Germán—. Pero parece que no soy el único.

Aprieto los dientes. Ya he soltado bastante la lengua en las últimas veinticuatro horas.

Además, tengo la sensación de que Germán disfrutaría demasiado si se me suelta la lengua. Así que me callo.

Kirill no me mira, pero siento su atención como un contacto físico. Luego se mueve rápidamente por la habitación. —Aquí no.

Le miro marcharse. German se queda un momento más en la puerta y me mira con el ceño fruncido. Entonces, Kirill lo agarra por el hombro y lo aparta de un tirón.

En cuanto se van, me dejo caer en el sofá. Oigo la voz de mi hermana en mi cabeza.

"*Eres mejor que esto, Rayne*" —murmuro, dando voz a los pensamientos—. "*Mucho*

mejor que esto".

8

RAYNE

Kirill no aparece durante el resto del día, lo que me parece bien.

Realmente, es así. Me alegro de no haberlo visto. Me alegro de que cada vez que miro por encima del hombro al menor ruido, él no está allí. Me alegro de que cuando camino por los pasillos con sábanas frescas para las camas y flores nuevas para los jarrones, él no está en ninguna de las habitaciones a las que me asomo al pasar.

Su olor sí está. Sus cosas sí están. Su presencia sí está.

¿Pero él? A él no se lo ve por ninguna parte.

—Este lugar es enorme —comenta Natalia mientras sacamos nuestras pertenencias del guardarropa en la parte trasera de la casa—. Apenas vi a nadie más en todo el día.

—No me digas. Tardé treinta minutos en encontrarte esta mañana para saber lo que tenía que hacer.

Después de que Kirill se marchara con German, deambulé durante tanto tiempo que empecé a preocuparme de que todos los demás hubieran sido despedidos y yo estuviera encerrada en alguna mazmorra lujosa. Kirill iba a cazarme por deporte por los pasillos dorados.

Natalia cuelga su blusa de algodón rígido en su taquilla y se pone sobre la cabeza la camiseta negra con la que se presentó. Luego se inclina y baja la voz. —Sonya estaba en todas partes. Tiene una especie de señal que le avisa cuando estoy a punto de tomarme un descanso, lo juro. Me senté en un taburete durante un minuto después de fregar la cocina de abajo y ella apareció. "*Este no es tu descanso autorizado. Ponte de pie*". Esa mujer debería dirigir un campo de prisioneros.

Me río. —Sonya nunca me molestó. Apareció algunas veces, pero no dijo nada. Es más espeluznante que mala, hasta ahora.

Una vez me di la vuelta y me estaba mirando desde una puerta como un fantasma. Chillé y luego me reí, intentando explicarme. Pero, antes de que pudiera hacerlo, se marchó sin decir palabra.

—Probablemente porque el jefe te prestó especial atención. No quiere pisarle los talones metiéndose con su favorita.

La incomodidad calienta mis mejillas. —No, no lo hizo.

Sí, lo hizo. Nunca lo admitiré, pero definitivamente lo hizo.

No estoy segura de qué quiere Kirill conmigo, pero quiere algo. Algo más de lo que quiere con cualquiera del personal de limpieza. Y Sonya no es tonta.

Natalia resopla. —Sí, vale. Pero, si se acuestan en uno de los dormitorios, cuelguen un calcetín en la puerta, por favor. No quiero entrar de sorpresa cuando solo estoy tratando de hacer mi trabajo.

Me río demasiado alto. —¡Ew! Eso no va a pasar. No hacen falta calcetines.

—Sí, ya veremos —dice, poco convencida. Su teléfono zumba y ella cierra la taquilla—. Pero nos vemos mañana. Mi coche está aquí.

—¿Tu coche? ¿Alguien te lleva?

—Bueno, esta mañana he cogido el autobús. Por eso llegué a tiempo —explica—. Pero el chico con el que salgo viene a recogerme. Vamos a salir.

—Oh —la decepción es difícil de pasar por alto.

—Es cierto, no tienes coche —dice—. Lo recuerdo del extraño intercambio entre tú y el jefe. ¿Cómo has llegado aquí esta mañana?

—Llamé a un Uber. Pero quizá pruebe con el autobús —el transporte público me parece bien, pero si tengo otra opción—. A no ser que creas que podrías darme un aventón.

Natalia hace un gesto de dolor. —Lo siento. Parte del atractivo de este tipo era su coche. Descapotable. Dos asientos. Mi último novio tenía una furgoneta/cama y siempre intentaba meterme en su asqueroso colchón trasero. Nunca más. Fui por el polo opuesto.

—Este suena como una mejora.

—Definitivamente —concuerda—. Pero la parada de autobús está cuatro manzanas al sur. ¿Tienes una tarjeta de tránsito?

Sacudo la cabeza. —Todavía no. Llevo la bici a todas partes.

Busca en su bolsillo y me da una. —Úsala hoy y devuélvemela mañana.

—¿No la necesitarás por la mañana?

Me dedica una sonrisa malévola. —Si las cosas van bien, llegaré en un descapotable mañana por la mañana. Y estoy muy segura de que las cosas irán bien.

—Vale, gracias —me meto la tarjeta en el bolsillo trasero—. Y buena suerte.

Natalia guiña un ojo por encima del hombro y se escabulle. Después de pensar si debería coger el

autobús con el uniforme de servicio o con la camisa manchada de café de esta mañana, opto por el uniforme marrón y burdeos y sigo a Natalia. Cuando salgo del porche, veo un descapotable verde oliva que desaparece por el largo camino de entrada. La risa de Natalia flota sobre él.

—Diviértete —murmuro.

Me duelen los tobillos de estar todo el día de pie. Estoy acostumbrada a estar de pie; la hostelería me preparó para ello. Pero los eventos que organizábamos no solían exigirme más de cuatro horas, y no estaba de pie todo el tiempo. Me sentaba en la cocina y hablaba con los cocineros o descansaba entre plato y plato. Pero hoy han sido ocho horas de movimiento ininterrumpido.

El paseo de cuatro manzanas hasta la estación de autobuses no sería para tanto si la entrada de Kirill no tuviera 800 metros de largo. Al menos hace un buen día, aunque un poco caluroso.

En cuanto pierdo la casa de vista, me quito los zapatos de una patada y dejo que cuelguen de las puntas de mis dedos. Estar descalza me sienta mejor que pasar un segundo más con los feos zapatos ortopédicos que me han proporcionado.

Un guardia de seguridad abre la verja cuando me acerco y giro a la derecha, como me indicó Natalia. Deambulo por el arcén de la carretera, con la cabeza atrapada en ese extraño aturdimiento entre pensar en todo y no pensar en nada.

Estoy al final de la manzana cuando un coche negro con los cristales muy tintados pasa a toda velocidad en dirección contraria. No le doy importancia.

Hasta que oigo chirriar los frenos.

Miro hacia atrás justo cuando el coche da una vuelta en U a toda velocidad en medio de la carretera y se dirige hacia mí. Cuando se acerca al bordillo, echo mano al spray de pimienta que llevo en el bolso. Tengo el dedo sobre el gatillo cuando baja la ventanilla y veo una mandíbula cincelada que me resulta familiar.

—Parece que necesitas que te lleven —comenta Kirill.

Guardo el spray de pimienta. Aún no estoy completamente segura de que no lo necesitaré. —Voy a tomar el autobús.

Se acerca y abre la puerta del pasajero. —Sube.

—He dicho que tomaré el autobús.

—Y yo dije: “sube”.

Nos miramos fijamente. Ambos nos negamos a retroceder. Pero el hormigón empieza a arder bajo mis pies y puedo ver el pelo de Kirill ondeando ligeramente en el aire acondicionado. Es casi pornográfico. El deseo de un asiento cómodo y aire fresco gana. Avanzo hacia el coche.

—Así está mejor.

Pongo los ojos en blanco e intento ignorar su olor en el aire. Es amaderado y cálido. Si Kirill fuera mío, enterraría la cara en su pecho e inspiraría profundamente al menos tres veces al día.

Pero no es mío.

—Apuesto a que a tu novia no le gustará que me lleves.

—No le gustan muchas cosas.

—Le gustas tú —contesto.

—No, a su padre le gusto.

Me ahogo con mi siguiente respiración. —¿Perdón?

Suspira y mueve la mandíbula de un lado a otro. —Viktoria y yo estábamos... arreglados.

—¿Un matrimonio arreglado? ¡Dijiste que Viktoria no es tu novia!

Se encoge de hombros. —No lo es.

Estoy apopléjica de vergüenza e irritación. —¡Sí, porque es tu prometida! Entenderás que eso es peor, ¿no? —la vergüenza me quema aunque no he hecho nada malo. No he tocado a Kirill. Lo he pensado, pero ¿qué mujer lo ha mirado sin pensar *algo*? Solo soy humana.

Pero soy inocente de todos los cargos.

Por ahora.

Mi mano se apoya en la manilla. Quizá debería salir mientras estoy delante. Una voltereta rápida y rodar por la carretera, levantarme y correr hasta que ya no lo vea ni lo oiga ni lo huela.

—Tampoco es eso. Viktoria es... algo complicado.

Intento reírme, pero no lo consigo. —No te ofendas, pero "algo complicado" es lo último que usaría para describir a Viktoria. Esa chica es una piscina poco profunda, llena de agua clara. La he visto dos veces y he visto hasta el fondo.

Kirill se ríe. —Realmente crees que lo sabes todo, ¿verdad?

Levanto las manos en señal de rendición. —Yo no sé nada. Solo trabajo para ti. Tu prometida y tu vida personal son tuyas.

—Excepto que mi vida personal te tiene aplastándote contra la puerta del pasajero como si esperaras pasar a través de ella.

Tiene razón. El asa se me clava en el codo y el hombro me aprieta contra el cristal. De la forma más sutil posible, que no es nada sutil, suelto el brazo y me siento erguida. —Eso no tiene nada que ver con Viktoria y todo que ver con estar en un coche con un desconocido violento.

—En efecto, soy violento. Aunque no un extraño.

—Además, acabo de enterarme de que básicamente están comprometidos, así que...

—No estamos comprometidos —su voz es profunda y uniforme, pero parece el chasquido de un látigo. Domina por completo su cuerpo y a todos los que le rodean.

Y él lo sabe.

—Da igual —suspiro—. El punto es el mismo. Eres un extraño en todos los sentidos que importan. No sé nada de ti.

—Sabes dónde vivo —dice.

—Sí, pero no sé dónde trabajas.

—Trabajo donde quiero.

Eso tiene sentido, teniendo en cuenta que tiene casas en Nueva York y California y Dios sabe dónde más. —Vale, ¿pero a qué te dedicas en realidad?

Duda. Es algo pequeño, pero está ahí. Y me doy cuenta. —Soy un... hombre de negocios. Dinero, resultados, gastos generales. Es aburrido.

—Así que eres un asesino a sueldo. Entendido.

—No del todo.

Sacudo la cabeza. —Si estás tratando de hacerme sentir mejor, estás haciendo un mal trabajo. Ahora estoy noventa por ciento segura de que eres un criminal.

Kirill me mira, sus ojos verdes bailan. —¿Eso te asustaría, *printsessa*?

No es difícil imaginar a Kirill capaz de cosas horribles. Es guapo y encantador, pero hay algo afilado bajo la superficie. —Verte romper la pierna de ese guardia como un palillo anoche fue aterrador. Pero...

—¿Pero?

—Prometiste no hacerme daño. Varias veces. Casi como que te creo.

Se desvía de la carretera principal y conduce por una calle residencial que atraviesa una urbanización. —Atajo —dice, notando mis nervios—. No hay por qué tener miedo.

—No tiene ningún sentido para mí —le digo—. Eres... o podrías ser encantador. Podrías tener a cualquier mujer que quisieras si lo intentaras. Pero estás comprometido... —Kirill gruñe y yo me corrijo—. Bien. Tienes un *arreglo* con Viktoria. No tiene ningún sentido.

Sus manos se ajustan en el volante, sus largos dedos tamborilean en el silencio. —Yo no elegí a Viktoria. Ella solo está... aquí.

—¿Estás diciendo que la elegiste porque estaba disponible?

Gruñe sin decir palabra.

Lo tomo como un sí y arrugo la nariz. —Eso es asqueroso. Te acuestas con ella porque está disponible. Ni siquiera te gusta.

En la superficie, hay disgusto. Pero aún peor, debajo de ella, hay alivio. Si ella no le gusta, ¿entonces quién le gusta?

¡No importa! grita la parte racional de mi cerebro. *Todavía hay tiempo para salir rodando de este coche en marcha. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!*

—¿El que te guste alguien es un requisito? —pregunta.

—¡Sí! ¡Obviamente! ¿Por qué si no te acostarías con alguien?

—Para quemar el exceso de energía —deja pasar una mano sobre su pecho, con los dedos separados—. ¿No sientes esa opresión en el pecho? ¿Esa necesidad de liberar?

Bueno, ahora que lo menciona, siento una opresión en el pecho.

—Soy un hombre ocupado —continúa—. No quiero una relación. Lo que quiero es sexo. Y Viktoria ha satisfecho esa necesidad durante un tiempo.

—¿Y qué pasará cuando ella quiera que cumplas tu parte del trato? ¿Qué pasará cuando quiera casarse?

Sacude la cabeza. —Encontrará a otro pobre imbécil con quien casarse. Viktoria aguantará muchas estupideces, pero al final llegará a su límite.

—¿Y cuando lo haga? —pregunto—. ¿Qué harás?

—Seguiré adelante.

—Qué romántico —suelto—. Sabes, mucha gente está ocupada. Eso no significa que traten a otras personas como muñecas sexuales. Podrías tener una relación si quisieras.

—¿Estás intentando convencerme, Rayne?

Mi cara se inflama y me giro para mirar por la ventana. —No. ¿Por qué iba a importarme?

—Buena pregunta. ¿Por qué? —pregunta.

—¡No me importa! Pero, como dijiste, soy una sabelotodo. Creo que podrías estar haciendo más con tu vida.

Dios, sueno como mis hermanas. ¿Es así como se sienten cada vez que me lo dicen? ¿Una mezcla nociva de santurronería y autodesprecio?

—Hago mucho.

Espero a que me lo explique, pero no lo hace. Tiene los ojos clavados en la carretera.

Podría dejar que nos sumiéramos en el silencio, pero últimamente ya he tenido bastante. Después de años cuidando de mi madre, no estoy acostumbrada a vivir sola. Incluso estar a pocos pasos de la casa de Lana y Mitchell no ayuda. Sigo volviendo a una casa vacía. Sigo durmiéndome con el giro de mis propios pensamientos. Con el sonido solitario de los latidos de mi corazón.

—¿Cómo qué? —presiono.

Kirill mira hacia mí, con expresión repentinamente cautelosa. La diversión que suelo encontrar en él ha desaparecido. —Tienes razón. Somos prácticamente desconocidos. No debería hablar de

mi vida personal con una empleada.

Me río a carcajadas. —Muy bieeeeen. Finge que ahora haces todo como debe ser. Pero yo sé la verdad.

—¿Y qué verdad es esa? —pregunta.

Tengo las palabras en la punta de la lengua. Pero, en el último segundo, dudo de mí misma.

Tal vez he estado malinterpretando todo. Kirill podría ser así con todo el mundo. Pero a través de mis ojos tristes y solitarios, lo estoy convirtiendo en algo más de lo que es. Algo más de lo que nunca sería.

Kirill entra en el garaje y veo todos los coches alineados frente a la casa de dos plantas de color amarillo cremoso de mi hermana. El monovolumen, el coche negro que Mitchell suele llevar al trabajo y el deportivo rojo de atrás.

—Todos estos coches y me estás diciendo que uno de ellos no es tuyo —se burla, deteniéndose detrás de la línea—. Parece que hay suficientes para todos.

—Se podría pensar —murmuro—. Pero todo el mundo debe estar en casa temprano. Y el coche rojo estaba en el taller esta mañana, así que no pude conducirlo. Cambio de aceite o algo así.

—¿Iban a dejarte al volante de esa cosa? —Kirill señala sorprendido el deportivo.

—Sí. ¿Qué? ¿No puedes creerlo? ¿Porque soy una mujer?

—No. Porque te he visto manejar una copa de vino.

Pongo los ojos en blanco. —Circunstancias atenuantes.

—En cualquier caso, si alguna vez conduces eso, me aseguraré de no estar en tu línea de visión. Odiaría que te distrajeras y causaras un accidente.

—No hay peligro de eso. Creo que eres tú el que está distraído.

—¿Qué te hace decir eso?

Hago un gesto. —Tú eres el que saca tiempo de su día para llevarme a casa no una, sino dos veces en otros tantos días. Pensé que tendrías cosas más importantes que hacer. Sonya se aseguró de que todos entendiéramos lo ocupado que estás.

—Sonya es sobreprotectora —refuta—. Tú eres la que decía que necesito tener algo en mi vida aparte del trabajo.

—Si realmente crees eso, entonces estás mucho mejor que la mayoría de los hombres que conozco.

—¿Te juntas con muchos empresarios jóvenes y guapos?

Finjo amordazarme. —Mis hermanas se casaron con hombres ricos. Pero son de los que llegan pronto a la oficina y se quedan hasta tarde. Estoy segura de que la única razón por la que

Mitchell está en casa ahora mismo es porque le han dejado el coche en el taller.

—¿Y tu hermana lo aguanta?

Me encojo de hombros. —Aparentemente.

—¿Y ustedes dos son hermanas, hermanas? ¿De sangre y todo eso?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque no sabes guardarte tus opiniones —dice—. Si estuvieras casada con un tipo así, nunca oiría el final de tus quejas.

Me río. —En primer lugar, nunca me casaría con un tipo así. El dinero no significa nada para mí. Quiero amor. Pasión. Mis hermanas estaban más preocupadas por el tamaño de sus diamantes.

El coche se queda en silencio tanto tiempo que miro y me encuentro con Kirill mirándome.

—¿Qué? —pregunto.

—Pasión —la palabra suena sucia saliendo de sus labios—. ¿Es eso lo que quieres, Rayne Garner?

El coche de repente se siente pequeño. Asfixiante. Me estoy sobrecalentando y zumbando, y mi cerebro no parece estar seguro de si debería lanzarme por la ventanilla o inclinarme sobre la consola y dejar que Kirill me muestre cómo es la pasión. Estoy segura de que es capaz de hacerlo.

Pero no estoy segura de que *yo* lo sea. Puede que no sobreviva a Kirill Zaitsev. Mi corazón de piedra ya ha soportado demasiadas pérdidas.

—Quiero ducharme —digo de repente. Agarro el pomo de la puerta y la abro de par en par, dejando entrar una ráfaga de aire fresco—. Y dormir. Estoy agotada.

La diversión ha vuelto a los ojos de Kirill. —Como desee, *printsessa*.

—Gracias de nuevo por el aventón.

—Venía en esta dirección de todos modos. Si no, estarías en el autobús.

—Vale, entonces no importa. Gracias retractadas.

Salgo del coche y entro, consciente de sus ojos clavados en mí todo el tiempo. Y solo cuando estoy a salvo detrás de la puerta, recuerdo que Kirill conducía en dirección contraria cuando me vio caminar. Se dio la vuelta en medio de la carretera.

Estaba a un minuto de casa y me llevó quince minutos en dirección contraria. Y siento que mi corazón de piedra empieza a ablandarse.

—Oh, no —murmuro—. Estoy en problemas.

9

RAYNE

Miro por la ventana hasta que las luces traseras de Kirill desaparecen calle abajo.

Luego recorro el camino de ladrillo que va desde la puerta de mi casa hasta la puerta trasera de la casa de mi hermana. En el lavadero, hay dos pares de zapatos de niño embarrados esparcidos por el suelo y una huella de mano sucia en la lavadora. Oigo risitas procedentes de la cocina.

—¿Hola? —llamo.

—¡Tía Rayne! —chilla Lily. Un momento después, su cuerpecito dobla la esquina. Ya tiene los brazos abiertos de par en par. La cojo en brazos y giro en redondo.

—¡Lily! ¿Te divertiste en el campamento de día?

Ella asiente emocionada. —Fuimos de excursión y había barro. Mucho barro. Era como un océano.

—¡Vaya! ¿Un océano de barro? —la siento y la conduzco hacia la cocina.

—Tanto barro —sigue farfullando—. Y Brady se cayó. Lloró, pero lo ayudé a limpiarse. La profesora me dio una pegatina por ser ayudante.

Señala la pegatina de una estrella en la manga de su camiseta. Apenas se sostiene y estoy segura de que mañana la asistenta de Lana la barrerá del suelo.

—Vaya —comento—. Es increíble.

—¡Yo no lloré! —argumenta Brady. Está sentado en la isla, con los pies en calcetines colgando. Tiene vendadas las rodillas de dos colores diferentes—. Pero había bichos en el barro y Lily dijo que me iban a comer las piernas.

Jadeo y me vuelvo hacia la amenaza rubia pegada a mi pierna. —¡Lily! Eso no ha estado bien.

Se ríe, completamente imperturbable.

—Quizá debería robarte esa pegatina —hago una mano de cangrejo dramática y arremeto contra

su manga. Ella grita y sale corriendo alrededor de la isla. Mis piernas están muy cansadas, pero la sigo, arremetiendo y alcanzando su pegatina hasta que Lily y Brady se ríen como pequeños maníacos.

—¡No te mereces esa pegatina! —me burlo.

Lily me saca la lengua. —¡Soy una estrella!

Mientras Lily corre junto a la isla, Brady le da una patada en la pierna. Ella esquiva, pero yo la recojo y me la echo al hombro.

—Ahora te voy a comer las piernas —gruño, dándole mordisquitos de cosquillas en sus costados.

Ella chilla y Brady aplaude. —¡Cómetela! ¡Cómetela!

—¿Pueden parar? Me duele la cabeza.

La voz de Lana absorbe toda la alegría de la habitación al instante.

Entra en la cocina con la mano en la frente. Tiene los ojos casi cerrados y los abre lo justo para coger la botella de agua que tiene sobre la encimera.

Lily y Brady siguen intentando jugar y forcejear, pero yo hago ademán de apretar los talones y cerrar los labios. Es nuestro código para “el juego silencioso”. Nunca dura más de treinta segundos, pero los ayuda a calmarse después de que les haya puesto las pilas.

—Siento lo de tu dolor de cabeza —le digo—. Pero la cena huele increíble. ¿Qué estás haciendo?

Lana frunce el ceño y mira a su alrededor. —¿Anna?

Una mujer mayor con un delantal verde con volantes sale de la despensa con latas de tomate y pasta. —¿Sí, Sra. Corden?

—Mitchell no comerá con nosotros esta noche, así que uno menos para la cena —Lana me señala—. ¿A menos que planees quedarte?

—Siempre tengo tiempo para comida gratis.

La boca de Lana se aprieta un poco. Lo suficiente para que me dé cuenta. —Entonces no importa. Será el mismo número para la cena, Anna.

—Puedo hacerle un plato al Sr. Corden —ofrece—. Lo pondré en la nevera y...

—Estará bien sin la comida —Lana se apoya en la encimera y se pellizca la frente con el pulgar y el índice—. Dios, necesito tumbarme.

La empujo lejos del mostrador y hacia la puerta. —Hazlo. Duerme la siesta. Yo me ocuparé de todo aquí abajo. Cuando la cena esté lista, te llamaré.

—En realidad, no —dice—. Si estoy despierta, bajaré. Si no...

—Voy a acostar a los niños —me ofrezco, casi cayéndome al suelo de cansancio solo de pensarlo. Lily y Brady son demasiado para un día normal. En un día en el que me he pasado

ocho horas quitando el polvo de las persianas y fregando el mármol, podrían matarme.

Pero no soporto la idea de que mi hermana pueda pensar que soy una inútil. Es decir, ya lo piensa, pero no soporto la idea de hacerle creer que tiene razón.

Así que juego con Lily y Brady hasta la hora de cenar. Construimos castillos con fichas magnéticas y luego los destruimos con dinosaurios de juguete. Nos deslizamos por el pasillo en calcetines, ejecutando una misión de rescate cada vez que alguien se cae. Al final, los dos niños se caen a propósito, así que tengo que arrastrarlos por los bracitos hasta lo alto del pasillo para que vuelvan a "resbalar".

La cena es un respiro. Al menos, físicamente. Puedo sentarme, lo que es estupendo para mis piernas cansadas. Pero convencer a dos niños de cuatro años para que coman requiere una enorme cantidad de coacción, compromiso y súplicas. Nunca pensé que las palabras "*haré lo que sea para que comas un bocado de albóndiga*" saldrían de mi boca tantas veces en una noche.

—Vamos a ver un episodio de algo —anuncio en cuanto terminamos de cenar—. ¿Qué programa les gusta?

—¡Cachorros al poder! —Lily grita mientras Brady grita—: ¡Alphanauts!

Paso diez minutos intentando que se pongan de acuerdo antes de darme por vencida y pulsar el botón de reproducción aleatoria en el perfil infantil de la smart TV. En cuestión de segundos, los dos se ponen a ver un programa sobre tortugas cantoras que tienen su propio restaurante. Encantador.

Para cuando llegamos a sus dormitorios con los dientes lavados y el pijama puesto, me estoy quedando dormida mientras leo.

—Tía Rayne —Lily me da un codazo cuando me duermo en mitad del *Conejito Gruñón* —. Abre los ojos.

—Lo siento, chiquilla —abro los ojos todo lo que puedo y sigo adelante.

Por fin, las luces de noche están encendidas, los niños están arropados y yo cierro las puertas de cada uno y salgo de puntillas por el pasillo.

Me detengo fuera de la habitación de Lana. Mitchell sigue encerrado en su despacho de abajo. Los niños han pasado unos minutos intentando deslizarle notas por debajo de la puerta, pero él los ha espantado con un ladrido áspero y luego ha apretado una manta bajo la rendija para poner fin a ese juego. Pero oigo voces que vienen de debajo de la puerta de la habitación de mi hermana.

Golpeo ligeramente con los nudillos por si estoy tan cansada que alucino. —Entra —me dice.

Abro la puerta y veo a Lana apoyada en la cabecera de la cama, con el teléfono apoyado en las rodillas.

—Lo siento. Solo quería que supieras que los niños están en la cama. Me voy a la cama a menos que necesites...

—Ven aquí, Rayne —me hace señas para que me acerque—. Ahora estamos todas.

—¿Quienes? —me tumbo a su lado y veo la cara de Alexis en la pantalla—. Oh. Una reunión de hermanas Garner. Hola, Lexi.

Alexis arruga la nariz. —Sabes que eres la única persona que aún me llama así.

—Porque pones esa cara cada vez que lo dice —regaña Lana—. Deja de molestarte por eso y ella lo dejará.

Me encojo de hombros, disculpándome. —No se equivoca.

—Siempre serás la hermana pequeña —refunfuña Alexis—. ¿Qué están tramando?

—Rayne se ofreció a acostar a los niños porque me duele la cabeza. Así que hoy me he acostado un poco antes.

Sí, acosté a los niños... y jugué con ellos, les di de cenar, les lavé los dientes. Pero ¿quién lleva la cuenta? Ciertamente, yo no.

—No sé cómo lo haces, Lana —dice Alexis—. Dustan y yo hemos estado hablando de si queremos o no tratar con niños, y no me lo imagino.

—Teniendo en cuenta que acabas de decir “tratar con niños”, no me sorprende —me río.

—Paso muy poco tiempo con Dustan. Si tuviéramos hijos, nunca lo vería. Además, me estoy acercando a los cuarenta. ¿Tienes idea de lo que tardo en mi rutina facial por las mañanas? Tendría que levantarme al amanecer para lograr hacer todo.

Lana gime. —Ni me lo digas. Gestionar una casa y estos niños e intentar ver a mi marido... Es imposible. ¿Quién tiene tiempo?

Mientras habla, oigo a Anna limpiando la cocina de abajo. Sé que por la mañana vendrá la asistenta a limpiar la casa mientras Lana se lleva a los niños al campamento. Desde fuera, parece que tiene mucho tiempo.

De nuevo, no es que lleve la cuenta.

—Sí, no me convences con los niños —dice Alexis—. Prácticamente tuve que chantajear a Dustan para que se tomara tiempo libre en el trabajo para que pudiéramos ir a visitarte.

—¿Vienes de visita? —pregunto sorprendida.

Ella asiente. —Dustan tiene muchísimo tiempo libre en el trabajo que nunca quiere usar. Pero al final lo convencí para que se tomara unas pequeñas vacaciones conmigo.

Me congelo. El aire de mis pulmones se estanca.

Dustan tiene muchísimo tiempo libre en el trabajo. Eso es lo que Alexis acaba de decir. Intento convencerme de que la he oído mal, pero ¿cómo podría haberlo hecho? Están planeando unas vacaciones. Se van de viaje.

Pero, cuando les dije que mamá se moría, que por fin era el fin... Ninguna de las dos pudo estar. Ni Lana. Ni Alexis.

Ni siquiera se despidieron de ella.

Mis dos hermanas pusieron sus excusas. Así que, el día que murió mamá, me quedé sola junto a su cama.

Lana se aclara la garganta, llamando mi atención. Veo su cara en el pequeño recuadro de la esquina de la pantalla. Tiene los ojos muy abiertos. Tras un segundo de confusión, Alexis se sobresalta.

—Pero los días libres de Dustan se refrescan en otoño. Acaba de recibir los días libres de este año. Antes de esto, no teníamos tiempo libre, así que... —su voz se interrumpe. La mentira se convierte en una suave estática de fondo.

—De todos modos —interviene Lana—, ¿has probado el gimnasio del que me hablaste la semana pasada?

Alexis asiente. Está desesperada por cambiar de tema. —Me inscribí en la clase de sedas aéreas.

—¿Cómo fue eso?

—Imagíname vestida en licra enredada en sábanas de seda suspendidas del techo. Porque fue tan elegante como suena. Me sentí como un insecto en una telaraña.

Las dos se ríen, pero yo no encuentro energía ni para fingir. Por lo visto, hablan a menudo. No he recibido más que unos pocos mensajes al azar de Alexis en los últimos dos meses, pero Lana conoce su horario de gimnasio y sus planes de viaje.

No solo hicieron a un lado a mamá. Me alejaron a mí también.

—Le hablé a papá de la clase y luego Pat me envió fotos de ella haciendo aéreos en los noventa —cuenta Alexis.

—¿Hablas con papá? —pregunto, aún más sorprendida.

—Una vez a la semana o así, sí. Hacemos videollamadas mientras comemos los miércoles —vaya. Así que realmente habla con él. Está en la agenda. Planeado de antemano.

Me muerdo el interior de la mejilla. —Supongo que no me había dado cuenta de que eran tan unidos.

Lana suelta un fuerte suspiro. —Por el amor de Dios, no conviertas esto en algo más, Rayne.

—¿Qué cosa? Nada. Solo decía que no sabía que ella y papá eran íntimos. Él y yo nunca hablamos, así que...

—Esto es exactamente a lo que me refiero con convertirlo en algo más —agita vagamente las manos en el aire—. Que Alexis y yo estemos cerca de papá no es un problema, ¿vale? No hagamos que lo sea. Siempre hemos estado más cerca de él que tú.

—¿Ambas son cercanas con él? ¿También hablas con él?

—A veces —admite Lana—. Lo conocíamos mejor que tú. Eras tan joven cuando mamá y papá se separaron.

—Cuando se fue —corrijo—. Cuando se mudó y formó otra familia. Cuando nos abandonó.

—Solo te abandonó porque te negaste a hablar con él —arremete Alexis—. La comunicación es una calle de doble sentido.

—Parece que tú eres la experta. Yo no lo sabría. Nadie se comunica conmigo.

Alexis pone los ojos en blanco y abre la boca para responder, pero Lana la interrumpe. —¿Podemos no hacer esto?

—No estamos haciendo nada. Estamos hablando.

—No, nos estamos peleando —dice Lana. Siempre ha sido la pacificadora entre las tres, pero no de un modo pacífico, sino más bien como *cállate antes de que me dé dolor de cabeza*—. Y no hay razón para ello. Alexis y yo crecimos con papá en casa. Él era una parte más importante de nuestras vidas, y punto. Y tú siempre estuviste más cerca de mamá. Viviste con ella hasta los veinte. Así que...

—La cuidé hasta los veinte años —aclaro—. Podría haberme mudado.

Lana asiente, luchando claramente contra un giro de ojos. —Sí. Sí. Podrías haberlo hecho. Pero no lo hiciste. Te quedaste con ella.

—Estaba enferma —no puedo creer que tenga que explicarles esto. Otra vez—. No es que estuviera holgazaneando viendo la televisión y dejándola cocinar para mí y aprovechando el Wi-Fi gratuito. Tenía que cuidar de ella.

—Nos ofrecimos a pagar una enfermera —dice Alexis.

—Mamá no quería eso —fue lo único que me pidió. Si tenía que morir, no quería hacerlo delante de un extraño. Yo podía respetar eso.

—Y te importaba más lo que ella quería que lo que tú querías.

—¿Qué demonios significa eso? Yo quería lo que ella quería. Quería cuidar de ella —digo—. No renuncié a nada.

Alexis pone los ojos en blanco, pero Lana interviene rápidamente antes de que ninguna de las dos pueda decir nada más. —Solo pensábamos... bueno, siempre imaginamos que irías a la universidad. Papá creó esos fondos para nosotras. Estaba dispuesto a pagarte...

—No quería su dinero —mi voz sale en un gruñido bajo y feroz que me recuerda a Kirill, extrañamente.

No sé por qué me sorprende que mis hermanas prefieran a nuestro padre. Se casaron por dinero, así que ¿por qué no iba a importar el dinero a la hora de elegir a su padre favorito? Papá dejó sola a mamá conmigo y apenas pagó un maldito centavo de manutención. Abandonó sus

responsabilidades para formar una nueva familia con Pat, pero apuesto a que Lana y Alexis harán un montón de tiempo para visitarlo en su lecho de muerte. Cuando llegue ese día, tendrán días de vacaciones en abundancia.

—Podrías haber pedido préstamos —dice Lana—. Podrías habernos pedido ayuda a Mitchell y a mí...

—¡A mí también! —añade Alexis—. Todavía puedes hacerlo.

—Podrías haber ido a la escuela, pero mamá te convenció de ser su enfermera y...

Levanto ambas manos en señal de rendición. —Estoy demasiado cansada para hacer esto esta noche. Sé lo que piensan de mí, así que dejémoslo.

—No pensamos nada de ti —dice Lana—. No seas tan dramática.

Resoplo, sabiendo lo que quería decir, pero escuchando mi miedo más oscuro en sus palabras.

Suspira. —No quise decir... pensamos en ti. Evidentemente. Pero no te juzgamos por nada. Puedes ser criada si quieres.

—Vaya, gracias por tu permiso —a estas alturas, no me sorprendería que Lana se diera la vuelta y decidiera ofrecerme un trabajo como *su* criada. Considerando lo que hice por su familia esta noche, no estaría tan lejos de la verdad.

—Hoy fue tu primer día, ¿verdad? —pregunta Alexis—. Eso es lo que Lana dijo antes.

Asiento. —Sí, fue mi primer día.

—Entonces —insiste—, cuéntanos cómo te fue. ¿Cómo ha ido?

La cara de Kirill aparece en mi cabeza. Lily y Brady me han tenido tan ocupada que he conseguido no pensar en él durante unas horas. Pero ahora ha vuelto, y la confusión sobre si acercarme o correr en otra dirección es tan abrumadora como siempre.

—Él estuvo bien.

Hay una larga pausa. Miro de la pantalla del teléfono a Lana y viceversa, esperando a que alguien diga algo. Hace un minuto, no conseguía que se callaran. Ahora, silencio absoluto.

—¿Qué? —pregunto finalmente.

—¿*Él* estuvo bien? —pregunta Lana, con una ceja rubia levantada—. ¿*Él*?

Hago una mueca. —¿Es eso lo que he dicho?

Alexis tararea, conteniendo una sonrisa. —Así es. Yo también lo he oído.

Sacudo la cabeza. —No. No quise decir eso. Estuvo bien. Mi primer día estuvo bien.

—Pero has dicho “él”. ¿A quién has conocido hoy? —pregunta Lana.

—A nadie. Bueno, compañeros de trabajo, obviamente. Y el jefe.

—¿Y quién es tu jefe? —pregunta Alexis, la tensión de hace un momento flotando lejos—. ¿Es un hombre?

Lana silba. —Sabes una cosa, apuesto a que lo es. ¿Es guapo? ¿Joven?

—Se supone que ustedes son mayores que yo —gimo—. Pensé que la edad significaba madurez.

Alexis grita, victoriosa. —¡La hermanita está enamorada de su jefe!

Quiero negarlo y seguir adelante, pero es inútil. Puede que ahora no estemos tan unidas como antes, pero soy tan fácil de leer como siempre. Saben que oculto algo.

—Cuéntanos —cacarea Alexis—. Nos ahorrará tiempo.

—Ella tiene razón. Porque tengo que irme a la cama. Otro madrugón mañana —añade Lana.

Gruño. —No hay nada que contar. Es muy rico y atractivo. Y hoy me ha traído a casa.

Alexis aplaude de pura alegría, pero la sonrisa de Lana vacila. —¿Te ha traído a casa?

—Sí. Me encontró cuando iba hacia el autobús.

—Espera, ¿por qué cogiste el autobús? ¿No tienen Mitchell y tú un coche extra? —pregunta Alexis.

—Estaba en el taller —Lana le explica a Alexis y se vuelve hacia mí—. ¿Pero te trajo a casa? ¿Te encontró y te trajo a casa?

—Sí, Lana, así es como funcionan los aventones. ¿Por qué? ¿Acaso importa?

—No —pero su frente se arruga.

—Probablemente esté pensando que deberías tener cuidado. Es un desconocido. Podría ser un asesino en serie por lo que sabes —dice Alexis—. ¿Verdad?

Lana asiente, su expresión a un millón de millas de distancia. —Sí. Ten cuidado, Rayne. ¿De acuerdo?

Oigo el indicio de algo más en su voz. Una preocupación más profunda. Una que no quiere expresar.

Quiero consolarla, pero ni siquiera consigo hacerlo por mí misma. Soy una bola de preocupaciones y dudas. He estado en una niebla desde que Kirill entró en la habitación esta mañana y se presentó. En este momento, ni siquiera sé qué podría calificarse como “tener cuidado”. ¿Debería renunciar? ¿Agachar la cabeza y hacer mi trabajo?

—De acuerdo —exhalo un suspiro, liberando una pequeña fracción de la tensión de mis hombros —. Pero estoy segura de que todo está bien. Probablemente ya se habrá olvidado de mi nombre. Los tipos así no prestan atención a las chicas como yo.

Pero, en cuanto las palabras salen de mi boca, sé lo mucho que no quiero que sean verdad.

10

KIRILL

A estas alturas, ya he memorizado cada maldita brizna de hierba de todo el jardín delantero. Cada vez que oigo un coche bajando por el camino, me asomo a la ventana. He visto a todos los miembros del personal de la casa entrar uno a uno. Los he visto subir penosamente el largo camino que lleva a la casa desde la estación de autobuses.

Pero no he visto a Rayne. Todavía no.

Llaman a la puerta. Me doy la vuelta justo cuando German entra. Se detiene justo al pasar la puerta. —¿Decepcionado?

—¿Qué? —me vuelvo hacia la ventana.

—No pareces emocionado por verme. Casi como si esperaras a otra persona.

—Nunca me emociona verte.

—Llega tarde otra vez —dice German, ignorando mi pinchazo—. Sonya me lo dijo. Está en la cocina, a punto de estallar.

No necesito preguntarle de quién está hablando. Desde que German entró ayer en el salón y me encontró con Rayne, no ha podido dejarlo pasar.

—Sonya es muy estricta con las normas —le contesto—. Siempre está a punto de estallar.

—Sí, pero normalmente la dejas manejar al personal —dice—. Esta chica habría sido despedida ayer si fuera por esa vieja bruja.

Miro por encima del hombro. —¿Crees que he interferido?

—Creo que tienes ojos, es lo que pienso. Tú ves lo que yo veo cuando miro a esa chica: un maldito pedazo de...

Mi mirada se agudiza, y German se corta sabiamente. Inclina la cabeza en mi dirección. —Ese tipo de cosas son las que me hacen pensar que has interferido. Te estás poniendo en plan cavernícola conmigo. Todo posesivo y esa mierda.

—¿Has venido con algún propósito? —hago una mueca—. Estoy trabajando.

—Ilya ha estado preguntando por ti.

—¿Va todo bien? —saco mi teléfono y compruebo la pestaña de notificaciones—. No he recibido ninguna llamada. Nadie me ha dicho nada. ¿Cómo estaba?

—Bien. Él está bien. Hubo un pequeño episodio esta mañana, pero...

—Y una mierda. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te lo digo ahora —dice—. Sonya se encargó. Le has enseñado todo lo que sabes. Ella es una profesional en este punto. Además, todo estaba bien. Te echa de menos. Eso es todo.

Me levanto del sofá y estiro los brazos por encima de la cabeza. —No me quedé mucho tiempo cuando lo visité anoche. Estaba cansado.

—Perseguir un culo todo el día puede tener ese efecto en ti.

Miro fijamente a mi mejor amigo. —Ayer estuve contigo todo el día, sabelotodo.

—Ya te gustaría —se burla—. No podrías con este culo. Además, he oído de una fuente anónima que te diste una vueltecita anoche.

Los malditos guardias de la puerta no pueden mantener la boca cerrada. Tendré que hablar con ellos sobre eso. La información sobre mis idas y venidas debe ser privada. Por razones de seguridad, pero también porque no quiero que German me moleste por saber dónde he estado y con quién.

—No sé de qué estás hablando.

—Por lo que he oído, ayer estabas a un metro del límite de tu propiedad cuando diste la vuelta y recogiste a una de tus criadas del arcén. Dicen que te fuiste con ella. No creo que necesite ver las imágenes para saber qué criada era.

—¿Me estás espiando?

—¿Es necesario que lo haga? —pregunta con una sonrisa salvaje—. ¿Veré algo jugoso si lo hago?

—Fue un paseo. Stefano estuvo a punto de secuestrarla hace dos noches. No quería lidiar con encubrir su asesinato, ¿y tú?

Agita una mano desdeñosa y se apoya en la jamba de la puerta, con los pulgares metidos en los bolsillos. —Stefano ya se ha olvidado de ella. Solo lo hacía para joderte. La chica no vale una guerra. Especialmente, una que él perdería.

El hecho de que German tenga razón no lo mejora. Stefano cruzó una línea por la única razón de que pensó que podía. Tengo la intención de mostrarle lo equivocado que estaba.

Suspiro y camino hacia el pasillo. —Ocúpate de tus asuntos, German. Yo me ocuparé de los míos.

Se apresura a correr detrás de mí. —Pero los tuyos son más interesantes. Quiero decir, soy tu segundo, pero no entiendo una mierda de lo que haces últimamente.

—No necesitas entenderlo. Tienes que hacer lo que te pido.

—Sí, Su Todopoderosa Magnificencia —German hace una reverencia a la altura de la cintura. Cuando se levanta, camina despreocupadamente a mi lado—. Pero estaría bien saber por qué coño estoy organizando reuniones con clubes de moteros por toda la ciudad.

Estamos cruzando la entrada cuando oigo que se acerca un coche. Me acerco a la ventana junto a la puerta y veo entrar el deportivo rojo que vi aparcado anoche en casa de Rayne. Sale del asiento del copiloto con una pierna larga. Es indecente lo bien que le sientan los pantalones rígidos de color granate.

—¿Esto es por ella? —pregunta German. Miro hacia atrás y me observa desde la base de la escalera. Su humor habitual ha desaparecido. Parece que nos estamos poniendo serios—. ¿O se trata de otra cosa? Me gusta pensar que soy bastante bueno leyéndote, pero desde que llegamos has estado por todas partes.

—He estado trabajando. Visitando a Ilya. ¿Qué coño más hay que hacer?

—En algún lugar ahí fuera, Viktoria está agitando su mano salvajemente en el aire, gritando, "¡Házmelo! Hazmelo!" —se ríe—. La zorra es molesta, pero normalmente le das más cancha que a nadie. Pero últimamente no.

Vuelvo a mirar por la ventanilla. Rayne se agacha para hablar con quienquiera que conduzca. Supongo que es su cuñado, pero no puedo verlo bien desde aquí.

—Le he dado demasiada cuerda a Viktoria. Tal vez esa es la razón por la que no puede coger una puta indirecta.

—Sí —dice German—. O podría ser que ustedes dos están comprometidos. Tal vez eso le dio la descabellada idea de que podrían casarse uno de estos días.

—Nuestros padres lo arreglaron cuando éramos adolescentes —le recuerdo fríamente—. Nunca le he dicho una palabra al respecto. Si cree que estoy comprometido con la ilusa promesa de mi viejo, sobre todo después de lo que hizo, está como una puta cabra.

—Por supuesto que está jodidamente loca —dice—. Quiere casarse *contigo*.

Le doy la espalda justo cuando suena su teléfono. Me devuelve el gesto y desaparece por el pasillo para atender la llamada. Oigo su voz apagarse mientras Rayne sube los escalones de la entrada. Cuando coge el picaporte, abro la puerta de un tirón.

—Llegas tarde —gruño.

Rayne salta de sorpresa, pero rápidamente cambia a su emoción por defecto conmigo: fastidio. —Entonces, apártate de mi camino para que pueda trabajar.

—No le hablaría así a la persona que podría despedirme en el acto.

Suspira. Cuando levanta la vista, veo la cautela en sus ojos. La distancia que intenta crear entre nosotros. —Lo siento. Una mañana dura.

Señalo con la cabeza el coche rojo que se dirige hacia la carretera. —¿Te trajo tu cuñado?

—Sí. Supongo que tenías razón con eso.

—Normalmente es así. ¿Con qué parte en particular?

—Mitchell no confiaba en mí para conducir ninguno de sus coches —refunfuña.

—Quizá se ha corrido la voz entre los plebeyos de que derramaste vino sobre Viktoria Kozlov —digo.

Ella levanta ambas cejas. —¿Mi hermana y Mitchell son plebeyos?

—Todos son plebeyos cuando estás en la cima.

—Dios —gime—. Es demasiado temprano para esto.

Intenta pasar a mi lado, pero me pongo delante de ella. —Como también llegaste tarde ayer, debes haberte perdido el memorándum sobre entrar por la puerta trasera cuando llegues.

—¿No puedo usar la puerta principal?

—Está reservado para los invitados oficiales. Y para mí.

—¿Y la puerta trasera es para...?

—La servidumbre.

Resopla. —Debería haberlo sabido. De acuerdo. Puedo hacerlo

Arqueo una ceja. —¿Al final algo va a ser sencillo contigo?

—Por supuesto. Estoy aquí para trabajar, para complacerlo, señor, así que haré lo que se me pida. ¿Quiere también que vaya y venga al amparo de la noche? No me gustaría que nadie viera a las personas que mantienen su casa en funcionamiento. Estoy segura de que a Viktoria le encantaría, y no quisiera decepcionar a su prometida.

—Demasiado tarde para eso. Tampoco me gustaría decepcionar a tu cuñado privándolo de tu presencia cada mañana.

Rayne inclina la cabeza hacia un lado. Sus ojos azules están abiertos y escrutadores. La luz dorada de la mañana resplandece en su piel, resaltando los mechones rubios de su pelo castaño. —¿Estás celoso?

—¿Perdón?

Sonríe y es francamente petulante. —Estás celoso de que otra persona me trajera al trabajo. ¿Esperabas que llamara y necesitara que me dieras un aventón otra vez?

Me acerco, acortando distancias y robándole un poco de confianza. Ella se encoge ante mí. —Yo

tendría cuidado con asumir que sabes algo de mí, Rayne.

En su rostro parpadean emociones demasiado rápido para poder leerlas. Luego retrocede, asintiendo. —Tienes razón. De todas formas, yo solo soy la ayuda. ¿Qué podría saber de la alta sociedad? —con eso, se da la vuelta y empieza a bajar los escalones.

—¿A dónde vas? —gruño tras ella.

—Donde pertenezco —dice, pasando un pulgar por encima de su hombro—. La entrada de la ayuda.

Me quedo de pie y la observo. Camina como una mujer que se sabe observada. Odio que tenga razón.

En cuanto desaparece por la esquina del porche, bajo los escalones y la sigo. Se pone rígida cuando me oye acercarme, pero no deja de andar. La agarro de la muñeca y la hago girar. Su cuerpo casi choca con mi pecho, pero se las arregla para retroceder a tiempo.

Cuando levanta la vista hacia mí, solo nos separan unos centímetros. Corre una brisa que lleva consigo el aroma a vainilla especiada de su perfume.

—¿Qué estás haciendo? —su voz sale suave, entrecortada. Enfoca sus ojos azules en mi hombro y se niega a mirarme.

—Quería asegurarme de que sabías cuál era tu sitio.

Sus ojos se abren de par en par. Sus largas pestañas se baten contra sus pómulos. Es como un cuadro, dibujado con luces y sombras. Quiero ver el resto de ella. De repente, me maldigo por haber encargado uniformes tan monótonos. Esta mujer no debería protegerse con poliéster.

—¿Y cuál es mi sitio? —pregunta.

Debajo de mí, es lo que me gustaría decir. Es la única respuesta correcta. Un deseo que no he sentido en... maldición, en años se abre en mi pecho.

Pero ahora soy un hombre diferente. Tengo responsabilidades. Y puedo controlarme.

Sé cómo acercarme al fuego sin quemarme.

—En cualquier sitio menos en la tercera planta —respondo.

—Ya lo sé. Sonya se lo dijo a todos.

—Bien. No lo olvides.

Nos miramos fijamente. Creo que se va a marchar, pero entonces Rayne se alza.

Me desafía. —¿Qué hay ahí arriba? —pregunta.

—¿Te gustaría saberlo?

—A todo el mundo le gustaría saberlo. Es muy misterioso —entrecierra los ojos como si intentara ver a través de mí—. Un hombre rico y soltero con toda una planta de su mansión

bloqueada. ¿Qué podría estar escondiendo?

Su voz es sedosa. Casi me atrae su historia. —¿Cuál es tu teoría?

—Engreído de tu parte asumir que no tengo nada mejor que hacer que teorizar sobre tu vida.

—Solo es engreído si me equivoco.

Aprieta los labios, pero, como supuse, no puede guardarse sus pensamientos. —Estoy esperando que haya una rosa mágica ahí arriba y que todos los sirvientes nos convirtamos en escobas y candelabros.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Sacude la cabeza. —No sé por qué me sorprende. No te imagino de niño. Desde luego, no un niño que leyera cuentos de hadas. Mi verdadera teoría es que naciste así. Un imbécil maleducado y gruñón, de metro ochenta y hosco nada más salir del vientre materno —se revuelve el pelo castaño brillante por encima del hombro, con el cuello doblado en un elegante arco—. Será mejor que vuelva a mi sitio, jefe.

Luego cumple su palabra, se da la vuelta y dobla la esquina de la casa. Esta vez no la sigo, por mucho que me gustaría inmovilizarla contra la pared de ladrillo y violarla a campo abierto.

Y, a medida que avanza, no puedo ignorar la molesta sensación de que va en la dirección equivocada.



—ESTE NO ES NUESTRO SITIO —Skang Duttrop, el nombre real de este pobre bastardo; lo he comprobado, está sentado en la esquina más alejada de mi despacho con los brazos tatuados cruzados—. Ni siquiera debería haber asistido a esta maldita reunión. Estamos bien con Stefano. Es justo con nosotros.

—Justo, tal vez. Pero ¿es bueno contigo? —le pregunto.

Los ojos de Skang se entrecierran. —Es bastante bueno. Mejor de lo que lo ha sido cualquier otro bastardo de la mafia. Todos intentan echarnos. Llevamos aquí desde que se fundó esta puta ciudad, pero todos aparecen como si dirigieran el lugar. Es una mierda. Stefano puso fin a eso.

Todos estos sujetos tienen sus historias de origen. Grandes historias de sus antepasados fundando la ciudad, construyéndola con sus propias manos. Cuando, en realidad, lo cierto es que sus mayores se emborrachaban en algún antro y empezaban a hacer caballitos en medio de la calle.

—¿Estás diciendo que Stefano cambió las cosas para ti?

—Lo cambió todo —asiente Skang, mirando a los dos hombres que ha traído consigo. Llevan chalecos de cuero a juego con parches de cráneo destrozado sobre el corazón. Un vapor espectral surge del hueso—. Nos gusta Stefano. Pero no lo conocemos.

Me reclino en mi escritorio, posando un tobillo sobre la rodilla. —Para ser el presidente de un

club de moteros, eres mucho más cauto de lo que esperaba —la cara de Skang se frunce de desagrado, pero le hago un gesto para descartarlo—. Tranquilo. Eso es bueno. Los Robaalmas tienen en ti a un buen líder. Significa que quieres cuidar de tus hombres, de tu familia. Es un instinto que entiendo bien.

Sigue siendo cauteloso, pero puedo sentir que Skang se acerca a mí. —Escuché que tú y Stefano estaban trabajando juntos.

—Lo estábamos —admito—. Hicimos una tregua. Y entonces Stefano se pasó de la raya. Jugó con lo que era mío.

Germán deja escapar un suspiro casi inaudible detrás de mí. Programó esta reunión, pero no sabía por qué. Hasta ahora.

La chica no vale una guerra. Ya sé lo que siente. No necesita decirlo. Pero se equivoca.

Si Stefano se salta nuestra alianza para intentar herir a una mujer con la que me vio hablar en un evento, entonces no es alguien en quien valga la pena confiar. Aunque eso ya lo sabía.

—¿Buscas venganza? —hay un brillo en los ojos del hombre rudo—. Esa es mi especialidad.

—Lo he oído. Encontraste al hombre que asesinó a tu hija y convertiste su cráneo en una fuente.

Skang ríe sombríamente. —Hay tantos rumores tontos hoy en día. No puedes creer todo lo que oyes.

—Cada rumor tiene una migaja de verdad. Y una migaja es todo lo que necesito para saber que te quiero de mi lado. No del de Stefano.

Skang y sus hombres se miran unos a otros, con una discusión tácita delante de mí. Al cabo de un minuto, acerca su silla a mi mesa y se inclina hacia delante. —De acuerdo. Hablemos.

Sonrío y le ofrezco el mismo trato que he ofrecido a todos los demás clubes de moteros con los que Stefano se ha asociado. Protección en mi territorio en expansión, una parte de los beneficios a cambio de protección y una única deuda a la que podré recurrir en cualquier momento.

Al igual que los otros dos líderes del club antes que él, Skang acepta sin negociar. Y el castillo de Stefano pierde un ladrillo más.

11

RAYNE

La casa de Kirill es aún más grande de lo que pensaba. Es un edificio de tres plantas con una vivienda central y tres alas separadas, que salen del espacio principal como rayos de sol. Además, cada ala tiene un sótano.

Ya no me pregunto por qué necesita todo un equipo doméstico. En todo caso, me pregunto si ha contratado a suficiente gente.

—Me alegro de que nos hayan asignado el mismo gimnasio —dice Natalia. Está limpiando el espejo que va del suelo al techo, junto al mío. La habitación está llena de ellos, así que esta tarea le llevará una media hora.

Bajo el trapo. —¿Me estás diciendo que hay más gimnasios además de este?

—Tres —confirma—. Uno en cada ala.

Suelto un silbido bajo. —¿Hay algún equipo de fútbol profesional invisible viviendo aquí que yo desconozca?

Miro a mi alrededor. Hay un grupo entero de cintas de correr en la esquina trasera, con una fila de elípticas detrás, pero la mayor parte de la sala está dedicada a las pesas. Hay máquinas de sentadillas, soportes para mancuernas y un montón de aparatos de los que ni siquiera sé el nombre.

Natalia se encoge de hombros. —No me sorprendería. Lo loco es que esta es su segunda casa. ¿Crees que la de Nueva York también se parece a esta?

—No me extrañaría nada de él —murmuro. El eufemismo del año, aunque no de la forma en que lo entiende Natalia.

—Si yo fuera él, invertiría todo este dinero en algo que pudiera usar más a menudo. Pagar por una mansión que usas tres meses al año es una tontería.

—Si yo fuera él, destinaría todo este dinero a la filantropía —refunfuño—. Esto parece un desperdicio.

—Buuu. Aburrida —Natalia se echa el trapo al hombro y se deja caer en el banco de pesas más cercano—. Si tienes el dinero, mejor gastarlo.

—¿En qué? ¿En un montón de chatarra que estará desfasada dentro de un año?

Natalia se ríe y se arregla el pelo en el espejo. Hoy, el lado que no está rapado está trenzado contra su cabeza, terminando en un pequeño moño en la base de su cuello. —Debería haberme imaginado que eras una santurrona. Todo caridad y desinterés.

Me río. —Solo en teoría. En realidad no tengo dinero para donar a la caridad.

—Pero, si tuvieras dinero, ¿lo donarías?

Me encojo de hombros. —Eso espero. Me gusta pensar que sería una persona rica y generosa.

—Entonces nunca serás una persona rica —dice—. La gente no se hace rica siendo generosa y regalando todo su dinero. Construyen casas como esta junto al océano y contratan a pobres bobos idealistas como tú para que trabajen para ellos.

Hago una mueca de dolor. —Auch. Eso dolió.

—Soy honesta, nada más —cacarea—. Lo siento, pero es verdad. Aunque no pasa nada: yo tampoco voy a ser rica. Gasto tan rápido como me entra en los bolsillos.

Echo limpiacristales en el espejo de al lado, tapando mi reflejo. —Averigua en qué trabaja Kirill y quizá puedas entrar en esa escena. Al parecer, pagan bien.

—No creo que quiera vivir ese tipo de estilo de vida de alto riesgo.

El limpiador está goteando por el espejo, dirigiéndose rápidamente al suelo, pero me doy la vuelta. —¿Eh?

—El trabajo de Kirill —aclara—. ¿Todo eso del sindicato del crimen? No es para mí. No soy una buena samaritana, pero no me va lo de romper fémures y esas mierdas.

Me siento palidecer. ¿*Romper fémures*? Más bien romper tibias. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Lo sabes con seguridad? —pregunto con cuidado.

—No estoy *segura*, segura. Pero es imposible que no hayas oído los rumores —Natalia se incorpora. Puedo ver su contorno borroso en el espejo húmedo—. ¿Estás bien, Rayne?

Permanezco inmóvil y el limpiacristales se acumula en la unión del espejo con el suelo de cemento. Me sacudo rápidamente el susto y empiezo a limpiar el espejo con el trapo.

—Estoy bien. Es solo que no he oído nada sobre él. Pensé que era una especie de hombre de negocios.

—Lo es —dice ella—. Pero el tipo que estoy viendo es un artista del tatuaje. Ha trabajado mucho con los clubes de moteros locales. Y charlan mientras trabajan. Ha salido el nombre de Kirill.

Vuelvo a girarme, con los ojos muy abiertos. —¿Está en una banda de moteros?

—No —se ríe—. Pero está relacionado con ellos, al menos. Y eso no es un arma humeante ni nada, pero no es nada. Es suficiente para que me quede en su lado bueno, si sabes lo que quiero decir.

—¿Es por eso que no podemos ir al tercer piso? —pregunto, hablando más para mí que para nadie. Un millón de pensamientos pasan por mi cabeza. Imágenes de cadenas colgando de los techos, barras de acero aseguradas a las ventanas, paredes insonorizadas que se tragan los interminables gritos de sus enemigos.

Natalia se levanta del banco con un gemido y vuelve a limpiar. —No lo sé. He preguntado a todo el mundo y nadie sabe nada.

—¿Incluso Sonya?

—¡Diablos, no! No he hablado con Sonya más de lo necesario. Esa zorra es como un fantasma. Y ella no me diría nada de todos modos. También está metida en esto, ¿recuerdas?

—Ah, claro. Ella sube allí.

Cómplice es la palabra que me viene a la cabeza.

Durante unos minutos, me pierdo en la limpieza, en los detalles. El zumbido de la unidad de aire acondicionado independiente para el gimnasio actúa como un ruido blanco. El olor del desinfectante. Las almohadillas blandas bajo mis pies.

Si mi cerebro no estuviera ocupado hilando mil historias horripilantes diferentes sobre Kirill y todos sus secretos empapados de sangre, esto sería agradable. Relajante, incluso. A pesar de lo que piensen mis hermanas, hay algo satisfactorio en enfrentarse a una tarea física y ver un producto final distinto cuando terminas. Cuando Natalia y yo casi hemos terminado de limpiar los espejos y todas las máquinas, el gimnasio brilla. Casi me dan ganas de hacer ejercicio.

No del todo, pero casi.

—¿Crees que Viktoria sabe lo del tercer piso? —pregunto mientras recogemos nuestras cosas.

—Probablemente —dice Natalia—. Es su novia, así que seguro que sabe algo.

—Creo que podría ser su prometida —aventuro, nerviosa.

—¿Quién diablos sabe con esos dos? Solo los he visto juntos un par de veces, e incluso yo puedo decir que son todo un desastre. Inflamables. La definición de tóxico. Así que, en ese caso, supongo que no me sorprendería que ella no supiera lo que él tramaba. Es un cincuenta cincuenta, no sé.

—Solo pensé que...

Natalia grita de repente, haciéndome saltar. Entonces, su boca está cerca de mi oído, su voz baja. —Vamos a averiguarlo.

—¿¡Qué!? —pregunto, alejándome de ella.

Mueve las cejas y señala con un dedo hacia arriba. —Caminamos hasta allí y echamos un

vistazo.

—¿Y si nos pillan? —siseo de vuelta.

Pone una sonrisa inocente. —*Oh, no* —se burla con falsa voz inocente—. *Lo siento mucho. Soy nueva y no sé nada de direcciones. ¿En qué planta estoy?*

Pongo los ojos en blanco. —Nos despedirían. Ejecutadas en el acto.

—Puede que sí —su boca se estira en una sonrisa traviesa—. O puede que no.

Antes de que pueda responder, la puerta que tenemos delante se abre de golpe.

Ambas chillamos y nos separamos de un salto, culpables.

—Srta. Garner —ladra Sonya, sin prestar atención a lo mucho que nos ha asustado—. Tengo una tarea para ti.

Miro a Natalia, y realmente parece que ha visto un fantasma. Natalia parece intrépida en la mayoría de las circunstancias, pero Sonya es definitivamente una excepción.

—¿Para mí? —pregunto estúpidamente.

Sonya suspira, ya agotada de tener que dar explicaciones. —Sí. Tú. Ven conmigo —sale de la habitación sin hacer ruido por el pasillo. Mientras la sigo, me vuelvo hacia Natalia y gesticulo—: *¡Corre!*

Reprime una carcajada y me hace señas para que siga.

Sigo a Sonya sin decir palabra. Caminamos por el pasillo y subimos las escaleras hasta la planta principal. Una vez en la cocina, se vuelve hacia mí con un papel en las manos. —Este es el resto de tus tareas de hoy.

En el papel hay impreso un pequeño plano de la casa. “Segundo” está escrito al lado en letras de imprenta negras para indicar el segundo piso, supongo. Se ha marcado con un círculo un cuadrante de cuatro habitaciones.

—¿Todo el mundo tiene uno de estos? —pregunto—. No vi a Natalia con uno.

La mirada de la anciana se agudiza. Las líneas que rodean sus ojos y su boca se profundizan. —No. Estás recibiendo una... misión especial. Esta es su tarea de hoy. Una vez que hayas terminado, puedes irte.

Estoy a punto de preguntar por qué me asignan una misión especial, pero Sonya ya ha terminado con esta conversación. Se da la vuelta y sale silenciosamente de la habitación sin decir nada más.

—Bieeeenn, entonces —le digo al vacío.

No estoy segura de qué tipo de habitaciones están señaladas, así que cojo un cubo genérico de artículos de limpieza junto con una escoba, una aspiradora de mano y un plumero. Si necesito algo más, cada planta tiene su propio armario con casi todo lo que podamos necesitar.

Dada la forma en que he hablado con Kirill esta mañana, no me extrañaría nada llegar allí y descubrir que estoy limpiando la fosa séptica con mi cepillo de dientes personal.

Hay un ascensor para el personal, pero está más lejos que las escaleras. Además, me duelen tanto las piernas por ayer que espero que este trabajo cuente como ejercicio. Si consigo tener unas pantorrillas de infarto por subir las escaleras y estirarme para pulir las lámparas de araña, trabajar en el servicio de limpieza me compensará en más de un sentido.

Estoy a mitad de camino escaleras arriba, luchando por mantener agarrado mi cubo de provisiones, cuando oigo abrirse una puerta en el segundo piso. Un segundo después, voces masculinas resuenan hasta mí.

—...todo el tercer piso es un puto desastre —dice un hombre—. Deberías haberlo visto.

—Lo habría hecho, pero algunos no tenemos autorización —refunfuña otro hombre.

Tiene un ligero acento ruso.

—Tengo autorización, pero hasta a mí me echaron después de lo que pasó esta mañana. Vaciaron el lugar. Solo Sonya y German pudieron entrar.

Siento que el cubo se me escapa de las manos, pero hago lo que puedo para reajustar mi agarre en silencio. De pie en medio de las escaleras, no hay ningún lugar donde esconderse. Pero quiero oír todo lo que pueda de esta conversación antes de que me descubran.

¿Qué pasó en el tercer piso esta mañana?

—Para mí tiene sentido —dice una tercera voz—. Si alguien me encerrara en una habitación, me volvería loco.

¿Encerrar? Se me aprieta el corazón.

¿A quién tiene encerrado Kirill? Sabía que era una posibilidad. Antes imaginé barrotes y cadenas, pero, aun así, una parte profunda de mí pensó que estaba exagerando. Pero ¿de cuántas otras maneras puede interpretarse todo esto? Tal vez, en todo caso, estaba subestimando lo sombríos que podían ser los secretos del tercer piso.

—Ya estás chiflado.

Todo el grupo se ríe y entonces la tercera voz continúa. —Tiraría las paredes abajo para salir de allí. No nací para estar enjaulado.

—Por lo que parece, eso es lo que pasó —dice el primer hombre—. Vi papel tapiz desprendiéndose de las paredes y una puerta colgando de sus bisagras. La mierda estaba destrozada.

—Y nosotros seremos los encargados de limpiarlo, ya que el personal no puede subir. Qué. Maldita. Suerte.

—A Kirill le preocupa que una de las chicas se asuste y corra a los periódicos, probablemente —sugiere el ruso—. No quiere tener mala prensa.

Justo antes de que los hombres aparezcan en lo alto de la escalera, dejo caer el cubo con fuerza y hago ademán de reorganizar los productos de limpieza. Cuando vuelvo a levantar la vista, los hombres me miran con el ceño fruncido.

—¿Te has perdido? El ascensor está al final del pasillo —dice el hombre con acento ruso.

Me sobresalto y me llevo una mano al corazón, fingiendo estar asustada. —Lo siento. Me han asustado. No los he oído acercarse.

Es una mentira frágil. Si la presionas lo suficiente, se hará añicos. No hace falta ser un genio para saber hasta dónde llega el sonido en este mausoleo de mármol. Los habría oído venir si todavía estuviera en la cocina. Pero espero que los hombres no investiguen demasiado.

Son jóvenes. Dos de ellos tienen barbas desaliñadas, pero el tercero está completamente afeitado y lleva un moño en la cabeza. Los tres están fornidos, con músculos que ni siquiera sabía que existían. Está claro que utilizan uno de los tres gimnasios de la propiedad con regularidad. Quizá jueguen en el equipo de fútbol invisible.

—El ascensor está al final del pasillo —repite el hombre—. Sería más fácil que subir por las escaleras.

No me digas, imbécil. Sonrío. —Gracias. Pensé en hacer un poco de cardio subiendo las escaleras. No consideré que podría romperme el cuello subiendo todas estas cosas.

—No podemos permitir que te rompas el cuello —dice el hombre del moño.

Reconozco su voz. Es el que tiene autorización especial para estar en el tercer piso. —Sería un desperdicio de todo ese cardio.

Sus ojos me recorren de pies a cabeza. Me aprecia demasiado, teniendo en cuenta que llevo el mismo uniforme de sirvienta que las demás. Son más bien sin forma y unisex, en lo que a esas cosas se refiere.

Aun así, lo permito. Si me está admirando, no se estará preocupando por si sé demasiado y deberían colgarme junto a cualquier prisionero que tengan encerrado en el calabozo del tercer piso de Kirill.

—Intentaré subir de una pieza —me río, sonriéndoles mientras sigo subiendo.

Baja las escaleras y me quita el cubo. —Permíteme.

—No hace falta —protesto—. Seguro que están muy ocupados.

—Siempre tengo tiempo para ayudar a una mujer hermosa —su mano se curva sobre la mía durante un segundo—. ¿Cómo te llamas?

—Rayne. ¿Qué...?

Podría haber hecho estallar una bomba. El hombre retira la mano de inmediato y los tres hombres retroceden como si yo fuera un virus infeccioso, radiactivo o ambas cosas.

—Nos vemos —dice rápidamente el del moño.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de lo que ha cambiado. Kirill es la única razón por la que esos hombres correrían en dirección contraria como si yo fuera el hombre del saco.

Él es la razón por la que Sonya me dio instrucciones especiales.

Él es la razón por la que los hombres tienen miedo de mirarme.

Kirill me dijo que consigue lo que quiere, y ahora entiendo por qué. Porque está dispuesto a poner la baraja a su favor.

Vuelvo a consultar el pequeño mapa y avanzo por el pasillo hasta la primera habitación de la lista. Teniendo en cuenta lo que sé ahora, espero abrir la puerta y encontrar una especie de sala de sexo. O quizá una sala de tortura alicatada con un desagüe en el centro y sangre corriendo a chorros por la lechada.

En su lugar, es un dormitorio estándar. Cama con dosel, sábanas blancas y grandes ventanas con vistas al jardín delantero. Es bonito, pero impersonal. Y, cuando abro el armario, lo encuentro vacío. Una habitación de invitados, sin usar.

—Todo esto es perfectamente normal —me digo—. Nada extraño en absoluto.

Entonces, antes de que la estridente voz de alarma de mi cabeza aumente de volumen, me pongo manos a la obra.

Cambio las sábanas, paso la aspiradora por la alfombra de debajo de la cama, barro el suelo y limpio las ventanas. Paso el plumero por la cómoda y la mesilla de noche, pero ya parecen impecables. Probablemente alguien estuvo aquí ayer. Puede que incluso esta mañana temprano.

Cuando termino, cierro la puerta y paso a la siguiente habitación, solo para descubrir que es una copia de la anterior. Así que vuelvo a realizar exactamente el mismo proceso de limpieza.

Cuando termino de quitar el polvo de la cómoda, que ya está impecable, ya he cogido ritmo. Mi cuerpo está ocupado y mi mente en paz. Tener algo para mantenerme ocupada siempre me ha hecho sentir con los pies en la tierra. Es una de las razones por las que sé que me encantaría tener hijos algún día. Brady y Lily son agotadores, pero cuidar de otra persona tiene mucho sentido.

Sé que Lana es una buena madre, pero algunos días parece que prefiere pasar a los niños a su niñera que pasar tiempo real con ellos. Y ven a su padre tan poco.

Sé lo que se siente. Sentir que eres lo último en la lista de prioridades de los padres.

Cuando tenga hijos, quiero estar ahí para ellos. Elegiré a un hombre que los ame y que también me ame *a mí*, no me importa el tamaño de su billetera.

La tercera habitación es otro espacio para invitados, otra imagen especular de la primera y la segunda, pero ya me he acostumbrado a esta rutina de limpieza. Mi cuerpo está en modo piloto automático, barriendo, recogiendo y quitando el polvo. Vuelvo a colocar todos los utensilios en el cubo para pasar a la última habitación de la rotación cuando me doy cuenta de que he estado tarareando todo el tiempo.

Continúo, intentando que la parte subconsciente de mi cerebro se quede con unos compases más

para poder averiguar qué es lo que estaba cantando. Y entonces lo oigo claramente.

I've got sunshine on a cloudy day. When it's cold outside, I've got the month of May.

A medida que recuerdo las palabras, también vuelve su voz. La forma en que sonaba dando vueltas por la cocina y cantando en la radio. Cuando se dio cuenta de que estaba en la puerta, se giró y me señaló mientras cantaba.

—*Talking about my girl. My girl!*

Papá me incluyó en su baile, dejándome torpemente de pie sobre sus pies mientras él se movía y cantaba. Y, cuando terminó, me dejó caer de nuevo en la puerta con un beso en la cabeza. —Eres mi chica, Raynie. No lo olvides.

De repente, me siento sucia. Invadida. El hecho de que pequeñas partes de él puedan colarse incluso cuando no he hablado con él en años. Cuando no lo he visto en incluso más tiempo que eso.

A mamá nunca le gustó la música. Apenas la teníamos en casa. Le gustaba abrir las ventanas y escuchar el canto de los pájaros por la mañana. Le gustaba su máquina de lluvia, que dejó sonar en su mesilla de noche todas las noches hasta que murió.

Papá era el que llenaba todos los rincones de la casa con música de orquesta, jazz y grupos de los años cincuenta y sesenta de los que yo nunca había oído hablar. Cuando él se fue, también lo hizo la música.

Huyendo de los fantasmas de mi pasado, recojo mis artículos de limpieza y me escabullo por el pasillo hasta la última habitación.

En cuanto abro la puerta, sé que esta es diferente.

La luz blanca se difunde por el techo y los cálidos suelos de madera. Se filtra a través de las cortinas transparentes que cuelgan de la pared del fondo, formada por ventanas que van del suelo al techo.

Incluso antes de tropezar con la habitación aturdida y correr las cortinas, conozco la vista que me espera. Es la misma que vi ayer desde el salón: el océano rompiendo contra la orilla.

Aprieto las manos contra el cristal que voy a limpiar dentro de un momento y miro hacia abajo. Si el cristal se rompiera, me estrellaría contra el acantilado. No hay césped suave y cuidado que me atrape. Es la naturaleza áspera y dentada. Cruda y salvaje. Me invade el pecho un extraño deseo de desnudarme y zambullirme en el agua fría.

Quiero sentir el océano contra mi piel.

Mamá siempre decía: *Cuando estoy en el océano, no hay otro lugar en el que prefiera estar*.

Necesito eso ahora. Un recordatorio de que estoy aquí. Que estoy viva. Necesito recordar que he superado todo el drama con mi padre. Y con mis hermanas también.

Siempre he hecho lo que creía que era bueno para mí: renunciar a la universidad, cuidar de

mamá, intentar acercarme más a Lana y Lexi.

Soy la única persona que sabe lo que me conviene. No necesito a nadie más. —Parece que te vendría bien algo de compañía.

No debería escandalizarme tanto cuando su voz de barítono retumba detrás de mí, pero lo hago. Me doy la vuelta y aprieto la espalda contra el cristal. Kirill está de pie en la puerta, con un antebrazo apoyado en el marco en una inclinación muy sexy.

—Trabajo mejor sola —digo, intentando recuperar la compostura. Me pongo de pie y respiro para calmar mi corazón—. ¿Qué haces aquí? ¿No tienes trabajo que hacer?

Sacude la cabeza. —He terminado por hoy.

¿*Terminado con qué*? quiero preguntar. Si el novio tatuador de Natalia está en lo cierto, Kirill ha terminado con un ajetreado día de romper huesos y juerga con bandas de moteros. Pero cuando está delante de mí con unos pantalones grises oscuros y una camisa blanca abotonada a la medida de sus anchos hombros y su cintura afilada, es difícil imaginarlo corriendo con gente tan ruda.

La imagen de él clavando su talón en la espinilla de aquel guardia vuelve a aparecer en mi mente. El crujido del hueso. Esa noche llevaba esmoquin. Claramente, la ropa no hace al hombre.

—¿Y no tienes nada mejor que hacer que seguirme y acosarme? —le replico—. Probablemente fuiste tú quien me dio esta "misión especial". ¿Fue para que pudieras saber dónde encontrarme?

Kirill se aparta de la puerta y avanza hacia mí con pasos lentos y ambladores. —No necesito mover hilos para encontrarte en mi propia casa. Siempre sé dónde estás y lo que haces.

Sigue avanzando hacia mí, acortando la distancia que nos separa hasta que tengo que levantar la barbilla para encontrarme con sus ojos verdes. Puedo ver el océano reflejado en ellos, manchas de luz solar bailando en sus iris. Parpadeo con fuerza, como si pudiera tomar una imagen mental para recordarla más tarde. Sus ojos son realmente preciosos.

—Por ejemplo —dice, apretando las manos contra el cristal, enjaulándome—, sé que estabas aquí arriba disfrutando de mis vistas.

—¿*Tus vistas*? —me trago los nervios—. ¿Ahora no se me permite mirar por la ventana mientras trabajo? Caramba, esta lista de normas se está haciendo larga. Que no te vean, entra por detrás, no disfrutes del lujo que no te puedes permitir. Empieza a parecer muy bíblico. Muy "aparta la vista, no sea que te condenes".

Sus labios carnosos se levantan por un lado. Quiero acercarme y presionar con el dedo el pequeño pliegue de su mejilla. Sus arrugas de la risa no están muy marcadas, lo que me parece extraño. Sonríe mucho cuando está cerca de mí.

Agacha la cabeza. Sus palabras susurran en el arco de mi oreja. —Puedes mirar, pero no tocar.

Empiezo a preguntarle qué quiere decir, pero entonces me agarra por la cintura y me hace girar. Grito y trato de apoyarme en la ventana, pero Kirill me agarra las manos con las suyas.

Toda mi espalda se amolda a su frente. El calor de su cuerpo empapa mi uniforme.

Lentamente, me levanta las manos y las deja suspendidas sobre el cristal.

Sobre las huellas de palma que dejé cuando miraba antes por la ventana. Sobre las huellas de las palmas que añadió cuando me enjauló.

—Tendrás que limpiar eso ahora.

Puedo sentir las palabras formándose en su pecho. Cada inhalación y exhalación. El ruido sordo de lo vivo que está, reverberando a través de mí.

Sé que debería apartar mis manos de las suyas y ofenderme por su atrevimiento, pero su contacto es firme y constante. Hay algo en el contacto que me parece eterno y duradero. Como el océano.

Y, cuando estoy en el océano, no hay lugar en el que prefiera estar.

Me suelta de golpe. —No me gusta cuando mi habitación es un desastre.

El momento se rompe y me giro para mirarle. —¿Tu habitación?

Se tumba en la cama, con los brazos abiertos. —Bienvenida.

Cuando llegué, estaba tan concentrada en las vistas que ni siquiera miré a mi alrededor. Pasé por delante de la cama con dosel en el centro de la habitación para mirar por la ventana. Pero aquí está.

Con el propio Kirill Zaitsev extendido sobre el enorme colchón.

A diferencia de las habitaciones de invitados, su cubrecama es de un color rojo apagado. Como la arcilla. O sangre seca. Las paredes son de color verde salvia.

—Es tan... terroso.

—No pareces impresionada.

—Sorprendida, en realidad —digo—. Esperaba...

Me corto. Nada bueno puede salir de terminar esa frase.

—No me dejes colgado, Rayne. ¿Qué esperabas cuando pensaste en cómo era mi dormitorio? —sus cejas saltan de pura diversión—. Y dime qué llevabas puesto mientras lo imaginabas.

Arrugo la nariz. —Eres escoria.

—De la peor clase —dice sin perder el ritmo—. No dejes que eso te detenga.

Cruzo los brazos, pero es una defensa miserable contra él. —Me imaginaba un antro de libertinaje. Pintura roja y negra, esposas de plata enganchadas a las paredes, tal vez un columpio sexual bien usado colgando de la esquina.

Mira por encima del hombro hacia el armario. —Sabes, me he estado preguntando qué hacer con ese rincón. No es mala idea.

La conversación se desvanece y me siento desnuda. Las palabras son una armadura. Sin ellas,

estoy expuesta. Es como si pudiera ver a través de mí.

—Bueno, ¿te vas a quedar ahí tumbado viéndome trabajar? —le digo bruscamente.

—Felizmente —dice—. Continúa.

—De acuerdo. Lo haré.

Puedo ser profesional. Incluso cuando mi jefe es todo menos eso, puedo ser mejor persona. Como me enseñó mamá.

Cierro mi mente a la presencia de Kirill y a todo el cosquilleo y el zumbido que produce en mi cuerpo. No pienso en su torso caliente contra el mío, ni siquiera mientras rocío el cristal de su habitación y limpio las manchas de las huellas de nuestras manos.

No pienso en cuántas mujeres ha apretado contra ese cristal. Cuántas veces las mujeres han gritado su nombre en este dormitorio caro y amplio.

Cuántas veces ha estado aquí Viktoria... desnuda... gimiendo...

—¿Pasa algo? —pregunta Kirill desde la cama.

Levanto la vista y me doy cuenta de que me está mirando. Y de que mi nariz está arrugada con evidente disgusto.

Su leve sonrisa me hace pensar que sabe exactamente lo que me pasa. Suavizo mi expresión. —No, no pasa nada. Estoy bien.

Mientras limpio, ignoro la zona alrededor de la cama. En su lugar, me he movido por los bordes de la habitación, manteniendo la mayor distancia posible entre Kirill y yo. Pero ahora, no hay otra opción. No queda nada más que limpiar.

—Necesito cambiar las sábanas. ¿Quieres moverte o tengo que volver en otro momento?

—Las acaban de cambiar —dice.

—Tienes tanto personal que estoy segura que todas las sábanas fueron “recién cambiadas”. Pero tengo sábanas aquí si quieres que...

—No quiero —responde tajante—. Estoy cómodo. Continúa con el resto de tu trabajo.

Dios me libre de perturbar su comodidad mientras hago un trabajo manual para que pueda mirar.

Me muerdo la lengua y quito el polvo de las mesillas. Luego aspiro la alfombra y, por suerte, paso a la última tarea. Conecto el accesorio para aspirar debajo de la cama y me dejo caer sobre las manos y las rodillas. Oigo el peso de Kirill moverse sobre el colchón, sin duda para ver mejor mi posición.

Enciendo la aspiradora. —Cerdo.

—Habla más alto —grita por encima del ruido.

Hago como que no lo oigo.

Casi he terminado de aspirar, pero hay una pequeña caja al final de la cama que me estorba. La empujo con el accesorio, pero se engancha en la alfombra de felpa y se cae. Un montón de cosas se desparraman por el suelo.

Apago la aspiradora y me arrastro rápidamente hasta el final de la cama. Cuanto antes recoja esto, antes podré irme a descansar.

—¿Todo bien? —Kirill pregunta de nuevo.

Abro la boca para decirle que *estoy perfectamente, muchas gracias*. Pero entonces percibo una pizca de encaje rojo.

Y encaje negro.

Y seda blanca.

Bragas. Sostenes. Lencería diminuta.

Kirill tiene una caja de lencería femenina debajo de la cama. Y, mezclados entre el desparrame, hay al menos veinte paquetes de condones y tres frascos de lubricante.

—¿Cómo va todo por ahí abajo? —pregunta Kirill. Esta vez es imposible no notar la alegría en su voz.

Sabe exactamente lo que estoy mirando en este momento. Y le encanta.

Cálmate, creo. No dejes que te vea sudar.

En algún lugar de mi cabeza, oigo la voz de mi madre que me recuerda que debo superarlo. Pero los celos y el asco me aprietan tanto por dentro que no puedo pensar con claridad.

No quiero ser mejor persona. Quiero estar a su nivel.

Quiero arrastrarme con él en el barro.

Quiero unirme a él en el infierno.

12

KIRILL

Casi me olvido de la caja que tengo debajo de la cama. Hace siglos que no la necesito.

Pero Rayne no lo sabe.

Puedo ver la curva de su espalda desde donde estoy tumbado. En cuanto se dio cuenta de lo que había en la caja, se puso rígida. Se erizó como un gato a punto de abalanzarse.

La princesita no sabe lo transparente que es en realidad.

—¿Cómo va todo por ahí abajo? —pregunto.

Rayne se deja caer sobre sus rodillas y me mira desde el extremo de la cama. Su cabeza y sus hombros apenas sobresalen del colchón, y hago todo lo que puedo para no pensar en la geometría de eso. Las muchas formas posibles en que encajaremos juntos en esta habitación.

Porque lo haremos.

Todavía no.

—Encontré una caja de basura debajo de tu cama —dice.

—Oh, no —digo sarcásticamente—. Esperaba que trabajaras para mí un poco más antes de descubrir lo guarro que soy.

Sus ojos azules se entrecierran. —Supe exactamente lo *guarro* que eras desde el momento en que te conocí.

—Por eso te contraté. Para ayudarme a limpiar.

—Un trabajo imposible —murmura.

—En eso no te equivocas. Algunos perros viejos no quieren aprender trucos nuevos —Me recuesto en las almohadas con las manos detrás de la nuca—. Puedes tirar todo eso a la basura.

—¿A la basura?

—Eso es lo que se hace con la basura. Y dijiste que era una caja de basura, ¿verdad?

Duda, no sabe qué hacer ahora.

—¿Eres incapaz de discernir la basura de mis posesiones personales? —pregunto lentamente.

Sus labios carnosos se tuercen hacia un lado y un pequeño hoyuelo aparece en su mejilla. Como nunca me ha sonreído, es la primera vez que lo veo.

—Tengo discernimiento —dice—. Mucho.

—Como siempre, tú y yo estamos dando vueltas al asunto que nos ocupa. Disfrutaría de tu franqueza, para variar.

—Me importa un bledo lo que disfrutes, francamente.

Me incorporo de golpe, tan rápido que Rayne da un respingo. —Está claro. Si lo hicieras, no tendría que pedírtelo dos veces. Pero te pago para que te importe. Así que dime: ¿qué hay debajo de la cama?

—¿Me despedirás? —pregunta. Es un reto.

Sacudo la cabeza. —No. Creo que te gustaría demasiado.

—¿Me gustaría perder mi trabajo? —resopla—. Hablas como un hombre que no se preocupa de pagar sus facturas cada mes.

—Tal y como yo lo veo, tus opciones son responder a mi pregunta o renunciar.

Su piel se ruboriza y sé que tengo razón.

—No puedes guardar secretos ni porque de eso dependa tu vida —le digo—. Tu cuerpo reacciona a cada desprecio. Es como si estuvieras constantemente al borde de un precipicio, a un pequeño empujón de caer en el olvido.

—En la rabia —corrige.

Me río. —Hasta ahora, lo admito, ha sido sobre todo rabia. Pero tú y yo sabemos que la pasión es una bestia difícil de dominar. Pasa fácilmente del odio al amor y a la lujuria. A veces las tres cosas a la vez. ¿Cuál sientes ahora?

Con cada palabra que sale de mi boca, Rayne se pone más rosada. Finalmente, como un termómetro al sol, estalla.

—Tienes lencería femenina y condones debajo de la cama —me dice—. ¿Supongo que ambos son tuyos?

Me río. —Muéstrame una pieza y decide si crees que me quedaría bien.

Espero otra mirada de soslayo, pero Rayne coge algo del suelo y se levanta.

Es una pieza de encaje negro. No sería capaz de recordar a quién pertenecía ni con un arma en la cabeza. Pero cuando Rayne aprieta la tela contra su cuerpo, incluso con su uniforme debajo... *eso*

es memorable.

La parte superior es poco más que pequeños triángulos de encaje que cuelgan de tirantes delgados como sedales. Una banda de encaje va de la parte superior a la inferior. Las aberturas dejan ver sus caderas. No cuesta mucho imaginarla sin el uniforme burdeos.

—Tal vez tengas razón —dice, mirándose a sí misma, cambiando de pierna—. Esto parece un poco escaso para ti.

—Suelo evitar los ligueros siempre que puedo —hago todo lo posible por sonar normal, pero se me hace un nudo en la garganta. También me aprieta la parte delantera del pantalón.

Rayne rompe el encaje de un tajo furioso y lo tira al suelo. —Entonces, ¿de quién es?

—No la conoces. Probablemente yo tampoco.

Si cabe, la cara de Rayne se tuerce con aún más disgusto. —¡Dios! Eres increíble. En serio. Un imbécil de clase mundial.

—Eso me han dicho.

Ella gime de frustración. —Lo tergiversas todo a tu antojo. Mis palabras. Las situaciones. Las personas. A pesar de lo que piensas, el mundo no se pliega a tu voluntad.

—Hasta ahora no he tenido ningún problema —me encojo de hombros—. Has sido más terca que la mayoría. Pero soy un hombre paciente.

Eso no es verdad. No exactamente. Nunca he sido especialmente paciente.

Especialmente, en lo que respecta a las mujeres. No es que no esté dispuesto a esforzarme. Es que nadie ha merecido la pena. Ciertamente no Viktoria. Ni siquiera merece el esfuerzo que me costaría cancelar nuestro compromiso.

German siempre me da la lata con eso. Volvió a sacar el tema después de la cena de la otra noche.

—Quizá no sea nada para ti —dijo—, pero Viktoria haría a algún pobre imbécil extremadamente... bueno, extremadamente feliz. No estoy seguro de que sea capaz de hacer a nadie extremadamente “feliz” en el sentido pleno de la palabra. Pero ya sabes a qué me refiero. Podría estar gastando el dinero de otro perdedor y volviéndolo loco, pero tú no la dejas ir.

—¿No la dejo ir? Para empezar, nunca la quise —me burlé—. Ella es la que se ató a mí.

—Bien, entonces echa el ancla, o corta la cuerda, o cualquier puta analogía que signifique que sigas adelante e intentes cuidarte.

—¿Así que quieres que sea soltero para siempre? —bromeé.

Normalmente, eso le arrancaría una carcajada a German, pero estaba siendo sorprendentemente austero. —Has pasado toda tu vida cuidando de otras personas. Tal vez sea hora de que pienses en lo que quieres por una vez.

—Ya lo intenté una vez —gruñí—. No salió muy bien.

German trató de discutir, pero le rechacé. Por suerte, sabe que no debe presionar cuando no estoy de humor.

Rayne no tiene ese sentido común. A diferencia de tanta gente en mi vida, a ella no le importa lo que quiero o lo que pienso. Ella se opone. Discute.

Pero también la siento inclinarse hacia mí. Como un girasol que busca el sol, no puede ignorar su instinto de mirarme.

La forma en que me mira ahora.

—Vete —dice Rayne de repente. Tiene los ojos muy abiertos. En la luz azul que refleja el océano, son aún más vívidos. Parece como si pudiera entrar y sumergirme en ellos.

—¿Perdón?

—Vete —repite, señalando la puerta para enfatizar—. No puedo trabajar mientras estés aquí. Me pagas para limpiar, y no puedo hacerlo cuando me estás mirando.

—Adelante. Limpia. Nadie te lo impide.

Resopla y al exhalar se aparta un mechón de pelo de la cara. —Me detienes. Me estás distrayendo.

Inclino la cabeza hacia un lado. —¿Cómo te estoy distrayendo, Rayne? Dímelo.

—No.

—Ya hemos pasado por esto —suspiro—. Dímelo.

—No lo haré —cruza los brazos sobre el pecho, apretando aún más sus pechos. Es realmente insultante lo bien que le queda este uniforme. Se supone que son unisex, maldición.

—¿Así que vas a renunciar?

Menea la cabeza. —Tampoco.

—Esas son tus dos únicas opciones. Ya hemos pasado por esto. Dios, odio repetirme —me deslizo hasta el borde de la cama y pongo los pies en el suelo. Estoy lo bastante cerca como para agarrarla por la cintura y arrastrarla hasta mi regazo. En otras circunstancias, lo haría.

Podría envolverme con sus piernas. Podría penetrarla. Podríamos dejar de bailar alrededor de esta cosa que desprende calor entre nosotros mientras arde más y más con cada segundo que pasa.

—No. Hay una tercera opción. Sabes que la hay —dice. Traga saliva. Sus ojos miran a todas partes menos a los míos—. Me despides.

—¿Es eso lo que quieres?

—No —admite—. No quiero perder este trabajo. Pero tampoco seré tu marioneta. Ninguna

cantidad de dinero vale eso. No puedes meterme la mano y hacerme decir lo que quieras.

Hacia el final de su discurso, Rayne se da cuenta de lo que está diciendo, pero es demasiado tarde para corregir el rumbo. Demasiado tarde para retractarse.

Veo cómo la vergüenza y el deseo se reflejan en su cuello.

—Eso no es lo que quise decir. Quise decir que no... no quise decir... —gime—. Deja de tergiversar mis palabras.

—Lo estás haciendo todo por tu cuenta. Está bastante claro cuál es el problema, Rayne. Cómo te estoy distrayendo —susurro—. ¿Piensas en mi mano dentro de ti a menudo?

—Basta —sisea.

Me pongo de pie. Sin siquiera intentarlo, me cierno sobre ella, ensombreciéndola. —¿Has estado pensando en ello desde la noche que te llevé a casa? ¿La noche que me besaste?

—¡No te besé! —balbucea.

—Querías hacerlo —le digo como un hecho—. Desearías haberlo hecho. Te dormiste pensando en ello. En cómo habría sido que te tocara. Cómo te sentirías debajo de mí.

Su pecho sube y baja con pesadez. Prácticamente puedo ver su pulso retumbando en su cuello. Su cuerpo vibra como una máquina bien engrasada a punto de estallar. Solo tengo que esperar el momento en que toda esta pasión se convierta en lujuria.

De repente, Rayne da un paso adelante. Estamos casi codo con codo. El subir y bajar de su respiración la pone a milímetros de hacer contacto.

—En lo único que he estado pensando es en la clase de hombre que eres —respira—. Y qué clase de pesadillas tienes en el tercer piso.

La oración me pilla por sorpresa. Pero todo lo relacionado con Rayne me pilla por sorpresa.

—Apuesto a que eso te molesta mucho —comento—. No saberlo todo.

—Me molesta trabajar para un hombre al que apenas conozco —dice—. Me molesta que pueda ser un criminal.

Asiento con seriedad. —Eso podría ser molesto, desde luego.

Su mano se aplasta contra mi pecho. Sus dedos me presionan. Ambos nos inclinamos hacia ella sin pensarlo. —No hagas eso. No me descartes. Dime la verdad.

Bajo la barbilla. Cuando hablo, mi aliento agita su pelo castaño. —¿Quieres que te diga qué hay en el tercer piso?

Ella asiente. —Sí.

—Vale. Lo haré.

Empieza a bajar la mano, pero aprieto la palma contra su piel y la mantengo ahí. Ambos

podemos sentir los latidos de mi corazón.

El ritmo constante de los tambores.

Bom-bom.

Bom-bom.

—Arriba, en el tercer piso —susurro, con la voz cada vez más suave con cada sílaba—, está mi verdadero dormitorio. La habitación roja y negra que describiste antes con tanta precisión. Con cadenas en las paredes y sábanas de seda y cajas de juguetes y libertinaje que hacen que esta caja de lencería parezca un juego de niños.

Tiene los ojos redondos, fijos en mí. Casi parece congelada.

—Es mi guarida —continúo—. Donde llevo a cabo todas mis fantasías más oscuras. Donde doy rienda suelta a mis impulsos primarios. La mujer encadenada allí está agotada, gastada por todas las cosas que le hice. Y estoy buscando un nuevo juguete. ¿Te gustaría asumir el papel?

Rayne se deja llevar por mis palabras. Luego, parpadea. Y es como si saliera de un aturdimiento.

De repente, aparta la mano y se echa hacia atrás. —Eso no es gracioso.

Mantengo el rostro inexpresivo. —¿Quién dijo que estaba bromeando?

Sus ojos se entrecierran. —Incluso si estuvieras hablando en serio, que sé que no lo estás, no te tocaría a ti ni a tu antro de libertinaje ni con un palo de cien metros.

Hago un mohín con el labio inferior en un exagerado simulacro de ofensa. —Sé que parezco grande y fuerte, Rayne, pero los monstruos también tienen sentimientos.

—Tú no —replica ella—. Para ti todo y todos son un juego. No te tomas nada en serio. Y yo no soy un puto juego; soy una persona. Soy un maldito ser humano.

—Eres mi empleada.

—El hecho de que no creas que esas dos cosas son sinónimos es todo el problema —se da vuelta y empieza a coger el material de limpieza, pero lo deja caer con la misma rapidez. El cubo cae de lado en el suelo. Un trapo y una botella de limpiacristales quedan esparcidos en el suelo.

—¿Vas a llevarte eso contigo?

—No —responde ella—. No lo haré. Porque no puedo estar aquí contigo. Si quieres irte, me quedaré y limpiaré. Pero si no... —su expresión se endurece—. Si hubiera sabido que ibas a ser mi jefe, no solo no te habría casi besado aquella noche, sino que nunca habría aceptado este trabajo. Eres la peor persona que he conocido.

—Entonces, ¿por qué sigues pensando en quedarte y dejar que te enseñe lo malo que puedo llegar a ser?

Su cara se sonroja, revelando la fascinante verdad de que tengo razón.

Otra vez.

En silencio, se da la vuelta y sale de la habitación, dejándome solo... y más duro de lo que he estado en años.

13

RAYNE

Después del trabajo, camino penosamente hasta la parada del autobús. Durante todo el trayecto, no dejo de mirar por encima del hombro. Pero ningún coche negro con cristales tintados da media vuelta para llevarme.

Bien. No habría aceptado de todos modos.

Pero para cuando cojo el autobús hasta la parada más cercana a la casa de Lana y Mitchell y luego arrastro mi lamentable culo otro kilómetro cuesta arriba, aceptaría que me llevara a caballito el mismísimo Satán si se ofreciera. Los pies me están matando.

Me detengo ante la puerta de la casa de invitados. Tengo la mano en el pomo. Un giro y me meto en la cama sin moverme hasta que suene el despertador mañana temprano.

Pero tengo hambre. Sé a ciencia cierta que lo único parecido a comida que hay en mi nevera es un cartón de huevos que ha vivido en ella casi tanto tiempo como yo en Los Ángeles. Y también sé a ciencia cierta que Lana guarda burritos congelados para las noches en que los gemelos están especialmente quisquillosos.

Se me revuelve el estómago al pensarlo. La decisión está tomada. Me vuelvo hacia la casa.

El camino de entrada está vacío y la única luz de toda la casa es la que hay sobre el fregadero de la cocina, que permanece encendida permanentemente. Parece que todo el mundo ha salido.

—Dejaré un dólar por el burrito —racionalizo en voz baja mientras uso mi llave personal para la puerta trasera. La abro y entro en el oscuro lavadero. Hay un par de zapatos Louboutin de tacón rojo apoyados descuidadamente contra la pared. Pongo los ojos en blanco—. O quizá no.

Paso por encima de los zapatos que cuestan más de lo que ganaré en un mes y entro en la cocina. El congelador está en la despensa, así que giro a la izquierda y busco la puerta corredera.

—¿Tienes hambre? —dice una voz desde el otro lado de la cocina.

Grito y vuelvo a golpearme contra la pared. Mi brazo se agita, derriba la tetera de acero inoxidable de la encimera y la hace caer al suelo.

Lana apenas reacciona. Se limita a agitar su copa de vino alarmantemente llena, y a arquear una ceja. —Alguien está nerviosa.

Mi corazón está a punto de salirse del pecho, la adrenalina se convierte rápidamente en ira. —¡Sí! Porque *alguien* está sentada sola en una cocina oscura. ¿Qué demonios, Lana?

—¿Necesito recordarte que esta es mi casa?

Oigo el eco de la voz de Kirill recordándome siempre que es su casa. Su puerta principal. Su habitación. Su todo.

Un escalofrío me recorre la espalda al recordar que estaba en su dormitorio. Apretada contra su cuerpo, sus dedos entrelazados con los míos...

Resoplo. —No. Ya me han recordado bastante hoy que no tengo poder, gracias.

—¿Qué? —pregunta Lana.

—Nada, olvídalo. Solo me asustaste. No creí que hubiera nadie en casa. No había coches en la entrada. Y ninguna luz encendida.

Lana mira a su alrededor, como sorprendida de que esté tan oscuro. —Supongo que llevo aquí sentada más tiempo del que pensaba. Había salido el sol cuando me senté.

Me acerco a la isla y cojo la botella de vino casi vacía que tiene delante. —¿Y esto? ¿Estaba lleno cuando te sentaste?

Mi hermana me quita la botella de la mano con una destreza sorprendente, teniendo en cuenta que está completamente borracha. —No, no me bebí todo esto de una sentada. También tomé un poco anoche.

—Oh, bien, eso está mucho mejor.

Lana se da la vuelta y deja caer la botella vacía en el fregadero. Hace ruido, pero afortunadamente no se rompe. —Dices que soy crítica, pero mírate juzgándome. Cómo han cambiado las tornas.

Levanto las manos en señal de rendición. —No te juzgo.

Lana no parece convencida, pero se encoge de hombros y bebe otro trago largo de su cabernet. —De todas formas, ¿qué haces aquí si pensabas que no estábamos?

Señalo la despensa. —Vine por un burrito congelado. Tal vez dos. Depende de si hay más del de pollo y maíz asado.

—Los hay. Acabo de hacer el pedido de comestibles ayer, estamos reabastecidos —me hace un gesto con la mano—. Adelante. Roba. Coge lo que quieras y vete. Sabía que no estabas aquí para hacerme compañía.

Lana parece bastante relajada, pero tengo la sensación de que hay una incomodidad más profunda debajo de sus palabras. Un dolor que se esfuerza por no mostrar.

—Puedo calentar un burrito en tu microondas tan bien como en el mío —me meto en la despensa y vuelvo con dos burritos helados—. Vamos a pasar el rato.

—Bien. Pero al menos usa la freidora de aire. Esos burritos saben a mierda empapada cuando los calientas en el microondas.

Resoplo. —Aparentemente, mi paladar no es tan refinado como el tuyo. Siempre los meto en el microondas.

Lana me arrebata los burritos de la mano y se acerca al mostrador sobre piernas ligeramente temblorosas. —Entonces siéntate y deja que te enseñe lo que es el sabor.

La forma en que mi hermana se mueve por la cocina es cómoda, práctica. Gira para coger un plato del armario sin mirar y luego saca un tenedor del cajón y lo cierra con el mismo movimiento.

—Te pareces a mamá —observo.

—Soy madre.

—No —niego con la cabeza—. No una mamá; *nuestra* mamá. Mamá. La forma en que te mueves por la cocina. Espero que recojas algo del suelo con los dedos de los pies. ¿Recuerdas cómo lo hacía siempre?

Sus hombros se tensan un segundo. Lo suficiente para que lo note. Pero luego vuelve a su ritmo. —Eso era asqueroso. Una vez recogió una cuchara que se me cayó con los dedos de los pies. No entendía por qué no comía con ella cuando me la devolvió.

Me río. —Cuando tuve edad para prestar atención, estábamos las dos solas. No había nadie que juzgara. Supongo que no me importaba.

—Supongo que no —dice—. Tal vez debería bajar mis estándares. De todos modos, estoy sola la mayor parte del tiempo.

A diferencia de antes, este comentario no parece ligero y jocoso. Tiene peso. Una pesadez que se instala en el aire y nos arrastra al silencio.

—¿Dónde está todo el mundo esta noche? —pregunto.

—Los niños están en una fiesta de pijamas con sus primos. La hermana de Mitchell ha organizado una fiesta sin ningún motivo. Van a ver una película en el césped, comerán bocadillos temáticos y jugarán. Todo eso.

—Qué divertido.

—Así es como encuentra la satisfacción, supongo —Lana deja mis burritos en la freidora y cierra el cajón—. Cuidar de todos esos niños durante un día entero me volvería loca. Pero supongo que a ella le gusta. Aunque no sé qué coño hará cuando sus hijos se hayan ido.

—Pensé que te gustaba Amanda. Ese es su nombre, ¿verdad?

Ella asiente, distante. —Sí me agrada. Ella es... agradable.

Doy un respingo. —¡Caramba! Eso no es un cumplido viniendo de ti. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada.

Arqueo una ceja. —Sucedió algo. Cuando Mitchell y tú se casaron, Amanda y tú eran inseparables. De hecho, te bloqueé en Instagram durante un tiempo.

Ella jadea. —¡No lo hiciste!

—Lo hice —admito—. Una chica no puede ver tantas fotos de "hermanas enamoradas tomando una copa" sin perder la cabeza. Lo siento, pero tenía que hacerlo.

No ayudaba que viera todas esas fotos mientras vivía sola con mamá, viendo cómo su cuerpo se volvía cada día más frágil. Era difícil no sentir celos de lo despreocupada que se veía Lana.

—Hermanas enamoradas —murmura Lana, riendo entre dientes—. Lo había olvidado. Éramos muy unidas, pero supongo que yo también me aburrí. Luego tuvimos hijos y Amanda cambió. Toda su vida gira en torno a esos niños.

—Eso es algo normal. ¿Verdad? Todos los padres están obsesionados con sus hijos.

—Bueno, sí. Claro que sí. Pero... no sé. Es de lo único que quería hablar. En qué actividades estaban matriculados los niños, dónde iban a preescolar, el mejor sitio para comprar ropa sustentable para niños pequeños. Nunca quería hablar de nada real.

—¿Como...?

—Como que nuestros maridos desaparecen el noventa por ciento del tiempo y nos dejan a cargo de los hijos que hicimos juntos —Lana me mira. Tengo la sensación de que no quería ser tan franca.

—¿Dónde está Mitchell esta noche? —pregunto, esperando sonar más casual de lo que me siento.

Ella niega con la cabeza. —No sé. Algo del trabajo. Una reunión. Una cena. No lo sé. Me mandó un mensaje y dijo que volvería tarde.

Asiento, sin saber qué decir. El silencio de antes nos envuelve. Miro el temporizador de la freidora. Dieciséis minutos más.

—Solo pensé que sería más feliz —suelta Lana—. Con Mitchell. En esta casa. Con... todo. Pensé que seríamos más felices.

Eso me coge por sorpresa. —¿No eres feliz?

Se encoge de hombros. —Es difícil de decir.

—Probablemente sea señal de que no lo eres —sugiero—. Si no estás segura, entonces probablemente hay algo mal.

—Entonces algo va mal desde hace mucho tiempo —susurra—. Desde que nacieron los niños.

Nada de lo que dice Lana me sorprende. Lo sorprendente es que lo diga. Que admita que la imagen que proyecta al mundo es una gran fachada.

—¿Mitchell quería hijos?

—Sí. Quiero decir… eso creí. Estaba en el plan. Mitchell fue ascendido, compramos esta casa, y luego me quedé embarazada. Conseguir un dos por uno con los gemelos fue una sorpresa, pero no cambiaríamos nada. Son increíbles.

—Lily y Brady son los mejores —estoy de acuerdo.

A veces, me cuesta entender cómo dos niños tan imaginativos y llenos de vida pueden pertenecer a dos miserables como Lana y Mitchell. Pero bueno, todos somos así cuando somos jóvenes. Idealistas y despreocupados. La vida nos roba eso en algún momento.

Sonríe, pero la sonrisa desaparece con la misma rapidez. —Pero el ascenso vino acompañado de más horas y más responsabilidades. Mitchell siempre me dice que quiero que sea Superman —baja la voz, imitando a Mitchell— "*¿Cómo se supone que voy a pagar todas las mierdas que quieres y estar en casa todo el tiempo? ¿Qué más quieres de mí?*"

—Eso no es justo.

Ella suspira. —No lo es. Trabaja duro, y sé que le pido mucho. Pero...

—No —interrumpo—. No es justo para ti, Lana. Te mereces más que eso. Mucha gente tiene trabajos importantes y aún así saca tiempo para su familia. Mitchell puede hacerlo. Solo que no quiere.

Frunce el ceño. Tiene una pequeña mancha de vino en el labio superior. Se parece a Lily cuando está llegando al fondo de su vaso de zumo. —No creo que sea tan sencillo. Está sometido a mucha presión en el trabajo.

—Y tienes mucha presión en casa. Criar niños es duro.

Mucha gente lo tiene mucho más difícil que mi hermana, con su niñera, su chef personal y su ama de llaves. Pero aun así, los niños requieren mucha energía emocional. No tener al padre cerca complica mucho las cosas.

—Sí, pero son mi trabajo. Elegí quedarme en casa con ellos. Mitchell tiene razón. Eso los hace mi responsabilidad.

Resoplo. —No tiene razón. Hacen falta dos para bailar el tango. Mitchell tiene que dar un paso adelante. Si yo fuera tú, le diría que ordenara sus prioridades antes de dejarlo por alguien que se dé cuenta de lo increíbles que son los tres.

Creo que estoy fortaleciendo a mi hermana, dándole la inyección de confianza que me sorprende que necesite. Pero su cara se tuerce de horror.

—¿Estás sugiriendo que deje a mi marido? ¿Lo dice en serio?

Me quedo con la boca abierta. —Quiero decir... No, o, sí. Pero solo estaba...

—No puedo dejar a Mitchell —sisea—. Es mi marido. Elegí casarme con él. Hemos construido una vida juntos.

Asiento. —Lo sé. Pero si no eres feliz...

—¿Debería sacar a mis hijos de casa y de la vida que conocen para que yo pueda estar arruinada y feliz? ¿Como tú?

Me alejo de ella, sorprendida por el veneno de sus palabras. —Pensé que eras una borracha feliz.

—¡Menos mal que no me juzgas! Por el amor de Dios, no estoy borracha.

—¿Qué se supone que debo pensar? Te sorprendo bebiéndote una botella entera de vino y te sinceras conmigo por primera vez en tu vida. Nunca eres así cuando estás sobria.

Cruza los brazos con fuerza sobre el pecho. Lleva unos pantalones sueltos de lino y una camisa de seda metida en la cintura elástica. Tiene una gota de vino en la teta. —Perdóname por pensar que podría ser sincera contigo y que no lo sacarías de proporción. Dios, Rayne, siempre llevas las cosas al extremo.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ella sacude la cabeza. —No importa. Nada.

—No —insisto—, ya estamos aquí. Vamos a deshacer el equipaje.

Puede que mis hermanas y yo no seamos las hermanas más cercanas que existen, pero sabemos cómo hacer una sesión de terapia nuclear. *La honestidad brutal es mejor que una mentira bonita*, decía siempre mamá. Y nos guiábamos por eso.

Ella gime, luego se pone rígida y se descarga sobre mí. —Lo haces todo a toda velocidad. Mamá necesitaba una enfermera, así que tiraste tu vida por la borda para estar con ella. Querías reconectar conmigo, así que recogiste todo y te mudaste al otro lado del país para ocupar mi casa de invitados. ¿Has oído hablar de las videollamadas, Rayne? Podríamos habernos reconectado sin que te mudaras a mi puto patio trasero.

El pánico me oprime el pecho, pero intento sobreponerme. —Me mudaré si eso es lo que quieres. Tú me ofreciste un lugar donde vivir. Pensé que estaba bien, pero...

Lana estira la mano y me agarra del brazo. Cierra los ojos por un segundo y luego me mira. Sus ojos están inyectados en sangre, pero son serios. Su voz es suave. —Quiero que estés aquí.

—No lo parece.

—Estoy teniendo un día de mierda —dice—. Eso es todo. Por eso estoy bebiendo y confesando un montón de tonterías. Por eso ya no podía salir con Amanda. Intentaba desahogarme y ella se ponía a la defensiva por lo de su hermano. Pensé que podría escucharme, pero...

—Te escuché, Lana. Y parece que no eres feliz. Solo quiero lo mejor para ti.

—Mantener a mi familia unida es lo mejor para mí —dice. Lana me suelta el brazo y retrocede para apoyarse en la encimera. Prácticamente puedo ver el muro que está levantando entre

nosotras. Esta conversación está oficialmente prohibida—. No voy a divorciarme de él solo porque me aburra. La vida mejorará.

—¿Estás segura?

Ella asiente. —Tiene que hacerlo. No es que tenga muchas opciones.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué? —pregunta.

—¡Tú eres la que siempre está diciendo que debería haber ido a la universidad y haberme sacado un título! —le digo—. ¿Por qué no aprovechas el tuyo? No necesitas a Mitchell para tener una vida cómoda.

Cruza las piernas por los tobillos y se mira los pies. —Ha pasado... ha pasado demasiado tiempo. Ni siquiera conseguí un trabajo después de graduarme. Mitchell y yo nos casamos y nos mudamos mucho por su trabajo. Luego los niños. Nadie tomaría en serio mi bonito título de empresaria después de tantos años de ser ama de casa.

—Eso no lo sabes.

—Eso lo sé —replica—. Porque he hablado con algunos amigos de Mitchell para que me contraten en sus empresas y básicamente se han reído en mi cara. Esto es todo para mí, ¿vale? Esta es mi vida.

La idea de que mi hermana se ponga en evidencia y la hagan sentir pequeña me hace sentir el conocido ardor de la rabia en el pecho. —Quiero los nombres de todas las personas que se rieron en tu cara —exijo—. Y si de repente empiezan a quejarse de que les dejan paquetes de caca bimensuales en sus porches, haz como si no supieras nada.

Se ríe a su pesar. Cuando me mira, se siente casi cariñoso. Más cálida de lo que ha sido desde que me mudé. —No deberían ser castigados por decirme la verdad.

—¡Esa no es la verdad! —grito—. No sé qué tipo de círculos frecuentas, pero la ciudad es enorme. La otra noche organicé un evento lleno de directores ejecutivos e inversores. Un montón de gente importante. De hecho, allí conocí a mi jefe.

—Pensé que tenías ese trabajo de criada reservado desde hace semanas —dice, con la nariz arrugada por la confusión.

—Así es —le digo—. Pero mi jefe, futuro jefe, en ese momento, estaba en el evento esa noche. Es la primera vez que lo vi. Y...

Llevaba el esmoquin tan bien que casi podía ignorar que era un imbécil privilegiado. Pero ahora no puedo ignorar el caos que ha traído a mi vida. Si lo hubiera visto desde el principio tal y como es, ¿me habría molestado en coger el Uber para ir a su casa a la mañana siguiente? ¿O habría cortado por lo sano y me habría ido de la ciudad?

Me asusta que aún no esté segura de lo que haría. Lo que quiero. —Es peor de lo que pensé —dice Lana.

Parpadeo, saliendo de mis pensamientos. —¿Qué?

—Tu enamoramiento.

Mi boca gesticula toda una serie de réplicas que no acaban de salir.

—Es realmente malo —continúa—. Supe que tenías problemas cuando estuviste hablando de él la otra noche con Alexis. Te *gusta*, Ray.

Por fin recupero la capacidad de formar palabras. —¡No! En absoluto. Para nada. Es vil.

—¿No lo son todos?

—Así no, Lana. De verdad. Es... diferente.

—Eso es aún peor —dice—. Eres joven y aún buscas aventuras. Puedo ver que salir con alguien como él podría ser emocionante. Pero igual que yo no voy a tirar mi vida por la borda porque me aburra, tú no deberías tirar la tuya por la borda porque quieras una aventura. Sube a una montaña si necesitas algo de emoción. No te ensilles a un hombre al que le importa más su mansión en la playa que si eres feliz o no.

—¿Cómo sabes dónde vive?

Sonríe, aunque está teñida de amarga tristeza. —Mitchell me lo dijo. Llamó en cuanto te dejó. No paraba de hablar de cómo iba a ganar suficiente dinero para comprarnos un sitio así.

Cuando la freidora suena, Lana se da la vuelta y abre el cajón. Con unas pinzas, deposita mis burritos crujientes en un plato de cerámica. Cuando se vuelve para dármelos, me agarro al plato, pero Lana no lo suelta. Se acerca y me habla en voz baja.

—Prométeme que tendrás cuidado, Ray.

—Ya me avisaste la otra noche —digo con una risa forzada—. Ya lo sé.

Lana niega con la cabeza. —Lo digo en serio. Prométemelo.

¿Puede leer mi mente? ¿Es por eso que está tan preocupada? ¿Sabe que Kirill tenía razón esta tarde? ¿Que incluso cuando lo llamé monstruo, estuve a segundos de meterme en su cama y dejar que me convirtiera en uno también?

Entonces, ¿por qué sigues pensando en quedarte y dejar que te enseñe lo malo que puedo ser?

Creo que moriré con esa pregunta en los labios. —Rayne —dice—. Prométemelo.

Gruño. —Bien. Lo prometo, ¿vale? ¿Puedo comer mi burrito ahora?

Lana me lanza una mirada severa. Luego, suelta el plato.

—Gracias. Ahora... ve a tomarte un café. Y tómate una aspirina —le digo por encima del hombro—. Te vas a sentir como la mierda mañana.

—¿Qué hay de nuevo en eso? —responde.

Pero no creo que sea una ocurrencia. Creo que es otra parte de la verdad.



Me como uno de los burritos y acabo tan llena que decido refrigerar el otro. Puedo meterlo en el microondas para cenar mañana. Lana odiará que haya arruinado sus esfuerzos por darme un paladar más refinado, pero me gusta lo que me gusta. Demándame.

La lujosa cama de invitados y las sedosas sábanas me llaman, pero necesito ducharme para quitarme los restos del día. Me siento sucia.

Esperaba que trabajaras para mí un poco más antes de descubrir lo guarro que soy.

La voz de Kirill me sigue como un fantasma. Sus palabras se repiten en mi cabeza una y otra vez.

En la ducha, cierro los ojos y dejo que el agua caliente corra por mi espalda. Pero siento a Kirill apretado contra mí. Su calor corporal empapa mi uniforme.

Sin quererlo, levanto las manos y repito el momento. Sus dedos enredados con los míos, su pecho pegado a mi columna.

Un arco de mis caderas, y podría haber rodado contra él. Podría haber descubierto si estaba tan caliente por mí como yo por él.

Como lo sigo estando por él.

El fuego en mi vientre arde. La advertencia de Lana y mi propio sentido común se convierten en cenizas olvidables en el infierno. Kirill tenía razón: la pasión es una bestia difícil de dominar.

Pero creo que sé cómo puedo calmar esto por el momento.

Despacio, bajo la mano por mi propio cuerpo. Vuelvo a apoyar la cabeza en la húmeda pared de azulejos, imaginando los callosos dedos de Kirill sustituyendo a los míos.

Siempre me toma el pelo. Esto no es diferente. Me pellizca el pezón, llevándome al borde del dolor. Arqueo la espalda al contacto, gimiendo.

Su otra mano se desliza entre mis muslos y me acaricia el calor. El agua me salpica la espalda y recuerdo las vistas desde su habitación. El agua turquesa y la playa dorada. El cielo azul cubierto de nubes susurrantes.

No debería renunciar a mi vida por simples lujos, pero qué no daría por despertarme con esa visión cada día. Despertar junto a Kirill.

—No —jadeo. Es una fantasía, pero incluso las fantasías tienen sus límites. No existe un mundo en el que me despierte junto a Kirill.

Pero podemos hacer *esto*.

Deslizo un dedo entre mis resbaladizos pliegues, dando vueltas y presionando hasta que mis

caderas se mecen a un ritmo constante. Hasta que cabalgo sobre mi propia mano, imaginando que es Kirill quien me agarra.

Kirill haciendo temblar mis piernas.

Kirill haciéndome morder el labio y gritar.

No estoy loca. Sé que estoy sola en esta ducha. Pero tiene que ser al menos en parte responsable de este subidón. Normalmente, tardo veinte minutos en llegar. Tengo que esforzarme, obligarme a entrar en la fantasía. Pero esta noche estoy totalmente sumergida desde el principio. Si me inclinara hacia atrás ahora mismo, una parte de mí está convencida de que sentiría los duros planos de su cuerpo detrás de mí.

—Kirill —suspiro, probando su nombre en mi lengua.

Se me aprietan los muslos.

—Kirill —gimo de nuevo, moviéndome más rápido. Más fuerte. Llevándome al borde de la locura.

El orgasmo crece y crece. Está subiendo más alto de lo que he llegado nunca, y me preocupa que nunca termine. Que no haya liberación.

¿Piensas a menudo en mi mano dentro de ti? preguntó.

—Sí.

¿Has estado pensando en ello desde la noche que te llevé a casa?

—Sí.

Nunca he necesitado tanto una liberación en mi vida. La mentira de Kirill sobre su guarida de libertinaje suena como un indulto ahora.

Estoy buscando un nuevo juguete. ¿Te gustaría asumir el papel?

Finalmente, por suerte, la presión en mi interior alcanza su punto álgido y entonces... *boom*. Dulce liberación.

—Ohhh —gimo y golpeo la pared de la ducha con la mano. Aprieto la piel caliente contra el frío azulejo mientras me invade una oleada tras otra de placer.

Mi muñeca está débil, mis dedos entumecidos. Pero mi cuerpo es un cable vivo. En lugar de estar agotada, quiero más. Mucho más.

El orgasmo sigue bajándome a la tierra y quiero volver a hacerlo.

Me tiemblan tanto las piernas que no puedo mantenerme en pie. Con cuidado, me arrastro hasta el suelo de la ducha. Me siento bajo el chorro. El agua me cae por la cara mientras mis músculos se contraen, palpitan y suspiran.

No domé a la bestia de la pasión dentro de mí... La desperté.

Me paso las manos por la cara. —Estoy tan jodida.

14

KIRILL

—Skang Duttrop está en el redil —dice German. Su voz es estática a través de los altavoces del coche—. Prometió ponernos al día cuando Stefano se ponga en contacto.

—Bien. Te quiero en eso. Ya tengo bastante con lo de casa —respondo.

Casa. Hablo de la ciudad de Nueva York, pero lo que me viene a la mente es la mansión en la playa. Junto con una bonita criada de pelo castaño miel y ojos azul océano. Pensar en ella, tan luchadora como puede llegar a ser, es más acogedor que el montón de mensajes que me esperan de la casa de Nueva York.

—Se supone que los clubes nocturnos son una fachada —hago una mueca—, pero te juro que llevan más trabajo que toda la Bratva.

—¿Todavía lidiando con las licencias de licores? —pregunta.

—Puede que lo haga hasta que muera.

—Lástima. Seguro que te quita tiempo para flirtear con tu nueva doncella favorita.

—Cuidado —le advierto—. Sigue metiendo las narices en mis putos follones y te enterraré en papeleo.

—Mensaje recibido —dice rápidamente—. No oirás ni pío de mí sobre tu *follón*

Pongo los ojos en blanco y termino la llamada. Hoy no tengo energía para las estupideces de German.

Cuando entro por la puerta principal, la cocina y el comedor están a oscuras. El sol se oculta bajo el agua. Es probable que la mayoría del personal se haya marchado.

Me obligo a no reconocer la decepción de que Rayne ya se haya ido. Parece que hoy no habrá jueguecitos.

De todas formas, no tengo tiempo para eso. Ya debería haber subido a ver a Ilya. Las cosas se tuercen cuando rompo el horario. Pero es normal. Siempre tarda un poco en adaptarse a la nueva

vivienda cuando hacemos la transición de verano.

Avanzo por el pasillo hacia la escalera trasera. Estoy a punto de subir al tercer piso cuando escucho una música débil procedente del salón.

Me detengo y me inclino hacia el ruido. No es una radio. Solo el suave sonido de una mujer tarareando. Mi piel se eriza como si hubiera una corriente eléctrica en el aire.

No hago ningún esfuerzo por disimular mi aproximación. Mis zapatos repiquetean en el suelo de madera del pasillo, haciendo eco en los altos techos. Pero el canto continúa. Sea quien sea, no le importa que esté aquí, o está demasiado perdido en su propio mundo para darse cuenta.

Cuando doblo la esquina para entrar en el salón, sé exactamente cuál es la opción correcta.

Porque, si Rayne supiera que iba a venir, no la pillarían ni muerta en esta posición.

Está de rodillas y con los codos debajo del piano de cola, con el culo redondo al aire. Veo el trapo en su mano y la botella de limpiador a su lado, pero es imposible convencer a mi polla de que no lo hace para mí.

Porque, santo cielo, está haciendo cosas en mí.

Sus caderas se mueven ligeramente de un lado a otro al ritmo de la canción que canta.

Me quedo inmóvil, duro como una roca, mirándola.

Rayne se arrastra bajo el piano, arqueando la parte baja de la espalda mientras manotea una mancha de polvo en el suelo. Canta un par de compases en voz baja. —*When it's cold outside, I've got the month of May… what could make me feel this way?*

Sonrío y murmuro las siguientes letras. —*Talking 'bout my girl, my girl.*

Rayne grita e intenta levantarse de un salto, pero solo consigue golpearse la cabeza contra la parte inferior del piano. Unas cuantas notas retumban en el armazón del piano.

—¡Ay! —se queja y se golpea la frente contra el suelo. Me acerco a ella, pero se arrastra aún más bajo el piano—. Vete.

—Es la conmoción cerebral hablando. Ven aquí.

—No tengo una conmoción cerebral. Vete —Rayne me mira desde debajo del brazo. Sigue encorvada, con el uniforme ceñido sobre la curva de sus caderas. No puedo evitar mirar de su cara al resto de su cuerpo.

—Si me voy y mueres bajo este piano, será un lío para mí —le digo—. Legalmente, tengo que supervisarte.

En más de un sentido.

—Eso no es cierto —responde—. Puedo supervisarme a mí misma.

Baja la mano de la nuca y trata de sentarse, pero en cuanto la mano toca el suelo, se le resbala.

Levanta la palma y ambos vemos por qué.

Sangre.

—De acuerdo. Ya basta —me agacho y le agarro la pierna—. Sal ahora.

—Es solo un corte. No me pasa nada. Déjame...

Le doy un tirón del tobillo y la arrastro por el suelo liso. —¡Kirill! —gime.

Dios, mi nombre suena bien en sus labios.

—Deja de pelear antes de que te manches de sangre —ordeno.

La agarro por el tobillo, pero se pone boca arriba y me mira. —Suéltame y no tendré que luchar.

—Te agarré porque ya estabas peleando. Creo que es tu configuración por defecto.

—Y maltratarme es la tuya —intenta apartarme la mano con la otra pierna, pero yo me abalanzo y le agarro la muñeca. La levanto en el aire y la cojo en mis brazos. El movimiento es tan rápido que Rayne se aferra a mí por puro instinto de conservación.

Satisfecho, emprendo la marcha fuera de la habitación. —¿A dónde me llevas? —me empuja contra el pecho y me mancha la camisa de sangre. Parece recordarle que está herida. Vuelve a llevarse una mano a la nuca y hace una mueca de dolor—. Todo esto es culpa tuya. Me has sorprendido.

—Esta no es tu casa. Deberías esperar que esté por aquí.

—Bueno, no estuviste en todo el día.

—Es bueno saber que te diste cuenta.

Abre la boca para responder y luego la cierra de golpe. Menos mal.

Entro en la cocina y dejo caer a Rayne en el borde de la isla. Inmediatamente, intenta deslizarse y escabullirse, pero le aprieto las rodillas con las palmas de las manos. —No te muevas. Voy por un botiquín de primeros auxilios.

—Puedo valerme por mí misma —intenta deslizarse hacia abajo de nuevo y mis manos se deslizan más arriba en sus muslos.

Por instinto, sus piernas se separan. Mi cuerpo se acomoda entre sus rodillas. Es natural, los dos nos deslizamos juntos. Como el agua encontrando el punto más bajo. Las leyes de la naturaleza se cumplen.

Presiono con los dedos la suave piel de sus piernas, dejando que mis pulgares se deslicen por la costura interior de sus pantalones. Rayne tiene la indecencia de suspirar. Casi gime. Como si hubiera estado esperando esto.

Cuando levanta la vista hacia mí, hay calor en sus ojos. Un deseo crudo que es imposible ignorar.

Entonces, se le arruga la frente y se aparta de mí. Se desliza tanto hacia atrás que apenas le

sobresalen las pantorrillas.

—¿Y bien? —responde—. ¿Dónde está el botiquín? Acabemos con esto.

Mi polla hace fuerza contra mis pantalones. Y no es para menos. No he tenido sexo desde que conocí a esta exasperante mujer. Ha habido oportunidad, siempre la hay, pero no deseo. Por nadie más que por ella.

Mi padre siempre decía que ése era uno de mis puntos fuertes: mi dedicación a un objetivo. La forma tenaz en que me esfuerzo por conseguir un logro con un enfoque singular. Y, ahora mismo, ese enfoque singular está en Rayne.

Me obligo a dar un paso atrás. Luego, me agacho delante de ella.

Rayne jadea. —¿Qué estás haciendo?

Meto la mano en el armario de debajo de donde está sentada y saco la cajita roja con la cruz blanca encima. La agito en el aire. —Botiquín de primeros auxilios.

Se relaja y vuelve a separar las piernas. —Oh.

—¿Tenías otra cosa en mente? —frunce el ceño, pero la ignoro y le hago señas con un dedo—. Ven aquí.

—No —empieza ella—. Estoy bien aquí. Solo deja el botiquín, y yo...

Engancho mi brazo alrededor de su cintura y la arrastro hasta el borde del mostrador.

—¿Quieres dejar de tirarme así? —sisea. Tiene las palmas de las manos apoyadas en mi pecho —. No soy una niña.

—Créeme, soy muy consciente.

El significado se instala entre nosotros. Rayne retira las manos rápidamente y las pliega sobre el regazo.

—Ahora, gírate —ordeno—. Déjame ver la parte de atrás de tu cabeza.

Pone los ojos en blanco, pero escucha. Por fin. Mueve las caderas, una pierna cuelga casi hasta el suelo. La otra está metida debajo de ella. Gira el cuello y me entran ganas de apretarle los pulgares en las crestas de las clavículas. Quiero agarrarle un puñado de pelo, arquear su hermoso cuello hacia atrás y hacer que ronronee mi nombre.

—¿Y bien? —balbucea—. ¿Sobreviviré, Doc?

Aparto los ojos de su elegante silueta para concentrarme en la tarea que tengo entre manos. Con suavidad, le aparto el pelo hasta que veo el corte en la coronilla.

—Es un pequeño rasguño. Ya ha dejado de sangrar —le informo—. Pero tienes un huevo de ganso de buen tamaño aquí atrás.

—Pediré una indemnización, obviamente.

—Comprensible —la agarro por la cintura y la giro para que me mire. De nuevo, sus piernas se separan, y de nuevo, me deslizo entre ellas. No estoy seguro de que exista un universo en el que no acabemos en esta posición una y otra vez—. Y te sugiero que disfrutes de un riguroso reposo en cama.

Tiene las mejillas sonrojadas y respira con dificultad. Si no la conociera, pensaría que la he pillado haciendo ejercicio. —¿"Reposo riguroso en cama"? Un poco oxímoron, ¿no?

—No siempre.

Dejo que mis manos desciendan por la curva de su cintura hasta llegar a sus caderas.

Le masajeo los huesos de la cadera con los pulgares, bajando peligrosamente.

Rayne jadea y me agarra de las muñecas. —Sé profesional.

—Lo soy.

—¿*Esto* es ser profesional? —señala el mínimo espacio entre nuestros cuerpos.

—Soy profesional con todos los demás —aclaro—. He cruzado muchas líneas en mi vida, pero nunca esta. Nunca he tocado a alguien que trabajara para mí.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora —estoy de acuerdo.

Ella traga y yo quiero darle un mordisco en el cuello. Quiero devorar a esta mujer, saborearla centímetro a centímetro.

—¿Por qué ahora?

Me acerco más. Inclino la cara para que mis palabras susurren en el punto de su pulso. —Porque hay una primera vez para todo. Algunas reglas están hechas para romperse.

Sus manos suben y se posan en mis hombros. Se aparta de mí. —¿Es eso? ¿Soy un logro que puedes marcar? *Querido diario, hoy he roto otra regla. Hurra por mí.*

—No llevo un diario.

—Por supuesto que no. Los hombres emocionalmente reprimidos nunca lo hacen.

Intenta apartarme, pero yo me acerco. Sin querer, sus manos se deslizan por mis hombros y me rodean el cuello. —Basta, Kirill.

—Entonces deja de decir mi nombre así —gruño.

Hay un momento de duda antes de que exhale. —Kirill.

Cuando la miro, vuelve el mismo deseo que antes. Sus dedos suben y me acarician el pelo de la base del cuello.

Respiro hondo y cierro los ojos. —Quítame las manos de encima.

Rayne se queda totalmente inmóvil. —¿Qué?

—Si quieres que pare —digo, haciendo uso de toda la contención de mi cuerpo—, entonces quítame las manos de encima. Me iré. Pero si no...

—¿Qué pasará si no lo hago? —respira—. ¿Qué me harás?

Un sonido animal que apenas reconozco retumba en mi pecho. Rozo con mi mejilla áspera la suya suave y dejo que mis labios rocen su cuello. —Todo —susurro—. Haré todo.

De repente, se ablanda. Sus muslos se abren. Arquea su pecho contra el mío y sus dedos se enroscan en el pelo de la base de mi cuello.

Beso su cuello y su clavícula. Saboreo su piel suave como la seda mientras ella se retuerce contra mí, inclinando las caderas para buscar la sensación que desea. Gime de frustración, la arrastro entre mis brazos y la aprisiono contra el borde de la encimera con las caderas. Nuestros cuerpos encajan como si estuviéramos hechos para esto. Rayne gira sus caderas contra mí y veo las putas estrellas.

Choco mi boca contra la suya. Sus labios se separan en un grito de sorpresa, pero el sonido se pierde en un gemido impotente. Tomo su labio inferior entre los dientes. Y cuando deslizo mi lengua contra la suya, es como tocar una batería. Zumbamos, zumbamos con una energía que no puedo explicar.

Pero siento la necesidad de intentarlo.

—No me he corrido desde que te conocí —murmuro.

Echa la cabeza hacia atrás para que le bese el cuello y me engancha los tobillos en la parte baja de la espalda, colocándose contra la barra de acero de mis pantalones. —Mentiroso.

—No te hagas la sorprendida. Estoy seguro de que tú tampoco.

Parpadea solo un momento. Es una breve vacilación, la expresión de una conciencia culpable.

Pero es suficiente.

Me echo hacia atrás, con una ceja levantada. —¿O sí?

Su cara enrojece y los celos rugen en mi interior. —¿Quién?

—Tú —dice rápidamente—. O, bueno... yo. Yo misma. Pero pensaba en... No importa.

—Mira quién es guarra también —le pellizco la mandíbula—. ¿Te has tocado en la cama? ¿O usaste un juguete? Más vale que fuera uno grande. No me gustaría que tu fantasía no fuera cierta.

Se ríe y es como música. No está teñida de fastidio o frustración. Suena completamente diferente. Libre. Por un minuto, me olvido de todo lo demás excepto de esto.

—Dime —le ordeno.

—Quieres que te hable de cómo me...

—Dime cómo te has corrido —deslizo la mano por su cadera y la meto por debajo de la cintura de sus pantalones. Incluso a través de sus bragas, puedo sentir su calor. La humedad que se acumula allí. Todo para mí—. ¿Usaste tu mano?

Ella asiente, se muerde el labio y gime. —Imaginé que era la tuya.

—Buena chica —la recompenso con una caricia—. ¿En la cama?

—La ducha —ahora se está apretando contra mi mano. Decir que "*la tengo justo donde quiero*" sería quedarse corto.

—¿Estabas pensando en mí en la ducha? Me lo tomaré como un cumplido.

—Y obviamente tú no estabas pensando en mí si no has tenido un desahogo desde que nos conocimos —dice—. ¿Debería ofenderme?

Enrosco el dedo contra su raja, aún moviéndome sobre sus bragas. —Estaba pensando en ti. Pero tengo autocontrol.

—O una libido baja.

Lanzo una carcajada. —Saber lo que quiero no es lo mismo que no quererlo. ¿Por qué iba a conformarme con una fantasía cuando, con un poco de paciencia, podría tener la auténtica?

Espero que Rayne tenga algo que decir al respecto. Suele hacerlo. Pero cuando miro hacia abajo, tiene los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Está perdida ante mis caricias, a punto de correrse por un simple roce por encima de las bragas. No me extraña que no pueda evitar tocarse. Está a punto de caerse a pedazos, maldición.

—Me deseas —digo entre largos besos—. Me deseas desde la noche en que nos conocimos.

—Cállate.

Me río, pero Rayne atrapa el sonido en su boca.

—Tenías razón —dice—. Sobre la pasión. Cómo pasa de un extremo al otro. Ayer te odiaba.

—¿Estás diciendo que me amas ahora?

—Digo que te *deseo* ahora —gime cuando aumento el ritmo y se revuelca contra mí hasta que se agita con tanta fuerza que casi me cuesta sujetarla.

Un gemido grave empieza a salir de ella con cada embestida, y estoy a punto de deslizar el dedo bajo sus bragas para terminar el trabajo. Porque, por mucho que yo necesite mi propia liberación, quiero ver a Rayne deshacerse aún más. Quiero que esta lucha por el poder termine con ella literalmente enroscada en mi dedo.

—Por favor —jadea—. Kirill. Por favor.

Gimo y me deslizo bajo sus bragas.

—Kirill.

Esta voz es más grave. Claramente no es la de Rayne. Claramente masculina.

Ambos nos congelamos.

Rayne se echa hacia atrás y me mira, parpadeando como si estuviera saliendo de un aturdimiento. Luego mira más allá de mí y todo su cuerpo se envuelve en llamas. Está roja de la coronilla a los pies. —Dios mío.

Miro hacia atrás y veo a German detrás de mí.

—¿Qué coño? —ladro—. Lárgate de...

—Te he llamado dos veces. Hay un problema en la tercera planta —dice. La falta total de guiños y asentimientos por su parte al interrumpir esta farsa sexual me dice exactamente lo serio que es.

—*Blyat'* —saco la mano de los pantalones de Rayne y retrocedo.

No oí acercarse a German. No sentí vibrar mi teléfono. Porque dejé que esta mujer me distrajera. Me dejé absorber por este momento en detrimento de todo lo demás.

Como la última vez que mi mundo se vino abajo.

Rayne me mira, esperando a que diga algo. Que me disculpe y me vaya. Pero solo hay una persona con la que tengo que disculparme.

Giro sobre mis talones y subo corriendo las escaleras.

15

RAYNE

La humillación se aferra a mí como un hedor. Juro que todo el mundo puede olerlo. Es la única explicación que tengo de por qué todo el mundo ha mantenido las distancias todo el día, incluso Natalia.

Dudo que Kirill o su amigo le hayan contado a alguien lo que pasó en la cocina. Pero tal vez hay cámaras. Tal vez alguien más nos vio antes que German. ¿Por qué si no todos se esconderían y correrían al verme?

Probablemente porque rezumas frustración sexual y estás a punto de sufrir un colapso, dice la parte más racional de mi cerebro.

Dejo caer la frente contra el cristal que se supone que estoy limpiando. Llevo una hora en el gimnasio mediano, a diferencia del grande y el pequeño, pero debería haber terminado hace veinte minutos. Ni siquiera estoy segura de que se haya utilizado desde la última vez que se limpió, así que debería haber sido un trabajo rápido. Pero me he distraído.

Además, estar aquí es mejor que hacer lo que realmente quiero hacer: subir corriendo al tercer piso para averiguar qué demonios esconde Kirill ahí arriba.

—Quizá sea un antro de libertinaje — digo con una amarga especie de medio sarcasmo, medio depresión a mi reflejo—. Tal vez yo no era lo suficientemente libertina para él.

Pero eso no puede ser verdad. Estaba a punto de meterme los dedos en medio de su cocina. ¡Le conté sobre mi sesión de ducha de la noche anterior! Si eso no es libertinaje, entonces no quiero saber qué lugar ocupo en la escala.

No, es otra cosa.

Hay un problema en el tercer piso. ¿Por qué no pudo ser German más comunicativo con la información? ¿Un problema con qué?

Podía sentir la erección de Kirill contra mi muslo. Sé que le gustaba lo que estábamos haciendo. De ninguna manera se habría dejado arrastrar por algún tonto problema mecánico. Ni fugas de agua, ni hornos rotos.

En mi mente se arremolinan más posibilidades, aunque solo sea para explicar por qué ayer pudo salir de aquella cocina como si nada. Sobre todo, cuando yo habría hecho cualquier cosa por quedarme allí y terminar lo que empezamos.

No he visto a Natalia en todo el día, pero oigo su voz en mi cabeza. *Vamos a averiguarlo.*

—No puedo —susurro. Hablar conmigo misma es un nuevo bache en una vida llena de ellos, pero alguien tiene que ser la voz de la razón, y yo soy la única aquí—. Me despedirán.

No es como si pudieras mostrar tu cara delante de Kirill de nuevo de todos modos.

Mi voz mental tiene un punto convincente. Apenas me convencí de aparecer hoy. Su mano estaba dentro de mis pantalones, por el amor de Dios. Anoche le desnudé una pequeña parte de mi alma y no hay vuelta atrás. Tal vez ser despedida sería una bendición.

Sobre todo si va emparejado con descubrir por fin qué esconde Kirill. Porque poco a poco, me está volviendo loca.

Mantengo este debate interno conmigo misma durante la siguiente media hora.

Cuando termino de limpiar el gimnasio y subo a guardar el material de limpieza, subo las escaleras hasta el primer piso y luego al segundo.

Y entonces... sigo adelante.

—Esto es estúpido —murmuro en voz baja—. Imprudente. La peor decisión de la historia.

Pero no puedo evitar que mis pies suban.

La luz no está encendida en la escalera del tercer piso. Una pista visual para el personal de que *no debes pasar,* al parecer. Pero paso de todos modos.

Subo directamente a la tercera planta y me encuentro con un pasillo truncado. Al final de las escaleras de todas las demás plantas hay un largo pasillo con habitaciones situadas a ambos lados. Pero la tercera planta tiene un armario a la derecha, un ascensor a la izquierda y, a continuación, un conjunto de puertas dobles a no más de tres metros. Eso es todo.

—Probablemente esté cerrado —digo. Así que giro la manilla para confirmarlo, segura ya de que esta improvisada y desacertada aventurilla está a punto de terminar.

Excepto... que se abre.

Me quedo inmóvil. Me debato entre la decisión correcta y la incorrecta. Es un momento decisivo. Pero por mi vida, no sé cuál es cuál.

¿Vuelvo sin saber y conservo mi empleo? ¿O me lanzo y obtengo la respuesta a mis preguntas en detrimento de mi empleo actual y, posiblemente, de mi vida?

—No es un asesino —digo. Pero es un consuelo frío, si es que es verdad. Vi a Kirill partir la pierna de un hombre por la mitad sin pensárselo dos veces. En la lista de personas capaces de asesinar que conozco, él es el primero—. O al menos, no *me* matará.

Al parecer, eso es suficiente estímulo para hacerme cruzar las puertas dobles.

La confianza es la clave. Si parece que sé a dónde voy y lo que hago, nadie me detendrá. Claro que eso es difícil cuando estoy ocupada mirando boquiabierta a mi alrededor.

A diferencia del resto de la mansión, decorada con severas líneas modernas y tonos grises, la tercera planta está inundada de amarillos y azules. Es como sumergirse en el océano. El papel pintado es de un blanco cremoso y texturizado, con arrimaderos azules en la mitad inferior de las paredes. La alfombra es de un color dorado pálido que recuerda a la arena. En lugar de estar dividido en innumerables habitaciones individuales, este piso se ha distribuido como un apartamento único.

A la derecha hay una sala de estar con ventanas que dan al agua. Justo detrás hay una cocina con comedor. Hacia el fondo del espacio hay un pasillo que supongo conduce a un dormitorio. O dormitorios en plural, dependiendo de cuántas personas se alojen aquí.

¿La tercera planta está prohibida porque Kirill la alquila? ¿Quizás está alquilando este piso, por lo que no quiere que sus criadas irrumpan en la residencia privada de otra persona...?

Pero eso no explica lo que escuché de los guardias el otro día. Hablaban de que habían destrozado el lugar. Sobre algún tipo de enloquecimiento. Mencionaron que alguien había sido encerrado...

No debería estar aquí. La sensación es tan repentina y abrumadora que casi me derriba. ¿En qué demonios estaba pensando? Me metí en una situación desconocida sin más información que la de que podía ser peligrosa.

Podrían asesinarme. O secuestrarme. O morir a tiros porque la persona que vive aquí piensa que soy un intruso.

El pánico me oprime el pecho y necesito salir. Ahora.

Me doy la vuelta para huir por las puertas dobles que acabo de atravesar. Pero, en cuanto me doy la vuelta, las puertas se abren.

Y entra Sonya.

La mujer severa no me ve por un segundo. Sostiene un montón de sábanas dobladas y un manojo de toallas. Creo ver incluso un atisbo de sonrisa en sus labios.

Luego, levanta la vista.

—Tú —sisea. Su boca se frunce en una mueca feroz—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba limpiando y... la puerta estaba abierta —tropiezo—. Me pareció oír... lo siento. Ya me iba.

Sus ojos se entrecierran. —Me dijeron que no te disciplinara, pero te despedirán por esto. Sabía que eras un problema desde el principio. Tu cara bonita no te salvará ahora.

No tengo ni idea de qué está divagando la mujer, pero estoy a punto de cruzar corriendo la puerta

y salir de esta maldita casa... cuando oigo un rugido desquiciado detrás de mí.

Me doy la vuelta por instinto. Sonya pasa corriendo a mi lado, en dirección al ruido. Pero un hombre enorme y corpulento que sale de una puerta a la derecha la detiene en mitad del pasillo. Por la forma en que retrocede, supongo que es un intruso.

El rostro del hombre está medio en sombras, pero retorcido por una clara rabia.

Avanza hacia Sonya, y no sé por qué, pero quiero protegerla. —¡Oye! ¡Déjala en paz! —grito.

—Cierra la boca —sisea Sonya—. Vete de aquí. Lo estás empeorando.

El hombre se vuelve hacia mí y me doy cuenta de que su rostro no está retorcido por la rabia, sino por las cicatrices. Unas arrugas profundas y moteadas le recorren la mejilla izquierda y el ojo. Tiene la boca parcialmente abierta y oigo su respiración agitada desde el otro lado de la habitación.

—No pasa nada —dice Sonya. Se acerca a él con las palmas abiertas, moviéndose lentamente como si fuera un animal salvaje al que intenta calmar—. Soy yo. Sonya. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Kirill! —grita el hombre. Aunque no sabría lo que dice si no supiera ya el nombre de Kirill. Suena como si su lengua fuera demasiado grande para su boca.

—Él no está aquí. Pero yo estoy aquí —canturrea Sonya. Su voz es un poco más suave que de costumbre, pero difícilmente podría describirse como cálida. No estoy segura de que Sonya sea capaz de ser cálida.

—¡Kirill! —el hombre levanta el brazo, apenas rozando el hombro de Sonya. Su puño golpea la pared. La pared de yeso se agrieta y el papel se rasga. Tira del papel y lo arranca hasta el arrimadero antes de volver a por más.

Sonya jadea. —¡No, no! No. No hagamos eso. Eso ensucia todo, ¿recuerdas? Encendamos la tele. ¿Quieres ver un programa?

Pone una mano en el brazo del hombre, pero él lanza un codazo y Sonya tropieza hacia atrás, perdiendo el equilibrio en el proceso. Cae de espaldas.

—Sonya, ¿estás bien? —le digo.

Le tiendo una mano, pero incluso ahora, ella la aparta de un manotazo. —¡Vete de aquí! Voy a buscar ayuda.

Sonya pasa rozándome y atraviesa las puertas dobles que hay detrás.

Y estoy sola con el hombre de las cicatrices.

Fuera. Date la vuelta y corre. Eso es lo que debería hacer.

Casi lo hago. Pero el hombre sigue tirando del papel pintado, gritando el nombre de Kirill. Excepto que, cuando me detengo y escucho, me doy cuenta de que no grita en absoluto.

Está llorando.

La música de sus lágrimas me conmueve. Suena más triste que nadie que haya oído en mi vida.

—¿Conoces a Kirill? —pregunto tímidamente.

Al oír mi voz, deja caer el papel pintado que sostenía y se vuelve hacia mí. Casi parece sorprendido de verme. Como si ya se hubiera olvidado de que estoy aquí.

—Hola —le digo en voz baja. No me atrevo a acercarme a él. Todavía no. Pero lo saludo con la mano—. Soy Rayne.

—Rayne —arruga la cara y luego señala las ventanas. Mueve los dedos mientras baja las manos como un niño pequeño cantando *Itsy Bitsy Araña*—. Llueve.

—Rayne, como lluvia en inglés. Sí, esa soy yo.

Se queda tranquilo un segundo, estudiándome. Me da un segundo para estudiarlo a él. Es macizo, alto y ancho, pero parece natural. No está musculado como si hubiera utilizado alguno de los tres gimnasios de esta casa. Su mandíbula y sus brazos son suaves. Su pelo es castaño arenoso, pero sus ojos verdes son vivos y cautivadores. Es extrañamente joven, aunque si tuviera que adivinar, diría que tiene entre veinte y cuarenta años.

Estoy tan perdida estudiándolo que no me doy cuenta de que avanza hacia mí hasta que es demasiado tarde.

—Oh, hola —vuelvo a decir, dando un paso atrás.

El movimiento lo sobresalta. Veo el cambio en su expresión. La forma en que se echa hacia atrás, su cara llena de cicatrices se arruga por la confusión.

—Kirill —gime. Luego, ruge—. ¡Kirill!

Cuando se calman sus bramidos, pregunto—: ¿Conoces a Kirill?

El sonido del nombre parece calmarlo. Parpadea. —Kirill.

Asiento. —Yo también conozco a Kirill.

No estoy del todo segura de si conocer a Kirill es algo bueno o malo, pero, cuando el hombre sonríe, tengo mi respuesta: Kirill es un amigo.

No puedo decir que no sea un alivio. Mejor que esto no sea una cámara de tortura u otra cosa.

—¿Kirill te visita?

Mira más allá de mí hacia la puerta, sus ojos se juntan. —¿A dónde?

—No está aquí ahora, pero...

Vuelve a gritar el nombre de Kirill y yo retrocedo por instinto.

—Vendrá —le digo, mintiendo para salvar mi pellejo—. Kirill vendrá. Vendrá.

El hombre respira agitadamente por la rabieta, pero se queda quieto cuando me entiende.

—Podemos sentarnos —digo señalando el salón—. ¿Quieres sentarte?

No sé si me entiende, porque me mira fijamente durante mucho rato. Pero, al cabo de un minuto, se acerca al salón y se deja caer en el sofá. El sofá resopla bajo su enorme peso.

Así que puede entender al menos algo de lo que digo. Entiende cuando le dicen que Kirill no está, cosa que odia. Entiende cuando le digo que Kirill va a venir, lo que lo ayuda. Puede sentarse en un sofá.

Puedo trabajar con todo eso.

Me siento en el lado opuesto de la mesita, frente a él. —¿Vives aquí?

El hombre se inclina sobre la mesita y me alcanza con un brazo. Luego, mueve los dedos en el aire para volver a hacer la mímica de “lluvia”.

—Sí. Soy Rayne —yo también hago el gesto—. Rayne. Esa soy yo. ¿Cómo te llamas?

Me mira fijamente durante unos segundos. Luego se vuelve hacia la ventana.

Nos quedamos un buen rato en silencio. Él mira el océano a través de la ventana y yo me doy cuenta de que el tercer piso no es una prisión.

Es un paraíso.

El apartamento está empapado de luz natural y tiene unas vistas impresionantes de la playa y el agua. Esta persona es alguien que le importa a Kirill. Y el sentimiento es claramente mutuo.

Pero, mirando hacia el agua, veo que el sol empieza a ponerse. Perderé el autobús si no me doy prisa. Además, no tengo ni idea de cuándo va a volver Sonya ni de a quién va a traer con ella. Debería irme de aquí antes de causar más problemas.

Me muevo hacia delante y empiezo a levantarme. —Tengo que irme. ¿Está bien si te dejo...?

El hombre se levanta bruscamente de la silla y cae sobre la mesita. Grito, sorprendida por su reacción. Mi grito le hace estallar.

—¡Kirill! —grita, su lamento más fuerte hasta ahora.

Golpea con el puño la mesa de centro y una de las piezas de madera se agrieta y se cae. Unos cuantos golpes más como ese y creo que una de las patas podría doblarse. Veo sangre en el borde de su mano.

—Ten cuidado —le tiendo la mano—. Te estás haciendo daño. No golpees el...

En cuanto lo toco con la mano, levanta el brazo. El golpe no es fuerte, pero tiene fuerza, como una descarga eléctrica indolora. Vuelvo a golpearme contra el sofá un poco sin aliento. Más aturdida que otra cosa.

El hombre sigue golpeando la mesa de café, pero se acerca a mí. A cada paso, se acerca más a mí. No creo que quiera hacerme daño, pero no sé de lo que es capaz. Tampoco creo que él sepa de lo que es capaz.

Tengo que salir de aquí.

—¡Kirill! —grita de nuevo el hombre.

—Kirill ya viene —digo, lo suficientemente alto para que se oiga por encima de su grito—. Kirill viene. Kirill está...

—Kirill está aquí —la voz grave y familiar detrás de mí hace que la habitación quede en completo silencio.

El hombre se queda quieto, con el puño ensangrentado levantado en el aire, listo para volver a derribarlo sobre la mesita.

Entonces, como el toque de un interruptor, sonríe y se derrite. —Kirill.

—Hola, Ilya —dice Kirill, con más ternura de la que nunca le he oído decir nada—. ¿Cómo te va, amigo?

16

RAYNE

El hombre, Ilya, rodea el sofá y se lanza sobre Kirill. Los dos hombres se abrazan.

Es una visión tan extraña que no me sorprendería saber que Ilya me dejó inconsciente y estoy soñando. Pero aún siento el dolor en el pecho, donde su brazo me golpeó de lado. Estoy bastante segura de que eso significa que estoy despierta.

—Kirill. Kirill —Ilya dice su nombre una y otra vez, como si no pudiera creer lo que está viendo. Cada vez que suelta a Kirill, lo atrae de nuevo para darle otro abrazo.

—Estoy aquí, amigo —Kirill le palmea la espalda—. Te acabo de ver esta mañana. Y anoche también. No ha pasado tanto tiempo.

—¿Dónde estabas? —pregunta Ilya.

Es la frase más larga que le he oído. Por alguna razón, en presencia de Kirill, parece más lúcido.

Kirill le aprieta el hombro y le dedica una sonrisa perezosa. —Por ahí. Pero ahora estoy aquí.

Ilya le agarra de la mano y empieza a tirar de él hacia la parte trasera de la casa, pero Kirill se resiste. Aunque no se vuelve hacia mí, me doy cuenta de que me está observando.

Yo no pertenezco aquí. Kirill lo dejó claro. Nadie debe subir a este piso. Nunca. Sin embargo, aquí estoy.

Me encojo en el sofá, como si tal vez pudiera esconderme entre los cojines.

—Eh —dice Kirill de repente, haciéndome saltar—. Vamos a hacer un rompecabezas. ¿Quieres hacer un rompecabezas?

Ilya se ilumina y asiente con entusiasmo. Me recuerda a Lily y Brady cuando tienen tiempo extra en la tele.

—Ve a buscar uno. Volveré, ¿vale? —Kirill va a girarse, pero Ilya le aprieta el brazo. Sus nudillos se vuelven blancos.

Es la primera vez que veo a alguien sujetar a Kirill, y estoy casi segura de que es la única vez que Kirill se deja sujetar. En lugar de apartarse, apoya suavemente la mano sobre la de Ilya.

—Volveré. Lo prometo.

—Haremos un rompecabezas —dice Ilya.

Cuatro palabras. La nueva frase más larga que le he oído decir.

—Haremos un rompecabezas —confirma Kirill—. Pero volveré. Tengo que despedir a nuestra amiga.

Ilya me mira por primera vez desde que llegó Kirill. Frunce el ceño y no sé si me reconoce o no. ¿Es posible que no me recuerde?

Sonrío y muevo los dedos hacia el suelo. Al instante, Ilya me devuelve la sonrisa y me copia. —Rayne.

Kirill mueve la cabeza en mi dirección. Nuestros ojos se cruzan. Puedo sentir la rabia que burbujea bajo su superficie tranquila.

Se vuelve hacia Ilya. —Ve a buscar un rompecabezas. Yo volveré.

Ilya parece dudar en marcharse, pero, después de que Kirill le vuelva a asegurar que volverá, finalmente se da la vuelta y se aleja hacia la parte trasera del apartamento.

En cuanto cruza la puerta y desaparece, Kirill se inclina sobre el sofá y me levanta de un tirón del brazo.

—¡Ay! —siseo—. Me haces daño.

Pero Kirill me ignora. Me empuja hacia las puertas dobles. Tropiezo con mis propios pies, pero él no se detiene ni aminora la marcha. Ni siquiera me reconoce más allá de su aplastante agarre de mi brazo hasta que estamos en el ascensor en dirección a la primera planta.

Finalmente, me suelta el brazo y me mira con su mandíbula cuadrada de granito duro.

La última vez que estuvimos tan cerca, me metió la mano en los pantalones. El recuerdo hace que el calor me recorra las mejillas.

Espero a que Kirill diga algo, lo que sea. Pero, como no lo hace, decido romper el silencio. —Escucha, lo siento por...

—¿En qué coño estabas pensando?

—Lo siento —suspiro—. No debería haber subido. Pero has sido tan reservado. Solo quería saber...

—Me desobedeciste.

—Y tú mentiste —replico—. No vi ni un solo columpio sexual ahí arriba.

Ahora no es el momento de enfadarlo más, pero no puedo evitarlo. Presiona todos mis botones.

Solo quiero apretar uno de los suyos, por el amor de Dios.

Vibra de rabia. —No te debo ni una pizca de verdad.

—Entonces, ¿por qué deberían importarme tus reglas?

Sus ojos verdes se entrecierran cuando me miran y, de repente, me doy cuenta de dónde los he visto antes.

—Son parientes —suelto—. Tú e Ilya.

Antes de que las palabras salgan de mi boca, Kirill golpea con el puño el botón de parada de emergencia y el ascensor se detiene. Luego me empuja contra la pared del ascensor. Su mano es fuerte y plana contra mi pecho.

Por primera vez, le tengo miedo. Extraño, considerando que acabo de verlo ser la versión más dulce de sí mismo arriba.

—Tengo razón, ¿no? —suelto.

—Siempre piensas lo mismo —ladra—. Está claro que no necesitas mi opinión. Vas a hacer lo que creas que es mejor. Aunque te mate.

Mi corazón retumba contra mi caja torácica. Me pregunto si él puede sentirlo. —¿Ilya me habría hecho daño?

Kirill se queda callado tanto tiempo que creo que no va a contestar. Pero entonces suelta la mano y se la pasa por el pelo. —No a propósito. No es un monstruo.

—No creí que lo fuera.

Sus ojos buscan en mi cara cualquier señal de mentira. Le devuelvo la mirada. No tengo nada que ocultar.

—Pero no siempre puede controlarse —continúa—. Podría haberte hecho daño. Y podría haberse hecho daño a sí mismo.

Asiento. —Estaba golpeando la mesa. Vi que se había cortado la mano, así que intenté detenerlo. Pero me empujó.

En el rostro de Kirill parpadean demasiadas emociones para contarlas. Es como ver una máquina tragaperras. Espero a ver en qué cae.

Aprieta los dientes y ya tengo mi respuesta: rabia, sí.

—Ni siquiera deberías haber estado allí. ¿Cuántas putas veces tengo que decirte que no subas ahí? A nadie más le cuesta seguir las normas. ¿Eres estúpida, Rayne? ¿Es eso?

—¡Eh! —empujo contra su pecho, pero bien podría ser una pared de ladrillos. No se mueve—. Si soy estúpida, es solo porque no renuncié en el momento en que entraste en la cocina en mi primer día.

—Ojalá lo hubieras hecho. Habría hecho mi vida mucho menos complicada.

—Sí, y que me acose mi jefe ha sido una auténtica gozada —suelto con sarcasmo.

—¿Así es como llamas a lo que hicimos ayer? —parece que ya estamos imposiblemente cerca, pero Kirill se acerca aún más. Tengo que inspirar para evitar que mi pecho roce el suyo—. ¿Es acoso si me lo suplicas?

La vergüenza arde en mi vientre. —Ah, ¿y tú estabas pasándolo tan mal? A tu polla no parece importarle lo "*complicada*" que soy. Estaba bastante ansiosa ayer.

Las fosas nasales de Kirill se agitan mientras el miedo y el deseo se enfrentan en mi interior. Mi cuerpo está al borde del abismo, esperando a ver de qué lado cae esta interacción.

Como si pudiera leerme la mente, Kirill levanta la mano y me la pasa por el cuello. Creo que va a estrangularme, pero en lugar de eso, deja que la curva de sus dedos pulgar e índice se asiente en la base de mi garganta como un collar.

—De eso se trata —decide—. Ayer te dejé al borde del orgasmo y eso te volvió loca. Esta eres tú siendo rebelde. Como una mocosa malhumorada.

—Cállate —intento apartarle la mano, pero me agarra el brazo con la mano libre y me lo clava en la pared del ascensor.

Siento que el pulso me late con fuerza en el pecho y entre las piernas. Sin querer, mis caderas se arquean para salir a su encuentro.

Su boca se inclina hacia arriba en un tajo cruel. —Podrías haber acudido a mí, Rayne. Podrías haberme pedido que acabara contigo. Si me lo hubieras suplicado dulcemente, podría haberlo hecho.

—No necesito nada de ti —tiro de su muñeca con la mano libre, pero no se mueve. Su agarre alrededor de mi cuello es de hierro.

—¿No? —aprieta sus caderas contra las mías y suelto un jadeo traicionero que lo complace—. Sí. Eso es lo que pensaba.

—Quería asegurarme de que no eras un psicópata que mantenía encerrada allí a una pobre mujer —admito—. Y ahora lo sé. Eres un psicópata. Pero, sea quien sea ese tipo de ahí arriba, lo quieres. Profundamente.

—Y tú no se lo dirás a nadie —sisea.

—¿Por qué? ¿Temes que la gente se dé cuenta de que tienes un corazón humano latiendo en ese pecho?

En lugar de responder, Kirill me aprieta el cuello.

Parpadeo y lucho por un trago que no llega. Kirill se limita a mirarme con fijeza.

Cuando aprieta más fuerte, empiezo a respirar con dificultad.

No me matará. No es un asesino.

Pero el hombre que me mira no se parece al hombre que conozco. No hay diversión en sus ojos. ¿Ese corazón humano que acabo de mencionar? Ya no estoy segura de que exista.

Ahora mismo, no tengo ni idea de lo que es capaz.

Mi visión empieza a ser borrosa en los bordes. Tiro de su mano, pero no hay forma de que me libere hasta que Kirill decida soltarme.

—No lo diré —gimoteo con el último aire que me queda.

—Dilo otra vez.

Kirill afloja su agarre lo suficiente para que pueda aspirar una nueva bocanada de oxígeno. —No lo diré —repito—. No diré nada a nadie sobre Ilya.

Se pasa la lengua por los dientes. Veo que se le pasa por la cabeza una decisión.

Luego, lentamente, baja la mano, me suelta el brazo y se aleja.

Me masajeo el cuello dolorido. —No diré nada, pero la gente suele adorar a los tipos cuidadores. Sobre todo, las mujeres. Me sorprende que no uses esto para llevar chicas a la cama.

—No necesito ningún truco para conseguirlo.

Pongo los ojos en blanco, pero me siento aliviada de que hayamos vuelto a algo parecido a la normalidad. Su mirada aterradora ha desaparecido.

—Y —añade—, no usaré la tragedia de mi hermano para echar un polvo.

—¿Es tu hermano?

Asiente una vez. —Hermano menor. Por seis años.

—Eres un hermano mayor. Tiene sentido. Mis hermanas también son ridículamente mandonas. Debe ser cosa de hermano mayor.

El aire en el ascensor se siente cargado. Kirill es impredecible ahora mismo. Me aterra la rabia que acabo de ver en sus ojos, pero no puedo olvidar la suave sonrisa que le dedicó a Ilya. La forma suave en que habló. Me está dando un latigazo emocional por lo rápido que cambia entre todas estas versiones de sí mismo.

—¿Qué le ha pasado? —pregunto. Inmediatamente, sacudo la cabeza—. Lo siento. No debería haber preguntado eso. No tienes que...

—Fue un accidente —su mandíbula se flexiona. Me doy cuenta de que las palabras no le salen fácilmente—. Tiene daño cerebral. Sus emociones pueden ser erráticas.

—Dios mío. Lo siento mucho.

—El gran problema es su memoria —dice Kirill—. No se acuerda muy bien de las cosas nuevas. Así que las nuevas situaciones y personas pueden ponerlo nervioso. El hecho de que recordara tu

nombre al final es... Bueno, es raro.

Vuelvo a hacer la mímica de la lluvia cayendo. —Le di un truco de memoria. Quizá eso ayudó.

—Mi hermano no tiene remedio —responde—. El daño es permanente. Lleva así desde los doce años. No lo vas a arreglar.

—No creí que pudiera... —levanto las manos y cierro la boca.

¿*Lo ves*? Quiero decir, como si presumiera conmigo misma. *A veces, sé cuándo callarme.*

—¿Me vas a despedir? —digo en su lugar—. Antes de irse, Sonya dijo que perdería mi trabajo.

Kirill me mira bajo sus pesadas cejas. Tiene la cabeza baja y me imagino a Atlas con el mundo sobre sus hombros. Está aguantando mucho. ¿Qué dice de mí que quiera ponerme a su lado y soportar parte del peso?

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta.

Me planteo la pregunta. Podría salir de esta situación, de este lío. Conseguir un trabajo normal sin toda esta confusión. Irme sería lo más inteligente.

Pero quizá Kirill tenga razón. Tal vez soy estúpida.

—No —me oigo decir—. No quiero que me despidas.

Kirill no dice nada por un momento. Luego, gira y suelta el botón de parada de emergencia. El ascensor vuelve a la vida.

—Ahí lo tienes —dice cuando el ascensor anuncia que estamos en la primera planta—. No estás despedida.

Las puertas se abren y quiero lanzarme a través de ellas. Quizá no quiera que me despidan, pero eso no significa que quiera pasar otro segundo en este ascensor con él. No cuando está en la línea de ser tan errático como su hermano.

Empiezo a dar un paso adelante. Pero, justo antes de que pueda cruzar las puertas, Kirill me rodea la cintura con un brazo.

En un instante, nuestros cuerpos están apretados. Me agarra por la nuca y me echa la cabeza hacia atrás para obligarme a mirarlo a los ojos. Noto las duras líneas de su cuerpo contra el mío. Sus muslos musculosos, sus abdominales firmes. Su brazo me rodea la cintura, me aprieta tanto que apenas puedo respirar.

—A partir de ahora —dice, con voz fría y mesurada—, harás exactamente lo que yo diga. Si no...

—¿Si no qué? —pregunto.

Su ceño se frunce con un mínimo indicio de la diversión a la que estoy acostumbrada.

Luego se inclina hacia delante hasta que nuestros labios están a un pelo de distancia. Prácticamente puedo saborear su piel contra la mía.

Pero Kirill no cierra la brecha. Habla despacio, deja que su aliento bañe mi cara. —Usa tu imaginación.

Luego, me suelta y me empuja a través de las puertas del ascensor.

Me detengo y me doy la vuelta, pero las puertas ya se están cerrando. Lo vislumbro cuando las puertas se cierran. Su expresión es tormentosa, su boca está torcida en una línea dura.

Pero sus ojos verdes están fijos en los míos. Allí se esconde un mundo de potencial sin explotar. Promesas, secretos, fantasías.

Y, que Dios me ayude, quiero desbloquearlos todos.

17

KIRILL

Cuando vuelvo al tercer piso, Ilya me saluda de nuevo como si no me hubiera visto en días. No recuerda que acabo de verlo. Probablemente ni siquiera recuerde el incidente con Rayne.

Aunque no estoy seguro de cómo alguien podría olvidarla. —¿Estás listo para hacer ese rompecabezas? —pregunto.

Ilya me abraza, rebota de pura emoción. —Kirill.

—Sí, soy yo —le digo—. Ya estoy aquí. Entonces, ¿estás listo?

Asiente y murmura mi nombre en voz baja. —Kirill.

—Habla —le recuerdo—. Puedes hablar.

Ilya junta los labios como si los estuviera calentando. —Me gustan los rompecabezas.

—De acuerdo. Entonces, ve a buscar uno —le digo.

Mi hermano de veinte años vuelve rebotando a su habitación como un niño pequeño.

Me acerco a la mesa. Le cuesta hablar desde el accidente. Durante varios años, no pronunció ni una palabra. Los médicos me aseguraron que podía, que la parte del cerebro encargada del habla no había sufrido daños importantes. Pero él se negaba.

Me gasté una pequeña fortuna en terapeutas y médicos, pero no había respuestas. Por lo menos, ninguna que me gustara.

—Trauma —dijo finalmente un médico—. Hace cosas extrañas al cuerpo. El tiempo y el amor pueden deshacer algo, si tienes suerte.

Cuando por fin Ilya volvió a hablar, tenía dieciséis años. Sus palabras salían entrecortadas y rebuscadas. La mayoría de las veces, prefería las formas silenciosas que habíamos adoptado para comunicarnos. Señales y expresiones con las manos, dibujos rudimentarios.

Pero le recuerdo que hable. Si no lo hace, temo que pierda la habilidad por completo.

Y otra parte de él se perderá en el vacío.

Ya lo he perdido bastante.

Ilya vuelve a salir con una caja de rompecabezas de cincuenta piezas. La imagen es de un delfín saltando fuera del agua.

—¿Otra vez este?

Asiente. —Mi favorito.

—Sí. Lo sé, lo sé —digo—. Sr. Oceanógrafo por aquí. ¿Cómo podría olvidarlo?

Por eso decoré este apartamento en azules pálidos y dorados. Por eso le di la mejor vista de la casa. El océano lo calma. Si pudiera mantenerlo aquí en esta casa a tiempo completo, lo haría. Pero tengo que estar con él, y unos meses al año lejos de Nueva York es lo máximo que puedo conseguir.

Cuando Ilya me entrega la caja, me fijo en las rozaduras del dorso de su mano.

—Uh-oh —pongo la caja a un lado y le muestro los rasguños—. Tenemos que limpiar estos.

Frunce el ceño y aparta las manos.

—¿Por qué nadie me facilita que me ocupe de ellos? —hago una mueca.

Ilya no contesta. No esperaba que lo hiciera.

Me encantaría poder hablar con mi hermano sobre la mujer que me vuelve loco. O de cualquier mujer. Pero conoce a Sonya desde hace tres años y todavía se olvida de quién es la mitad del tiempo.

—Vamos. Vamos al baño.

Conduzco a Ilya por el pasillo y busco el botiquín. Me vienen recuerdos de ayer que hago lo posible por ignorar.

Mientras limpio la sangre en el agua, Ilya gimotea. —Lo sé —le consuelo—. Odias que te hagan daño.

Asiente e intenta retirar la mano, pero lo obligo a quedarse sobre el lavabo.

—Si no lo limpio, podría infectarse. Tengo que envolverlo.

En medio de una de sus rabietas, pierde todo de vista. De vez en cuando, incluso intenta eliminarme. Pero, en cuanto se le pasa, es inofensivo. Es una dinámica difícil de explicar a la mayoría de la gente.

Pero Rayne intentó ayudarlo.

Sonya me encontró abajo y me dijo que Rayne estaba en la tercera planta con Ilya. Subí corriendo las escaleras porque el ascensor era demasiado lento.

Esperaba encontrarme con el caos.

En cambio... estaban sentados juntos en el sofá.

Ilya miraba el agua y Rayne lo miraba a él. Mi hermano estaba sentado con una desconocida, y estaba... bien.

No me lo podía creer.

Entonces, se movió y se desató el infierno que yo esperaba.

Excepto que, cuando Ilya empezó a golpear la mesa, Rayne no huyó ni gritó. Intentó ayudarlo. *Ten cuidado. Te estás haciendo daño. No golpees la mesa.*

Sabía lo que iba a pasar en cuanto tocara el brazo de Ilya, pero no fui lo bastante rápido para impedirlo. Mi hermano la lanzó de nuevo contra el sofá.

Es su maldita culpa. Le dije a Rayne repetidamente que no viniera aquí. Le dejé claro que no pertenecía a este lugar. Así que debería haberme alegrado de que aprendiera la lección. Debería haber disfrutado que mi hermano le diera su merecido.

Pero, en cuanto Ilya giró en su dirección, el corazón se me heló en el pecho.

Una vez que saqué a Ilya de la habitación, lo único en lo que podía concentrarme era en sacar a Rayne de allí también. Sacarla del peligro.

Durante mucho tiempo, mi única preocupación en esta vida ha sido Ilya. Al diablo con todos los demás. Pero Rayne está demostrando ser una distracción en más de un sentido.

En cuanto pongo la venda en la mano de Ilya, me la quita. —¿Terminaste?

—Hecho —le digo. Le doy una palmadita en la mano—. Debes tener cuidado. Podrías haberte hecho mucho daño.

Se le arruga la frente. Se queda pensativo. Lo suficiente como para que me pregunte si lo he perdido. A veces, como tantas otras partes de sí mismo, Ilya se pierde en su propia cabeza. De repente, levanta las manos y las agita en el aire con un extraño movimiento.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Lo vuelve a hacer.

—Usa tus palabras. Dime lo que quieres.

—Rayne —dice claramente. Luego, vuelve a agitar los dedos—. Rayne.

Parpadeo, sin poder creer lo que estoy oyendo. —¿Te acuerdas de ella?

Respira hondo. Quiere decir algo, pero parece que le cuesta. Como si estuviera cavando hondo para sacar la información de sí mismo. —Sus ojos. Como el agua. El océano.

—Rayne tiene los ojos azules —confirmo—. Tienes razón, Ilya. Los tiene.

Los ojos azules más hermosos que he visto. Aparentemente, Ilya piensa lo mismo. Sonríe para sí y mueve los dedos en el aire, siguiendo el mismo patrón. —Rayne.

Quizá para la mayoría de la gente este momento no parezca grande, pero lo es. Es enorme.

Ilya no se lleva bien con la gente nueva. Puede tardar meses o años en tranquilizarse ante caras desconocidas, y aún más en recordar sus nombres.

Pero conoció a Rayne durante diez minutos y puede recordar su nombre y el color de sus ojos.

O mi hermano acaba de tener el mayor avance en su discapacidad desde el día de su accidente... o algo en esta exasperante mujer es un poco mágico.

Ahora mismo, me inclino a creer que son ambas cosas.



ILYA SE ACUESTA TEMPRANO. Sus arrebatos le agotan. Así que lo acomodo en la cama y salgo del piso. Mis guardias vigilan el piso las veinticuatro horas del día, y siempre tengo una enfermera a domicilio. Pero sigue siendo difícil dejarlo.

Mentalmente, sigo arriba con mi hermano cuando cruzo el vestíbulo y oigo una risa familiar que viene del porche.

Me sorprende que Rayne no saliera corriendo en cuanto la empujé fuera del ascensor.

Pero, conociéndola, no me sorprende en absoluto.

Me acerco más. Esta vez sí que intento acercarme sigilosamente, a diferencia de las otras veces que consigo aterrorizarla solo con pasearme por mi propia casa. Cuando me acerco a la puerta, veo a uno de mis guardias junto a ella en el porche. Es uno de los nuevos reclutas, Dimitry, creo.

—¿...Seguro que no quieres que te lleve? —pregunta Dmitry—. Me voy ahora. Estaré encantado de dejarte donde quiera que te dirijas.

Rayne le hace señas para que se vaya. —Eso está bien, pero ya tengo quien me lleve. Estarán aquí en cualquier momento.

—Tiene sentido. A una chica como tú no le faltan tipos que quieran llevarla.

Hay algo sugerente en su tono. Rayne también lo oye. Su cuello se sonroja de un color rosa pálido. —Es mi cuñado, en realidad.

—¿No es tu novio?

—Definitivamente no es mi novio.

No es una conversación que haya surgido nunca, pero me pareció una suposición segura que no tuviera novio. Si lo tuviera, probablemente se enfadaría mucho cuando supiera que se toca pensando en mí. Poco después, probablemente tendría una queja o dos sobre todos los huesos que le rompería en la cara.

—¿Tienes novio? —pregunta Dmitry. No puedo ver la cara de Rayne, pero se ríe poco después —. Lo siento, lo siento. Me estoy pasando, ¿verdad?

—No eres tan insistente como otros —murmura Rayne.

Está hablando de mí. Eso es obvio.

—Puedo entenderlo. No todos los días me encuentro con alguien tan guapa como tú. Requiere un poco de insistencia —dice—. Entonces, ¿eso fue un no, o...?

Me debato entre querer golpearlo en la espalda con la puerta principal y también quedarme quieto y escuchar la respuesta. Rayne es tan reservada conmigo. Es extrañamente agradable escucharla más relajada. Aunque sea con otro hombre.

—No. No tengo novio —dice—. Y lo siento, pero realmente no estoy buscando uno.

—Yo tampoco —salta Dmitry—. Me alegro de que estemos en la misma página.

Rayne se ríe. Un tintineo despreocupado que me pone los pelos de punta. —Eres gracioso.

—¿Te gusta lo gracioso? —pregunta—. Puedo ser gracioso.

Rayne asiente. —Me gusta lo gracioso. Siempre me vendrían bien más amigos graciosos.

Dmitry se lleva las manos al corazón como si lo hubieran herido. —Auch. Esa es la palabra incorrecta.

Un deportivo rojo baja por el camino. Rayne sale del porche. Se vuelve para sonreírle a Dimitry, y yo me escondo detrás de la puerta para no estar a la vista. —Siendo tan galante como eres, estoy segura de que te recuperarás.

—Eso implica que me rindo —dice Dmitry tras ella—. Creo que acabamos de empezar.

Rayne vuelve a reír y se mete en el coche de su cuñado.

Me alejo de la puerta y espero. Cuando por fin se abre, Dimitri sigue sonriendo. Pero, cuando me mira a la cara, se le borra la sonrisa.

—Jefe Zaitsev —inclina la cabeza—. No sabía que estaba aquí. Lo siento. Solo estaba…

—Hablando con mi mujer —termino por él.

En el fondo de mi mente, cuestiono el título. Rayne no es mía. Todavía no. Ni nunca. Pero Dmitry no necesita saber eso.

Prácticamente se le salen los ojos de pánico. —No tenía ni idea. Lo juro, nunca lo habría hecho... No estaba interesada. Me rechazó de plano. No pasó nada.

—Qué suerte. Si alguna vez pasa algo, te mataré —le digo—. Si vuelves a mirarla, te romperé las piernas. Por cada ofensa, pierdes otro miembro.

Dmitry tiembla de pies a cabeza. Asiente. —Entendido. No volverá a ocurrir, señor.

Lo despido con un golpe furioso de la mano. Me doy la vuelta mientras se escabulle por el pasillo, justo para encontrar a German al pie de la escalera.

—Maldita sea —murmuro—. Hoy no es mi puto día.

Sonríe. —¿Tu mujer? No huelo azufre, así que supongo que no era Viktoria la del porche.

—Ayer querías que me casara con ella y ahora, ¿la llamas demonio?

Se encoge de hombros. —Solo soy humano. Al parecer, tú también. Pensé que esta chica no significaba nada para ti.

—Así es.

—Díselo a los pobres miembros de Dmitry —dice.

—Estaba holgazaneando en el trabajo. Le di una patada en el culo como haría cualquier buen jefe.

—Por supuesto —dice German—. La mayoría de los buenos jefes amenazan con la amputación.

—Bien. Soy un jefe de mierda. Pero este jefe de mierda amputará tu miembro favorito a menos que cierres la puta boca.

Levanta las manos en señal de rendición. —Vale, pero necesito un momento serio y entonces esto es lo último que diré.

—De alguna manera, lo dudo.

Sin embargo, su rostro y su voz son lo bastante sombríos como para hacerme prestar atención. —Estás amenazando a tus propios hombres y destruyendo alianzas, incluida la que tienes con la familia de Viktoria, quieras reconocerlo o no. Y lo estás haciendo todo por esta mujer. Esta doña nadie.

—No estoy haciendo nada por ella.

Me mira fijo, desafiando mi versión de la verdad.

—Desprecio a Stefano y no me casaré con Viktoria —le digo—. Esas alianzas ya estaban condenadas. Solo estoy acelerando el proceso.

—¿Y la amputación de Dmitry? ¿También la tienes en la lista?

—Tiene que aprender a respetar las reglas de esta casa. Nada de devaneos con el personal.

German suelta una carcajada y extiende el brazo. —Entonces será mejor que cojas tu espada. Porque soy el hijo de puta más culpable que jamás haya existido.

—¿Te has estado acostando con las criadas?

—A menudo y con pasión —dice sin pudor—. Y, si quieres que crea que no lo sabías, tendrás que ser mucho más convincente.

No se equivoca. Especialmente, aquí en la casa de vacaciones, los guardias están en alerta baja. Hay más tiempo libre. Soy demasiado observador para no notar que le hacen ojitos a las jóvenes solteras que contrato.

—Así que se trata de ella —concluye German.

—¿A quién coño le importa si así es? —me quejo—. Tú te acuestas con tus criadas; yo me acostaré con las mías. Todos podemos divertirnos un poco.

Si Rayne pudiera oír eso, me cortaría la cabeza. O me daría un buen golpe. La idea casi me hace sonreír.

Suena mi teléfono y lo saco del bolsillo. Hablando del diablo. *Viktoria.*

—¿Es “tu mujer” la que llama? —se burla German.

—Suenas como una chica de instituto.

Finge enroscarse un coqueto mechón de pelo en el dedo y luego utiliza ese mismo dedo para mostrarme lo que piensa al respecto.

Me vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo sin molestarme en contestar. —No, no es “mi mujer”.

Y nunca lo será, maldición.

18

RAYNE

Pasan las semanas. Día tras día, aparezco, hago mi trabajo y me voy.

Ni rastro de Kirill.

Pensé que esto era lo que quería. Un trabajo normal con un jefe normal, sin dramas ni pasiones de cocina. Pero incluso Lana se ha dado cuenta de que algo va mal.

—¿Duermes lo suficiente? —me preguntó anoche durante la cena—. Tienes bolsas bajo los ojos.

—Quizá sea solo mi cara —espeté, con más mala leche de la necesaria.

—Basándome en la actitud, me quedo con mi teoría —dijo primorosamente.

Me disculpé y dejamos el tema. Pero solo porque no podía decirle a mi hermana que estaba perdiendo el sueño por el hombre del que me había dicho que tuviera cuidado.

Especialmente, no podía decirle que mis fantasías nocturnas ahora implicaban su mano cálida y callosa alrededor de mi cuello y su aliento mentolado llenando aquel ascensor diminuto y sobrecalentado.

Cuando vuelvo el lunes después de un día libre, estoy casi tan desesperada por dormir sin sueños que me planteo buscar a Kirill. Quizá la oferta que me hizo en el ascensor no era una broma cruel. Tal vez si lo encuentro y le ruego que me libere como me dijo que hiciera, termine lo que empezamos.

Entonces, podría dejar todo esto atrás.

Kirill, su hábil mano, su hermano misterioso... todo puede quedar en el pasado.

Olvidado y nunca más mencionado.

—¿Con quién tuviste que acostarte para conseguir *ese* encargo? —suelta Natalia, sacándome de mis pensamientos.

Vuelvo a la realidad y me giro hacia ella. Estamos en el guardarropa preparándonos para el día,

pero no he escuchado nada de lo que me ha dicho. —¿Qué?

Natalia señala el horario en la pared del fondo. —Hoy vas a la tercera planta.

Me doy vuelta y examino los tableros de tareas. —No. Ha habido un error.

—Sonya no comete errores —dice Natalia—. Si lo escribió ahí, especialmente bajo tu nombre, sabes que lo dijo en serio. Esa zorra te odia.

—No tienes ni idea de cuánto —murmuro.

No he visto a Kirill desde que entré en el apartamento de Ilya, pero he tenido que lidiar con Sonya todos los días. Claramente, ella piensa que mis payasadas de ese día fueron dignas de despido, porque, cada día que sigo apareciendo, se vuelve un poco más mala. Incluso Natalia ha empezado a alejarse de mí para no salir salpicada.

—Dime con quien andas y te diré quién eres —me explicó Natalia cuando le pregunté—. Sonya te odia, y no puedo permitirme que me odie más. Lo siento.

Ni siquiera puedo enfadarme por eso.

—¿De verdad crees que debo subir ahí? —pregunto.

—¿Crees que puede ser un truco?

Me encojo de hombros. —Tal vez quiere llevarme allí solo para inculparme o algo así. Para que me despidan.

Natalia se lo piensa y niega con la cabeza. —Sonya es demasiado convencional para algo así. Aunque suena como un plan que yo montaría.

Me vuelvo hacia ella con los ojos entrecerrados. —¿Estás diciendo que quieres que me despidan?

Se ríe. —No. Lo haría y luego te obligaría a contarme qué has encontrado ahí arriba. Me muero por saberlo.

Aprieto la boca. Ya sé lo que hay ahí arriba. Quién está ahí arriba.

Y no se lo dirás a nadie.

Aunque Kirill no me hubiera amenazado, no habría dicho nada. No es mi secreto.

Además, aunque suene raro, me gusta ser una de las únicas personas que ha visto el lado más suave de Kirill. No mentía cuando le dije que podía usar todo el rollo de cuidador para echar un polvo. Algunas de las mujeres del personal estarían aún más enamoradas de él de lo que ya están si supieran que también tiene un buen corazón.

—Pero supongo que pronto lo sabrás —Natalia me empuja hacia la puerta—. Podemos quedar para comer y me pones al día.

—Primero tengo que volver viva —digo melodramáticamente.

Hago un último gesto con la mano y empiezo a subir las escaleras como si fuera a la horca.

Me muerdo los labios y me pellizco las mejillas entre el piso dos y tres para darles algo de color. Si es la primera vez que voy a ver a Kirill en una semana, no quiero parecer tan agotada como me siento. Pero, cuando llego al final de la escalera, no es Kirill quien me espera.

Es Sonya.

Sus finos labios se dibujan en una línea severa. Me saluda levantando una ceja. —Llegas tarde.

—Llegué abajo a tiempo —argumento—. Subí en cuanto vi mi tarea en el horario.

Me ignora. —Empiezo mi trabajo aquí arriba exactamente a las ocho. Llevamos tres minutos de retraso. Además, tengo que ponerte al corriente de tus obligaciones de hoy. Deberías haber llegado antes.

—Lo habría hecho si lo hubiera sabido... —me corto con un movimiento de cabeza—. Lo siento. Mañana lo haré mejor.

Sonya asiente con su propia versión de perdón, la primera que he visto en ella. —Como ya sabes, trabajar en el tercer piso conlleva sus propios riesgos. Ilya desconfía de los extraños, y es sensible a los ruidos fuertes y a los sobresaltos. Si trabajas en silencio y te mueves despacio, las cosas suelen ir bien.

—¿Y si no van bien...? —aventuro.

—Entonces, es mejor dejar que supere el arrebato a su ritmo. Se cansa enseguida. Cuando termina, entramos y limpiamos el desastre.

Frunzo el ceño. —¿Así que me traes aquí para limpiar este apartamento para que Ilya lo destruya y luego podamos volver a limpiarlo?

—Sabía que esto sería un error —refunfuña Sonya. Se queda mirando al techo como si rezara en silencio y luego vuelve a dirigirme toda la fuerza de su mirada—. Llevo seis años trabajando para el señor Zaitsev. Lo sigo desde Nueva York hasta aquí y viceversa. He pasado más tiempo con Ilya que con casi nadie. Si no puedes seguir mis reglas, me encargaré de que seas expulsada de...

—No intento dudar de ti —interrumpo con una sonrisa de disculpa—. De verdad. Confío en lo que me dices. Solo intento comprender. Kirill… em, el señor Zaitsev me habló un poco de Ilya.

—¿Qué ha dicho? —pregunta astutamente.

No estoy segura de lo que sabe Sonya. Si dice la verdad, entonces sabe mucho más que yo sobre la situación de Ilya. Pero ¿y si no es así?

—Fue en confianza —le digo—. Seguro que ya lo sabes todo, pero, si no es así, no seré yo quien te lo cuente. Tendrás que hablar con el Sr. Zaitsev.

Por primera vez, la boca de Sonya se inclina hacia arriba. No es exactamente una sonrisa, pero no es un ceño fruncido. Es una gran mejora.

—Bien. Hasta ahora, nadie del personal de limpieza ha podido subir aquí excepto yo. Y eso es por una razón. No permitiré que Ilya sea tratado como el hombre del saco de la casa. Si descubro que estás compartiendo información con alguien, serás despedida.

—Tal vez peor, si Kirill se entera primero —murmuro.

Creo que Sonya asiente, pero no puedo estar segura. No sería sorprendente. Si conoce a esta familia tan bien como dice, tiene que saber de lo que es capaz Kirill.

—De todos modos —continúo—, conozco un poco la situación. Entiendo que no hay soluciones fáciles para lo que está pasando Ilya. Pero ¿lo mejor que podemos hacer es limpiar repetidamente sus arrebatos? ¿No podemos... no podemos intentar ayudarlo de alguna otra manera?

Sonya se pone rígida. —El señor Zaitsev lo ha intentado todo. Si hubiera algo que se pudiera hacer por su hermano, el señor Zaitsev lo haría sin pensárselo dos veces. Lo mejor que podemos hacer es lo que él nos indique.

No me extraña que Kirill confíe en Sonya. Ella básicamente cree que él colgó la luna.

—¿Incluyendo traerme aquí arriba? —pregunto—. Porque tengo la ligera sospecha de que esto no fue idea tuya.

—Incluido eso —admite Sonya.

Así que *fue* idea de Kirill permitirme el acceso a la tercera planta. Quiero sentirme halagada, pero supongo que descubriré cuando llegue al trabajo si es algo bueno o no.

—Ya podemos entrar —dice Sonya, acercándose a la puerta—. Ha tenido una buena mañana, así que no espero ningún disgusto. A menos que te diga algo, vas a trabajar en silencio. Yo me encargo de la cocina. Tú ocúpate de todo lo demás.

En cuanto Sonya abre la puerta, me doy cuenta de que no le he preguntado dónde hay que limpiar y qué se necesita. Pero entonces entramos en el apartamento y me doy cuenta de que, de todos modos, habría sido una pérdida de tiempo.

El apartamento es como el cuarto de juegos de Lily y Brady multiplicado por diez. La ropa está amontonada por el suelo, las mesas están cubiertas de migas de comida y agua derramada, y hay de todo por la habitación, desde lápices de colores hasta piezas de rompecabezas. Todo el personal estaba libre ayer. ¿Así es como queda la casa después de un día sin limpiar?

Sonya se sumerge en el desorden con una confianza que no siento. Pero intento seguir su ejemplo.

Mientras me pongo a ordenar y organizar, no hay rastro de Ilya. Un par de veces, casi le digo algo a Sonya en la cocina, pero pienso que podría ir contra las normas.

Menos mal que no nos metieron aquí a Natalia y a mí. Habría roto la regla del silencio en los primeros cinco minutos. Pero, mientras sigo limpiando, me doy cuenta de que no me importa tanto el silencio. Es relajante, y puedo pararme de vez en cuando a apreciar la vista del agua.

Pasan las horas. Finalmente, la puerta del fondo del apartamento se abre y sale Ilya.

La relativa tranquilidad que he descubierto en las últimas dos horas se rompe en cuanto entra en la habitación. Lleva una camiseta roja al revés, con la etiqueta ondeando bajo la barbilla, y unos pantalones cortos de algodón holgados.

Me quedo inmóvil, esperando a que se dé cuenta de mi presencia, dispuesta a explicarme. Pero, en lugar de eso, se vuelve hacia la cocina y saca un bol del armario. Veo cómo se sirve un tazón de cereales, salpicando leche por el borde. Luego se sienta a comer.

Sonya no deja de trabajar, pero me doy cuenta de que va más despacio para no hacer ruido. Y, cuando me pilla mirándola, dice con la boca—: Tiene una rutina.

Asiento, pero no lo entiendo. ¿Cómo es posible que este hombre sea capaz de prepararse el desayuno y vestirse, pero hablar con la gente le provoque un episodio incontrolable? ¿Qué tipo de accidente podría causar algo así?

Sonya vuelve a agitar la mano y me hace un gesto para que vuelva al trabajo. Lo hago a regañadientes.

Barro el suelo de madera y vuelvo sobre mis pasos para recoger el polvo amontonado. Aunque paso justo por detrás de la silla de Ilya, no da señales de haberme visto. Es extraño.

El resto de la mañana transcurre así. Sonya y yo damos vueltas alrededor de Ilya como satélites silenciosos, registrando cada uno de sus movimientos y necesidades sin hacer ruido.

Hasta que Sonya jadea.

El pequeño ruido es tan sorprendente después de dos horas sin hablar que miro justo a tiempo para ver cómo el vaso de cristal se hace añicos contra el suelo de madera.

Ilya ha estado sentado en una silla cerca de la ventana hojeando libros ilustrados, pero se levanta de la silla en cuanto la taza cae al suelo.

Toda la mañana ha estado relajado, haciendo lo que supongo que es su rutina diaria habitual. Pero ahora tiene los hombros tensos y la cara roja. Tiembla de pies a cabeza.

—Lo siento mucho —dice Sonya. No sé si me habla a mí o a Ilya.

En cualquier caso, Ilya no la oye. Empieza a llamar a gritos a Kirill, grita el nombre de su hermano una y otra vez. —¡Kirill! ¡Kirill! Kirill! —se balancea de un lado a otro y tira de su ropa. Cada tirón es más fuerte y me preocupa que se rompa la camisa a tiras.

—Ilya —digo suavemente—. Ilya, tal vez podríamos...

Aprieta los ojos y sacude la cabeza. Aprieta los ojos y sacude la cabeza.

—Quédate atrás —advierte Sonya desde la cocina.

Pero no tiene que recordármelo. Sé que es mejor no estar al alcance de la mano en este momento.

Para ilustrar ese punto, Ilya lanza de repente un golpe con ambos puños. No parece que intente golpear a nadie, pero su cuerpo no puede contener lo que siente. La emoción se le escapa de todas las maneras posibles.

Luego corre a la pared en la que estaba ayer y empieza a destrozar de nuevo el papel pintado.

—¡Ve por ayuda! —me ordena Sonya—. Encuentra a German.

La oigo, y sé que debería escucharla. Pero Ilya ya no parece una amenaza. —Creo que arrancar el papel pintado lo calma —sugiero.

—Está destruyendo el apartamento —sisea—. Ve a buscar a alguien.

No escucharla es un riesgo. Si meto la pata, intentará despedirme. Pero no puedo tener miedo de Ilya. En todo caso, estoy preocupada por él.

De perfil, incluso con sus cicatrices, se parece mucho a su hermano. Comparten la misma línea de pelo perfectamente lisa, la misma complexión ancha, exactamente el mismo tono de ojos verdes.

Me acerco a él lentamente.

—Rayne —advierte Sonya en un gruñido bajo—. ¡Rayne!

La ignoro y me alejo unos metros de Ilya. No sé si me ve. Si es capaz de verme en este momento. Su cuerpo no parece absorber muchos estímulos. Está concentrado en dejar todo salir. El tráfico en su mente es unidireccional.

Así que cojo un trozo de papel pintado y lo arranco de cuajo.

Sonya jadea. —¿Qué estás haciendo?

La verdad es que no tengo ni idea. Pero tengo demasiada curiosidad por ver si mi corazonada es correcta como para echarme atrás ahora. Levanto la mano y arranco otra tira de papel pintado.

Es extrañamente satisfactorio. El sonido de rasgado. La forma en que el pegamento lucha por aferrarse al papel.

Y, esta vez, Ilya me mira.

Sonrío y saco otra tira.

Sonya sigue lanzando advertencias desde la cocina, pero estoy segura de que ni siquiera ella puede negar que Ilya se ha calmado. Sigue arrancando papel pintado de la pared, pero ahora sus movimientos son mesurados y controlados. Su rostro no está marcado por la ira o la confusión.

Casi parece que está en trance.

—A mí también me gusta cómo suena —le digo en voz baja, acercándome a él.

Su mano vacila un segundo. Sé que puede oírme.

—¿Te gusta el sonido del papel rasgándose? —pregunto—. ¿Por eso lo haces?

Ilya duda de nuevo... y luego asiente.

—Ayuda oír un sonido agradable cuando tienes miedo. O si estás molesto. ¿Estabas alterado?

La cara de Ilya se tuerce en una mueca, levanto la mano y arranco otra tira del papel pintado. Al instante, se vuelve a calmar. —Ruidoso —retumba.

—¿Fue el ruido fuerte? —pregunto suavemente—. A Sonya se le cayó un vaso. Lo siente.

Sacude la cabeza. La frustración aparece en su expresión. —Kirill.

—Soy amiga de Kirill —agito los dedos en el aire—. Rayne. ¿Te acuerdas de mí?

Ilya me mira directamente a los ojos. La conexión humana casi me deja sin aliento. Sonríe, con las cicatrices de la mejilla izquierda y la sien fruncidas. —Rayne tiene... ojos azules.

—Y tú tienes los ojos verdes. Como Kirill.

Ilya se toca la cara. Se detiene sobre una cicatriz, trazando la línea con el dedo. —Los monstruos son ruidosos.

—Los monstruos son de mentira. No son reales —he tenido esta misma conversación con Lily y Brady demasiadas veces para contarlas. Cada vez que hay un monstruo o una criatura en un libro, me preguntan diez veces antes de irse a la cama si estoy absolutamente, cien por cien segura de que los monstruos no son reales.

Ilya sacude la cabeza. —Los monstruos tienen... un agujero negro... en la cara. Ruidoso.

No entiendo lo que dice, pero es lo máximo que le he oído hablar de una sentada. Y puedo decir que lo dice en serio. Ilya no está jugando ni fingiendo. No es como Lily o Brady, que intentan retrasar la hora de acostarse haciéndome buscar criaturas en sus armarios. Está realmente asustado.

—Nada te hará daño, Ilya. Aquí estás a salvo.

—A salvo —dice solemnemente—. Kirill.

—¿Kirill te mantiene a salvo?

—Kirill protege —dice—. Kirill es... bueno.

—Bueno, eres todo un secuaz —murmuro.

Es difícil que no te guste Kirill cuando lo ves a través de los ojos de su hermano. Es evidente que Ilya lo adora.

El hombretón me mira con el ceño fruncido, pero yo hago un gesto hacia la mesa ahora que las cosas parecen haberse calmado. —¿Quieres hacer un rompecabezas?

Asiente y me sigue hasta la mesa en la que está el rompecabezas del delfín a medio terminar.

Trabajamos en él en perfecto silencio durante una hora.

Cuando me voy, Ilya mueve sus dedos en el aire para hacer la mímica de “lluvia”.

Sonrío. —Te veré mañana, Ilya.

19

KIRILL

Caminando por el pasillo hacia mi habitación, me siento como un zombi.

Un vuelo nocturno a Nueva York, un día lleno de reuniones y un vuelo por la tarde de vuelta a Los Ángeles le hacen eso a un hombre. Sobre todo, cuando me bajé del avión y recordé que existen los husos horarios. Salí de Nueva York a las 3:20, pasé seis horas en el aire y aterricé a las 6:20. Se supone que es de noche. Debería estar durmiendo.

En cambio, ha salido el sol y sigo avanzando.

Culpo a esas circunstancias atenuantes por entrar en mi dormitorio y no notar nada raro de inmediato. Hasta que…

—Bienvenido, Kirill —ronronea Viktoria.

Suelto un largo suspiro y me giro para mirarla.

Está tumbada de lado en la cama, con una mano sobre el vientre desnudo y la otra apoyando la cabeza. Va completamente maquillada y lleva el pelo rizado.

Pero parece haber olvidado su ropa.

—¿Qué coño estás haciendo aquí, Viktoria?

Se mira el cuerpo desnudo y se ríe. —No sé cómo puedes mirarme y preguntarme eso. ¿Para qué crees que estoy aquí?

—¿Ha expirado la garantía de mi coche? —balbuceo—. Eso daría sentido a las seis llamadas y tres mensajes de voz que me dejaste.

—Que nunca devolviste —Viktoria rueda sobre su espalda y arrastra un dedo entre sus pechos y por su estómago—. Niño travieso.

Cojo la bata de seda negra del suelo y la tiro sobre la cama. —Estoy cansado. Ponte la ropa.

—Será difícil follarme de lado si estoy vestida —separa las piernas y desliza una mano entre sus

muslos—. Te lo he puesto fácil. Ya estoy lista.

Hace un año, incluso hace un mes, habría puesto los ojos en blanco y me habría metido en la cama. No voy a casarme con Viktoria, a pesar de lo que ella y su padre parecen pensar, pero no estoy por encima de un polvo fácil.

Pero ahora... nunca he estado menos interesado. Mi polla bien podría estar en coma por toda la excitación que está recibiendo de esta sorpresa inoportuna.

—Yo no —digo simplemente—. Vete.

Antes de que Viktoria pueda moverse, llaman a la puerta. —Adelante —dice con demasiada dulzura.

Y, cuando la puerta se abre, entiendo por qué.

Rayne entra con un montón de sábanas y toallas nuevas. La pila le tapa la vista al principio, así que entra en la habitación antes de ver a Viktoria en la cama. Cuando lo hace, se detiene de golpe.

—Me mira y sus ojos azules se agrandan aún más. —Pensé que estabas fuera de la ciudad. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué crees que hace? —Viktoria se burla—. Dios, eres realmente estúpida. Pero gracias por las toallas limpias.

Un rubor recorre el pecho y el cuello de Rayne. Parpadea y creo que tiene lágrimas en los ojos.

—Lo siento. Yo no... yo estaba... —le tira las mantas a Viktoria, que enseguida tira toda la masa de sábanas al suelo. Rayne se protege los ojos con una mano plana contra la desnudez de Viktoria—. Me dijeron específicamente que trajera sábanas limpias a la habitación de Kirill. ¿Por qué has hecho eso? —se vuelve hacia mí—. ¿Por qué haría ella eso?

—Tu suposición es tan buena como la mía. Acabo de llegar a casa.

—Así que ya puedes irte —interrumpe Viktoria—. Kirill y yo tenemos que ponernos al día.

Rayne agita una mano para despedirse de los dos. —Como quieran. Adiós.

Luego, gira sobre sus talones y sale corriendo de la habitación. La puerta se cierra tras ella.

—Maldición —suspiro y me giro hacia Viktoria—. Bueno, ¿qué tal? ¿Satisfecha?

Parpadea. —¿Qué tal qué? Aún no hemos hecho nada.

—No el sexo. Tu pequeño plan —hago un círculo con el dedo en el aire, señalando su cuerpo aún desnudo y las toallas en el suelo—. Eso es lo que era, ¿verdad? Querías que Rayne viniera aquí y te viera desnuda en mi cama.

—En realidad, el plan era que ella viniera aquí y nos viera a los dos follándonos a lo bestia. Pero no apretaste el gatillo lo suficientemente rápido. No obtuvo el efecto completo.

—No planeo apretar el gatillo en absoluto. Hiciste lo peor que pudiste. Ahora, vuelve al agujero del que saliste arrastrándote.

Viktoria resopla. —No te habrías atrevido a rechazarme antes de que apareciera esa camarera.

—Es una criada.

—Ella ha sido ambas cosas —responde—. Y no hay diferencia, de todos modos. Esa chica no es nadie. Pero estás dispuesto a rechazar algo seguro por ella. Es patético.

—No. Lo patético es que pienses que mi falta de deseo tiene algo que ver con alguien que no seas tú.

Viktoria frunce el ceño.

—Veo que te cuesta seguir lo que digo. Te lo explicaré muy despacio —levanto las manos, enmarcando cada palabra en el aire delante de mí—. No. Te. Quiero. Ni ahora, ni nunca.

Viktoria se incorpora e intenta cubrirse con las manos. —¡Me querías antes de que llegara ella! —su voz se tambalea, lastimera y enloquecida a partes iguales.

—No, me *acostaba* contigo antes de que llegara Rayne —aclaro—. Me convenías. Cualquiera habría servido.

—¿De verdad esperas que me crea eso? Recuerdo cómo era lo nuestro —dice—. Teníamos algo.

—Teníamos sexo. Nunca fue más que eso y nunca iba a serlo.

Viktoria niega con la cabeza, con la boca abierta. —¿Cómo puedes decir eso? Tú y yo... ¡Estábamos... comprometidos!

Gruño. —German tenía razón. Debería haber soltado esta bomba mucho antes.

—¿German lo sabe? —grita—. ¡Puto imbécil! ¿Hablaste de nuestra relación con *German*?

—Solo porque él, como todos los demás, comprendió que yo no tenía ningún interés en estar contigo. Parece que eras la única que no podía verlo. Y, dado el pequeño truco que acabas de hacer, ¿estás realmente tan confundida acerca de por qué podría encontrarte repulsiva?

—Repulsi… —Viktoria cierra la boca de golpe y se agarra la bata—. Si soy tan repulsiva, entonces supongo que no te obligaré a mirarme ni un segundo más.

Se cubre lo más rápido posible y se dirige hacia la puerta. Se mueve despacio, como si esperara que la detuviera. Ni loco.

Justo antes de irse, se da vuelta. Su cara está fruncida como si estuviera llorando, pero no hay lágrimas. —Esta es la última vez que te dejo degradarme así, Kirill Zaitsev. No habrá otra oportunidad para ti.

Le muestro un pulgar hacia arriba. —Excelente. Cierra la puerta al salir.

Jadea y sale sin cerrar la puerta.

—Bien —refunfuño—. Supongo que lo haré yo.

Cierro la puerta de una patada. La pared se estremece al cerrarse de golpe. El último clavo en el ataúd.

20

RAYNE

No estoy llorando. ¿Por qué debería llorar? No hay nada por lo que llorar.

Bajo la cabeza y me enjugo los ojos llorosos.

Vale, estoy llorando un poco. Pero solo porque tuve que mirar el cuerpo desnudo de Viktoria. Eso debería ser agresión sexual. Como exhibicionismo o exposición indecente o lo que sea. Sabía que iba a verla desnuda y me dijo que entrara a la habitación de todos modos. Debería demandarla.

Cae otra lágrima traicionera y me la quito de encima.

—No vale la pena llorar por él —murmuro.

Por suerte, no hay nadie más. La mayoría de las otras criadas se han ido por hoy. Soy la única idiota aquí trabajando hasta tarde.

Con la esperanza de vislumbrar a Kirill volviendo de su viaje, me recuerda mi cerebro. Perra traidora.

Y vaya si lo vi. Pero no el mismo que Viktoria probablemente esté viendo ahora.

Pensar en ellos dos en la cama me da ganas de vomitar. Se supone que debo volver a la sala de descanso y fichar, pero no puedo estar en esta casa ni un segundo más. No cuando Kirill está de vuelta en su habitación con su...

—Ugh —golpeo con las manos la puerta principal y la abro de un empujón—. A la mierda la puerta de servicio.

Bajo los escalones de la entrada y el camino de entrada. Estoy a medio camino de la carretera cuando recuerdo que el autobús que suelo coger ya se ha ido. He trabajado hasta tarde y el siguiente no llega hasta dentro de una hora.

No importa. Esperaré en la parada del autobús. Es mejor que estar aquí.

Entonces, justo a tiempo, como si el mundo no se hubiera cagado en mí lo suficiente por un día,

una gota de lluvia cae perfectamente sobre mi cabeza.

Levanto la vista justo cuando la nube gris que tengo encima se abre.

—¡Creía que en Los Ángeles no llovía! —grito, agitando un puño hacia el cielo.

Encantador. Kirill Zaitsev me ha convertido en una loca llorona que agita el puño ante las nubes de lluvia.

—Lo odio —digo, quitándome las lágrimas y la lluvia de la cara—. Lo odio.

Es un manipulador y un vividor. Usa a la gente y la descarta. Si no nos hubieran interrumpido aquella noche en la cocina, probablemente me habría despedido al día siguiente. No tenía sentido mantenerme cerca cuando ya había conseguido lo que quería, ¿verdad?

Gracias a Dios que no pasó nada.

Pero la vergüenza envuelve mi espina dorsal. Porque lo habría hecho. Quería hacerlo. Una pequeña y miserable parte de mí todavía quiere... aunque nunca lo admitiré en voz alta.

Levanto la cabeza un segundo y saludo con la mano a la cámara de seguridad situada en lo alto de la verja. Unos segundos después, la puerta se abre. Vuelvo a saludar con la mano al guardia invisible. A veces, puede pasar un minuto antes de que la persona que vigila las cámaras se dé cuenta de mi presencia y abra la puerta, así que agradezco la rapidez. Sobre todo, con el tiempo que hace.

Tal vez el golpeteo de la lluvia sea la razón por la que no oigo el coche que se dirige hacia mí. Estoy caminando por el centro del camino de entrada, avanzando hacia la verja que se abre sin ningún atisbo de peligro, cuando se oye un bocinazo ensordecedor detrás de mí.

Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con unos faros encendidos.

Grito y me tiro a un lado en el último momento posible. El coche pasa tan cerca que, cuando me quieto de en medio, me doy un golpe en el codo con el espejo retrovisor. Luego aterrizo con un ruido sordo que me corta la respiración en el agua de lluvia que corre por la cuneta. El bordillo me lastima las costillas y grito.

El coche se detiene. Intento levantar la cabeza, pero el dolor sigue irradiando a través de mí. El casi choque ha hecho sonar mis nervios como un gong. Tardaré un minuto en evaluar correctamente lo herida que estoy.

La ventanilla se baja. No veo quién conduce, pero oigo su voz.

Su voz.

—Vuelve a la cuneta donde perteneces —sisea Viktoria—. Kirill se aburrirá contigo. Pronto se dará cuenta de que es mejor que la basura.

Luego sube la ventanilla y se marcha.

No estoy segura de cuánto tiempo permanezco tumbada. Cierro los ojos contra la lluvia y respiro hondo. Quizá me duermo, quizá me desmayo. No estoy segura. Lo único que sé es que, un rato

después, me despierto con dos manos enormes y cálidas a ambos lados de la cara.

—¿Rayne? ¿Puedes oírme?

¿Es la voz de Kirill o el retumbar de un trueno?

—Rayne. Despierta.

Es Kirill. Ahora lo huelo. Incluso por encima del húmedo olor a alcantarilla que me envuelve, puedo distinguir las notas de roble y especias que irradia.

Cuando me levanta, ni siquiera me resisto. Me rodea el cuerpo con sus brazos fuertes y me acurruca contra su pecho. Estoy mojada y sucia, y estoy segura de que lleva una camisa de mil dólares solo porque puede. Pero no me importa estropearla.

Aprieto la cara contra su pecho e inspiro profundamente.

—Entonces no estás muerta —dice. Hay diversión en su voz. Pero también alivio—. Es bueno saberlo.

Le aprieto la camisa y me aferro a él. Solo me doy cuenta de que estoy temblando cuando me aprieta más y me hunde más en su calor.

Soy vagamente consciente de que nos estamos moviendo. En cuanto salimos de la lluvia y entramos en la casa, mi cuerpo se despierta. Noto sus pisadas húmedas sobre el suelo de mármol y su respiración profunda y uniforme. Antes me dejaba flotar entre el sueño y la conciencia, pero ahora estoy alerta. Mis músculos se tensan y mi corazón empieza a acelerarse.

—Relájate —dice Kirill, de alguna manera sintiendo mi pánico—. Me voy a encargar de ti.

—Oí rumores de que eras una especie de jefe del crimen —balbuceo—. Ahora sé que lo eres.

—¿Qué estás...? —Kirill resopla—. Oh. Encargarme de ti. Lo entiendo.

—Como en las películas de mafiosos —le explico.

Sacude la cabeza. —Es bueno saber que no has perdido el sentido del humor.

Me sube por las escaleras como si no pesara nada y llegamos a su habitación. Supongo que va a sentarme en la cama, pero pasa de largo y se dirige directamente al baño principal.

Inmediatamente, intento zafarme de sus brazos. —¿Qué estás haciendo?

El agarre de Kirill es como hierro a mi alrededor. —Asegurándome de que no mueres de hipotermia o gangrena bajo mi cuidado. ¿Te parece bien?

—¿Gangrena? Pero yo...

Me pasa la mano por debajo de la rodilla y me levanta la pantorrilla. Toda la costura derecha está desgarrada y mi calcetín blanco está empapado de sangre. No tengo estómago para mirar la herida.

—¿Qué tan profunda es? —pregunto—. ¿Está rota? ¿Se ve el hueso? ¿Necesitaré puntos?

Me sienta en el borde de la bañera y me rodea para abrir el grifo. —Esto está muy lejos de la última vez que te hiciste daño. "*Estoy bien. Puedo andar. Puedo atenderme yo misma*". Has cambiado de actitud.

—No me gusta la sangre —admito—. Pero esa herida estaba en la parte de atrás de mi cabeza. Era más fácil de evitar.

—Entonces, siéntate y deja que yo me encargue de esto.

Kirill me agarra de la cintura de los pantalones y me los baja por las piernas con precisión médica. Es tan profesional que no pienso en lo que está haciendo hasta que está de rodillas frente a mí con mi tobillo apoyado en su hombro.

Mi libido, segura de que no vamos a morir, asoma la cabeza. *Bueno, hola.*

Miro fijamente al techo y hago todo lo posible por moderar mi respiración. Kirill pasa una toallita bajo el agua caliente y me lava la pantorrilla. Por extraño que parezca, puede que sea el momento más erótico de mi vida. Su tacto es seguro, pero suave. Me pregunto cómo se sentiría en todas partes.

Viktoria. Su nombre es un estertor en mi cerebro. Los últimos vestigios de mi sentido común gritando antes de perderme en la fantasía de este hombre.

—¿Dónde está Viktoria? —le digo.

No debería importarme. Debería dejar que me curara y luego volver al autobús. Pero sé que eso no es posible. No seré capaz de alejarme de él o de esto. No hasta que lo sepa. Tal vez ni siquiera entonces.

Kirill hace una mueca. —Con suerte, huyendo del puto país.

—¿Qué? —miro hacia abajo para ver su expresión. En cuanto veo un rastro de sangre, gimo y vuelvo a apartar la mirada.

Kirill baja mi pierna y agarra mis manos, tirando de mí para ponerme de pie. —Ya he terminado.

—¿Qué quieres decir con que has terminado? Acabo de ver el corte y...

Me agarra el dobladillo de la camisa y empieza a deslizarlo hacia arriba. Grito y empujo la tela hacia abajo. —¿Qué estás haciendo?

Sus ojos verdes se entrecierran divertidos. —Estás temblando. Necesitas entrar en calor.

Pensé que el zumbido bajo mi piel eran los nervios, pero tiene razón. Tengo la piel de gallina y tiemblo de pies a cabeza. Estoy segura de que al menos una parte se debe a que estoy medio desnuda en el baño de Kirill. Pero otra parte es que estoy empapada y tengo frío.

—Entonces debería dejarme la ropa puesta.

Sacude la cabeza. —Está mojada. Te traeré algo nuevo. Pero primero, dúchate.

Me rodea y abre la ducha. Al instante, nubes de vapor se elevan sobre la pared de cristal. Suspiro

con solo pensar en el calor que desprende.

Cuando Kirill vuelve a agarrarme de la camisa, no me resisto. Levanto los brazos y dejo que me ayude. —Puedo hacerlo yo sola —digo en voz baja. Pero ninguno de los dos se lo cree.

—Todavía estás temblando. No dejaré que te desmayes y te rompas la cabeza contra la baldosa.

—No creo que el mundo sea tan peligroso como lo pintan.

Deja caer mi camiseta al suelo con un ruido húmedo. Aún llevo puesto el sujetador y las bragas, pero me siento completamente expuesta.

—El mundo es exactamente tan peligroso como lo pintan —responde.

—Como uno de los peligros, ¿hablas por experiencia?

Sonríe. Sus dientes blancos brillan a la luz del cuarto de baño. —De toda una vida. Pero no te preocupes: ya te he dicho que te mantendré a salvo.

Por alguna razón, le creo. Cuando Kirill me acompaña hacia la ducha, obedezco. Paso por encima del borde de la ducha y me meto en el agua caliente.

En cuanto el agua me cubre la piel, gimo. Todo mi cuerpo se relaja en el calor.

—Maldición —suspira Kirill.

Me aparto el pelo de la cara y lo miro. Está en la puerta de la ducha, a salvo del chorro. Tiene los ojos verdes casi negros y la mandíbula apretada.

—Esto sienta bien —alargo la mano y me desabrocho el sujetador, sabiendo exactamente lo que estoy poniendo en marcha.

Deslizo las correas por mis brazos lentamente. Luego, lo aprieto entre el pulgar y el dedo índice y se lo tiendo. Kirill me lo coge y sus dedos rozan los míos. Retiro la mano. Una electricidad tan primaria no puede ser segura cuando estoy tan mojada.

—¿Por qué no lo hiciste? —le pregunto.

—¿Por qué no hice qué?

Lo miro. Ha dado otro paso hacia la ducha, pero sigue fuera de mi alcance. Las gotas de agua que rebotan se hunden en el algodón de su camisa.

—Viktoria —digo—. La vi salir.

La furia se dibuja en su rostro. —Yo también la vi irse. Y me ocuparé de ella más tarde.

Por el bien de Viktoria, espero que realmente esté huyendo del país, porque Kirill parece absolutamente asesino. ¿Es por mí? ¿Porque casi me atropella? Esas son preguntas para después, supongo. Estoy teniendo suficientes problemas para seguir la pista de lo que está pasando delante de mí.

—Estaba desnuda en tu cama.

—Porque lo tramó todo —dice—. Ella quería que nos vieras juntos. Por eso la despaché.

—La despachaste para que me atropellara. Qué considerado.

Arquea una ceja. —¿Prefieres que me hubiese quedado aquí follándola? Entonces no te habría sacado de la carretera. Probablemente estarías subiendo a tu autobús ahora mismo.

No. La respuesta es fuerte y firme dentro de mí. Preferiría que Viktoria me hubiera atropellado antes que presenciar esa pesadilla. Pero no quiero decir eso. Ya he sido lo suficientemente vulnerable. Es hora de que Kirill muestre sus cartas para variar.

—¿Por qué no lo hiciste? —vuelvo a preguntar.

Da otro paso adelante y mi corazón da un salto. —Porque sólo hago lo que quiero.

—De acuerdo —me giro hacia él, con el agua cayendo en cascada por mi hombro, corriendo en riachuelos por mi pecho. Los ojos de Kirill se detienen ahí antes de mirar mi cara—. ¿Y qué quieres hacer?

Cada latido se prolonga. Las posibilidades y las esperanzas suben y bajan con el pulso de mi corazón acelerado. Entonces, Kirill acorta la distancia que nos separa y atrae mi cuerpo hacia el suyo.

Al instante, su ropa está empapada, pero él no parece darse cuenta. En lugar de eso, me agarra de la barbilla y me levanta la cara justo cuando su boca se cierra sobre la mía.

Es un fuego que ninguna cantidad de agua podría apagar. Mi cuerpo arde en llamas cuando su lengua entra en mi boca, saboreándome y provocándome. Le rodeo el cuello con mis brazos húmedos, uniendo nuestros cuerpos para que no pueda irse.

Kirill desliza lentamente su mano por mi cuello. Sus dedos se detienen en mi garganta y luego bajan. Me recorre la clavícula y me rodea el pecho. Cuando me toca el pezón, me arqueo ante sus caricias. Estoy ávida. De él.

Tanteo los botones de su camisa y luego me dirijo a sus pantalones, pero Kirill me detiene las manos. Gruño de frustración. Él se ríe.

—No te rías de mí —argumento entre besos.

Vuelve a reírse y me empuja contra la fría pared de azulejos. Siseo, pero cuando se arrodilla frente a mí, ya no siento el frío.

—Siempre crees tener todas las respuestas. Crees que sabes lo que quieres, Rayne.

Engancha los dedos en el elástico de mis bragas y tira. El ruido de la tela al rasgarse es ensordecedor. Pero, en cuanto me toca el centro con su gran mano, la sangre que corre por mis venas ahoga todo lo demás. Su dedo se enrosca en mi raja y creo que me van a fallar las piernas. Entonces, se inclina hacia delante y me besa la parte superior del muslo. Me mira. Es obsceno lo hermoso que es. Las cosas violentas no deberían ser tan bonitas.

—Pero necesitas que te enseñe lo que quieres —dice—. Te enseñaré lo que te gusta. Lo que no

sabías que necesitabas.

Kirill me separa con los dedos y me besa hasta el fondo. Sus labios son suaves y su lengua firme. Cada movimiento y cada succión son tortuosamente minuciosos. Le acaricio el pelo húmedo con los dedos, y lo aprieto más mientras giro las caderas contra su boca, con un desenfreno que nunca antes había sentido.

Este enigma exasperante está volviendo mi mundo del revés. Me oigo gritar y gemir su nombre, pero no puedo controlarlo. No puedo controlar nada. Estoy a merced de Kirill Zaitsev, y no está tomando prisioneros.

—Voy a correrme —jadeo, meciéndome en su boca perfecta—. Tómame. Tómame. Tómame.

De repente, Kirill desliza un dedo dentro de mí y estoy condenada. Lo aprieto con tanta fuerza que estoy segura de que no volverá a ver ese dedo.

Mi cuerpo se contrae y Kirill desliza la palma de la mano contra mi estómago para asegurarse de que no me derrumbe.

Su boca me desgarra y me recompone pieza a pieza. El calor inunda mi cuerpo y me devuelve a mí misma. Cuando se levanta y me agarra la barbilla, ya soy suya. Haré lo que él quiera.

Lo que quiera, lo haré.

No me doy cuenta de que he dicho esto último en voz alta hasta que Kirill arquea una ceja. —Ten cuidado, Rayne. Los tratos con el diablo son vinculantes.

Cruzo las muñecas y las sostengo por encima de mi cabeza. —¿Lo prometes?

—Maldición —jadea. Desliza las manos hasta mis caderas y junta nuestros cuerpos. Siento su dura longitud contra mi muslo—. Tú.

—¿Yo?

Asiente. Su mejilla roza la mía. —Esa es mi respuesta. La respuesta a tu pregunta. ¿Qué es lo que quiero? Te quiero a ti. Tú.

Deslizo las manos hasta sus pantalones y le desabrocho el botón. La cremallera se desliza diente a diente, tentadoramente lenta. Luego, aprieto con las palmas el calor que desprenden sus calzoncillos. Él gime al sentir la fricción.

—Entonces, tómame —murmuro.

El paso de la ducha a la cama es perfecto. Kirill engancha sus brazos bajo mis muslos y me acerca a él. Estoy tan absorta en sus besos que no me doy cuenta de que hemos salido del baño hasta que me deja caer sobre la cama, todavía empapada.

Se quita la camisa mojada de un tirón y se baja los pantalones de una patada. Alargo la mano y le agarro por las caderas, tirando de él hacia mí mientras se arrastra entre mis piernas.

Quizá debería sentirme cohibida o nerviosa. Pero todo esto me parece bien. Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

Kirill coloca sus manos a ambos lados de mí. Sus fuertes brazos se flexionan mientras estabiliza su cuerpo sobre el mío. Sus pupilas se comen el verde y parece un animal, casi un salvaje. Y quiero que esté rabioso por mí como yo lo estoy por él. Enrosco la mano alrededor de su miembro y le doy una caricia fuerte.

Echa la cabeza hacia atrás, y yo me estiro para clavarle los dientes en el cuello. —Dios, Rayne. Creía que eras una buena chica.

Lamo las marcas de los mordiscos y vuelvo a acariciarlo. Ahora palpita en mi mano, buscando mi contacto.

—¿De verdad? —pregunto.

Me mira. Sus labios se dibujan en una mueca. —No. Pero intentas ocultar esa parte de ti.

—¿Qué parte?

De repente, Kirill me agarra las manos y me las sujeta por encima de la cabeza. Estoy indefensa, estirada debajo de él, mientras presiona su impresionante longitud contra mi abertura. Me acaricia la raja y yo me levanto para recibirlo.

Pero Kirill se aparta y sacude la cabeza. Se inclina hasta que sus labios tocan la concha de mi oreja.

—La parte que ansía la oscuridad.

Abro la boca para... no estoy segura para qué, en realidad. ¿Discutir? ¿Estar de acuerdo? Pero, antes de que pueda, Kirill golpea sus caderas contra mí y me lleno de él. Estoy demasiado llena para hablar, pensar o hacer otra cosa que aguantarlo.

Intento rodearlo con los brazos, pero él los mantiene clavados en la cama mientras se sale por completo y luego vuelve a clavármela.

—Kirill —jadeo—. Kirill. No puedo... Eres tan... Es tan...

Mis palabras se pierden en la fricción letal. En la forma en que su cuerpo se abalanza sobre mí, golpeando una y otra vez las partes más profundas y oscuras de mí.

—Quiero tocarte —suplico—. Por favor.

Kirill niega con la cabeza. —No —luego me suelta las manos—. Pero puedes tocarte. Muéstrame cómo lo haces cuando piensas en mí.

No lo dudo. Deslizo la mano entre mis muslos, donde ya estamos conectados, y paso mis dedos por allí.

Cuando levanto la vista, Kirill está mirando entre nuestros cuerpos. Me observa, nos observa, y cada segundo que pasa se queda más sin aliento.

Levanto la mano y engancho la otra bajo su barbilla. En cuanto sus ojos se clavan en los míos, todas las sensaciones se intensifican. Cada embestida, cada temblor, parecen prohibidos.

Y tiene razón: ansío esto. Lo necesito. —Córrete dentro de mí —susurro—. Llename.

Kirill frunce el ceño. —Rayne.

Sus embestidas se vuelven más decididas y estoy al borde del abismo. Retiro la mano y vuelvo a dejarla caer sobre el colchón. —Kirill, por favor. Kirill, por favor. No puedo. Necesito hacerlo. Pero quiero...

—Espera hasta que te lo ordene, maldición.

Entonces, se abalanza sobre mí y siento cómo se aprieta. Es exactamente lo que necesito.

Mi cuerpo se dobla de placer y se arquea sobre la cama cuando nuestro orgasmo colectivo estalla dentro de mí.

—Maldición. Puedo sentirte —gruñe—. Estás tan apretada. Ahora, acaba para mí, *kiska*. Córrete como la niña mala que eres.

Engancho mis tobillos detrás de sus piernas. No quiero que esto acabe nunca. Pero tiene que hacerlo.

El orgasmo me absorbe y me deja exhausta. Cuando termina, me desplomo sobre el colchón con Kirill encima. Su cabeza me aprieta el esternón, sólida y tranquilizadora.

Enrollo las yemas de los dedos en su pelo húmedo e inhalo su aroma mientras mi cuerpo se estremece con las secuelas del calor y el frío, de lo bueno y lo malo, de lo correcto y lo incorrecto, de lo que debería hacer y lo que no.

Si esto es la oscuridad, pienso, *entonces viviré y moriré felizmente en ella*.

21

KIRILL

El corazón de Rayne late fuerte en mi oído. Cierro los ojos y existo allí, entre su corazón y su mano en mi pelo.

El lugar más peligroso en el que podría estar.

Levanto la cabeza, pero ella me sujeta. —Quédate aquí —me suplica—. Por favor. Solo un segundo.

Hago una mueca, aparto sus manos y me incorporo de todos modos.

Hacía mucho tiempo que no me entregaba a algo, a alguien, tan completamente. Incluso ahora siento el impulso de volver a hacerlo. Tiene la cara de un precioso color rosa. Tiene los labios hinchados de tanto besarme. Tiene marcas rojas en las muñecas de cuando la inmovilicé en la cama. Es la encarnación del sexo y la belleza, es un grano en el culo y lo único que quiero es devorarla una y otra vez. Todo en ella, desde la curva de su cadera desnuda hasta el pico del pezón bajo las sábanas, es un afrodisíaco que no puedo resistir ni permitirme.

No había sentido este tipo de apetito insaciable desde que era adolescente. Desde...

Sin más, la burbuja estalla. El mundo asoma su fea cabeza una vez más y dice: *No puedes ignorarme*. El pasado pasa sus feas garras a lo largo de mi columna vertebral y dice: *No puedes olvidarme*.

Sin más, recuerdo quién soy y lo que he hecho. Así que me levanto.

—Maldición —gruño en voz baja mientras saco ropa limpia de la cómoda y me la pongo rápidamente. De repente, no puedo moverme lo bastante rápido, no puedo alejarme de aquí, de ella, lo bastante pronto.

—¿A dónde vas? —Rayne pregunta.

—Tengo que... comprobar algo.

Rayne no es solo una distracción; es un cortafuegos. El resto del mundo no es más que ceniza

cuando ella está cerca de mí. Ha sido un respiro agradable, pero peligroso. No es un error que piense cometer de nuevo.

—Vale, sí. Vale —suelta—. Alguna emergencia que tienes que atender. Apuesto a que te enviará fuera del país durante unas semanas, ¿verdad? Me llamarás cuando vuelvas, que será nunca. Sí, lo entiendo. Sé lo que es esto. Solo soy la amargada y despechada aventura.

Oigo sus palabras, pero no me llegan. Como algo que me susurran en un sueño. No puedo creer que haya permitido que esto vuelva a ocurrir. Después de la última vez, después de Daria, juré que nunca dejaría que una mujer volviera a desviar mi atención.

Y, sin embargo, aquí estamos.

Rayne se pelea con la ropa mojada, así que rápidamente le tiro un pantalón de chándal gris y una camiseta. —Ponte esto. Haré que laven tus cosas y te las devuelvan.

—Quédatelo —responde—. Era mi uniforme. Dudo que lo necesite después de hoy. ¿Verdad?

Sus palabras empiezan a penetrar en la niebla de mi cabeza, pero apenas. Me vuelvo hacia ella y empiezo a preguntarle—: ¿De qué estás...?

Pero, antes de que pueda pronunciar todas las palabras, un grito atraviesa la casa.

Es débil, un ruido sordo a través de las paredes y el suelo, pero lo conozco bien. Está grabado en mis huesos.

—Maldición —me doy la vuelta y corro hacia la puerta, ladrando órdenes por encima del hombro mientras avanzo—. Quédate aquí. Ahora vuelvo.

Subo las escaleras de dos en dos y atravieso las puertas dobles para entrar en el apartamento de Ilya, justo cuando vuelve a gritar.

La enfermera de noche está de pie en el pasillo. Tiene los ojos muy abiertos y los hombros encogidos. —Está teniendo otra pesadilla. Traté de despertarlo, pero...

Le hago señas para que se vaya, y ella se escabulle por el pasillo con evidente alivio.

—Ilya —digo su nombre en voz baja. Los ruidos repentinos lo asustan. Los gritos también. Oyó muchos de ambos el día de su accidente, así que no es difícil entender por qué—. Hola, Ilya. Soy yo.

Su habitación está a oscuras, salvo por una lamparilla irrompible que había instalado en una esquina del techo. Mis ojos tardan unos segundos en adaptarse. Parpadeo en la penumbra. Y justo cuando mis ojos empiezan a ser capaces de distinguir detalles borrosos en la habitación, veo la oscura forma de él precipitándose hacia mí justo a tiempo para esquivarlo.

Ilya choca con la pared a mi lado. Toda la casa se sacude por la fuerza del golpe. —Ilya, soy yo —vuelvo a decir—. Soy Kirill. Estoy aquí.

—Kirill se ha ido —se dice a sí mismo. Las palabras las murmura en voz baja. Suenan más claras que su voz habitual. No estoy seguro de si se refiere a lo que está viviendo ahora o si sigue

medio dormido, viviendo en su versión de pesadilla de *aquel* día.

El día que me necesitó y yo no estaba allí.

Le toco el brazo y él se aparta bruscamente de mi alcance. Cae de espaldas contra la pared y se desliza hasta sentarse en el suelo, reflejando la luz en la mitad de su rostro. El terror escrito allí es claro como el día.

—Ilya, mírame —Me agacho hasta la altura de los ojos—. Soy yo. Kirill. Soy Kirill.

—Monstruo. Monstruo. ¡Monstruo! —Ilya se pasa las manos por la cara. Todas sus partes empiezan a agitarse y a apretarse. El miedo y la ansiedad prácticamente brotan de él. Es una fuga que no puedo arreglar. Una explosión que no puedo contener.

—No, no está aquí —le digo—. Papá no está aquí. Soy yo. Soy tu hermano. Mírame.

Pero Ilya no levanta la vista. No me mira a los ojos. Se tira de la camisa y de las mangas. Sus uñas arañan la pared y sé que busca más papel pintado para arrancar. La única razón por la que sigo instalando más papel pintado es porque a Ilya le gusta tanto arrancarlo. Sonya no lo entiende, pero no tiene por qué.

Haré cualquier cosa por Ilya. Fracasé una vez aquella noche con Daria y casi vuelvo a fracasar esta noche. Pero no habrá una tercera vez.

Ilya golpea con fuerza la mesilla de noche. Un cubo de Rubik sale volando y se estrella contra la pared. El ruido lo excita aún más, y ahora se balancea de un lado a otro.

—Ilya, escúchame —le digo—. No quiero retenerte, pero lo haré. Soy yo, Kirill. ¿Puedes mirarme? ¿Ves quién soy?

—Monstruo —murmura—. El monstruo tiene un agujero. Un agujero por cara. Un agujero negro. Monstruo.

Cada uno de sus movimientos es más violento. Los puntos de la manga de su camisa se desgarran, y la pintura de la pared que tiene detrás se desconcha.

Ya no hay quien lo pare.

Doy un paso atrás para dejarlo explotar... y choco con un cuerpo.

Antes de que pueda darme vuelta, siento una mano cálida en la columna y Rayne me rodea. Lleva una de mis camisetas, que le cuelga por encima de los muslos, y nada más. Al menos, nada más que yo pueda ver.

—Te dije que te quedaras malditamente...

—Hola, Ilya —dice Rayne con cariño, ignorándome por completo.

Al instante, Ilya levanta la vista. Su rostro vacila entre demasiadas emociones para contarlas, pero la mira fijamente.

Levanta las manos y hace el símbolo que crearon para su nombre.

—R... Rayne —su nombre sale entrecortado de los labios de Ilya, pero está ahí.

—Sí, Rayne —dice, feliz—. Esa soy yo.

Ilya se hincha, como si estuviera satisfecho de sí mismo, pero se desvanece rápidamente. Se encoge contra la pared.

—Pareces disgustado —Rayne da otro paso hacia él. Quiero tirar de ella hacia atrás por si esto aún no ha terminado. Nunca he visto a Ilya llegar tan lejos en una rabieta y disiparla.

Ilya aprieta el cuerpo contra la pared como si quisiera fundirse en ella. —El monstruo. El monstruo sin rostro.

—¡Oh, no! Eso suena tan aterrador. ¿Está aquí? —pregunta Rayne, con voz temblorosa de preocupación.

Empiezo a responder por él. *Por supuesto que no está aquí. Es solo un sueño*. Pero Ilya asiente. —Lo veo.

Rayne mira por la habitación lentamente. —Yo no lo veo. Te veo a ti, a mí y a Kirill. ¿Ves a Kirill?

Ilya me mira, pero, por primera vez desde que entré en su habitación, mi hermano pequeño me *mira*. Finalmente, sonríe. —Kirill.

Es la cálida acogida a la que estoy acostumbrado. Su sonrisa, sus ojos verdes brillantes. Sin pensarlo, se levanta a trompicones de la pared y me da un abrazo.

Y ya está.

Rayne entró en la habitación de Ilya e hizo lo que yo no pude. Lo calmó. Lo ayudó.

Deslizo las manos por la espalda de Ilya, ejerciendo una presión tranquilizadora mientras él sigue respirando y relajándose. Cuando se relaja del todo, vuelvo a acostarlo en la cama.

Alcanza a Rayne antes de que pueda irse. Cuando ella le ofrece su mano, él la aprieta y la arrastra cerca. Cada vez más cerca. Me doy cuenta de que Rayne está nerviosa, pero su sonrisa no vacila. Entonces, Ilya levanta lentamente la mano y señala sus ojos. —Océano —dice.

Rayne se ríe y le da unas palmaditas en la mano. —Buenas noches, Ilya.

Nunca le he presentado una mujer a Ilya. Técnicamente, ni siquiera presenté a Rayne.

Ella sigue encontrando su camino hasta aquí cuando no se supone que lo haga.

Pero no puedo encontrar dentro de mí algo que lo discuta.

Porque le gusta a Ilya. Eso es evidente. Es obvio que a ella también le gusta él, de una forma que está muy por encima de sus obligaciones. Sonya se preocupa por Ilya, pero lo trata como si fuera una tarea. Es una trabajadora dedicada y siempre hará su trabajo, pero no está vinculada emocionalmente. Pero Rayne... No tiene motivos para ser tan amable con Ilya. Ninguna razón para preocuparse.

Y, sin embargo, lo hace.

Rayne sale de la habitación. Saludo a Ilya por última vez. —Buenas noches, *sobrat* —se acomoda en las mantas y cierro la puerta.

La última vez que estuvimos los dos aquí, arrastré a Rayne fuera del apartamento y escaleras abajo. Esta vez, la sigo fuera, pensativo.

Parecía estar bien en la habitación de Ilya, pero, una vez en el pasillo, empieza a tirar del dobladillo de mi camisa como si deseara que fuera más larga.

Mira dócilmente por encima del hombro. —No hubo tiempo suficiente —explica.

—Habría habido tiempo de sobra si hubieras hecho lo que te dije.

Se detiene y me mira. —Si te hubiera escuchado, estarías lidiando con un completo enloquecimiento.

—Mi hermano no es un loco —gruño.

—¡Sé que no lo es! Nunca he dicho que lo... no quería decir eso —suelta, exhalando un suspiro para intentar calmarse—. Ya sabes lo que quiero decir. Yo lo ayudé.

No se equivoca, pero no me gusta la insinuación. —Llevo cuidando de mi hermano mucho más tiempo que tú. Sé cómo ayudarlo.

—Eso es lo que todo el mundo dice, pero él actúa... actúa diferente conmigo. ¿Verdad? ¿Es así? ¿Estoy loca por pensar eso?

—No puedo imaginar que te importe una mierda lo que yo diga. Eres la sabelotodo que sigue irrumpiendo en lugares donde no perteneces.

Rayne frunce el ceño. —No seas así.

—¿Cómo?

Me hace un gesto vago. —Así. No actúes como si no supieras de lo que estoy hablando. Hay una razón por la que me enviaste a limpiar su apartamento. ¿Cuál es?

Porque Ilya recordó tu nombre.

Porque tuvo una conexión inmediata contigo, y no ha hecho eso con nadie desde el día en que nuestro padre lo quebró.

—Porque fuiste la única criada lo bastante estúpida como para desobedecer una orden directa e ir arriba —gruño en su lugar—. Y, como ya sabías lo que había arriba, decidí que podías ayudar a Sonya. Lleva demasiado tiempo soportando la carga.

—Mentira —responde —. Deberías haberme despedido por desobedecerte. En cambio, me mantuviste cerca. Me asignaste a trabajar en la habitación de Ilya. Tú...

Sus ojos miran hacia la escalera. Casi puedo oír el eco de nuestros cuerpos deslizándose juntos.

No sé si podré olvidar cómo suena cuando Rayne gime mi nombre.

Y eso es un puto gran problema.

—¿Yo qué? —gruño—. ¿Te follé?

—No lo digas así.

—"*No actúes así. No lo digas así*" —repito, imitándola—. Es lo que es, Rayne. La realidad. Únete a mí. Tú y yo follamos, así que ahora, ¿se supone que tengo que darte un trato especial?

Ella inhala bruscamente. —¡No lo hice por un trato especial! ¿Qué tratamiento especial me darías? ¿Una fregona de primera? ¿Una aspiradora nueva?

Si no estuviera ocupado intentando acabar con lo que sea que hay entre nosotros, me reiría. —Tal vez estás esperando un trabajo cómodo en el tercer piso en lugar de limpiar el sudor de las colchonetas del gimnasio.

—¿Cómodo? —jadea. Lanza un brazo detrás de nosotros, hacia las puertas de Ilya—. ¿Crees que es cómodo?

—O tal vez quieres una aventura. La chica pobre quiere probar cómo es la vida al otro lado de las vías. Elige tu puta aventura; me importa una mierda lo que sea —le digo—. Pero, sea cual sea tu fantasía, eso no va a pasar. Follamos, fue divertido, y ahora tiene que acabar.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué *tiene* que acabarse?

Sacudo la cabeza. —No tiene que acabar. *Quiero* que acabe.

El labio inferior de Rayne vacila solo un segundo. Luego, se cruza de brazos. —De acuerdo. Pero, si crees que voy a renunciar, estás loco.

Sonrío a mi pesar. —No esperaría otra cosa de ti.

—¿Por qué debería renunciar solo porque eres un jefe de mierda? Además, creo que puedo ayudar a Ilya.

Sin más, se me cae la sonrisa. —¿Qué sabes de Ilya?

—Basta —replica—. Quiero decir, vamos, Kirill. Lo viste ahí arriba. Él y yo tenemos una conexión.

—Creo que tienes un claro historial de sobrestimar tu "conexión" con la gente.

Es un golpe duro, y lo sé en cuanto los ojos azules de Rayne se empañan. Pero se recompone demasiado deprisa para que pueda sentir verdadero remordimiento.

—Sonya me dijo que harías cualquier cosa por tu hermano. Dijo que, si había alguna forma de ayudarlo, lo harías. ¿Tenía razón sobre ti?

Sí. Mil veces sí.

Pero ¿cuál es la respuesta cuando ayudar a Ilya significa meter a Rayne aún más al redil? Tras la

noche de su accidente, juré por mi propia vida que nunca dejaría de estar ahí para Ilya cuando me necesitara. Tener a Rayne cerca me pone en riesgo de romper esa promesa.

—Baja y espérame allí —le digo—. Te llevaré a casa.

Me hace señas para desestimar lo que digo. —Olvídalo. Encontraré mi propio camino a casa.

—Ni siquiera llevas pantalones.

En lo alto de las escaleras, se agacha, mostrando gran parte de sus muslos, y coge un pantalón de chándal desechado. Debe haberlos subido y los ha abandonado al oír el alboroto.

—Me las arreglaré muy bien —dice—. Siempre y cuando la próxima zorra que te folles no intente sacarme de la carretera.

Estoy a punto de decirle que no hay otra mujer. No la ha habido y sospecho que no la habrá en mucho tiempo.

Pero ya se ha ido.

22

RAYNE

En cuanto entro por la puerta, me quito los pantalones de chándal de Kirill, los pateo con rabia por el suelo y busco el dobladillo de su camisa para arrancármela... pero es tan suave. Se siente como si hubiera sido usada y lavada mil veces. Y huele a él: a madera y a calor.

—Que le den —murmuro, dejando caer el dobladillo y volviendo a meter los brazos en las mangas cortas.

Llevar su camiseta una noche no cambiará el hecho de que es un imbécil. Tampoco cambiará el hecho de que dormimos juntos.

Aún puedo sentirlo dentro de mí. Es un vacío extrañamente satisfactorio que nunca había sentido. Un dolor que él creó y que solo él puede llenar.

—Nunca más —me digo—. Nunca, nunca más.

Pero, mientras me desplomo sobre el colchón y me envuelvo en las mantas, no me creo lo que digo. Porque Kirill tenía razón. Se volvió frío y distante, intentó alejarme en cuanto nos separamos... pero aun así dejé que se acercara de nuevo. Todo lo que se necesitaría es el más pequeño empujón contra las paredes que he construido. Se derrumbarán para dejarlo pasar.

Me tumbo boca arriba y miro al techo. —Tú sabrías qué decir, mamá.

Cierro los ojos e intento oír el sonido de su voz. La forma cadenciosa en que pronunciaba mi nombre, de dos sílabas, *Rey-ni*, sorprendida y contenta de verme cada vez que entraba en la habitación. Me preocupa que algún día lo olvide.

—Sabes un par de cosas sobre los hombres a los que les gustan los revolcones de una noche —en cuanto las palabras salen de mi boca, arrugo la nariz—. Pensándolo bien, qué asco. En realidad, me alegro de que no estés aquí para oír esas palabras salir de mi boca. Pero ya me entiendes. Lana y Alexis no ayudan en este tipo de cosas. Quiero decir, mira con quién están casadas —susurro las palabras no porque tema que alguien me oiga, sino porque hablar así con mi madre me da vergüenza. Incluso sola, me siento estúpida.

Ella no puede oírme, soy muy consciente. Pero una parte de mí no puede aceptarlo.

Ella tiene que ser capaz de oírme. En alguna parte.

Tiro las mantas y salgo de la cama. Cuando me mudé con Lana, no traje mucho conmigo. Pero me aseguré de guardar los álbumes de fotos de mi madre. Hacia el final, los hojeaba todo el tiempo.

—Mira esta —decía mamá señalando una foto en tono sepia con una sonrisa gigante en la cara. Eran historias de su infancia y de cuando mis hermanas eran pequeñas. Cuando ella y mi padre aún eran una familia.

Cuando llegué yo, la mayoría de las fotos eran de mamá y yo. No Lana, no Lexi, definitivamente no papá. Siempre éramos nosotras contra el mundo.

—No querías quedarte embarazada de mí —dije una vez hace un par de años—. ¿Por eso se fue papá? ¿No quería otro bebé?

—¡Reyni, claro que no fue por ti! —dijo—. Además, él y Pat tuvieron más hijos. Siempre fue bueno con los niños. Mejor que yo, incluso. Le encantaba ser padre.

Simplemente no le gustaba ser *mi* padre.

Saco uno de los álbumes más nuevos. Los bordes aún no están desgastados ni arrugados por el uso. Pero estoy segura de que algún día lo estarán, porque vuelvo a estas fotos una y otra vez, como si fuera a encontrar algo que me perdí las primeras mil veces, algo que pondrá todo en su sitio y hará que mi vida tenga por fin sentido.

En la primera foto está mamá arrodillada en el jardín, con una tomatera en la palma de la mano. Aún puedo oírla hablar sin parar de lo bonito que será el jardín. —¡Podremos hacer sándwiches todo el verano, Reyni! Y luego haremos nuestra propia salsa marinara. ¿Alguna vez has comido sopa de tomate casera? ¿No el lodo de la lata, sino sopa de tomate de verdad? Dios mío, nena, te vas a dar un gustazo. Un gustaaazooo.

Dos años después, el jardín estaba lleno de malas hierbas y mamá estaba demasiado enferma para salir casi todos los días. También tengo esas fotos guardadas. Pero no pertenecen a los álbumes de fotos. Todavía no. Quizá nunca.

Mientras sea posible, quiero recordar a mi madre así. Amplia sonrisa con el pelo encrespado alrededor de su cabeza en un halo marrón dorado.

Me llevo el álbum a la cama y hojeo aún más fotos.

Una de mamá junto a la tarta de cumpleaños de tres pisos que le hice el año que cumplió sesenta y cinco años. Tiene la mano llena de glaseado por sujetar la tarta. Dos segundos después de la foto, se desplomó sobre la encimera. Comimos directamente del derrumbe con cucharas de plástico, cacareando como mapaches todo el tiempo.

Hay una selfie que me tomé desde un ángulo alto. Fue en mi etapa de *America's Next Top Model*, cuando bajaba la barbilla e intentaba salir con puchero en todas las fotos. Pero mamá me está besando la mejilla, con los ojos brillantes y cariñosa.

Me llevo la mano a la cara y la mantengo ahí, desesperada por volver a sentirla. —Te echo de menos —susurro tan bajo que apenas puedo oírme.

Pero las palabras resuenan en mi pecho. La punzada de soledad se extiende por mí como un virus, duplicándose y multiplicándose hasta que está por todas partes. Antes de darme cuenta, las lágrimas ruedan por mis mejillas y salpican las fotos.

Me tumbo en la cama y me cubro la cabeza con las mantas. Estoy demasiado emocionada para que ni siquiera las paredes sean testigos.

Porque nadie necesita verme llorar por Kirill. Y, en el fondo, él es la verdadera razón por la que lloro. Después de la muerte de mamá, me acostumbré a la soledad. Aprendí a vivir con ella.

Y entonces, Kirill entró en mi vida.

Deberíamos tener tanto en común: dos personas con historias familiares complicadas que cuidan de sus familiares. Y ese sexo... Dios mío. Verdaderamente el mejor sexo de mi vida.

Pero ahora sé exactamente lo que me pierdo mientras estoy sentada en casa llorando en la oscuridad.

Debo de haberme dormido así, porque lo siguiente que recuerdo es que la puerta de mi casa se abre de golpe y la luz del sol se cuela dorada y brillante a través de las cortinas.

—¡Tía Rayne! —chilla Lily. Se lanza como un cañón contra la cama. Gimo cuando sus huesudas piernecitas chocan con mi rótula.

—Mamá nos dijo que nos calláramos —le sisea Brady a su hermana casi al mismo volumen que ella chillaba. Luego, baja la voz—. Hola, tía Rayne.

Me quito el sueño de los ojos. —¿Qué están tramando, duendes?

—Queremos ir a la playa —dice Lily—. ¿Tienes un cubo? Tenemos que construir un castillo de arena.

—¿Le has preguntado a tu madre? Puede que haya uno en el garaje.

—Mamá dijo que tal vez nos podrías llevar —dice Brady.

—¿A la playa?

Él asiente. —Dijo que tienes el día libre. Que no tienes nada que hacer en todo el día.

—Por supuesto que dijo eso —pongo los ojos en blanco. Seguro que Lana lo ha dicho así. *La tía Rayne no tendrá nada que hacer en tooooodo el día.* Ahora, ¿qué excusa podría tener para no querer llevar a dos niños de cuatro años a la playa?

Me encantan, de verdad. Pero ¿es así como me imaginaba mi único día libre de toda la semana? No del todo.

Por otra parte, pedir comida para llevar y revolcarme en la cama todo el día, temiendo mi regreso pródigo al trabajo mañana, puede que tampoco sea la mejor opción.

—¿Qué hora es? —me doy la vuelta y cojo el móvil. Gruño—. ¡Ni siquiera son las ocho! Fuera de aquí, gremlins.

Le hago cosquillas en el costado y Lily chilla y se retuerce. En su forcejeo, da una patada al álbum de fotos que había estado mirando anoche. Cae al suelo y Brady, todo un caballero, vuelve a dejarlo sobre la cama.

Lily se lo quita y hojea el álbum. Señala con el dedo una foto. —¿Eres tú?

Me inclino hacia delante y me señala una foto de mamá. Fue en la segunda boda de tía Debbie y tío Roger. Se casaron y se divorciaron antes de que yo naciera, y luego se reconciliaron y "vivieron en pecado" durante años, según admitió la propia tía Debbie.

Hace unos años, decidieron volver a hacerlo oficial. Mamá fue la madrina de honor. Llevaba un vestido plateado de dama de honor, una copa en una mano y un micrófono en la otra. Le hice esta foto cantando karaoke a pleno pulmón. Creo que era ABBA, o quizá Celine Dion. Recuerdo que me reí hasta que me dolieron los costados.

—¿Qué? No —resoplo—. Esa es la abuela. Tiene el doble de años que yo en esta foto.

Brady se inclina sobre la foto. —Esa no es la abuela. La abuela es más grande. Y es pelirroja.

—Estás pensando en la abuela Corden. La mamá de tu papá. Esta es la mamá de tu mamá. Mi mamá.

Los niños parpadean, como si acabara de explicarles aritmética avanzada.

—La abuela Garner —les explico—. Miriam. ¿Midge?

De nuevo, los niños no responden a nada de lo que digo. Es como si estuviera hablando un idioma extranjero.

—La conocieron, ¿verdad? —pregunto—. Quiero decir, sé que lo hicieron cuando eran pequeños... Y hubo una vez que fueron de visita... Pero en realidad, no —sacudo la cabeza—. Esa vez fue tu madre sola.

Rebusco en mi cerebro cualquier momento en el que haya visto a Lily y Brady con mi madre, pero no hay nada.

—Pero su madre les habrá hablado de ella —protesto.

Lily se encoge de hombros y cierra el libro de un manotazo. —Esta señora se parece a ti. Y a mamá.

—Aunque no se parece a la abuela —dice Brady, volviendo a hablar de la madre de Mitchell.

Una sensación de incomodidad se instala en mi estómago mientras empujo a los niños de vuelta a la casa principal y me organizo para el día. Una hora más tarde, cuando entro en la casa principal, ya no me siento incómoda.

Estoy molesta.

—¿De verdad que nunca les has enseñado a los niños una foto de su abuela? —pregunto en cuanto se cierra la puerta.

Lana está sentada en la isla, con una taza de café humeante y un batido violentamente verde. Está mirando el móvil, pero me mira de reojo. —Buenos días a ti también.

La ignoro. —Lily y Brady vieron una foto de mamá en mi habitación y ni siquiera sabían quién era. Actuaron como si nunca la hubieran visto.

Se encoge de hombros. —Bueno, no la veían mucho. Nunca venía de visita.

—Porque estaba enferma —digo—. Y ustedes nunca se ofrecían.

—Ella tampoco. No recuerdo que me invitaran a quedarme con ella.

—Vivíamos en una casa de dos habitaciones con un baño. ¿Dónde se suponía que se iban a quedar los cuatro en nuestra casa?

—Exacto —dice Lana encogiéndose de hombros—. Nunca nos organizamos. Los niños probablemente no la recuerdan.

—Podrías haberles enseñado una foto. Podrías haberla mencionado —me inclino, bajo la voz—. ¿Saben siquiera que está muerta?

Lana suspira y se vuelve hacia el fregadero. Tira los restos de su batido por el fregadero y acciona el triturador. Cuando lo apaga, la cocina está demasiado silenciosa.

—Los niños todavía creen en Santa Claus, Rayne. No creo que sea el momento de enseñarles sobre el cáncer.

—Vale, pero eso no significa que no puedas enseñarles sobre su abuela. Deben saber de dónde vienen.

—Vienen de aquí —suelta, señalándose la barriga—. De mí. Son mis hijos. Si no quiero hablar con ellos de mamá, no lo haré, y no hay una maldita cosa que puedas hacer para obligarme.

El aire de mis pulmones se vuelve frío. Me cuesta respirar. —¿Por qué no quieres hablar de tu propia madre?

Sus cejas se juntan con evidente frustración. —No quiero entrar en esto, ¿de acuerdo?

—¡No, no estoy de acuerdo! No puedes dejar que desaparezca. Ella nos crió. Nos amó. Mamá mantuvo nuestro mundo entero, y tú solo vas a...

—No es la santa que crees que es —gruñe Lana.

Frunzo el ceño. Me rechinan tanto los dientes que estoy segura de que ya no son más que protuberancias. —¿Perdona?

Lana me hace señas para que me vaya. —Nada, ¿vale? Tú adoras a mamá. Alexis y yo estamos más cerca de papá. No pasa nada. Es como es.

—¡Yo no la adoro!

—No quise decir... —resopla—. ¿Podemos no hacerlo? Es temprano.

—Pero no es temprano para que envíes a los niños a mi habitación.

Lana abre la boca y frunce el ceño. Luego, gira la cabeza y grita por encima del hombro. —¡Les dije que no molestaran a la tía Rayne hasta que estuviera despierta!

Lily grita desde la otra habitación y oigo el frenético ruido de pasos subiendo las escaleras hacia sus habitaciones.

—Lo siento —me dice Lana, aunque no parece que lo sienta mucho—. Tienen muchas ganas de ir a la playa hoy. No puedo llevarlos porque tengo algunas citas, pero les dije que tal vez podrían preguntarte.

—¿Porque hoy no tengo nada que hacer? —pregunto con un deje de amargura en la voz.

Lana asiente, sin darse cuenta o despreocupada por mi tono. —Exacto. Si no quieres, la niñera puede venir en un segundo. Sin presiones.

Entré en la cocina dispuesta a enfrentarme a Lana por haber borrado a mamá, pero parte de ese fuego ya ha desaparecido. Volvemos a hablar de la vida cotidiana normal. Una sonrisa feliz se extiende por la superficie, con toda una vida de mierda enterrada debajo.

Pero no tengo energía para sacarlo a relucir. Tengo resaca emocional de anoche. Y, a pesar de las ganas que tengo de volver a meterme en la cama y hacer pucheros, no soporto decepcionar a Lily y Brady.

—Yo los llevo —suspiro.

Lana sonríe. —Estupendo. ¿Podrías no llevarlos a la comunitaria?

—¿Te refieres a la playa del barrio? ¿Por qué no? —Lana y Mitchell viven a tiro de piedra de una playa decente. A dos manzanas hay una franja de arena, con acceso justo al lado del parque de su barrio. Todos los vecinos pasan el rato allí.

Resopla. —Alicia me mandó un mensaje ayer, y quería reunir a todos los niños para jugar hoy en la playa, pero Grayson lleva enfermo una semana. De ninguna manera quiero que su mocosito lleno de gérmenes juegue con Brady y Lily.

—Puedo mantenerlos separados cuando vayamos. No será tan…

—No —interrumpe—. Le dije que Brady se estaba recuperando de un virus que cogió el fin de semana pasado, y que quería esperar los diez días completos para asegurarme de que no era contagioso.

Exhalo un suspiro, levantándome un mechón de pelo de la frente. —¿Así que mentiste para avergonzarla y que su hijo se quedara en casa?

—Lo intenté —dice Lana—. Le da a Grayson suplementos de equinácea y actúa como si fuera una cura para todo. Cada vez que el niño se enferma, todo el vecindario se contagia. Así que no

puede verte con Brady y Lily, o sabrá que todo es mentira.

—De acuerdo. De acuerdo. Como quieras.

—Así que cualquier otro sitio es bueno —dice—. No me importa dónde. Solo que no haya demasiada gente. Y en algún lugar agradable. Tal vez pueda llamar a Mitchell. Algunos de sus compañeros viven en el agua. Tal vez podría...

—Conozco un lugar.

Lana baja el teléfono y me mira, arqueando una ceja. —¿En serio? —probablemente sea un error. Dios sabe que ya he cometido muchos.

Entonces, ¿qué es uno más?



—GUAU —respira Lily, inclinando su cabecita hacia atrás y entrecerrando los ojos hacia el cielo —. Es un castillo.

—Es una mansión —la corrige Brady.

Lily se vuelve hacia él. —Eso es lo mismo.

—No, los castillos tienen dragones —insiste—. ¿Verdad, tía Rayne?

Estoy rebuscando en el maletero los diez mil artículos necesarios para un día de playa de estas dos pequeñas criaturas. Protector solar, repelente de insectos, sombreros, tentempiés, bebidas, chalecos salvavidas, chanclas, toallas de playa, cubos y palas... No sé cómo voy a bajar a pie todos estos artículos por la escarpada colina hasta la playa.

—Bueno, los dragones no son reales —le digo—. Pero los castillos sí. Aunque esto no es un castillo. Solo es una casa grande.

Pero, cuando miro la casa de Kirill, hay algo fantástico en ella. Las paredes de ventanas se asoman sobre el agua, reflejando el cielo hacia nosotros. Lástima que el hombre de dentro no sea un príncipe de cuento. Es más bien un dragón. Quizá Brady no esté tan alejado de la realidad, después de todo.

—¿De quién es la casa? —pregunta Lily—. ¿Los conoces? ¿Son tus amigos?

Cierro de golpe el maletero con el codo y empujo todas las provisiones que llevo en los brazos. —No es la casa de nadie. Vamos a jugar, ¿vale?

Lily parece reacia, pero en cuanto les reto a una carrera, Lily y Brady despegan colina abajo, con sus cuerpos volando más rápido de lo que sus piernas pueden llevarlos.

No puedo ver mis propios pies y tropiezo un par de veces, salvándome por los pelos de caer desparramada por la arena. Agradezco que no haya nadie cerca para verme luchar.

Pero, técnicamente, Kirill podría estar ahí arriba mirándome ahora mismo. Tal vez el guardia de

seguridad llamó a Kirill después de escanear mi identificación para informar de que me presentaba aquí en mi día libre. Eso parece el tipo de cosa que Kirill instruiría a su personal a hacer. Probablemente está al tanto de todo lo que pasa en esta casa.

Por otra parte, teniendo en cuenta que el tipo de la puerta no apartó los ojos de su teléfono mientras escaneaba mi placa, tengo la sensación de que estoy fuera de peligro.

Además, Kirill probablemente esté demasiado ocupado flexionándose en el espejo del baño o aceitándose los pectorales o... haciendo cualquier otra cosa que haga cuando tiene la casa para él solo. No se dará cuenta de mi coche aparcado detrás de su casa durante un par de horas. Entraremos y saldremos antes de que se dé cuenta de que estuvimos aquí.

Conduzco a los niños un poco más arriba por la playa, tratando de poner distancia entre nosotros y el patio de Kirill. Pero Lily y Brady son como gatitos curiosos. Se alejan en direcciones opuestas, ignorando todas mis órdenes.

—Oigan, vamos a instalarnos junto a esa roca —señalo hacia una roca más arriba en la playa con el dedo del pie, pero Lily y Brady están inclinados sobre una concha en la arena.

—¿Hay un cangrejo dentro? —pregunta Lily.

—Los cangrejos no viven en caparazones como éste —le dice Brady. —Esos son cangrejos ermitaños.

Ella gime. —Bueno, ¿hay un cangrejo ermitaño dentro?

Brady le da la vuelta, entrecerrando los ojos en la abertura oscura. —No.

Lily le arrebata la concha de la mano y se la mete en el bolsillo delantero de su bañador.

—¡Oye! —grita Brady—. Eso es mío. Lo encontré.

Lily sale corriendo en dirección contraria. Brady agacha la cabeza y sale tras ella.

—¡No, esperen! —dejo caer todo nuestro equipo y me tapo la boca con las manos—. ¡Vuelvan por aquí!

Pero ninguno de los dos oye nada de lo que digo. El pelo rubio de Lily se agita con el viento mientras corre con la concha sobre la cabeza. Y Brady la persigue a toda velocidad, lo cual, por desgracia para él, no es lo bastante rápido como para alcanzar a Lily. Un tema delicado que saca a relucir tan a menudo como puede.

—¡Lily! ¡Devuélvemelo! —grita Brady.

Lily se está alejando demasiado. Son niños listos y los dos saben nadar, pero aún así no quiero que se alejen demasiado. Además, esta mañana me han despertado con el pie izquierdo. En este punto, sus travesuras han ido mucho más allá de lo lindo. Así que, por un segundo, me vuelvo loca.

—¡*Basta*! —grito tan fuerte como puedo.

Al instante, Lily y Brady se quedan paralizados. Se vuelven hacia mí, sorprendidos de oír gritar a

la tía Rayne por primera vez.

—¡Lily, comparte la concha! Y Brady, estamos en la playa. Aquí hay un montón de conchas. Mira a tu alrededor y encuentra una nueva —suspiro fuerte—. Ahora, si no se recomponen y empiezan a divertirse, los llevaré a los dos a casa ahora mismo. ¿Me oyeron?

Espero a que los gemelos, conmocionados, digan algo. Pero se limitan a mirarme. En realidad, Brady podría estar mirando más allá de mí.

Entonces, se oye otra voz detrás de mí y comprendo por qué. —Creo que todo el vecindario te oyó.

Me doy la vuelta y me enfrento a mi peor pesadilla: un Kirill empapado sin más ropa que un bañador de tiro bajo.

Como haría cualquier ser humano, lo absorbo con la mirada. Sus abdominales cincelados y su cintura afilada. El brillo dorado de su piel. Una piel que tuve en mis manos hace menos de veinticuatro horas. Me permito el pequeño placer de admirar algo extraordinariamente bello...

Y entonces, llega el horror.

—Vale, chicos —digo, haciendo un círculo con la mano en el aire—. Cambio de planes. Volvamos al coche. Nos vamos de aquí.

23

KIRILL

Los dos niños que acompañan a Rayne empiezan a lloriquear y a hacer pucheros al instante.

—¡No, tía Rayne! —gimotea la niña rubia—. Acabamos de llegar. Tengo que construir un castillo de arena.

—Y no he encontrado ni una concha —dice el niño escuálido.

Rayne no me quita los ojos de encima. Es como si la preocupara que la atacara si se atreve a apartar la mirada. Teniendo en cuenta que no lleva más que un bikini rojo y un tapado de encaje, puede que sus preocupaciones sean fundadas.

—No deberíamos estar aquí —sigue hablando con los niños, pero sé que estas palabras son más para mí que para el de ellos—. Pensé que estaría bien, pero la playa no es lo suficientemente grande —me mira y añade en un murmullo aparte—: El mundo no es lo bastante grande, en realidad.

—Eso es un poco irónico, viniendo de la mujer que invade mi propiedad —señalo una de las muchas señales clavadas en la arena. *PROHIBIDO EL PASO*, dice en letras brillantes y en negrita que ni siquiera esta frustrante *kiska* puede ignorar.

Rayne se aparta de mí y lanza los brazos a los niños. —Vamos, ustedes dos. Jueguen. Vayan.

Se dispersan sin preguntar. En su precipitación, el chico tropieza con sus propios pies y cae de bruces en la arena. Su hermana empieza a arrastrarlo por el brazo.

Claramente, estos dos son familia de Rayne.

En cuanto se han ido, me acorrala. —Sé que es propiedad privada. Por eso usé mi carnet para entrar por la puerta principal. ¿O hay una regla sobre eso también?

—¿Me estás preguntando si tengo alguna norma sobre que mi personal use mi propiedad como si fuera suya? Me parece innecesario.

Los hombros de Rayne caen ligeramente, un poco de su arrogancia se escapa. —Solo aparqué

aquí.

—Aparcas en mis tierras. Nadas en mis aguas. Haces una puta fiesta en mi playa. No importa lo que estuvieras haciendo, sigue siendo todo mío.

Miro hacia la ventana. Esperaba encontrar a Ilya esperándome cuando volviera de correr, pero aún no hay rastro de él.

—No tienes que ser un imbécil al respecto —escupe Rayne—. En realidad, quizá sí. No estoy segura de que sepas ser decente.

Resoplo. —A juzgar por lo fuerte que te corriste anoche, creo que soy un poco más que decente.

Rayne abre y cierra la boca. Busca palabras que no salen. Finalmente, da una patada en el suelo y me lanza arena. —¡Imbécil!

—Sigues diciendo eso, pero fuiste tú quien se presentó en mi casa en tu día libre.

—¡Estaba trayendo a mis sobrinos a la playa!

—Sí, y a California le faltan playas. No tuviste más remedio que venir aquí.

Sus ojos se entrecierran. —El hijo de Alicia tiene un virus contagioso. No había otro sitio donde ir.

No tengo ni idea de lo que está hablando, y no importa. Con bikini rojo o sin él, necesito sacarla a ella y a los enanos gritones de aquí.

Miro más allá de ella, hacia la casa. La costa sigue despejada.

Rayne sigue mi mirada y vuelve a mirar por encima del hombro. —¿Esperas a alguien? ¿Temes que tu prometida o alguno de tus otros ligues nos pille?

—¿Cuántas mujeres crees que tengo de guardia, exactamente? —pregunto—. ¿Te imaginas una situación de horarios rotativos? ¿O más bien un harén intercambiable?

Su cara se tuerce de disgusto. Tengo que acabar con esto. Pero me resulta imposible alejarme.

Ilya saldrá de casa en cualquier momento. La enfermera le va a dar un tentempié y lo va a mandar fuera. No tengo ni idea de lo que hará si se encuentra con Rayne y dos niños irritantemente ruidosos.

—Eres repugnante —escupe.

Rayne se acerca y se pone de puntillas para mirarme. Lo único en lo que puedo pensar es en la vista que me ofrece de la parte delantera de su bañador. Su cuerpo está tonificado y tenso. El hecho de que ya sepa cómo se adapta a mis manos no hace que me distraiga menos.

—No sé qué he visto en ti —continúa—. Eres grosero e insensible. Tiras a la gente como si no significaran nada y los tratas como objetos. Es repugnante. Te odio.

—Ahí está —sonrío—. El péndulo de la pasión vuelve a oscilar. Lujuria anoche. Hoy odio. Es un

pequeño juego divertido averiguar cómo canalizarás tus sentimientos por mí cada día.

—Es odio. Siempre será odio —afirma.

—Dices eso ahora, pero... —me encojo de hombros—. Lo que sube tiene que bajar tarde o temprano.

Sus ojos azules se abren de golpe. Levanta la mano como si quisiera abofetearme.

Nunca dejaré que llegue tan lejos, pero me fascina ver si lo intenta.

Pero, antes de que pueda, oigo la voz de Ilya bajando por la playa. Seguido por el sonido de los gritos de los dos niños pequeños.

Rayne y yo nos ponemos en alerta al instante. Se aparta de mí y levanta una mano para protegerse los ojos del sol de mediodía. Pero no me molesto en mirar. Corro junto a ella, hacia mi hermano.

Un segundo después, Rayne está a mi lado. —No sabía que Ilya estaba aquí fuera. Podrías haberme dicho que estabas con él.

—Y tú podrías haberte quedado en casa —ladro.

Los niños están tumbados en la arena e Ilya rebota de un lado a otro como si no estuviera seguro de qué camino tomar. Desde esta distancia, parece que está intentando decidir a cuál de ellos agarrar.

¿Ya los ha volcado? ¿Está teniendo un ataque? ¿Puedo sacar a Rayne y a los niños de aquí antes de que les haga daño?

Mis pensamientos giran a mil por hora, así que tardo un segundo en procesar lo que oigo a medida que nos acercamos.

La niña no está llorando ni gritando. Está... Cantando.

—*Peces en el agua, peces en el mar, ¡todos saltamos a la una, a las dos, a las tres!*

Los dos niños salen de la arena y empiezan a correr en círculo alrededor de Ilya. Ilya se gira para vigilarlos, con una sonrisa radiante en la cara.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Rayne. Su voz es suave, pero su mirada es sagaz. Lo está evaluando todo tan de cerca como yo.

—Este es Ilya —dice la niña, señalando a mi hermano.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto.

Me mira como si fuera estúpido. —Nos lo dijo.

Ilya sonríe ahora a Rayne. Ladea la cabeza. Veo que intenta recordar, pero, en cuanto Rayne levanta los dedos y los agita hacia abajo, a Ilya se le ilumina la cara.

—¡Rayne! —grazna. Mira de ella al agua y luego se da golpecitos en los ojos.

Rayne también se da golpecitos con un dedo en el borde del ojo. Casi como un código secreto entre los dos.

La chica con el océano en los ojos.

Despido a todo mi personal doméstico un día a la semana para poder traer a Ilya a la playa sin interrupciones, y él lleva esta visita inesperada como si no fuera nada más que normal. Como si todos los días viera a otras personas y bailara con niños pequeños.

No sé qué pensar. Pero no puedo evitar preocuparme por cuánto durará.

Rayne parece pensar lo mismo, porque llama a los niños para que se acerquen a ella. —¿Por qué no van los dos a buscar sus juguetes y juegan en el agua? Pronto tendremos que irnos.

Saludan a Ilya y corren hacia donde Rayne dejó sus cosas en la arena.

—¿Quieres meterte en el agua, Ilya? —le pregunto—. Puedes hacerlo.

Entrecierra los ojos hacia el horizonte y luego señala hacia la playa.

—Puedes usar tus palabras —le recuerdo.

Traga saliva. —Caminar. Yo... quiero caminar.

Asiento. —Vale. Te alcanzaré. No te metas en el agua sin avisarme.

Ilya sonríe y se dirige a la playa, dejando que sus pies se hundan en la suave arena a cada paso.

Me gusta traerlo aquí. Fuera, con el ruido blanco de las olas y el sol en nuestras caras, casi puedo hacerme creer que Ilya no está tan roto. Que solo somos dos hermanos normales en un día de playa, sin las sombras ni las cicatrices que llevamos en el corazón.

Pero Ilya no es “normal”. Nunca será “normal”.

Yo tampoco.

—Lo hizo muy bien —dice Rayne en voz baja—. Me asusté cuando lo vi con Lily y Brady, pero... fue dulce con ellos. Parecía que le gustaban.

—Tu familia no es una cura mágica para él —digo.

Rayne frunce el ceño. —Eso no es lo que he dicho. Sé que no es eso. Solo digo...

—La playa ayuda. Estar al aire libre ayuda. Por eso lo traigo aquí una vez a la semana. Para que pueda estar *solo*. No tiene nada que ver contigo ni con esos niños.

—¿Por qué necesita estar solo?

—Ya has visto cómo es con la gente. ¿O tengo que recordarte la vez que te tiró por el salón?

—Me empujó contra el sofá —replica Rayne—. Y yo estaba bien.

—Porque yo estaba allí para detenerlo —le recuerdo.

—Igual que estuve allí para detenerlo anoche —ella levanta las cejas, desafiándome.

—La diferencia es que yo podría haber manejado a Ilya por mi cuenta. Si no hubieras estado allí, habría estado bien. Pero si hubieras estado a solas con él, podría haberte sacudido como a una muñeca de trapo —doy un paso hacia ella y bajo la voz—. Lo cierto es que, por muy útil que seas, no te necesito. Tampoco Ilya. Podemos arreglárnoslas solos.

Empiezo a alejarme, pero Rayne me agarra de la muñeca. Podría zafarme de su agarre si quisiera, pero me quedo quieto un segundo. Solo el diablo sabe por qué.

—¿Por qué te avergüenzas de tu hermano, Kirill?

Pensándolo bien, a la mierda mi moderación. El fuego que acabo de reprimir se enciende. Giro la mano e invierto la sujeción en un abrir y cerrar de ojos, de modo que soy yo quien agarra su muñeca, apretando mucho más fuerte de lo necesario. Los ojos de Rayne se desorbitan e intenta retroceder, pero la arrastro.

—Quédate quieta y cállate —gruño—. Escuchar no es tu fuerte y no quiero que te pierdas esto: mi única prioridad en la vida es cuidar de mi hermano. Siempre lo protegeré de la gente a la que realmente no le importa. De la gente que quiere usarlo para acercarse a mí. Nada ni nadie se interpondrá en ese camino.

—¿Es eso lo que crees que estoy haciendo? ¿Crees que estoy tratando de usar a Ilya para acercarme a ti?

Me encojo de hombros. —No serías la primera.

No me avergüenzo de Ilya, pero tendría que ser estúpido para no darme cuenta de que me hace vulnerable. Tengo demasiados enemigos para hacer pública la condición de Ilya. Lo último que necesito es que Ilya salga herido por mi culpa.

Otra vez.

—Pero sabes que eso no es lo que estoy haciendo —dice Rayne.

—No sé nada de ti.

—Y una mierda —intenta apartar la mano de nuevo, pero la aprieto con más fuerza—. No hace mucho que nos conocemos, pero confías en mí.

Resoplo. —Eso es nuevo para mí.

—No me habrías dejado subir a la habitación de Ilya si no confiaras en mí.

—Irrumpiste en su habitación. No te dejé hacer nada.

—Deja de mentir —grita—. En esa casa no pasa nada que tú no permitas. Todos lo sabemos. Podrías haberme despedido después de conocer a Ilya, pero no lo hiciste; me asignaste la limpieza de su apartamento. Intentas actuar como si no fuera gran cosa, pero acabas de admitir que tu única prioridad es cuidar de él. No te arriesgarías a poner a alguien en quien no confías en su órbita.

—Hay una diferencia entre confiar en ti para que friegues los suelos de mi hermano y convertirte en su cuidadora principal.

Rayne sacude la cabeza. —Para ti no la hay. Y, si te preocuparan tanto mis motivaciones como dices, ya me habría ido. El hecho de que siga aquí dice mucho.

—¿Estás intentando convencerme de que te despida? —gruño—. Porque estás haciendo un gran trabajo. Abre la boca una vez más y sella el trato. Vamos. Hazlo. *Hazlo*, maldición.

Se acerca y aprieta su cuerpo contra el mío. Hay tan poca tela entre nosotros. Su camisón, mi bañador, nada más. Siento que mi frustración se convierte en otro tipo de frustración.

—¿Por qué me mantienes a distancia? —pregunta con una voz suave—. ¿Por qué usas a Ilya como excusa para alejarme? Me doy cuenta de que no quieres hacerlo.

—Como siempre, crees que lo sabes todo. Pero no sabes una mierda.

Sus caderas se arquean y rozan mi erección. Me mira, con sus ojos azules encendidos. —Sé más de lo que crees.

Me debato entre arrastrarla hasta el coche o tirarla a la arena cuando oigo una vocecita en la playa.

—¿Brady? —la niña llama a su hermano.

En un instante, Rayne se aparta de mí y se pasa una mano por los ojos para ver mejor. —¿Lily? ¿Qué pasa?

La niña mira fijamente al agua. Veo cómo los ojos de Rayne pasan de la niña al agua.

Recorre la playa, pero ve lo mismo que yo: nada.

—¡Lily! —grita Rayne—. ¿Dónde está Brady? ¿Dónde está?

Lily mira hacia delante, estupefacta, pero no hay rastro de su hermano. Solo una interminable extensión de olas agitadas.

24

RAYNE

—¡Brady!

Un grito y mi voz ya se vuelve ronca. El nombre de mi sobrino se desgarra en mi garganta, arrancándome el corazón con él.

¿Dónde está? ¿Dónde diablos está?

Sabría la respuesta si no hubiera estado ocupada hablando con Kirill. Si hubiera estado cuidando a los niños como le dije a mi hermana que haría.

Dios mío. Lana. Mitchell. ¿Qué harán sin.…

Alejo ese pensamiento en cuanto se me pasa por la cabeza. No se ha ido. No todavía.

—¿Dónde se metió en el agua? —grito.

Lily señala hacia delante, pero no lo veo. Corro hacia ella sin perder de vista el oleaje.

Entonces, alguien pasa volando a mi lado y chapotea en el agua.

Kirill. Se mueve con una velocidad y un propósito que nunca había visto en nadie. Se desliza por el agua y luego se zambulle en una ola en un clavado impecable.

—Quédate aquí —le digo a Lily—. No te muevas, ¿entiendes?

Su rostro está pálido e inexpresivo, pero asiente.

Me quito el camisón y corro hacia el agua tras Kirill. Las olas retroceden cuando me acerco al agua, dejando al descubierto una de las zapatillas de natación de dinosaurio de Brady atascada en la arena. Antes de que pueda cogerla, el agua vuelve a chocar con la playa y la oculta.

Me vuelvo hacia el océano y me tapo la boca con las manos. —¡Brady!

Una cabeza se balancea en el agua, pero es Kirill. No tengo ni idea de cómo es capaz de nadar tan rápido aunque las olas lo empujen. Tampoco estoy segura de por qué está tan lejos. Brady no estará allí. No sería capaz de nadar tan lejos.

Giro en círculos, deslizando las manos por el agua en busca de un codo huesudo o una cabellera sedosa. Pero parece como si estuviera dragando todo el océano en busca de un niño. Brady es tan pequeño. Apenas me llega a la cintura. Y el océano es tan grande. ¿Cómo vamos a encontrarlo?

—¡Brady! —grito de nuevo. Pero mi voz se ha ido al infierno. No es nada comparado con el rugido de las olas.

Vuelvo a buscar a Kirill, pero hace tiempo que no aparece. El pánico que siento por Brady se divide, se multiplica, se funde sobre sí mismo y repite el proceso.

—¡Kirill! —me sobrepongo al dolor de garganta y le llamo. Me sumerjo hasta el pecho. Más profundo, hasta los hombros. No soy una gran nadadora. Si no tengo cuidado, alguien tendrá que venir a rescatarme a mí también—. ¡Kirill!

Justo cuando estoy a punto de salir del banco de arena para ir a buscarlo, veo una cabeza oscura que se eleva por encima del agua.

Entonces, me doy cuenta de que está apretando un pequeño cuerpo contra su pecho.

El corazón me da un vuelco. Pero esas esperanzas se desvanecen al instante cuando me doy cuenta de que el cuerpecito no se mueve.

—Kirill —gimoteo. Su nombre contiene todas las preguntas que no puedo formular. Todas las preocupaciones a las que no puedo dar voz.

De repente, entiendo por qué Ilya se aferra al nombre de Kirill. Tiene algo fuerte y fiable. Ahora mismo, estoy segura, tan jodidamente segura, aunque no tengo motivos para creerlo tan firmemente, de que va a cuidar de Brady.

Lo hará bien.

—Tengo que llevarlo a la playa —es todo lo que dice. Entonces, Kirill me adelanta hacia la orilla.

Me apresuro a seguirlo, escabulléndome entre las olas y la arena. En cuanto Kirill sale del agua, tira a Brady al suelo y empieza a hacerle compresiones torácicas.

—Todo esto es culpa mía —susurro. Me tiembla todo el cuerpo. La adrenalina está desapareciendo, dejando paso al terror. La enormidad de lo que está ocurriendo, de lo que he hecho, se abate sobre mí cuando Kirill da la vuelta a Brady y le golpea la espalda.

Mi sobrino es tan pequeño comparado con Kirill. Parece un muñeco en sus brazos.

Pálido y sin vida.

—Tiré la concha y él la fue a buscar —murmura Lily. No la he oído moverse para ponerse a mi lado. Por primera vez en su vida, no está animada y emotiva. Está mirando a su hermano con los ojos muy abiertos—. Se la tiré para que la persiguiera. Pero cayó al agua y él la fue a buscar. Lo esperé, pero se sumergió en el agua. No volvió a salir.

Me arrodillo y la atraigo contra mi pecho. —No es culpa tuya, cariño. Nada de esto es culpa

tuya.

Es mía, pienso. *Yo hice esto. Dejé morir a Brady*.

Un sollozo intenta salir de mí, pero me lo trago. Tengo que ser fuerte por Lily.

Luego, escucho una tos débil.

Lily y yo nos soltamos y giramos justo cuando Brady empieza a convulsionarse y a chisporrotear.

—Ya está —Kirill le palmea la espalda—. Escúpelo, chico.

—¡Brady! —caigo de rodillas junto a él, apretándole el brazo mientras sale toda el agua de sus pulmones—. Estás bien. Estás bien.

Repito las palabras tantas veces que ya no sé si intento convencer a Brady o a mí misma. Lily se sienta junto a su hermano y le acaricia suavemente la espalda mientras tose lo que parecen litros de agua de mar. Solo cuando levanta la cabeza y le sonríe, me permito por fin creerlo.

Está bien.

Kirill se levanta y empieza a alejarse, pero yo salgo de la arena y lo agarro. —Kirill, yo...

Pero, antes de que me salgan las palabras, me estiro de puntillas y lo beso. Es húmedo y salado, y no estoy segura de si es por el océano o mis lágrimas.

Aprieto toda mi gratitud contra sus labios, dejando que mi cuerpo diga todo lo que no puedo decir con palabras.

Luego, me echo hacia atrás y me miro los pies, de repente avergonzada. —Tengo que llamar a mi hermana.

Kirill coge su teléfono de una pequeña bolsa en la arena en la que no me había fijado y me lo entrega sin mediar palabra. Tecleo el número de Lana.

La llamada telefónica es un borrón. Los quince minutos que ella y Mitchell tardan en llegar a la playa parecen un segundo, un nanosegundo. Es como si colgara, me diera la vuelta y mi hermana ya estuviera corriendo por la playa hacia mí, con lágrimas furiosas corriéndole por las mejillas.

Atrae a Brady contra su pecho, meciéndose con él en la arena. —¿Estás bien? ¿Estás herido? ¿Cómo te encuentras?

Lily vuelve a ser la de antes ahora que Brady parece estar bien. Se pone de puntillas para contarle la historia a su madre antes de que nadie más pueda hacerlo.

—Había una concha y Brady se lanzó a por ella. Se metió en el agua y desapareció —está haciendo todo lo posible para hacerlo dramático, lo que no ayuda en mi caso. Lana parece que va a vomitar.

—¿Deberíamos llamar a una ambulancia? —pregunta Mitchell—. Parece estar bien, pero...

—Debería verlo alguien —concuerda Lana—. Llamaré al médico.

—Brian —dice Mitchell, cogiendo su teléfono—. Llamaré a Brian. Podrá revisarlo en la casa.

Mitchell se da la vuelta, hablando por teléfono mientras Lana inspecciona cada centímetro de Brady.

—Mamá, estoy bien —dice Brady, alejándose de ella. No está acostumbrado a recibir toda la atención de todo el mundo a la vez. Como gemelo, está acostumbrado a compartir siempre el centro de atención. Y, por la forma en que Lily se agita en la parte de atrás, con la voz cada vez más alta, no está acostumbrada a no ser el centro de atención.

Están pasando tantas cosas que no me doy cuenta de inmediato cuando Kirill se escabulle. Pero, una vez que me doy cuenta de que se ha ido, miro hacia la casa y lo veo conduciendo a Ilya al interior.

Ilya se portó muy bien antes con Lily y Brady, pero hoy no es el día de tentar a la suerte. Creo que agoté mi reserva de toda la vida cuando Kirill fue capaz de encontrar a Brady en el agua.

Me parece bien. Valió la pena.

Supongo que Kirill se quedará dentro con Ilya, pero unos minutos después reaparece.

Se ha puesto una camiseta, por lo que me siento decepcionada.

—Mitchell —llama Lana, atrayendo mi atención—, mete a los niños en el coche. Enseguida voy.

Mitchell refunfuña, pero Lana lo ignora. Cuando se vuelve hacia mí, entiendo por qué.

Lana no ha hecho más que preocuparse por Brady desde que se apresuró a la playa. Pero ahora hay furia en sus ojos.

En cuanto los niños y Mitchell están fuera del alcance del oído, Lana se me echa encima. —¿Qué demonios estabas haciendo cuando se metió en el agua?

—Ni siquiera vi...

—Su chaleco salvavidas estaba bajo una pila de suministros. Totalmente seco. Ni siquiera lo llevaba puesto.

—Todavía no se los había puesto —explico—. Acabábamos de llegar y estaban buscando conchas. Iba a asegurarme de que los llevaran puestos antes de ir a nadar, pero...

—Pero Brady fue a nadar sin uno y casi muere. ¿Lo entiendes, Rayne? —sisea Lana—. Mi *hijo* casi *muere* porque no le prestaste atención.

Quiero discutir y defenderme, pero ella tiene razón. Lana tiene toda la razón. —Lo sé —susurro —. Lo... lo siento mucho.

—¿Qué? —suelta—. No oigo lo que dices. Estás murmurando.

Tengo la cara caliente. La vergüenza se me enrosca en el estómago. Pero levanto la cara y miro

fijamente a los ojos de mi hermana. —Lo siento, Lana. Te dije que cuidaría de los niños, pero no lo hice. Estaba distraída y los dejé jugar solos. Debería haberlos vigilado más de cerca. La próxima vez, yo...

—¿La próxima vez? —escupe—. ¿Qué te hace pensar que habrá una próxima vez?

Parpadeo, aturdida. —Cometí un error, pero no volveré a cometerlo. Lo juro.

—No voy a arriesgar la vida de mis hijos para que intentes redimirte. Esto no es un videojuego. Mis hijos no se regeneran, sabes.

—Ya lo sé. Claro que lo sé —le digo—. Amo a esos niños más que a mi propia vida. Haría cualquier cosa por ellos.

—Excepto apartar los ojos de tu novio el tiempo suficiente para asegurarte de que Brady no se hunde en el fondo del océano.

La imagen me golpea físicamente y me deja sin aliento. Me cuesta concentrarme en lo que ha dicho Lana.

—¿De quién ha…? No tengo novio. Solo estaba yo aquí con el…

—Vi a ese tipo —dice Lana, manoteando con un brazo por encima del hombro—. No es difícil entender por qué estabas distraída. Lily dijo que estabas hablando con un hombre.

—Oh. Oh, no. Ese no era mi… ese era mi jefe —tanteo—. Esta es su casa. Vinimos aquí a nadar. Pero no sabía que estaría aquí.

Ella resopla. —Sí, claro, Rayne. Ya has confesado esos sentimientos, ¿recuerdas?

—No confesé...

—Te dije que tuvieras cuidado. —recrimina—. Te advertí que no sería bueno para ti.

—Vamos, Lana. Tú tampoco sabías que esto iba a pasar. Nadie podría haberlo sabido. Fue un accidente. No tuvo nada que ver con Kirill. De hecho, él fue quien salvó a Brady.

—Lo que solo fue necesario porque viniste aquí a pavonearte en bikini delante de tu jefe. Sacrificaste a mis hijos para echar un polvo.

Jadeo. —¡Eso no es verdad! Yo nunca haría eso.

—Excepto que sí lo hiciste —ladra—. Hiciste exactamente eso, Rayne.

Quiero defenderme, pero Lana tiene todo el derecho a sentirse así. Brady casi muere por mi culpa. No estaba prestando atención. Y para empeorarlo, ni siquiera fui yo quien lo salvó.

Lily es la que se dio cuenta de que estaba bajo el agua.

Kirill es quien lo sacó.

Mientras yo me quedaba helada de asombro y horror, todos los demás entraron en acción.

Hoy no he hecho nada bien. Y no voy a empeorar las cosas discutiendo con una madre enfadada. Ella tiene todas las razones para odiarme.

Se da la vuelta, como si fuera a marcharse, y vuelve a girarse, apuntándome con el dedo. —Nunca volverás a estar a solas con mis hijos. Jamás.

Me arden los ojos de lágrimas, pero bajo la cabeza y asiento. —Vale. Sí, eso es completamente...

—Mentira.

Levanto la vista y veo a Kirill de pie a un lado. Estaba tan concentrada en la reprimenda de Lana que no me había dado cuenta de que se había acercado.

—¿Perdón? —Lana mueve la cabeza en su dirección.

—Eso es mentira —repite Kirill claramente—. Rayne es tu hermana. Deberías saber mejor que nadie que ella quiere a tus hijos. Ella nunca haría nada para lastimarlos. Nunca haría nada para herir a nadie.

Lana pone los ojos en blanco y vuelve a mirarme. —Dile a tu novio que entre.

—Él no es mi...

—¿Qué tal si me lo dices tú misma? —pregunta Kirill—. O tal vez eso no es divertido para ti. A diferencia de tu hermanita, yo me defenderé.

—No voy a pelear con nadie.

—Es verdad —dice Kirill—. Estoy seguro de que no haces nada de trabajo sucio.

Lana está furiosa. —No me conoces, imbécil.

—Sé que te pareces mucho a tu hermana cuando me llamas así —responde—. Y sé que le echaste tus hijos a Rayne en su único día libre de la semana en vez de cuidarlos tú.

—Kirill —advierto.

Me mira. Su expresión es oscura e ilegible. Luego, se vuelve hacia Lana. —Quizá si te importara tanto tu familia como finges, hoy no habría tenido que salvarle la vida a tu hijo.

Lana retrocede. Aprieta la mandíbula y casi puedo oír las mil réplicas diferentes que se le pasan por la cabeza. Luego, me mira con los ojos entrecerrados. —Llevaré a los niños a casa. Puedes quedarte aquí con *él* todo el tiempo que quieras.

Se marcha sin volver a mirar a Kirill.

¿Mi hermana me acaba de echar de su casa de invitados? Tengo miedo de gritarle y preguntar. No quiero meterle la idea en la cabeza y que se dé cuenta de lo apetecible que es.

A estas alturas, ni siquiera la culparía.

Kirill se vuelve hacia mí una vez que se han ido. —Nunca hubiera imaginado que habría alguien en tu familia aún más molesto que tú.

Me doy la vuelta y empujo contra su pecho. Por supuesto, no se mueve. Estúpido y sólido muro de músculos. —¿Por qué hiciste eso? Estaba manejando las cosas.

Frunce el ceño, dispuesto a discutir. Luego, parece cambiar de opinión. —No sé por qué me sorprende. Olvido que "manejar las cosas" significa algo muy diferente para ti que para el resto de la población humana.

Gimo. —¿Podrías… Podríamos no hacer esto? No puedo lidiar con nada de esto ahora.

—No deberías dejar que te trate así —dice en lugar de ceder.

—Y tú no deberías meterte en mi vida privada. Eso era entre mi hermana y yo. No necesitaba que intervinieras por mí.

Kirill arquea una ceja oscura. —¿Ahora eres tú la que me enseña sobre límites?

—¡Esto es diferente! Me enviaste a trabajar con Ilya. Pero ni siquiera conoces a Lana —le explico—. Solo está disgustada. Brady casi se ahoga. Sé lo que es cuidar de alguien y perderlo... o casi perderlo. Está asustada.

Y se siente protectora. No me quiere cerca de Brady o Lily en este momento. De la misma forma que yo filtré mensajes y llamadas de Lana y Alexis a mamá. No estuvieron para ella como debían y, algunos días, era más fácil para mamá pensar que no habían llamado que oír los impersonales mensajes de voz que dejaban cuando sabían perfectamente que estaría durmiendo o en una cita.

Lana hará lo que sea para cuidar a Brady. Puede que no tenga hijos, pero lo entiendo.

Lo respeto.

—Eso no le da derecho a hablarte como si fueras una niña.

Resoplo. —Viniendo del hombre que siempre me dice que no sé nada, eso es irónico.

—Eso es diferente. Tu hermana es una zorra exagerada, mientras que yo te he salvado la vida dos veces. Vale la pena escuchar mis consejos.

—¿Consejos? —me burlo—. Tú no aconsejas. Tú mandas.

Kirill baja la barbilla. Sus ojos verdes captan la luz de la tarde y prácticamente brillan. —Bien. Pero, cuando te digo lo que tienes que hacer... me aseguro de que te guste.

El recuerdo de su boca sobre mí, sus dedos dentro de mí, llenan mi mente. El calor me inunda y se apodera de mí. Sin quererlo, me inclino hacia delante.

Pero, en cuanto me doy cuenta de lo que estoy haciendo, me echo atrás. —Dios. ¿Cómo haces eso? Encenderme y apagarme así —le explico, agitando una mano en su dirección—. Es como un interruptor de luz. O un rayo tractor. Te odio. Quiero darte un puñetazo en la polla. Y entonces, sin previo aviso, *boom*.

—¿Boom? —hay diversión en su voz. Me entran ganas de asestarle un buen golpe entre las piernas.

—Me atraes —le explico—. Tienes súper feromonas, o algo así. Y las mujeres tristes y vulnerables son más susceptibles. No tengo ningún interés en ti ahora mismo, pero aquí estoy, inclinándome.

En un día normal, no admitiría nada de esto tan abiertamente. Pero hoy no es un día normal. Hoy no puede convertirse en mi día normal.

—Esto es demasiado ahora mismo —suelto—. Todo se está desmoronando y no puedo contigo encima de todo lo demás.

—No tengo que estar encima.

Suspiro y él parece encogerse de hombros. No es una disculpa. Pero me abre los ojos. —Así son siempre las cosas entre nosotros. Así es como siempre serán. Nos peleamos y discutimos. Queremos cosas diferentes en momentos diferentes —sacudo la cabeza—. Quiero que esto sea sencillo. Puramente físico. Pero ya no estoy segura de que eso sea posible para mí. No cuando puedes atraerme así. No cuando tienes una influencia sobre mí que yo no tengo sobre ti. Si no tengo cuidado, seré absorbida.

El hecho de que una parte de mí esté dispuesta a arriesgarse significa que Lana tenía razón en una cosa: nunca sacrificaría a Brady ni a Lily por Kirill, pero sí me sacrificaría a mí misma.

Y tengo que preguntar... ¿para qué?

¿Para que Kirill se aburra de mí y siga adelante? ¿Para que se marche en tres meses mientras yo busco otro trabajo y no vuelvo a verlo? No hay mundo en el que las cosas entre nosotros acaben bien.

Mi objetivo al mudarme aquí era acercarme a mi hermana. Quería pasar tiempo con la poca familia que me queda. En lugar de eso, los alejé aún más. ¿Por qué? Porque estaba demasiado ocupada mirando a Kirill sin camisa.

—¿Sabes lo que me gustaría? —digo, tomando la decisión de golpe.

—¿Qué te gustaría, Rayne? —la forma en que dice mi nombre es íntima, y lo odio.

—Me gustaría llevarme bien con mi hermana. Me gustaría ser una buena tía para mis sobrinos. Y no puedo hacer nada de eso cuando estoy demasiado ocupada conduciendo por la ciudad con la esperanza de encontrarme contigo un domingo cualquiera.

Me arden las mejillas al admitirlo en voz alta. Porque, en el fondo, por eso he venido hoy aquí.

—Lo que quiero —continúo—, es que me trates como a cualquier otra persona de tu plantilla. Quiero que olvides todo lo que ha pasado entre nosotros. Quiero empezar de cero. Eso es lo que me gustaría.

Me alejo de él lentamente, casi tropezando con mis pies descalzos en la arena.

—¿Puedes con eso? —le pregunto cuando no responde—. Porque, si no puedes, entonces renunciaré. Me iré.

Kirill finalmente asiente. —Puedo hacer lo que quiera.

—Bien.

Me doy la vuelta y camino hacia mi coche, intentando convencerme de que me ha dado la respuesta que quería. Pero, en el fondo, sé la verdad.

Kirill puede hacer lo que quiera. ¿Y lo que *yo* quiera? Eso ni siquiera será una consideración.

25

KIRILL

No oigo el chapoteo del agua contra la orilla, pero lo veo desde mi lugar en el sofá. El flujo y reflujo constantes. Es todo lo que necesito para volver al fin de semana.

A Rayne en su bikini rojo. Su beso. Sus confesiones.

Quiero que esto sea sencillo. Puramente físico. Pero ya no estoy segura de que eso sea posible para mí. No cuando puedes atraerme así.

En mi cabeza, las cosas se desarrollan de manera diferente. Ella no se va. Tiro de ella y le digo...

—Hola —German chasquea los dedos delante de mi cara. Cuando levanto la vista, sacude la cabeza—. Esto es un verdadero cambio de roles. Normalmente soy yo el que se desconecta. ¿Qué te pasa hoy?

Me deshago de la ensoñación y aparto la mano de German de un manotazo. —Estamos planeando una cena, no un atraco a un banco. No creo que esto requiera toda mi atención.

—Todo requiere siempre toda tu atención. Es tu cualidad más molesta.

—Solo porque eres claramente incapaz de manejar una mierda sin que yo te lleve de la mano todo el tiempo —replico—. Si no, me habrías dejado mirar por la ventana tranquilamente mientras te ocupabas del puto mapa de asientos.

—Oye —dice, levantando ambas manos en el aire—, estoy feliz de planear esta fiesta yo solo. Solo que no creo que vayas a estar muy contento cuando aparezcas y haya sentado a Viktoria, su madre, su padre *y* su amante en tu mesa.

Entrecierro los ojos. —No habrás invitado a la mujer y a la amante de Leonid, ¿verdad?

—No —admite—. Pero eso animaría las cosas, ¿no?

Hago una mueca al pensarlo. —No sé si los tres sobrevivirían juntos al vuelo desde Vancouver. Pensándolo mejor, invítalos a todos. Quizá se maten en el aire y se cancele la cena.

German resopla. —No, Leonid lo controlaría todo antes de llegar a la muerte. Es un puto

aburrido. Supongo que Viktoria heredó su mal genio de su madre. Cómo Leonid puede lidiar con dos mujeres, nunca lo entenderé.

—Dinero. Es la única razón por la que alguien en esa familia vale algo.

German suspira. —Es cierto. La única razón por la que Leonid aún tiene una Bratva con su nombre es porque tu padre luchó en todas sus batallas.

—¿Por qué si no crees que intenta casar a su hija conmigo? No es lo mejor para ella. Solo está dispuesto a sacrificar a su princesita por la noble causa de mantenerse en el poder.

—Una historia de amor moderna —se ríe German—. En realidad, no puedo creer que estés de acuerdo con esto. Pensé que ya le habías dicho a Viktoria que no te ibas a comprometer.

—Lo que le digo a Viktoria y lo que ella escucha son dos cosas muy diferentes. Le dije que el matrimonio no se iba a celebrar y apareció desnuda en mi cama.

German lanza un silbido. —Maldita sea. Bueno, ¿cómo fue el sexo después? ¿Mejor o peor de lo normal?

—Inexistente.

En ese momento, German finalmente se calla. Me mira durante unos segundos, sin habla, antes de balbucear—: Estaba desnuda... en tu cama... ¿y no te acostaste con ella? Me cuesta imaginar cuánto debes odiarla para negarte a eso.

—Haz las cuentas —digo—. Además, no ayudó que Rayne se metiera en todo el lío.

German se atraganta con una carcajada. —¿Entró mientras follaban?

—Yo no me follé a Viktoria —espeto—. Eso ya lo he dicho. No he tocado a Viktoria en... un tiempo.

Desde que conocí a Rayne, a decir verdad. Pero German no necesita saber eso. Sospecha demasiado cuando se trata de Rayne. Si supiera que dormimos juntos el día que rechacé a Viktoria, establecería conexiones aún más irritantes.

Nada de eso importa, de todos modos. Rayne quiere un nuevo comienzo. Quiere olvidar las últimas semanas.

Está bien. Eso es lo que haré yo también. La olvidaré.

—¿Qué tan incómoda será esta cena? —pregunta German—. La última vez que viste a Viktoria, estaba desnuda en tu cama y la rechazaste. No puede estar muy contenta contigo.

La última vez que vi a Viktoria fue cuando vi las imágenes de seguridad en las que intentaba atropellar a Rayne con su coche. Solo de pensarlo me pongo tenso. Aprieto el puño y se me ponen blancos los nudillos. —Debería preocuparla más que yo no esté contento con ella y no al revés.

—No vas a hacer nada imprudente, ¿verdad?

Me vuelvo hacia mi mejor amigo. —Me sorprende que no estés sediento por conocer el último cotilleo. Te encanta este tipo de mierda.

—Me encanta cuando no pone en peligro la Bratva.

—¿Crees que pondría a la Bratva en peligro? —desafío.

Agita las manos delante de él. —No. No, no lo creo. No creo que pongas a la Bratva en peligro... cuando actúas como tú mismo. Pero últimamente, pareces... diferente. Distraído.

—Estaba mirando por una ventana durante una reunión, maldición.

—No es solo hoy —aclara—. Desde hace unas semanas, estás diferente. Y por muy enfadado que estés conmigo por cuestionarte ahora mismo, ese es mi trabajo. Hay una razón por la que me convertiste en tu segundo, porque sabes que te llamaré la atención sobre tus idioteces cuando nadie más lo haga.

—No tienes que llamarme la atención por ninguna mierda. Mis prioridades son siempre la Bratva y mi familia. Tú lo sabes.

Hay una larga pausa antes de que German finalmente asienta. —Sí, ya lo sé.

—Y Viktoria es una bala perdida, y la hija de un supuesto aliado que es más una carga que cualquier ayuda para nosotros. La asociación entre mi familia y los Kozlov es una reliquia de cuando mi padre vivía. No me preocupa perderla.

German se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. —Últimamente estás cortando con muchos aliados. Traicionaste a Stefano porque le tiró los tejos a una empleada que te gusta. Ahora pones fin a un compromiso al que te has visto arrastrado en tu adolescencia. Tengo que preguntarme si todo esto no tiene que ver con...

—Conmigo —interrumpo—. Esto no tiene nada que ver con nadie más.

Desde luego, no la empleada con el océano en los ojos.

Me levanto y me sacudo la conversación. —Arnov Lenin y su pandilla también están en la ciudad. Invítalos. Si tengo que organizar esta cena, podría matar dos pájaros de un tiro.

—Vale, pero necesitarás contratar a unas cuantas camareras más para una fiesta tan grande —dice German—. ¿Puedo llamar a una empresa de catering y ver la posibilidad de contratar algunas camareras para ese día?

Empiezo a asentir, pero me detengo. —No será necesario. Algunas de las criadas vienen de la empresa de catering.

German frunce el ceño, confundido. Luego, lo veo atar cabos. Sacude la cabeza. —Kirill...

—Tú eres el que dijo que quería un poco de emoción en esta cena. Solo intento complacer los deseos de mi mejor amigo.

—Sí, claro, maldición —refunfuña—. Quería algo de emoción, no ver cómo una alianza más vieja que yo implosiona por unos cócteles de gambas. No puedes llevar a la chica allí.

—Creo que te olvidas de algo —gruño mientras me voy—. Puedo hacer lo que quiera.



A ÚLTIMA HORA de la tarde, salgo de mi despacho y me dirijo al apartamento de Ilya. Me cruzo con varias criadas. Todas se escabullen cuando entro en la habitación, o bajan la cabeza al pasar. Una mujer se atreve a sonreír y a decir un pequeño —Hola, señor Zaitsev.

En mi mente, todas se confunden. Nadie destaca. Ninguna de ellas pide que se le preste atención. En el momento en que desaparecen de mi vista, desaparecen de mi mente.

Todas excepto una...

Siento el cambio en el aire en cuanto entro en el apartamento de Ilya. Siempre hay una pesadez asociada a ver a mi hermano. La posibilidad de lo que podría haber sido, de lo que podría haber llegado a ser, está presente en cada una de nuestras interacciones.

Pero hoy, entro y lo escucho... ¿reírse?

—...Mírame —dice Rayne. Me da la espalda, pero extiende los brazos delante de Ilya. Veo que lleva unas gafas grandes de plástico atadas a la cara. A un lado cuelga un tubo de buceo—. ¿Se supone que debo sentarme en el sofá vestida así?

Ilya vuelve a reír. —Nadar.

Rayne da un saltito de vértigo y asiente. —¡Exacto! Tengo que ir a nadar. ¿Quieres venir?

Al instante, el rostro de Ilya decae. Su ceño se arruga con incertidumbre. —Adentro.

—Sí, estás mucho tiempo dentro —dice Rayne—. Pero también puedes salir. Te gusta estar fuera. El océano. Podemos dar un paseo.

Señala sus gafas. —Nadar.

—O podemos ir a nadar —añade rápidamente.

A Ilya le tiembla la nariz. Un segundo después, entrecierra los ojos. Puedo ver la ansiedad que brota de él. Está nervioso.

Lentamente, Rayne alarga la mano y le toca el brazo. Él se sobresalta, pero ella lo tranquiliza. —No tenemos que hacerlo, Ilya. Solo si tú quieres, ¿vale?

Él junta los dedos en un nudo apretado y Rayne le pone la mano encima. —Respira. ¿Recuerdas? Respira hondo.

Los hombros de Ilya se levantan mientras inhala. Luego, suelta un fuerte y rugiente suspiro. Al hacerlo, se echa a reír.

Rayne aplaude en señal de celebración. —¡Es increíble, Ilya! Se te está dando bien el aliento del león.

Ilya se balancea de lado a lado, sonriente y tímido. Por fin, levanta la vista y me ve en la puerta. —¡Kirill!

Todo el cuerpo de Rayne se tensa, pero no se voltea para mirarme. En cambio, cuando Ilya se acerca a darme un abrazo, se quita las gafas y se desliza hasta la cocina. Empieza a guardar los platos en los armarios.

—Parece que hoy has estado ocupado —miro por la habitación los rompecabezas esparcidos por la mesa, los libros abiertos por el sofá y las acuarelas colgadas en la ventana. —¿Las has pintado tú?

—Yo hice el caballo. Rayne hizo un arco iris —Ilya está radiante. Está claramente feliz. Más relajado de lo que lo he visto en... años.

Hace que se me revuelvan las tripas incómodamente. —¿Por qué no vas a prepararte y damos una vuelta?

A Ilya se le iluminan los ojos. —¿En el coche rápido?

—Son todos coches rápidos, *sobrat* —le guiño un ojo—. Ve a ponerte unos zapatos y podemos irnos.

Ilya corre a la parte trasera del apartamento para cambiarse. En el momento en que Rayne y yo nos quedamos solos, la tensión en el aire se profundiza.

Sigue moviéndose metódicamente por la cocina, guardando platos y evitando mirarme a los ojos. Pero me doy cuenta de que mi presencia la incomoda.

Camino hacia la isla y me siento. —Esto es un desastre.

Termina de guardar los cubiertos y cierra el cajón con cuidado. Luego de un momento de vacilación, se vuelve y mira por encima del hombro. —Lo siento.

—¿De verdad?

La frustración ondea en Rayne como las olas de calor en el asfalto. Pero se la traga. —Por supuesto. Me has contratado para hacer un trabajo. Si te disgusta, lo siento.

—Es la primera vez.

—Sí, bueno —suspira—, las cosas son diferentes ahora.

—Excepto que todavía estás cruzando una línea con Ilya.

Rayne se da la vuelta con los ojos entrecerrados. —¿Qué demonios significa eso?

—Llevo a Ilya a la playa. Por algo lo hago los días que no hay nadie más —le recuerdo fríamente —. Pero entro aquí y estás intentando que se vaya de casa contigo.

—Íbamos a tomar aire. No es como si lo llevara a Disneylandia.

—No, probablemente sea un adelanto de lo que tienes planeado para mañana.

Se encoge de hombros. —Sí. Puede ser. ¿Por qué no? A Ilya le ha ido muy bien últimamente.

Resoplo. —No puedes hablar en serio.

—Mira a tu alrededor, Kirill. El apartamento no está hecho jirones. Hay cuadros en la pared y rompecabezas terminados sobre la mesa. ¿Sabes por qué? Porque le estoy enseñando a manejar sus emociones. No tiene que tener un arrebato cada vez que se siente abrumado.

Su ingenuidad sería encantadora si no fuera tan jodidamente exasperante. —Ilya tiene días buenos. Incluso semanas buenas. Pero, si crees que has conseguido curarlo, es que no has escuchado nada de lo que te he dicho —sacudo la cabeza—. ¿A quién coño quiero engañar? Sé que no has estado escuchando. Si lo hubieras hecho, sabrías que tu trabajo es limpiar lo que ensucia Ilya, no pasarte el día jugando con él.

Rayne da un paso hacia mí y se inclina sobre la isla. —Y, si prestaras atención a alguien aparte de ti, sabrías que Ilya se siente solo. Me pidió que jugara con él. A diferencia de ti, por lo visto, no podría soportar decepcionarlo.

Doy la vuelta a la isla en un instante. Rayne se vuelve hacia mí, con miedo en los ojos, mientras la apoyo contra el mostrador. —¿Quieres que te trate como a cualquier otro miembro de mi personal? —siseo—. Bien. Estás despedida.

Los ojos de Rayne se abren de par en par. —Pero yo no... tú dijiste...

—Dijiste que querías empezar de cero. Que querías que te trataran como a los demás. Bueno, aquí está tu primera lección: nadie me habla así. Ni en mi propia casa ni en ningún otro sitio. Jamás.

Parpadea y sus ojos se llenan de lágrimas. —No quería decir... Eres un gran hermano para él, Kirill. No quise decir eso. No lo decepcionas —su pecho sube y baja mientras intenta recuperar el aliento. Finalmente, baja la cabeza e intenta moverse a mi alrededor—. Pero bueno. Supongo que debería irme. Si de verdad... Ya que estoy despedida. ¿Puedes despedirte de Ilya de mi parte?

Su barbilla se tambalea. Es realmente una de las cosas más lamentables que he visto.

Suspiro. La piedad no es algo con lo que esté familiarizado. Pero, por desgracia para mí, es algo que siento arder como una marca en mi pecho cuanto más miro las lágrimas que brotan en sus ojos como rocío.

—No tendré que hacerlo si me prometes que harás el trabajo que te pida, no el que quieras hacer.

Se queda paralizada y me mira despacio. —¿Qué significa eso?

—Te he contratado para ser una criada, Rayne. No la cuidadora de Ilya. Le gustas. No soy ciego, eso lo puedo ver. Pero soy yo la persona que toma las decisiones sobre su cuidado.

—Por supuesto —dice ella—. Ya lo sé. Sí.

—¿De verdad?

Rayne me mira. —Sí.

—Bien —aprieto los dientes—. Porque si vuelves a cuestionar mi relación con mi hermano o te excedes de nuevo, haré que te saquen a la fuerza de las instalaciones. ¿Entiendes?

Inhala bruscamente, aguantando la respiración antes de exhalar lenta y firmemente.

Es una versión de la respiración de león de Ilya, sin duda. La forma que tiene Rayne de calmarse. Cuando termina, me mira con expresión inexpresiva. —Lo entiendo.

—Maravilloso.

Rayne intenta alejarse de nuevo, pero yo la sigo y le cierro el paso. —Entonces, te encantará quedarte hasta tarde para una cena que organizaré esta semana.

—¿Quieres que vaya a una cena contigo? —pregunta.

—Quiero que *trabajes* en una cena que estoy organizando —aclaro—. Fuiste camarera hace tiempo, por si lo has olvidado.

Y, por un segundo desgarrador, creo que la he destrozado. Creo que el fino barniz de compostura que Rayne ha conseguido reunir va a hacerse añicos bajo la creciente presión de su rabia. Pero entonces, toma aire y asiente. —Sí. Tengo algo de experiencia.

—Perfecto. Ponte un vestido negro de cóctel y tu sonrisa más agradable.

Sus labios se fruncen con desagrado. —Haré lo que pueda.

La tensión crece cuando rodeo la isla y me dejo caer en el taburete. Al cabo de unos segundos, Rayne se da la vuelta y vuelve a descargar el lavavajillas. Pero se mueve con dificultad.

Se ve tan a gusto con Ilya. Tan cómoda. Pero, en el momento en que estoy cerca, las garras salen. Las suyas y las mías por igual.

Tal vez ella tenía razón. Tal vez las cosas nunca serán fáciles entre nosotros. Quizá estemos demasiado lejos para que lo “sencillo” sea posible.

Pero, mientras la veo moverse por el espacio, con la sangre palpitando bajo mi piel, no deseo algo “sencillo”. Rayne arde con algo que nunca había experimentado.

Estoy más que feliz de bailar entre las llamas.

26

RAYNE

Subo penosamente el largo camino de entrada a la casa de invitados mientras el sol se pone. Hoy el autobús llega tarde y lo único que quiero es ducharme y meterme en la cama. Normalmente, paso a saludar a Lana y a los niños, pero no he hablado con ella desde que me gritó en la playa. Lo único que me ha dicho es «Tienes un paquete en la puerta» cuando llegué ayer del trabajo. Cuando entré a recogerlo, Lana y los niños no estaban por ninguna parte. Me los imaginé a todos acurrucados en la habitación del pánico del sótano, con la puerta cerrada y la pistolita de Mitchell agarrada con fuerza en la mano, mientras yo subía las escaleras como si fuera el hombre del saco de una mala película de terror.

Así que estoy totalmente concentrada en la puerta de mi casa e intentando activamente no mirar por la ventana de la cocina para ver qué están haciendo cuando alguien grita mi nombre.

—¡Raynie!

Levanto la vista y tengo que parpadear un par de veces para convencerme de que estoy viendo a quien creo que estoy viendo. —¿Alexis?

Mi hermana mayor abre los brazos y sonríe. —¡En carne y hueso!

Corro hacia ella y dejo que me abrace. —Dios mío. ¿Qué estás...? Bueno, sé lo que estás haciendo aquí. Pero pensé que no ibas a venir hasta dentro de dos días.

—Dustan me sorprendió con un viaje de aniversario a un complejo turístico al que quería ir, pero la única plaza disponible que tenían empezaba a finales de esta semana. Así que tuvimos que adelantar este viaje para hacerle hueco a ese.

—Oh —murmuro—. Guau. Qué bonito.

—Increíble, ¿verdad? —pregunta—. Vamos a estar aquí dos días y luego en el resort otros cinco. Es tan necesario. Hace meses que no tengo vacaciones.

Quiero señalar lo alucinante que es que ella y Dustan puedan reorganizar sus horarios de trabajo para ir a un complejo turístico y no pudieran ir a despedirse de mamá, pero me muerdo la lengua. Ya tengo una hermana enfadada conmigo; no necesito enemistarme con la otra. Seguramente eso

ocurrirá solo muy pronto, conociendo mi suerte.

—Bueno, de cualquier manera, estoy encantada de verte —le digo—. Acabo de llegar del trabajo.

—Sí, Lana dijo que podrías estar demasiado cansada para comer con nosotros esta noche. Quería que te dejara ir a tu habitación a descansar. Pero no quiero perderme ni un minuto de unión fraternal —Alexis me pasa el brazo por los hombros—. Entra y come con nosotros. Dustan y Mitchell fingen que saben manejar la parrilla y yo hice ensalada de pasta.

Es obvio que Lana esperaba que no pasara a cenar. Pero Alexis no parece ser consciente de que hay problemas entre nosotras. Tal vez esta es la puerta abriéndose un poco. ¿Y qué si tengo que entrar a la fuerza? Si ayuda a arreglar las cosas entre Lana y yo, valdrá la pena.

—Sí, vale —acepto—. Solo déjame cambiarme y asearme un poco.

—La limpieza nunca se detiene para ti, ¿verdad? —Alexis se ríe—. Es broma. Pero date prisa, me muero de hambre.

Llega y se va antes de que tenga tiempo de procesarlo. Pero así es Alexis: un torbellino a tiempo completo.

Corro a mi habitación, me pongo unos vaqueros rotos y una camiseta corta, me peino y me maquillo. Es más esfuerzo del que suelo dedicar a una cena con mi familia, pero intento causar una buena impresión, ya que empiezo desde muy atrás.

Cuando abro la puerta de atrás, oigo voces que vienen del comedor. Mitchell y Dustan hablan de diferentes cajas de ahumado para la parrilla y de las ventajas de los pallets de madera frente al carbón. Alexis y Lana se ríen descontroladamente de algo.

Pero en el momento en que entro por la puerta, todo se queda en silencio.

Los hombres dejan de hablar. Mis hermanas también. Incluso el zumbido del aire acondicionado parece tomarse un respiro. Lana me mira a los ojos solo un segundo antes de apartar la vista, de repente muy interesada en el grano de la mesa de la cocina.

Súper dúper. Va a ser una noche larga.

—Hola —saludo con la mano—. Escuché que habría algo de cenar.

—La comida gratis es la principal razón por la que Rayne viene aquí —murmura Lana a Alexis.

—Se pasa el día sirviendo a otras personas. Creo que es justo que cuando esté libre, otras personas la sirvan —Alexis palmea la silla a su lado—. Siéntate, oh hermana querida. Vamos a darnos un festín.

Me deslizo en el asiento y cojo un panecillo. —Yo no *sirvo* a la gente. Solo limpio.

—¿Hay alguna diferencia? —pregunta Dustan con una mueca.

El hombre es incapaz de una sonrisa genuina. La noche que mamá lo conoció, pensó que nuestra casa olía mal porque su labio superior estuvo curvado toda la noche. Pero es solo su cara. Ya me

he acostumbrado.

—“Servir” implica que lo hago sin fines de lucro, supongo —me encojo de hombros—. Me pagan. Muy bien, de hecho. Es un buen trabajo.

—Ya lo paso bastante mal cuando los clientes intentan decirme cómo invertir su dinero —dice Mitchell—. Si me pidieran que les lavara la ropa interior, me cagaría de la rabia.

—Si eres tú quien tiene que limpiarles los calzoncillos, más te vale que no sean ellos los que se caguen de la rabia —replica Dustan.

Todos se ríen y, al cabo de unos segundos, yo también. Si no puedes vencerlos, únete a ellos. O, no sé, algo así.

—Coman todos —dice Lana, señalando la mesa llena—. Mitchell compró los filetes a un carnicero local.

—Deberían estar medio cocidos. Excepto el de Alexis, que pidió carbón —Mitchell le guiña un ojo.

Alexis pone los ojos en blanco. —Ja, ja. Que no me guste comerme la carne mientras aún me muge no significa que sea carbón.

A partir de ahí, la conversación serpentea. Mitchell les pregunta cómo les ha ido el vuelo, y Alexis y Dustan se turnan para hablar del anciano dormido que habrían jurado que estaba muerto.

—En mi vida había visto a alguien dormir tan profundamente en público —dice Dustan—. Estuve a punto de ponerle un espejo debajo de la nariz.

Entonces, Alexis y Lana empiezan a planear los próximos dos días.

—Mañana, estoy pensando que nos hagamos la manicura y luego vayamos de brunch a ese lugar al que me llevaste la última vez —dice Alexis—. El de las mimosas sin fondo.

—Mejor llévate mi cartera sin fondo —murmura Mitchell.

Lana le hace señas para descartar lo que dice. —Es caro porque vale la pena. No seas El Grinch.

—Y yo pagaré mis propios gastos, obviamente —dice Alexis—. No necesito comida gratis.

No estoy segura de si lo ha dicho como una indirecta hacia mí, pero la forma en que la conversación se tambalea durante un segundo me hace saber que todos han pensado en mí. Me inclino hacia ella y me aclaro la garganta. —Bueno, no tendrás que preocuparte por pagarme nada. Mañana tengo que trabajar.

Alexis se vuelve hacia mí con un mohín. Curiosamente, cuando pone esa cara, se parece a mamá. Comparten la barbilla puntiaguda y los ojos grandes y redondos, aunque Alexis tiene los ojos marrones como papá. Lana y yo hemos heredado la melancolía de nuestra madre.

—¿No puedes tomarte el día libre? —protesta—. ¿Ni siquiera para pasarlo con tu hermana?

—Perdona. Pensé que vendrías a la ciudad en dos días, así que no pedí mañana libre.

—Solo no vayas —sugiere—. Di que estás enferma. Yo pagaré todo. Pero las tres debemos estar juntas.

Me imagino llamando a Kirill y fingiendo estar enferma, o incluso a Sonya. Ambos se darían cuenta de mis mentiras. Teniendo en cuenta que Kirill ha estado a punto de despedirme hoy, no creo que deba tentar a la suerte.

—Me encantaría, pero realmente...

—Es lo malo de no tener prestaciones —interrumpe Lana—. Pero es un trabajo estacional. Vuelve dentro de unos meses y Rayne estará en paro. Tendrá todo el tiempo del mundo.

—Oye —frunzo el ceño—. No me quedaré en paro. He tenido trabajo todo el tiempo que he vivido aquí.

Lana asiente, negándose a mirar en mi dirección. —Has tenido trabajo, seguro.

—¿Por qué lo dices así?

Ella suspira. —No lo digo como nada, Rayne.

—Lo dices como si me parara en una esquina y me levantara la falda para los coches que pasan.

—Oh, por el amor de Dios. Si vas a aceptar un trabajo servil, no puedes permitirte ser tan sensible al respecto.

Retrocedo como si me hubiera abofeteado. Podría haberlo hecho. —¿Hablas en serio? Sé que estás enfadada conmigo, Lana, pero no puedes hablarme así...

—¡Yum, chicos! —Alexis interrumpe—. El filete está increíble.

—Me sorprende que no te hayas roto un diente —Dustan le da un codazo a Mitchell y se ríe. No se da cuenta de cómo se le cae la mandíbula a Alexis.

—El mío está un poco pasado —añade Lana, lanzando una sonrisa dulce en dirección a los hombres—. Quizá te compre un termómetro para carne por Navidad, Dustan.

Él le devuelve una mueca, igual que siempre.

Debajo de la mesa, veo que Alexis se acerca y acaricia la rodilla de Lana. Al menos las dos se llevan bien. Alguien en esta cena debería llevarse bien. Seguro que no seremos Lana y yo.

Me trago todo lo que iba a decir junto con un bocado de filete. Lana no se equivocaba: es difícil de tragar. Pero últimamente estoy lidiando con muchas cosas difíciles de tragar, así que me lo trago a la fuerza y no me quejo.

Cuando termina la comida, hay tres botellas de vino vacías sobre la mesa. Mitchell se tambalea al levantarse. —Bebidas en el estudio para los hombres —anuncia, golpeando con una mano en la espalda de Dustan—. También tengo algunos puros para fumar.

Lana gime. —Si tienes que ser un cliché, abre una ventana, al menos.

—No me digas cómo actuar en mi propio espacio. Yo no te digo cómo cotillear —le espeta Mitchell.

Se miran fijamente durante un cargado segundo antes de que Dustan se ponga en pie. —No me gusta mucho fumar, pero me tomaré una copa. ¿Qué tienes?

—Lo que quieras. Siempre tengo un carrito de bebidas bien surtido —dice Mitchell, guiando a Dustan fuera del comedor y por el pasillo.

Lana vuelca el resto del vino en su copa y se la termina de un trago. —Mantengo su carro de bebidas bien surtido. Sin mí, Mitchell ni siquiera tendría un carrito de bebidas en el estudio. Tendría un televisor, un frasco de loción y una caja de pañuelos.

Alexis arruga la nariz. —Eso es asqueroso.

—Sí, bueno, los hombres son repugnantes.

Lana coge otra botella y empieza a rellenar las copas.

—En realidad estoy bien —digo, tapando mi taza para evitar que me la vuelvan a llenar—. Gracias. Pero tengo... bueno, tengo que madrugar mañana.

Diría que tengo que trabajar, pero no quiero volver a abrir esa caja de Pandora. —Entonces, beberemos —Alexis toma mi copa, ahora sosteniendo una en cada mano.

—Puedes sentarte y hablar.

—O “cotillear”, como diría Mitchell —se burla Lana—. Dios, puede ser tan imbécil. ¿No es un idiota a veces?

Me mira, y eso es lo único que me hace saber que no está bromeando. Incómoda, niego con la cabeza. —Um... Realmente no quiero... quiero decir, no estoy tan borracha como ustedes.

—¡No estoy borracha! —argumenta Alexis en voz alta—. Estoy achispada. Y sí, Mitchell es un idiota. Por eso Dustan y él se llevan tan bien.

Me tapo la boca con una mano, pero mis hermanas se ríen. Es una risa cruel y burlona que, casualmente, es lo único que me hace saber que tampoco están bromeando.

—No pongas esa cara, Rayne —regaña Lana—. No eres tan buena ocultando lo que sientes como crees.

—No siento nada —digo entre mis dedos.

Ella pone los ojos en blanco. —Dios. Eres igual a mamá cuando haces eso.

—¿Hacer qué?

—Actúas como si fueras tan jodidamente dulce e inocente. Pero veo la forma en que me miras. También es la forma en que me miraba mamá. Eres la persona más prejuiciosa que conozco, pero

te niegas a ser honesta al respecto.

Vaya. Esto pasó a ser muy personal muy rápidamente.

Y así, me enfado aún más rápido.

—¿*Yo* soy la persona más prejuiciosa que conoces? ¿Te conoces a ti misma? Sabes que... —me corto con la voz de mamá en mi oído. *Sé mejor persona*.

Dios, cada vez es más difícil.

Me levanto y me quito las migas del regazo y las tiro al suelo. —Ya no estoy de humor para que me ataquen. Siento lo que pasó con Brady, pero...

—¿Qué pasó con Brady? —pregunta Alexis, mirándonos a Lana y a mí.

—Casi deja que mi hijo se ahogue en el océano porque estaba flirteando con su jefe —Lana suena increíblemente indiferente sobre todo el incidente. Supongo que es el alcohol.

—¡Dios mío! Es el que te gustaba, ¿verdad? ¿Te enrollaste con él?

—¿En serio es eso lo que te preocupa ahora mismo? —le pregunto.

Se encoge de hombros. —Ya vi a Brady. Sé que está bien. Lo que no sé es si te estás tirando a su jefe o no.

—¿"*Tirando*"? —sacudo la cabeza—. Eso es asqueroso. No digas eso.

—No seas tan remilgada, Rayne. Cuéntanos —dice Lana—. Oigamos cómo arruinarás tu vida liándote con un imbécil que le grita a tu hermana.

Alexis vuelve a centrar su atención en Lana. —¿Te ha gritado? ¿Por qué?

—¡Porque me estaba gritando! —explico antes de que Lana pueda distorsionar las cosas—. Kirill me defendió. Pero, después de que te fueras, le dije que no se metiera. Y no estamos juntos. No voy a "arruinar mi vida" involucrándome con él.

Lana engulle más vino y se limpia la boca con el dorso de la mano. —Sí, lo harás. Es la maldición de la familia Garner. Todos elegimos a las personas equivocadas para enamorarnos.

Las tres nos quedamos calladas.

Lana está recostada en la silla del comedor, con los codos separados y los hombros recogidos alrededor de las orejas. Nos mira. —¿Qué? ¿Esto es nuevo para ustedes dos?

—Más o menos —admito—. ¿No son ustedes dos... felices?

—Dios, no —Alexis sacude la cabeza—. Pero no creo que nadie sea feliz. ¿Cierto?

—Algunas personas son felices —murmura Lana—. Pero nosotros no. Por culpa de la maldición.

Vuelvo a sentarme y acerco la silla. No creo que nadie deba hablar más alto de lo necesario. Oigo a Mitchell y a Dustan murmurar en el estudio, así que no quiero que sus voces se oigan.

—No estás maldita.

—Sí, lo estoy —dice—. Y tú también. Todos en la línea Garner deben tener al menos un divorcio. Quiero decir, mira a papá. Su hermana se ha casado tres veces.

—Eso es porque la tía Tracy es una chiflada —argumento—. Colecciona mascotas disecadas. Mascotas disecadas de *otras personas*. Creo que podría ser una asesina en serie.

Lana sacude la cabeza. —Es la maldición Garner. Solo estoy retrasando lo inevitable con Mitch.

Miro a Alexis, pero está mirando fijamente a la pared. No ayuda, como de costumbre. La rodeo y agarro a Lana por el hombro. —Las cosas no van tan mal con Mitchell, ¿verdad? Tienes a Brady y a Lily. Son increíbles.

—Aborté —suelta Lana. Se muerde el labio inferior y suspira—. Estaba embarazada el año pasado, pero no se lo dije a Mitchell. Programé el aborto al día siguiente. Sabía que si tenía otro hijo con él sería aún más difícil... No sé. Hacer algo.

—¿Dejarlo? —sugiere Alexis en voz baja.

Le doy un codazo en el costado. —No va a dejar a Mitchell.

—Tú lo sugeriste la semana pasada —me recuerda Lana—. Dijiste que, si no era feliz, debería irme.

—¡Sí, y te enfadaste conmigo por ello! No volveré a cometer ese error.

—No me enfadé porque lo sugirieras. Me enfadé porque pudiste ver a través de la fachada, ¿supongo? No lo sé —se encoge de hombros—. Pensé que estaba haciendo un buen trabajo ocultando lo mierda que son las cosas. Pero entonces dijiste eso y me preocupé de que quizá todo el mundo pudiera verlo.

Hay una larga pausa antes de que Alexis se incline hacia delante. —Dustan me engaña —confiesa.

Lana y yo nos giramos hacia ella, con la boca abierta. —¿Estás... estás segura? —le pregunto.

Ella asiente. —Positivo. Los vi juntos. Volvía a casa del gimnasio y Dustan la sacó por la puerta de atrás. Ella es de su oficina. Una empleada temporal universitaria. Durmieron juntos en nuestra cama. Encontré un pelo.

—Lo siento mucho, Lexi —respiro—. ¿Qué vas a hacer?

—Ya he hecho algo —sonríe. Es en parte traviesa, en parte desgarradora—. Me acosté con mi jefe.

Lana le da una palmada en el brazo con incredulidad —No lo hiciste.

—Lo hice —dice Alexis—. Varias veces, en realidad. ¿Cómo crees que me aprobaron todo este tiempo libre?

—¿Vas a dejar a Dustan? —pregunto.

—No tengo ni idea. Las cosas con Anders son... complicadas. Él quiere mantener las cosas puramente físicas. Así que dejar a Dustan por él se siente como un error.

—Pero si no eres feliz...

—Tal vez sea feliz —dice de repente—. Tengo una bonita casa y una cuenta de jubilación. Tengo buenos amigos. Y, cuando me siento estresada, me quedo hasta tarde en el trabajo y "descargo mis frustraciones".

—Ascoo —se ríe Lana.

Pero yo no me río. Nada de esto me hace gracia. Quizá porque es algo con lo que puedo identificarme.

—¿Te funciona? —pregunto—. ¿Mantener las cosas puramente físicas?

Alexis asiente. —Me gusta, si eso es lo que preguntas. Pero prefiero tenerlo así a no tenerlo, ¿sabes? Y quizá hemos convertido la monogamia en algo que no es. Tal vez la gente necesita más de una persona para satisfacer todas sus necesidades.

Lana lanza las manos al aire. —No te pongas rara y culta con nosotras, Lex.

—No lo hago. Pero quizá así rompamos la maldición de la familia Garner. En vez de divorciarme, me echaré un noviecito. El sexo sin sentido es bueno para el alma.

—Realmente lo es —murmuro.

Mis dos hermanas se vuelven hacia mí y me doy cuenta de lo que he dicho. Mi cara se ilumina, y las dos saben exactamente lo que significa.

—¡Te lo tiraste! —Alexis dice al mismo tiempo que Lana grita—: ¡Lo sabía!

Agacho la cabeza. Si hubiera una forma de desaparecer, lo haría. —Una vez. Y no se repetirá.

—No con esa actitud —dice Alexis.

—No con ninguna actitud. Se acabó. No soy tan evolucionada como tú, supongo —admito—. No puedo separar mis emociones.

—Entonces, ¿te gusta? —pregunta Lana.

Tengo una negación en la punta de la lengua, pero no puedo forzar la mentira. —Creo que sí. Sí. Probablemente.

Decirlo en voz alta hace que la emoción sea mayor. De repente, no sé cómo he podido contenerla todo este tiempo.

Me gusta Kirill.

No me extraña que me vuelva loca.

Lana se ríe, sacándome de mis pensamientos. —Clásico de Rayne —Alexis empieza a sacudir la cabeza, intentando callar a Lana. Pero Lana no la ve. O eso o no le importa—. Nunca sabes lo

que quieres. Siempre dando tumbos por la vida.

—¿Es eso... es eso lo que crees que estoy haciendo? ¿Dando tumbos por la vida?

De repente, Lana parece darse cuenta de lo que ha dicho. Me mira y frunce las cejas. —No es algo malo. Simplemente eres así. ¿Sabes?

—No, no lo sé —digo bruscamente—. Explícamelo.

Ella suspira. —No. No voy a decir nada más. Porque no importa lo que diga, lo vas a tomar como un insulto. Te pareces tanto a mamá en eso.

—Tal vez porque todo lo que dices es un insulto —digo—. Incluyendo decirme que te recuerdo a mamá cada puta oportunidad que tienes.

—¿Cómo no voy a hacerlo? La adoras. Llevas sus joyas —me acusa, señalando el collar de plata que llevo—. Sinceramente, me sorprende que no te lo tomes como el mayor cumplido del mundo.

Mamá llevó el collar todos los días hasta el día de su muerte. No sé de dónde lo sacó, pero nunca la vi sin él. Me hizo prometer que me lo quedaría cuando muriera.

—*Pero es tu favorito. Deberías quedártelo* —argumenté entonces.

Ella se limitó a arquear la ceja. —*¿De qué me va a servir donde voy? Las joyas están hechas para ser vistas. Tienes que llevártelo.*

Así lo hice.

Agarro la cadena y enrosco el amuleto en mi dedo. —Es obvio que la odias, así que claramente no es halagador viniendo de ti.

Lana niega con la cabeza. —No la odio, solo odio lo que hizo para...

—Nadie odia a nadie —suelta Alexis antes de que Lana pueda terminar su pensamiento.

Le hace ojitos a Lana. Veo que algo pasa entre ellas.

—¿Qué? —presiono—. ¿Qué ibas a decir?

Lana se vuelve lentamente hacia mí. Prácticamente puedo ver cómo se traga las palabras. —No odio a mamá. No odio a mamá y te quiero. Eso es lo único que importa.

—Todo lo que necesitamos es amor —dice Alexis con un terrible acento británico. Luego, se levanta y tira a Lana de la silla por el brazo—. Y dormir. También necesitamos dormir. Esta *sis* va a sufrir las consecuencias por la mañana.

—No estoy borracha —argumenta Lana.

—Seguro que no —pero Alexis me lanza una mirada conspiradora por encima de la cabeza de Lana—. Buenas noches, Rayne.

Y, así como así, se han ido y estoy sola. Como siempre.

Siempre han sido Lana y Alexis, y luego, a un lado, Rayne. La hermana pequeña que corre detrás de ellas. La hermana que no puede alcanzarlas.

Cuando mamá vivía, sentía que no tenía que hacerlo. La tenía. ¿Qué más podía necesitar?

—*Nosotras dos contra el mundo, Rayne* —decía. Normalmente, cuando íbamos al supermercado o teníamos que arreglar el grifo que goteaba en el baño.

Nosotras dos contra el mundo.

Hasta ahora. Ahora, soy solo yo.

Una puerta del pasillo se abre justo cuando estoy llegando a la puerta trasera. Creo que son Alexis o Lana, pero en su lugar oigo a Mitchell.

—Se han ido a dormir, así que tendremos que estar callados —dice en un susurro arrastrado. Desde donde está, puede ver el comedor vacío, pero no a mí, que estoy junto a la puerta trasera —. Solía tener todo un sistema de sonido instalado en la casa de invitados para poder relajarme una vez que todos estuvieran en la cama, pero Rayne puso fin a eso.

Me congelo al oír mi nombre.

—Eso apesta —dice Dustan—. A Lex le preocupaba que Rayne intentara quedarse con nosotros tras la muerte de su madre. Al menos tienen una casa de invitados para ella. Nosotros solo tenemos la habitación de invitados abajo. Habríamos tenido que compartir la casa.

Mitchell resopla. —El agente inmobiliario llamó a la casa de invitados la “suite de la suegra”. “Suite de la cuñada perdedora” es más exacto.

Retrocedo hacia las sombras, con las lágrimas quemándome el fondo de los ojos.

Sabía que a Mitchell no le hacía ninguna gracia que yo estuviera aquí, pero oírlo con tanta crueldad es algo totalmente distinto.

Contengo la respiración hasta que los hombres se van a otra parte de la casa. En cuanto se van, me doy la vuelta para marcharme. Para volver a mi “suite de perdedora”, sabiendo que nadie en toda esta puta casa se preocupa por mí.

Entonces, me fijo en las llaves que cuelgan del gancho.

Un llavero rojo brillante, del mismo tono que el coche de Mitchell.

Antes de poder pensarlo demasiado, cojo las llaves del gancho y salgo. Su preciado Porsche está en la cochera en vez de en el garaje, donde suele descansar. Mejor aún para que Dustan y Alexis pudieran admirarlo cuando llegaron a la casa esta tarde.

Me subo, ajusto el asiento a mis piernas más cortas y arranco el motor.

Tal vez Mitchell oye el coche retumbar por el camino, tal vez no. Realmente no lo sé.

Porque, tan pronto como salgo de la plaza de aparcamiento, piso el acelerador y salgo chillando.

27

KIRILL

Cuando Rayne se marchó, pasé el resto de la tarde con Ilya. Me preguntó por ella varias veces, pero siempre corté de raíz esas conversaciones.

Aún así, se me hace aún más difícil negar el efecto que ha tenido en él. Cuánto mejor le ha ido en la última semana...

Al diablo con eso. Estoy tomando la decisión correcta. Cambiando a Rayne de nuevo a la casilla de “empleada”. Empezar de nuevo. No importa lo bien que se vean las cosas ahora, sé cómo se ve cuando dejo que una mujer me distraiga.

Por supuesto, Daria no era una mujer. Tenía diecisiete años. Seguía siendo una niña y, en cualquier caso, demasiado inocente para mi mundo. Yo solo tenía un año más, dieciocho, y estaba a punto de arrebatarle la Bratva a mi padre, pero mis manos ya estaban cien veces manchadas de sangre.

El padre de Daria veía lo que ella no veía o no quería ver, y no quería que su hija estuviera cerca de mí. Intentó prohibirnos estar juntos. Mi propio padre hizo lo mismo.

—Olvídate de esa zorra y céntrate —dijo mi padre poco antes del accidente de Ilya—. No puedes ser un adolescente enamoradizo. Siempre estamos bajo amenaza. No puedes bajar la guardia con esos monstruos cerca.

Pero ya era demasiado tarde. Había bajado la guardia. Y el monstruo ya estaba dentro.

La diferencia es que Ilya pagó el precio de mi error.

En los años transcurridos desde su accidente, olvidé lo que se sentía ser tan imprudente. Olvidé lo que se siente cuando te consume un impulso que no puedes negar, cueste lo que cueste.

Hasta Rayne.

Vuelvo a inclinar el vaso, dejando que el alcohol me queme la garganta. —No puedo ser un adolescente enamorado —digo, repitiendo las palabras de mi padre.

Odio a ese cabrón, pero tenía razón.

Vuelvo a hundir el vaso en la arena y miro hacia la playa oscura. Lo primero que pienso es que he bebido más de la cuenta. Pero cuanto más miro, más sigue igual.

Su silueta negra contra el agua iluminada por la luna es imposible de pasar por alto. Imposible no reconocerla.

Echa la cabeza hacia atrás y deja que la brisa agite su larga melena. Prácticamente puedo sentir su sedoso peso en mis manos, enroscándose en mis nudillos mientras le inclino el cuello hacia atrás.

Así, sin más, no tengo elección.

Me levanto y camino hacia ella.

Rayne está de pie en la orilla, con los zapatos colgando de los dedos. Está lo bastante lejos de mi casa como para darme cuenta de que no ha venido a verme. Al menos, no conscientemente. Del mismo modo que yo no he venido al agua a verla a ella.

No es más que una mancha de sombras negras y grises en el oscuro atardecer, pero se vuelve hacia mí. Me doy cuenta de que también me reconoce.

—Nunca aprendes, ¿verdad? —le digo.

Ella suspira. —Supongo que no. No supuse que estarías fuera tan tarde.

Miro el reloj. —Ni siquiera son las diez.

—Bueno, algunos tenemos que madrugar para ir a trabajar. Para mí es tarde —dice—. Y está oscuro. ¿Qué haces en la playa de noche?

—Podría hacerte la misma pregunta. Sobre todo, porque ni siquiera vives aquí —señalo al cielo —. En cuanto a mí, es luna llena. Perfecta para todos los tratos diabólicos que hago.

Ella asiente sin perder el ritmo. —Me preguntaba cómo alguien podía ser tan rico y guapo. Un pacto con el diablo tiene sentido —vuelve la vista al agua durante un minuto, inhalando profundamente como si intentara absorberlo todo—. Siento haber venido aquí. Puedo irme.

—No lo hagas.

Ella se pone rígida por la incertidumbre. —¿No vienes aquí para echarme de tu propiedad?

—He venido aquí a pensar —señalo hacia la playa, donde se ve vagamente el vaso de whisky que anidé en la arena, brillando con la luz ambiental de mi casa y la luna—. Pero la miseria ama la compañía. O eso me dicen.

Me estudia durante un segundo. —Estás siendo extrañamente amable conmigo.

—No me acostumbraría si fuera tú.

Rayne ríe suavemente, pero se apaga tan rápido como salió. Luego se vuelve hacia el agua. —Ni

siquiera quería venir aquí. Solo... necesitaba alejarme.

Lo dice casi susurrando, con un dejo de dolor en las palabras. Me acerco como si pudiera protegerla de lo que sea de lo que está huyendo. —¿Alejarte de quién?

—Mis hermanas —suspira—. Sus maridos. Todo. Es un drama familiar. Lo mismo de siempre.

—Entonces has venido al lugar correcto —le tiendo la mano.

Rayne se la queda mirando como si tuviera en la palma de la mano uno de esos zumbadores eléctricos trucados. —¿Sabes cómo arreglar mi drama familiar?

—Sé cómo arreglarlo todo.

La observo reflexionar sobre la oferta, dándole vueltas para ver todas las posibilidades, todas las consecuencias. Al final, decide que valgo la pena. Me coge de la mano y me deja que la lleve de vuelta a la playa, donde yo estaba sentado. Tomo asiento y le tiendo el whisky.

—¿Beber? —pregunta con una risa ahogada—. ¿Ese es tu remedio?

—Eso o las vistas —explico, señalando las aguas de ónice que hay más allá—. Creo que funcionan mejor juntas. Pero tú eliges.

Se ríe otra vez. Es el sonido más triste que he oído nunca. —Me quedo con la vista. Ya he bebido suficiente por una noche. Todavía tengo que conducir a casa.

—¿Desde cuándo tienes coche?

Rayne se muerde el labio inferior, reprimiendo una sonrisa maliciosa. —Desde que le robé las llaves a Mitchell y me largué.

—No sabía que tenías agallas para hacer algo a lo GTA.

—Sí, bueno, me provocaron —la sonrisa de Rayne se escapa, llevándose toda su calidez con ella.

Aprendo algo sobre mí mismo mientras observo su ceño cabizbajo a la luz de la luna: no me gusta verle ese ceño fruncido. Hace algo extraño y poderoso en el nudo alojado permanentemente en mi garganta. Hace que se retuerza de dolor.

Como si su dolor fuera ahora mi dolor.

—¿Qué ha hecho? —gruño.

Rayne me mira con los ojos muy abiertos. —Nada. Nada de eso. Me ha llamado perdedora —se ríe sin gracia—. Cuando lo digo así, suena tan estúpido. Pero... sí, eso fue lo que me empujó al lado oscuro, supongo. Mitchell me llamó su “cuñada perdedora”. Y Dustan dijo que Alexis tenía miedo de que me quedara con ella en vez de con Lana.

No sé quién es ninguna de estas personas.

Sé que los mataré a todos simplemente por poner ese pliegue entre las cejas de Rayne.

Pero me trago la rabia que bulle en mi interior. —Si supieran lo bien que haces la cama —digo

—, quizá lo reconsiderarían.

—Gracias, imbécil —se ríe entre dientes y me mira. Veo cómo cae en cuenta—. No debería estar aquí. No sé por qué vine. Te pedí que me trataras como a cualquier otra criada. Ese fue nuestro trato. Y ahora, aquí estoy derramando mis asuntos y... mierda, lo siento. Me iré y...

Me acerco a ella y le rodeo la muñeca. Se queda inmóvil bajo mi contacto y me mira con ojos azules muy abiertos. —Ahora mismo no eres mi criada, Rayne. No eres nada mío. Solo somos dos personas en una playa.

No está totalmente convencida. —Es un bonito pensamiento, pero una línea bastante peligrosa de pisar.

—¿Qué sentido tiene vivir la vida si no lo haces peligrosamente?

Sus ojos recorren mi cara. Hay algo lejano en la forma en que me mira. Nostálgico, como si no estuviera sentado frente a ella. —Una vez intenté vivir peligrosamente contigo, ¿recuerdas? Hizo las cosas... complicadas.

—El sexo tiene ese efecto —digo en tono sombrío, pensando en Daria y sintiendo esa vieja punzada familiar en el pecho—. Pero esto no es sexo. Esto es sentarse en la playa. Hay una línea muy clara entre las dos cosas.

—¿Y no hay riesgo de cruzar esa línea?

Cuando miro hacia ella, es imposible saber si Rayne está más nerviosa o esperanzada ante la perspectiva de que las cosas entre nosotros vuelvan a ser “complicadas”. Tiene los labios ligeramente entreabiertos. Tiene la cabeza ligeramente inclinada y sus mejillas reflejan la luz plateada de la luna como espejos planos. Ha estirado las piernas y ha metido las manos entre los muslos para calentarse.

Todavía puedo saborear su piel en mi lengua. Siento el calor de su cuerpo en las yemas de mis dedos.

—No existe la ausencia de riesgo.

Su respuesta es inmediata. —Entonces, debería irme.

Dejo el vaso y arrastro el dedo por la arena que nos separa. Ella se queda quieta, observando mi movimiento. —¿Qué es eso?

—Querías una línea. Aquí la tienes —bebo otro trago de whisky—. No la cruces y no pasará nada.

—Oh, ¿así que yo soy la responsable? Qué noble por tu parte.

—Tú eres la que se preocupa por controlarse —respondo—. Tengo un control extraordinario.

Pone los ojos en blanco. —Bueno, eso está bien. Porque necesitarás toda esa contención cuando conozcas mi delicioso drama familiar. He oído que a los hombres les gustan las mujeres con problemas con su padre —el chisporroteo sarcástico de su voz se desvanece—. Pero no tenemos

por qué hablar de esto. Sé que es patético. En realidad, lo más patético es que no tengo a nadie más con quien hablar de esto. Eso se lleva el trofeo.

Levanto las cejas con fingida sorpresa. —¿El rico imbécil es tu único confidente? Cómo han caído los poderosos.

—Ya sabes lo que dicen de los tiempos desesperados y todo eso —ríe amargamente—. Solía hablar con mi madre de todo, pero, bueno... murió.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Hace unos meses —dice—. Cáncer. Llevaba mucho tiempo enferma, así que estaba preparada. Pero sigue siendo duro. Cuidé de ella.

—¿A tiempo completo?

Ella asiente. —Ese es el quid del problema. Mientras cuidaba a mi madre moribunda, mis hermanas querían que estuviera en la universidad, merodeando en busca de un marido.

Los celos me invaden, verdes y devoradores, ante la idea de que otra persona cuide de Rayne. —Eres mejor que eso.

—No estoy tan segura —dice con un sorprendente latigazo de maldad autodirigida. Luego, se encoge de hombros—. Pero esa sigue siendo la vida que mis hermanas quieren para mí. Creen que he desperdiciado mi vida cuidando de mi madre. Pero yo no lo siento así. Quiero decir, ella era mi madre, ¿sabes? Me lo dio todo. ¿Cómo iba a abandonarla al final?

El frío se instala en mis huesos mientras digo—: No puedes. Si amas a alguien, nunca lo abandonas.

Mi voz flota en el aire entre nosotros como humo. Miro a Rayne y veo que me mira fijamente, con algo ilegible en los ojos. Al cabo de unos segundos, parpadea y niega con la cabeza. —Sí, bueno, no eran muy cercanas a ella. No como yo. Después del divorcio, se pusieron de parte de papá, podría decirse. Siempre han estado más unidas a él.

—¿Pero tú no?

—Realmente no tuve la opción —dice—. Hay una gran diferencia de edad entre mis hermanas y yo. Mis padres se divorciaron cuando yo era pequeña, pero él estuvo a mi lado mientras mis hermanas crecían. Yo apenas caminaba cuando él se fue y se volvió a casar. Formó otra familia, así que no tenía mucho tiempo para mí.

—Que se jodan él y tus hermanas.

Rayne se ríe. —Si hubiera sabido que ibas a estar de mi lado, te habría contado todo esto mucho antes.

Oh, si supiera. Desde el momento en que Rayne se acercó a mi mesa, he estado de su lado.

Hice explotar una alianza por Rayne. Terminé un compromiso a largo plazo por Rayne. Y he roto todas y cada una de las reglas que tengo sobre Ilya y quién puede estar cerca de él, todo por

Rayne.

—Si crees que no he estado de tu parte, es que no has prestado atención.

Se queda quieta un segundo, asimilando lo que he dicho. Luego se apoya con las manos en la arena, con las yemas de los dedos peligrosamente cerca de la línea que he trazado.

—Quizá no sé reconocer las señales. Hay muy poca gente que crea en mí —dice—. Estaba mi madre y mi mejor amiga, Harmony. Pero Harmony se mudó a Italia por un chico italiano. Y mi madre murió. Y luego todo lo de mis hermanas... Siempre me he sentido muy sola. Me mudé con Lana para arreglar las cosas. Ese era el objetivo, al menos —exhala un suspiro frustrado—. Eso era lo que creía que quería. Pero parece imposible. Se pasa todo el tiempo diciéndome que debería estar mucho más avanzada en la vida. Odia mis trabajos y quiere que vuelva a estudiar. Cree que perdí el tiempo cuidando de mamá cuando debería haberla dejado en una residencia y haberme ido a buscar marido. Pero así es como eligió vivir su vida, y sigue siendo desgraciada.

—La mayoría de la gente lo es —murmuro.

Rayne me mira, con una pregunta en los ojos. *¿Tú lo eres, Kirill? ¿Te sientes desgraciado?* En lugar de preguntar, niega con la cabeza. —Quizá Lana tenga razón. Estoy viviendo en su casa de invitados, aceptando trabajos temporales donde puedo encontrarlos. Yo en su lugar pensaría que soy una perdedora.

—Cuidar de tu familia no te convierte en una perdedora —gruño—. Créeme, lo sé.

—Supongo que lo sabes, ¿eh? Más que la mayoría de la gente —dice en voz baja—. ¿Sabes una cosa? Probablemente debería arrepentirme por haber roto tus reglas y haberme colado en el tercer piso aquel día, pero no lo hago. Descubrir lo de Ilya y todo lo que haces por él... —me dedica una pequeña sonrisa—. Es la primera vez que me pareces real. Te preocupas de verdad por él. Es una de las cosas que me gustan de ti.

—Siéntete libre de continuar con la lista.

Resopla. —Cállate. Puede que esté fuera de servicio ahora, pero tengo que presentarme en el trabajo mañana por la mañana. No puedo estar sonrojándome delante del jefe todo el tiempo. La gente sospechará.

Me acerco y le rozo la mejilla con el pulgar. —Demasiado tarde para eso.

La cara de Rayne estalla de calor. Mete la barbilla, aparta la cara de mí. Retiro la mano.

Crucé la línea primero.

Qué se puede decir de mi supuesta moderación.

—Si te sirve de consuelo —digo bruscamente—, cuidar de tu madre es más noble que lo que yo hago. Soy muchas cosas, pero desinteresado no es una de ellas.

Sacude la cabeza y, al hacerlo, se le cae un flequillo sobre la cara. Me pican las yemas de los dedos por quitárselo. —No me lo creo. Ser cuidador de alguien siempre implica cierto desinterés. Es imposible no hacerlo. Finge ser el malo todo lo que quieras, pero hay bondad en ti.

Puede que tenga razón.

A menos que tú seas la razón por la que necesitan cuidados.

—No tuve elección —digo—. Soy todo lo que Ilya tiene.

—¿Y tus padres?

—Muertos.

Rayne hace una pausa, esperando más. Cuando está claro que no se lo ofreceré libremente, insiste. —¿Cómo eran?

Me apoyo sobre los codos en la arena. —Mi madre murió cuando yo era pequeño. No recuerdo mucho de ella. Y, si se parecía en algo a mi padre, entonces no me perdí mucho.

—¿No era cálido y amoroso, entonces?

—En mi mundo, los padres cálidos y amorosos no sobreviven.

—Debes haber heredado tu calidez y *amorosidad* de ella, entonces.

Es mi turno de resoplar. —Lo que quiero decir es que era un pedazo de mierda —continúo—. Me enseñó todo lo que necesitaba saber sobre cómo llevar el negocio familiar, pero no tenía ni idea de cómo ser padre. Y fue aún peor para Ilya. Era el segundo hijo, lo que lo hacía inútil a los ojos de mi padre. "Un heredero y un sobrante", como se suele decir.

—¿Incluso antes de su accidente? —pregunta suavemente.

Aprieto los dientes. —Incluso entonces. Pero empeoró después. Todo el mundo empezó a ver a Ilya como una debilidad.

—Por eso lo mantienes fuera de la vista.

—Maldición, no. No me avergüenzo de él —le digo rotundamente—. Es mi hermano. Yo... le quiero. Estoy orgulloso de él y de lo lejos que ha llegado. Pero los demás no entienden cómo son las cosas para Ilya. Le tienen miedo. O eso, o quieren usarlo para llegar a mí.

Veo las líneas de tensión zumbando en la mandíbula de Rayne. —Cualquiera que los conozca de verdad a los dos, que los vea juntos, nunca pensaría que Ilya es una debilidad. Es increíble. Y te quiere muchísimo. Solo un monstruo intentaría utilizarlo para hacerte daño o viceversa.

—Por desgracia, el mundo está lleno de monstruos —murmuro.

Rayne se inclina, trayendo consigo una bocanada de su perfume de lavanda. —¿Eh?

Me aclaro la garganta. —Juré hace mucho tiempo que nunca lo haría sentir como una debilidad.

Siento una mano cálida en el codo. Rayne está de rodillas a mi lado, con el cuerpo lo más cerca posible de la línea sin cruzarla... salvo por su mano. Me aprieta el brazo.

La observo, esperando a que decida lo que va a hacer.

—¿Kirill? —susurra—. ¿Todavía estás comprometido? ¿Con Viktoria o... con alguien más?

Eso no es lo que pensé que iba a decir. Pero ahora veo hacia dónde se dirige su mente. Puedo ver los cálculos que está haciendo, su cabeza y su corazón luchando por el control.

Sacudo la cabeza. —Terminé las cosas. Mucho antes de que tú y yo nos acostáramos, en realidad. Le dije que se había acabado.

—¿Estás seguro? —pregunta—. Porque mi hermana cree que tal vez la monogamia está sobrevalorada y que la gente necesita personas diferentes para cosas diferentes. Tú dijiste lo mismo la noche que nos conocimos. Que el sexo tiene que ver con la reproducción y el crecimiento de la raza humana, no con las emociones. Pero no puedo aceptarlo. Quiero hacer todas las cosas con una persona. O, quiero decir, no "hacer todas las cosas", como cosas sexuales. Aunque quiero hacer cosas sexuales. Pero también las cosas emocionales. Quiero una persona para ambas cosas —gime de frustración—. No estoy diciendo que necesite que te comprometas conmigo ahora mismo ni nada de eso. Pero si estás casado o a punto de casarte, eso rompe el trato. Necesito que haya al menos la posibilidad de todo. Incluso si lo que pasa aquí nunca sale de esta playa y nunca volvemos a hablar de ello, necesito saber que tú...

—Rayne —arrastro mis manos por su cintura, agarrándola—. Cruzaste la línea.

—Sí —respira sin bajar la mirada—, lo hice —se inclina hacia delante para que sus labios susurren sobre los míos—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

28

RAYNE

Todas mis dudas se disipan al ver a Kirill encima de mí. Su rostro está iluminado por las suaves luces de la casa. El cielo detrás de él es una negrura interminable, y el mundo entero está en silencio y quieto como el espacio entre respiraciones.

Parece como si estuviéramos en otro planeta. Como si fuéramos las dos únicas personas que quedan.

Se agacha y me pega la boca al cuello. Enrosco los dedos en su pelo y jadeo en busca de aire.

—¿Estás bien? —murmura contra mi piel.

Suelto una risita, pero me falta el aire. —Creo que olvidé respirar. Es que... no puedo creer que estemos haciendo esto —me trago un gemido cuando los dientes de Kirill rozan mi piel.

Quiero esto. Lo deseo tanto que me olvido de inhalar. Pero mi pequeño resquicio de duda abre la cortina de un coro de voces en mi cabeza.

La de Lana es la más ruidosa, hablando de nuestra maldición familiar y de cómo ya he desperdiciado suficiente tiempo de mi vida. No hay tiempo que perder con una aventura en el trabajo.

Harmony, dondequiera que esté en el mundo, seguro que levanta el puño. Ella me diría “agarra ese culo” y “vive un poco” y “asegúrate de que te la chupe”.

Y luego está Alexis, filosofando sobre cómo la monogamia es una mierda.

Pero no oigo la única voz que quiero oír. A la que he acudido en busca de consejo toda mi vida: mi madre.

Eso me asusta más que nada. ¿Cuánto falta para que no vuelva a oírla?

Kirill desliza sus manos bajo mi jersey y extiende sus largos dedos por mi caja torácica. Las yemas de sus dedos rozan la parte inferior de mis pechos, provocándome con la promesa de más.

—¿Qué quieres, Rayne?

Quiero que me toques.

—Yo... no lo sé.

Frunce el ceño, pensativo. —No puedes creer que las cosas puedan ser tan sencillas. Pero lo son. Lo único que importa es lo que tú quieres.

Me pellizca la clavícula y gimo de frustración. —¿Cómo haces eso? ¿Cómo sabes lo que pienso todo el tiempo?

Se apoya en los codos y me sujeta la cabeza con los brazos. Me siento atrapada por su calor y su olor a bosque. Si alguien pudiera embotellar esto junto con la brisa del mar, tendría un éxito de ventas entre manos. Compraría todas las muestras solo para recordar este momento.

Me besa en la mandíbula y luego en los labios. La forma en que me toca no es justa. Nada de esto lo es. —Diría que lo sé todo, pero la verdad es que eres fácil de leer.

—No soy tan fácil de leer.

—No me mientas —replica, estudiando mi cara—. Sabes que eres fácil de leer, pero desearías no serlo. A mí me encanta. Porque significa que sé exactamente cuánto te gusta esto...

Kirill aprieta sus caderas contra mí. La fricción es devastadora. Gimo y hago todo lo que puedo para no disolverme en un charco de necesidad. La mayor parte del tiempo, no lo consigo.

—Pero —Kirill se aparta, dejándome fría en la arena—, no estoy tan desesperado.

Siento el impulso de cruzarme de brazos e intentar cubrirme, pero sigo vestida. Solo estoy emocionalmente desnuda, supongo.

—¿Qu-que significa eso? ¿No... no quieres hacer esto nunca más?

—Significa que tienes que tomar lo que quieres, Rayne. Tienes que decirlo. Tienes que elegirlo.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —me río, incrédula—. Soy un desastre. No sé nada.

—Sabes —dice con tanta seguridad que empiezo a creerle—. Sabes exactamente lo que quieres. Lo que te mereces. Solo tienes que darte permiso para aceptarlo.

Frunzo el ceño. —¿No crees que yo... bueno, no parece que yo, más o menos, voy dando tumbos por la vida?

Las palabras de Lana escuecen incluso cuando salen de mi boca. Darme cuenta de que toda mi familia piensa que soy una imbécil sin rumbo duele más de lo que jamás habría imaginado.

Sus ojos brillan en la noche. —No aguantaría toda tu mierda si no fueras alguien excepcional.

Diría que sus palabras son una bofetada en la cara, pero en realidad son más como un beso inesperado en la curva de tu cuello. Suave y chocante, encantador y abrupto a la vez.

—Mitchell y Lana, Alexis y Dustan... no se equivocan —murmuro—. No tengo una casa ni una relación duradera. Ni siquiera tengo un trabajo fijo.

—Que se jodan. Son cuervos en un cable telefónico, Rayne. Solo ruido de fondo, gimiendo en el viento. Así que, que se jodan, que se jodan todos, que se jodan para siempre. ¿Qué te dice tu corazón? ¿Qué te dice tu cabeza? Esa es la única mierda que importa.

Sus palabras se posan en algún lugar profundo de mi pecho. Y me suenan familiares. Como una historia que he oído antes.

Y entonces, me doy cuenta. Suena…

Como mamá.

—Tienes un corazón blando y una buena cabeza sobre los hombros, Rayne. Escúchalos y sabrás qué es lo mejor para ti.

—Ahí está —susurro, con lágrimas en los ojos—. Pensé que la había perdido.

Kirill me suelta la barbilla y se aparta. La luz de la luna afila su mandíbula ya cuadrada, resalta su nariz recta y sus labios carnosos. Un deseo que nunca había sentido surge en mí, consumiéndome célula a célula como un incendio. Si no calmo esta hambre, arderé. Lo sé.

Me acerco a Kirill de nuevo, pero esta vez, no hay duda. No hay vacilación. Las voces en mi cabeza se han callado.

En cambio, solo está él. Solo yo.

—Sé lo que quiero —jadeo.

Deslizo las manos por su cuerpo para desabrocharle los vaqueros. Su dura longitud queda libre en un instante. Y, cuando deslizo los labios por su punta y bajo, llevándome su deseo a la boca, no me cabe la menor duda.

Levanto la vista mientras le trabajo la polla y veo que Kirill tiene las pupilas dilatadas. Para variar, también es fácil leerlo.

Sus piernas se abren y yo me acomodo entre ellas, con las manos en sus muslos.

Chupo a lo largo de su cuerpo, el puño se junta con los labios y luego vuelvo a separarlos. Con cada pasada, la respiración de Kirill se vuelve más agitada.

Me agarra por detrás de la cabeza y empuja suavemente dentro de mi boca. Sus caderas se flexionan y sus músculos se contraen. Verlo así me hace estar más segura que nunca de que esto nunca podría ser casual. No para mí.

Ver a Kirill deshacerse no es casual ni divertido.

Es *sagrado*.

—Maldición —gruñe después de unos minutos, desplomándose sobre un codo en la arena—. Podría acabar así.

Me parece bien. Experimentar esto con él, sabiendo que soy yo quien lo lleva al límite, es todo lo que necesito. Esto es suficiente para mí.

De repente, Kirill me rodea el pelo con una mano y tira de él. Mi boca se separa de él con un chasquido.

—Pero aún no he terminado contigo.

Antes de que pueda decir nada, Kirill me arrastra contra su boca.

Besarlo es como respirar. Nuestros cuerpos se deslizan juntos, un toma y daca que no quiero que termine nunca. Me agarra del dobladillo del jersey y me lo pasa por la cabeza. Levanto los brazos para ayudarlo.

—Eres una jodida obra maestra —dice, alisando las palmas de sus manos por mi caja torácica y alrededor para poder desabrocharme el sujetador y tirarlo al montón con mi jersey—. La contención que se necesita para estar cerca de ti...

—¿Incluso con mi uniforme? —me río entre dientes—. Es imposible que te guste así.

Me aprieta los muslos y sube las manos, separándome las piernas para meterme una mano por dentro de los vaqueros. Su dedo se enrosca en mi centro. Me recorre una oleada de electricidad.

—Me cuesta todo lo que tengo pasar a tu lado y no inclinarte sobre una mesa cada segundo del puto día —dice, chasqueando el dedo contra mi clítoris—. O llevarte a mi cama. O terminar lo que empezamos en mi cocina.

Jadeo. —Quiero todo eso.

Arquea una ceja. —Ah, ¿sí? Te pasas mucho tiempo diciéndome que te deje en paz.

Un segundo dedo se desliza dentro de mí. Muevo las caderas contra su mano. Su palma me ofrece la fricción exacta que necesito, y mi cuerpo zumba cada vez más fuerte.

—Porque es muy difícil concentrarse cuando estás cerca —admito—. No puedo dejar de pensar en... —mi voz se apaga, pero eso parece hacer que el fuego de Kirill se ilumine.

Me agarra de la barbilla y me acerca la cara a la suya. —No. No te calles. Dime en qué no puedes dejar de pensar. Dime lo que quieres.

Sus dedos se deslizan contra mi piel hinchada y no puedo evitar cabalgar sobre su mano. No tengo su autocontrol. —Quiero esto. Estoy tan... Dios, estoy cerca. Deja que me corra.

Me penetra con los dedos y desliza el pulgar alrededor de mi centro. Es un milagro que consiga mantenerme sentada encima de él. Mis muslos se aferran a sus caderas como si mi vida dependiera de ello. Y ahora mismo, puede que sí.

—Entonces, ¿qué?

Echo la cabeza hacia atrás y miro el cielo oscuro. Ahora se ven algunas estrellas, diminutos puntitos de luz en la oscuridad aterciopelada. O puede que todo esté en mi cabeza. Puede que Kirill me haga ver estrellas.

—Entonces quiero que lo hagas otra vez —gimo, apretando su mano cada vez más rápido—. Y otra vez. Y otra vez.

El orgasmo me invade como un tsunami. No se trata de una suave subida seguida de una ola cálida y relajante. Es un muro de placer tan potente que casi duele.

Grito y aprieto su camisa en mi puño. Pierdo toda conciencia de mí misma. Nada existe más allá de esta sensación. Más allá de llevar esta sensación hasta el final.

Y, mientras tanto, Kirill no deja de sonsacarme más.

Cuando creo que he terminado, vuelve a pulsar dentro de mí. Rodea mi clítoris.

Enrosca la palma de la mano en mi centro y me acaricia hasta dejarme sin huesos. Hasta que me desplomo sobre su pecho, agotada, sin aliento.

—Pensé que lo querrías otra vez y otra vez —se ríe.

—Dame un segundo —digo con voz ronca—. Creo que he muerto.

Me agarra de las caderas y me hace rodar sobre la arena. Con manos suaves, Kirill me baja los vaqueros por las piernas y luego las bragas. Estoy desnuda en la arena, toda mi piel expuesta a la luz de la luna, a sus caricias y a la brisa marina.

Kirill se acomoda sobre mí y se echa hacia atrás para quitarse la camisa por la cabeza. Arrastro los dedos por su pecho definido y sus abdominales, leyendo su musculatura como si fuera braille.
—Alguien podría vernos —advierto, nerviosa.

Se ríe. —Que nos vean.

Clavo los dedos en sus omóplatos, acercándolo hasta que volvemos a besarnos. Lo bastante cerca para que, cuando Kirill me empuja, jadee en su boca.

Me aferro a su cuerpo como si fuera lo único que me mantiene a flote. —Me gusta cómo te sientes dentro de mí. Me gustas tú —no hay parte de mí que Kirill no esté viendo, no hay parte que no conozca—. Este fin de semana y de nuevo esta noche, vine aquí para verte. Quería verte. Para estar contigo.

Kirill se echa hacia atrás y me pasa los brazos por debajo de las rodillas. Sus fuertes dedos me agarran por la cintura y tiran de mí con fuerza contra él, igualando sus embestidas. Grito en la noche.

Alargo la mano hacia él, aferrándome a cualquier parte que encuentre. Me agarro a sus bíceps, a sus musculosos antebrazos, a lo que sea. No quiero soltarlo. Es un recordatorio de que es real. Que, no importa lo que pase después, este momento es real.

Kirill me suelta las piernas y se inclina sobre mí. Su peso es cálido y tranquilizador contra mi pecho desnudo. Me besa el pecho y el cuello, y sus pulsaciones son cada vez más decididas.

—Córrete conmigo —respiro, rodeando su cintura con mis piernas—. Córrete dentro de mí.

—Maldición, Rayne —es todo lo que puede gritar.

Mi cuerpo todavía está zumbando por mi último orgasmo, pero en algún lugar, encuentro la energía para hacerlo todo de nuevo. Una presión familiar crece y crece hasta que no tengo más

remedio que sucumbir a ella.

—Me corro —gimo—. Me... maldición, me corro.

De repente, Kirill encuentra su liberación dentro de mí, maldiciendo en voz baja—. Te sientes tan bien, Rayne. Es jodidamente irreal.

Nos movemos y deslizamos juntos hasta que no nos queda nada. Hasta que Kirill me besa la frente y la nariz. Cuando por fin termina, se separa de mí y ambos miramos las estrellas.

Tras unos minutos en silencio, coge nuestra ropa y me ayuda a vestirme.

Espero sentir que la magia del momento se desvanece, pero no es así. Cuando estoy vestida, me siento en la arena junto a Kirill y apoyo la cabeza en su hombro.

—Si tratas así a alguna de tus otras criadas, renuncio.

Kirill suelta una carcajada sonora. —No puedes renunciar. No te dejaré.

—Bien —finjo un puchero—. Entonces soy tu esclava durante los próximos dos meses.

—No —dice, sacudiendo la cabeza—. Quiero decir que tienes que venir conmigo. De vuelta a Nueva York.

La relajación entre nosotros se rompe. Me vuelvo hacia él. —¿Qué me estás diciendo? ¿Quieres que me mude a Nueva York... para ser tu criada?

—En realidad —dice—, estaba pensando en ofrecerte un ascenso. A cuidadora.

Inhalo bruscamente. Entonces. caigo en cuenta. —No para ti, ¿verdad? ¿Para Ilya?

Se ríe entre dientes. —Sí. Para Ilya. Pero supongo que eso depende del tipo de cuidados que estés dispuesta a darme.

Le doy un codazo. —Sé serio.

—Has sido buena para Ilya. Tienes un corazón especial, y él lo necesita. Después de todo lo que ha pasado, Ilya necesita a alguien como tú en su vida.

¿Y qué hay de ti? Tengo tantas ganas de preguntar. *¿Tú también necesitas a alguien como yo?*

—Vaya —respiro—. No... no sé qué decir.

—Di que sí.

—Me estás pidiendo que me mude al otro lado del país.

Kirill descarta eso con una mano. —Tienes un par de meses para decidirlo. Por ahora, acepta el ascenso.

—¿Estás seguro?

Baja la barbilla, con una ceja oscura levantada. —Siempre estoy seguro, Rayne. Sé lo que quiero. ¿Y tú?

Por un segundo, acurrucada entre la arena y el pecho de Kirill, no estaba segura de lo que quería. Pero ahora que estoy mirando sus labios hinchados por el beso y su pelo despeinado por mis manos, sé exactamente lo que quiero.

Todo.

Quiero cada parte de Kirill. Cada pedacito de él que pueda encontrar. Puede que nunca tenga lo suficiente, pero eso no me impedirá intentarlo.

—De acuerdo —susurro—. Acepto.

29

RAYNE

Si Sonya se pregunta por qué me han ascendido de un día para otro, no me dice nada.

Sin embargo, tiene sentido. Llevo pocas semanas trabajando para Kirill y está claro que cuestionarlo no te lleva muy lejos.

A menos que seas yo, claro. Si eres yo, puedes cuestionar a Kirill y pelearte con él, y él te llamará excepcional y te dará orgasmos que te derretirán la mente en la playa.

Se me dibuja una sonrisa estúpida en la cara. Tengo que luchar para contenerla cuando Sonya entra llevando la compra a la cocina. He necesitado toda mi concentración para no sonreír como una idiota durante todo el día. En parte por el orgasmo que me ha derretido la mente y en parte porque ha sido un buen día. Hacía mucho tiempo que no tenía uno de esos.

Ilya agita las manos en el aire en señal de celebración. —¡Lo logré!

—¿Lo has terminado? —me inclino hacia delante, inspeccionando el interior del cohete. El kit de Lego venía con instrucciones paso a paso, pero costó convencer a Ilya para que lo intentara. No estaba seguro de poder hacerlo solo. Pero al cabo de unos minutos, ya iba pasando las páginas—. Sabía que podías hacerlo. Esto es increíble.

—Rompecabezas —dice.

Asiento. —Es un rompecabezas. Exactamente. Como los que te gustan, pero tridimensional.

Ilya estudia de nuevo la construcción, sosteniéndola como si fuera un artefacto de valor incalculable. En lo que a mí respecta, bien podría serlo.

—¿Podemos exhibirlo, si quieres? —sugiero—. Tal vez ponerlo en la estantería de tu habitación. O en la pared.

Me levanto y giro en círculo, buscando un lugar apartado donde pueda ponerlo. Ilya no ha tenido un arrebato destructivo en toda regla desde hace unos días, pero, si lo tiene, no quiero que el cohete espacial en el que tanto ha trabajado acabe esparcido en pedazos por el suelo.

Cuando termino mi pirueta, Ilya está de pie detrás de mí. Sus ojos verdes, tan parecidos a los de su hermano que me dejan sin aliento, brillan y tiene las manos extendidas. El cohete está en sus palmas.

—¿Sabes dónde quieres ponerlo? —le pregunto.

Me hace un gesto con la cabeza. —Para ti. Es... un regalo.

—Oh, Ilya. No tienes que hacerlo. Puedes quedártelo. Trabajaste duro en él.

Él asiente. —Los amigos hacen regalos.

Sonrío tímidamente. —¿Soy tu amiga, Ilya?

En respuesta, aprieta la construcción en mis manos. —Rayne es agradable. La persona más agradable que conozco.

Las lágrimas me arden en el fondo de los ojos, pero las combato parpadeando enérgicamente. —Muchas gracias, Ilya. Tú también eres amable. El mejor.

Lo que dijo Kirill anoche sobre que la gente piensa que Ilya es un monstruo o le tiene miedo... simplemente no puedo entenderlo. Incluso el día que lo conocí, cuando estaba en medio de una crisis nerviosa, me quedó claro que era una persona dulce que estaba pasando por un mal momento.

Es fácil entender por qué Kirill se preocupa tanto por él. No es solo que estén emparentados, es que Ilya es un alma verdaderamente encantadora.

Su pecho se hincha de orgullo ante mi cumplido. Luego, señala la ventana. —Estoy listo.

—¿Listo para qué? —pregunto, dejando el kit de Lego junto a mi bolsa para llevármelo a casa. Voy a ponerlo encima de mi cómoda.

—Nadar.

—Oh, no creí que estuviéramos... no estabas seguro de eso la semana pasada. Y eso no era parte del plan para hoy —le digo—. Tal vez podríamos leer juntos en su lugar. O probar esas galletas en la cocina.

A Sonya le fastidiará que volvamos a ensuciar la cocina, ya que acaba de limpiarla de la guerra de tortitas de plátano del desayuno. Que yo sepa, Ilya no ha hecho nada más complicado que cereales o tostadas en años, pero le encanta cocinar. Y, al igual que con los Legos, le ha cogido el gusto. Da gusto ver cómo se esfuerza.

—Nadar —insiste Ilya. Respira hondo, lo que suele preceder a uno de sus discursos. No los da a menudo, pero, a medida que lo conozco, son cada vez más habituales—. Kirill me lleva. La playa da miedo sin él. Estoy listo para ir... contigo.

—¿Por qué da miedo la playa sin Kirill? —pregunto.

—Todo da miedo.

Se me parte el corazón. ¿Cómo de cruel ha sido el mundo con él para que tenga miedo de todo? ¿Que la playa que hay justo delante de su ventana le parezca una amenaza?

—Muchas cosas no dan miedo, Ilya. Quiero decir, no me conocías hace unas semanas. Pero ahora me conoces y somos amigos. ¿Te dio miedo?

—Rayne es diferente —dice con firmeza.

Sacudo la cabeza. —De verdad que no, Ilya. La gente en todas partes es amable. Sobre todo en esta casa. Puedes confiar en tu familia.

Ilya frunce el ceño. Se aleja de mí y puedo ver la ansiedad que se acumula en su interior. Si le prestas atención, da muchas señales de alarma.

Doy un paso adelante y le aprieto la mano. Como habíamos practicado, Ilya golpea tres veces el dorso de mi mano con el dedo y luego tres veces el suyo. Lo hace dos veces más, girando mi mano sobre la suya más grande hasta que empiezo a notar que se relaja de nuevo.

—Lo siento —digo suavemente—. No quería disgustarte.

—Rayne no. El monstruo —dice—. No es agradable.

—¿Hay un monstruo?

—Con un agujero en la cara —entona Ilya—. No es simpático. Y está en la casa.

A medida que habla, su voz se hace más aguda. Más infantil. Y, a medida que lo hace, puedo sentir que se aleja un poco de mí. Casi como si un velo se deslizara entre nosotros.

—Hola —le aprieto la mano, intentando que vuelva al momento—. Podemos ir a nadar.

Ilya parpadea y la niebla se disipa. Sus ojos brillan y su sonrisa vuelve a ser amplia. Ha vuelto. —¿Podemos ir?

Kirill odiará esto; ya lo sé. Pero tal vez esto es lo que tengo que hacer para demostrarle que Ilya puede manejar más de lo que Kirill piensa. Él es capaz. Y yo también.

Asiento. —Podemos ir. Vamos a cambiarnos.

Es última hora de la tarde y Sonya ya se ha ido. La mayoría del personal también se ha ido. Todo va a ir bien. Al menos, eso es lo que me digo a mí misma. Pero, una vez que Ilya y yo llegamos a la orilla del agua, todas mis preocupaciones desaparecen.

Porque aquí es total y absolutamente libre.

Dentro, hay una sensación de contención. La mansión es un espacio seguro, pero cerrado. Kirill ha dado a Ilya un entorno increíble en el que vivir y cosas más que suficientes para mantenerlo entretenido, pero es difícil ignorar la sensación de que falta algo. Es como observar a un pájaro a través de una jaula, sin poder alzar el vuelo. Nunca llegas a verlos plenamente realizados.

Pero aquí, Ilya está *volando*.

—El agua es naranja —dice señalando el horizonte—. Es fuego.

El sol se sumerge bajo el agua, con vetas doradas, naranjas y amarillas que irradian el suave resplandor que nos rodea.

—Seguro que lo es. La puesta de sol es preciosa, ¿verdad?

Sonríe y se sumerge hasta las rodillas. Se zambulle en la espuma del mar y patea el agua. Me salpica el brazo y el pecho. Grito y salto hacia atrás.

Ilya se queda totalmente inmóvil. Todo su cuerpo está tenso, su cara arrugada.

Ha mejorado mucho en las dos últimas semanas, pero Kirill me dijo que no hay cura.

Y esta es la prueba. Los ruidos fuertes e inesperados aún lo asustan.

—Estoy bien —lo tranquilizo rápidamente. Extiendo los brazos y doy media vuelta—. ¿Ves? Estoy perfectamente. No me duele nada. Solo me has sorprendido.

Sus hombros se relajan alejándose de sus orejas. —¿Estás bien?

—Totalmente bien —chapoteo en el agua hasta los tobillos y agarro la mano de Ilya—. Aquí estamos a salvo. Estaremos bien.

Me observa durante unos segundos y la ansiedad de su rostro se relaja poco a poco.

Luego se inclina y me da un beso descuidado en la mejilla.

Es como un beso de niño. Solo una presión de labios contra piel. Pero, cuando Ilya se separa, me dedica una sonrisa bobalicona.

—Gracias, Ilya. ¿Por qué fue eso?

En lugar de responder, Ilya mueve los dedos en el aire como si lloviera. Lo hace de nuevo y se ríe. —Para ti.

Presiono mi mano contra mi corazón y palmeo suavemente. —Gracias.

Es un momento precioso en un entorno precioso con un alma preciosa. Hago todo lo que puedo para absorberlo todo. Cierro los ojos, respiro hondo y lo absorbo todo.

Pero, justo cuando abro los ojos, oigo gritos en la playa. —¿Qué demonios están haciendo?

La voz grave de Kirill siempre resulta familiar. Pero hay algo en su timbre al gritar que resulta especialmente inconfundible.

Ilya se congela a mi lado. Él también lo reconoce. La misma parte que tiembla dentro de mí tiembla dentro de él.

—No pasa nada —alargo la mano y se la aprieto—. Kirill. Es Kirill.

Ilya esboza una sonrisa nerviosa, pero entonces Kirill vuelve a gritar. —Sal del agua —ruge—. ¡Ya!

Empiezo a caminar hacia la orilla, pero Ilya no viene conmigo. Está inmóvil, con el agua golpeándole la cintura.

—Está bien, Ilya. Aliento de león. ¿Recuerdas? Respira como un león. Estás bien.

Pero no está bien. Ilya mira fijamente a la orilla, como si estuviera dispuesto a nadar en dirección contraria. Si se adentra más en el agua, es demasiado grande para que yo pueda detenerlo. No puedo obligar a Ilya a ponerse a salvo.

—¡Ilya! —mi voz tiene un filo. Uno que no me gusta, pero no puedo luchar contra el pánico que crece en mí—. Ven conmigo, Ilya. Vamos a ver a tu hermano, ¿vale? Está aquí para verte.

—¡Ahora! —Kirill brama de nuevo desde la orilla.

No puede ver lo que está pasando aquí. Si pudiera, no estaría gritando. Estaría persuadiendo a Ilya tiernamente para que regrese a la orilla como yo estoy tratando de hacerlo.

—¡No estás ayudando! —le grito, lo suficientemente alto como para que me oiga, aunque intento mantener un tono agradable.

Aun así, Ilya se aparta de mí. Se pasa una mano por el lado cicatrizado de la cara, haciendo que el ojo se le deforme, y sacude la cabeza mientras murmura una y otra vez—: No. No, no... No.

—Solo somos nosotros dos —me acerco vacilante—. No hay nadie más aquí, Ilya. Es solo...

—Está aquí —Ilya mira hacia la orilla, con los ojos muy abiertos y distantes—. Está aquí.

—Kirill. Sí, es Kirill. Él es...

—El monstruo —susurra—. No es seguro. No es seguro.

Kirill grita algo más desde la playa, pero ahora no lo oigo. Estoy totalmente concentrada en Ilya.

—Estás a salvo, Ilya. Lo estás. Te lo prometo —extiendo mi mano—. Toca conmigo. ¿Recuerdas? Golpea tu...

Al instante, alarga la mano y me golpea el nudillo con el dedo. Está tan desesperado como yo por combatir este episodio. Mis métodos no son exactamente científicos, pero creo que, cuanto más pueda recordarle a Ilya lo que es real, mejor nos irá.

—¿Puedo ver tu mano? —pregunto.

Me la tiende y tamborileo con el dedo en el dorso de sus manos. Son el doble de grandes que las mías, pero, cuando retiro la mano, Ilya se agarra con fuerza. Se aferra a mí como si fuera su salvavidas. Es reconfortante a su manera, o al menos lo sería si no me hiciera aún más consciente de que, si dependiera de mí sacarnos del océano ahora mismo, nos ahogaríamos los dos. Las olas se arremolinan alrededor de mis muslos como tentáculos que me agarran, y la arena que succiona bajo mis pies quiere que me adentre más, más, más.

Suavemente, lo arrastro hacia la orilla. Cuando da un paso conmigo, me siento tan aliviada que podría llorar.

—Eso es —le animo—. Lo estás haciendo muy bien, Ilya. Pronto saldremos del agua. Podrías ir a cambiarte. ¿Quizá hacer otro rompecabezas? He traído unos cuantos.

Se mueve, con los ojos fijos en su hermano. Normalmente, ver a Kirill le arranca una amplia sonrisa. Pero ahora está dudoso.

Y, cuando sigo su mirada, no es difícil ver por qué: Kirill está que echa humo.

Ni siquiera hemos salido del agua cuando se acerca y me agarra del brazo. —¿Qué coño crees que estás haciendo aquí?

Respiro para calmarme. —Baja la voz, Kirill.

Sus ojos verdes se vuelven nucleares. —Estás de coña. No me digas cómo reaccionar. ¿En qué coño estabas pensando?

—Relájate —suspiro—. Ilya está...

—Con suerte de haber vuelto a tierra firme, eso es lo que está —lanza un brazo hacia la casa—. Entra, Ilya.

—¡No le hables así!

Kirill me agarra del brazo y me tira a la arena. Tropiezo hacia delante y me agarro a su camisa para estabilizarme. Me sujeta con fuerza y lanza de nuevo el otro brazo hacia la casa. —Entra, Ilya. Ahora mismo.

Ilya se aleja de Kirill. Nunca había visto eso antes: tiene miedo de su propio hermano. —Lo estás asustando, Kirill. ¡Basta!

—¿Lo estoy asustando? —sisea—. Vas a conseguir que los maten a los dos. ¿Lo entiendes, maldición? Por supuesto que no. Porque no escuchas nada de lo que digo. Haces lo que te da la gana, cuando te da la gana, y a la mierda lo que digan los demás.

—¡Eso no es verdad! Ilya estaba disgustado y yo quería ayudarle. Quería...

—Rayne es una amiga —la voz de Ilya es temblorosa. Cada palabra tropieza con la siguiente.

—Adentro, Ilya —grita Kirill—. ¡Ahora!

Ilya se sobresalta, pero retrocede. Al cabo de un minuto, se da la vuelta y corre hacia la casa a gran velocidad.

Kirill observa a su hermano a través de las dunas. Solo cuando ha subido las escaleras y ha vuelto a su apartamento, se vuelve para mirarme.

Mirarlo ahora hace que lo de anoche parezca un sueño. Porque no hay comodidad entre nosotros. No hay tranquilidad. Solo hay fuego.

Y sé que estoy a punto de quemarme.

30

KIRILL

Tiene la camisa húmeda, más pegada a la piel que de costumbre. Las puntas de su pelo también están mojadas, y brillan con el agua del océano donde se enroscan contra su pecho.

Toda ella brilla y resplandece.

Nada de eso alivia el nudo que tengo en el estómago.

Rayne me empuja con fuerza contra el pecho. —Te tenía miedo, ¿te das cuenta? Lo asustaste.

¿*Yo* lo he asustado? Cuando me asomé y vi a los dos juntos en el agua, sentí un tipo de miedo desconocido y palpitante que nunca había sentido. Pero ahora, siento algo más: rabia.

—Eso es irónico —gruño—, viniendo de la persona que lo arrojó al océano contra mis órdenes directas.

Ella pone los ojos en blanco. —No lo arrojé a ningún sitio. Él quería venir aquí.

—Sí, y a veces quiere hacer agujeros en la pared. No todo lo que queremos es bueno para nosotros, Rayne. ¿Has pensado siquiera en lo que podría haber pasado?

Sus cejas se fruncen y me doy cuenta de que sí lo pensó. Que pensó en el peor de los casos. E incluso con esa imagen en su cabeza, se metió en el agua, de todos modos.

Pensé que solo estaba siendo descuidada. Darme cuenta de que estaba siendo deliberadamente obtusa me enfurece aún más.

—Tú no sabes lo que es mejor para él. Yo lo sé. Ignoraste mi orden y pusiste a mi hermano en peligro.

Y a ti misma, añado en mi cabeza.

Ilya podría haberla hundido sin ni siquiera intentarlo. Tampoco es un buen nadador. Podría haber caído bajo el agua y haber sido arrastrada mar adentro. Rayne habría muerto intentando salvarlo.

Todas las posibles permutaciones terribles pasan por mi mente, ordenándose y reordenándose

hasta que se me oprime el pecho. Dos cadáveres yacen como sombras borrosas en mi orilla. Combustible de pesadilla.

En lugar de leer mi oscuro estado de ánimo y echarse atrás, Rayne parece alimentarse de él. Echa los hombros hacia atrás y levanta la barbilla. —Quizá sea bueno para él...

—Yo me callaría si fuera tú.

—No —sacude la cabeza—. No lo haré. Porque me pediste que te ayudara a cuidar de Ilya, y creo que tengo razón en esto.

—Podría haberte matado —ladro, acortando la distancia entre nosotros en un solo paso. La última vez que estuvimos tan cerca fue anoche, en esta misma playa. Pero ahora, el aire crepita con un tipo de energía muy diferente.

—Ilya no me haría daño.

Cierro las manos en puños. Las ganas de agarrarla y hacerla entrar en razón son abrumadoras. —¿Por tus pequeños trucos? ¿Crees que puedes hacer desaparecer décadas de traumas con tus *tap tap tap*, Rayne? ¿Crees que puedes eliminar una lesión cerebral? Ha visto a todos y cada uno de los mejores neurocirujanos del mundo y tú no eres más que una puta camarera, pero oye, a lo mejor sabes algo que todos los médicos no saben.

Estoy siendo un imbécil, lo sé. Pero es la única manera de llegar a ella. No me escucha cuando intento ser amable.

—Nunca he dicho eso —aprieta los dientes—. Pero no me trates como si fuera estúpida. No soy estúpida. Que no tenga un título no significa que mi opinión valga menos que la tuya.

—Tienes razón. Tu opinión no vale menos que la mía porque no hayas ido a la universidad; vale menos que la mía porque conoces a Ilya desde hace dos semanas, y yo lo conozco de toda la vida.

Se cruza de brazos y me fulmina con la mirada. —Está bien, pero tal vez puedo tener una perspectiva diferente porque no estoy tan involucrada emocionalmente.

Me acerco a ella y le echo fuego a la cara. —¿Sabes por qué venimos aquí tres meses al año? Porque la tranquilidad es buena para él. Puede salir de la ciudad y respirar aire fresco, sin sirenas ni voces constantes. Está mejor cuando está aquí. Esto es lo mejor que hay.

—Pero está aprendiendo a sobrellevarlo. Le estoy enseñando a luchar contra sus delirios y...

—¿Delirios?

Todo lo demás se desvanece. Toda mi atención se centra en esa palabra.

—Sí, delirios. O alucinaciones —ofrece—. Es la mejor explicación que tengo. Pero las ve cuando se altera. Si hay un ruido fuerte o se frustra o se pone ansioso, empieza a ver cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Un monstruo, así es como lo describe. Un monstruo con un agujero negro por cara —ella se

mueve incómoda, sus manos se envuelven alrededor de su abdomen—. Antes de bajar a la playa, estaba alterado. Le dije que estaba a salvo en casa, pero empezó a hablar del monstruo. Estaba muy asustado y yo solo quería ayudarlo. Pensé que venir aquí le ayudaría.

Aprieto los ojos, intentando respirar con la rabia que me invade. —¿Así que mi hermano estaba en medio de una crisis nerviosa y tú decidiste soltarlo en el puto Pacífico?

—¡Yo no lo solté! Solo fuimos a nadar. Y estaba bien hasta que saliste gritando y moviendo los brazos como un gorila enfadado.

—Lo que no habría hecho si me hubieras dicho que tenía recuerdos traumáticos esta mañana.

Rayne abre la boca para responder y se detiene. Entrecierra los ojos. —¿Recuerdos traumáticos? ¿Qué...? ¿Qué tipo de recuerdos traumáticos? ¿De qué?

—De su accidente.

Me mira fijo durante unos segundos antes de sacudir la cabeza. —Kirill, eso... estaba hablando de un monstruo con un agujero en la cara. Eso no es real.

Hago una mueca, levanto la mano como si fuera una pistola y le apunto con el cañón del dedo directamente entre los ojos. Rayne retrocede confundida. —¿Qué estás...?

—Perspectiva —interrumpo—. Imagina que es una pistola.

—Kirill, no —intenta apartar mi mano, pero la mantengo firme—. Para. Deja de jugar con...

—Imagina que es un arma de verdad —repito—. ¿Qué puedes ver, Rayne?

—Te veo apuntándome con una estúpida pistola de dedo.

—Ves mi cuerpo. ¿Pero puedes ver mi cara?

La frustración sale de ella como un fuego después de haber sido rociado con agua fría. Su expresión decae. —No, no veo tu cara. Veo tu dedo. O, en este caso... la pistola. Si fuera real, vería... el cañón de la pistola.

—En otras palabras, un agujero negro donde debería estar mi cara.

Rayne retrocede y se tapa la boca con una mano. Durante unos segundos agonizantes, se queda callada y temblando. Odio verla sufrir así.

Pero hay dolores que solo pueden soportarse en soledad. Hay dolores que nadie en el mundo puede quitarnos.

—¿Quién... quién le hizo eso? —susurra al cabo de un rato—. ¿Cuándo... cuántos años tenía?

—Doce.

En mi mente aparece Ilya cuando era un escuálido preadolescente. Tenía la misma sonrisa bobalicona, los mismos ojos verdes brillantes, la misma estatura desgarbada, aunque aún no se había llenado de músculos, así que todo él era pelo alborotado y extremidades torpes. No

entiendo, no lo entendía entonces y sigo sin entender, cómo alguien podría hacerle daño. Y mucho menos la persona que más debería haberlo querido en el mundo.

—Y fue nuestro padre quien lo hizo.

—Dios mío. Kirill...

—Le puso una pistola entre ceja y ceja y le dio un susto de muerte. Entonces... —obligo a las palabras a salir de mi boca, a pesar de que cada una de ellas tiene púas y está oxidada. Rayne tiene que saber a qué se enfrenta—. Se golpeó la cabeza contra el suelo. Mi padre utilizó sus propias manos para aplastar el cráneo de su hijo de doce años. Casi lo mata.

Los ojos de Rayne se llenan de lágrimas. Una parte de mí quiere tenderle la mano y consolarla. Quiero acercarme a ella y decirle que todo irá bien.

Pero no será así. No para Ilya, al menos. Nunca más. Ella necesita entender eso.

—Lo siento mucho, Kirill. No tenía ni idea.

—La lista de lo que no sabes de nosotros podría ser interminable.

Ella frunce el ceño. —No lo digas así. Sé lo suficiente.

—No sabías lo suficiente como para mantener a mi hermano dentro y alejado de la gente o de la sobreestimulación después de que haya tenido un recuerdo de este tipo.

—¡Porque no me contaste lo de estos recuerdos!

—¡Te dije que hay una razón por la que hago las cosas como las hago! —me paso una mano por el pelo—. Todo lo que hago tiene una razón. Todo lo que hago es para proteger a mi hermano de volver a sentirse tan asustado como el día en que su propio padre estuvo a punto de matarlo. Ese es mi único objetivo.

Rayne se estremece, con la piel aún húmeda y erizada de escalofríos. —No puedes protegerlo de todo, Kirill.

—Obsérvame.

—Eso es lo que he estado haciendo —susurra—. Pero estoy harta de observar; quiero ayudar. Me dijiste que cuidara de Ilya, así que eso es lo que estoy haciendo.

—Y ahora, te digo que hagas lo que te digo. Aléjate de Ilya. Vuelve a fregar retretes.

—¿Es eso realmente lo que quieres? —Rayne se adelanta para que estemos frente a frente y me mira—. ¿Quieres que siga ciegamente tus órdenes sin tener ningún pensamiento original en la cabeza?

Sopeso la pregunta durante un segundo y luego asiento. —Sí, suena jodidamente bien.

Se mueve para darme una palmada en el pecho y yo atrapo su mano en el aire.

—¡Suéltame! —intenta golpearme con la otra mano, pero también la atrapo.

Aprieto sus brazos contra los costados y la hago girar, apretando su espalda contra la mía. Mueve las caderas para intentar soltarse, y los dos notamos el creciente bulto en mis vaqueros.

Jadea e intenta clavarme el codo. —¡Suéltame! Eres un imbécil.

Le suelto el brazo y deslizo la mano por el centro de su cuerpo. Enrosco los dedos alrededor de la base de su garganta. Inclino suavemente la cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos.

—Y tú trabajas para mí —le digo. Su pulso retumba entre mis dedos. Su cuerpo entero prácticamente vibra entre mis brazos—. Recuerda tu lugar en esta casa o no tendrás ninguno. ¿Entiendes?

Se lame los labios, y aún recuerdo cómo me envolvían. Lo quiero otra vez. Aquí mismo. Ahora mismo.

No han pasado ni veinticuatro horas y ya estoy buscando mi próximo subidón.

Desesperado por volver a sentir su cuerpo bajo el mío.

Pero mi hermano está dentro. Y me necesita más que Rayne.

—No tengo tiempo que perder con alguien que no entiende un simple concepto —gruño—. ¿Me entiendes o no?

Sus ojos azules se oscurecen mientras me mira. —Entiendo.

—Bien.

La empujo a un lado y me dirijo a la casa. No sé si me sigue. No me doy la vuelta para comprobarlo.

En cuanto estoy dentro, me giro para subir al apartamento de Ilya, pero alguien me detiene aclarándose la garganta. Hago una mueca antes incluso de girarme para mirarla, sabiendo ya lo que me voy a encontrar.

—Te juro que hoy no estoy de humor para esto, Viktoria. Solo vete.

—¿En serio? Podrías haberme engañado. Te vi ahí fuera con tu putita —lanza una mano manicurada hacia las ventanas—. Parece que definitivamente estabas “de humor”. Ustedes dos ni siquiera pretenden que mantienen una relación profesional últimamente.

—Tuve que tomar medidas disciplinarias.

Resopla. —¿Le prometiste unos buenos azotes en tu habitación más tarde?

—¿Eso te pondría celosa?

—Difícilmente. Solo estoy familiarizada con tus gustos —Viktoria arquea una ceja atrevida—. ¿Rayne te deja hacer tus cochinadas con ella? ¿O es demasiado limpia para ese tipo de cosas?

—Escapó de tu intento de asesinato, así que no creo que ser blanda sea un problema.

—¿Intento de asesinato? —pone los ojos en blanco—. Apenas la rocé.

Suspiro. —Deberías irte antes de que decida que no estoy demasiado cansado para lidiar contigo después de todo.

—No harías nada imprudente justo antes de la cena familiar. A papá no le gustaría.

—Bueno, considerando que tu padre te puso en subasta para ayudar a salvar su propio culo, no estoy tan seguro de que le importe una mierda lo que haga contigo.

Su expresión se agudiza, ocultando su dolor obviamente genuino. —Esa chica no sabe quién eres, ¿verdad?

—Sabe lo suficiente.

—No, no lo sabe —Viktoria se ríe—. Pero yo sí. He visto los cadáveres que dejas a tu paso. Y no tengo miedo.

—Deberías. Te he pedido que te vayas dos veces y sigues aquí. No volveré a pedírtelo.

Los ojos de Viktoria se abren por un segundo. Pero retrocede hacia la puerta. —Lo que veas en ella, se desvanecerá. Te aburrirás y te darás cuenta de que solo hay una mujer compatible con la vida que llevas. Solo una mujer está dispuesta a darte exactamente lo que quieres.

—Como sigues hablando, sabemos seguro que no eres tú —me doy la vuelta y subo las escaleras —. Pero, si de verdad quieres darme lo que quiero, sáltate la cena.

Viktoria ríe amargamente y murmura algo, pero no lo oigo y no importa. Si algo se puede decir de ella es que no sabe cuándo rendirse. Llevará esta falsa relación hasta el amargo final.

Y tendrá un final. La cena con su familia esta noche parece tan buen momento como cualquier otro.

31

RAYNE

Alexis y Lana están sentadas junto a la piscina cuando llego a la entrada. La última vez que las vi, estaban borrachas. Y no había robado el coche de Mitchell. O dormido con Kirill otra vez. Y no me habían ascendido y luego degradado.

Básicamente, han cambiado muchas cosas en un día. Tengo cero por ciento deseo de rehacerlo.

Me agacho e intento pasar de largo el enrejado que separa la piscina del camino de entrada, pero Alexis me descubre. —¡Raynie, por aquí! —agita el brazo por encima de la cabeza. Las pulseras de su muñeca tintinean.

Suspiro, me enderezo y rodeo la puerta. —Hola, hola. ¿Qué tal?

—Lana y yo estábamos aquí esperándote. Lana pensó que intentarías escabullirte a la casa de invitados sin saludar, así que quisimos interceptarte.

—No me estoy escabullendo. Solo estoy cansada. Estaba trabajando y... no intento esconderme.

—Lo entendemos —dice Lana—. Robar coches es un trabajo duro.

—También lo devolví —hago una mueca—. ¿Mitchell se molestó?

—Si lo supiera, estaría inmensamente molesto. Lívido. Probablemente estaría haciendo las maletas ahora mismo. Pero eso es solo si lo supiera. Y no se lo voy a decir.

—No se lo diremos —enmienda Alexis—. Todo el mundo toma malas decisiones cuando está borracho.

Levanto una mano. —Yo no estaba borracha. Ustedes estaban borrachas. Pero yo no. Nunca habría conducido si estuviera borracha.

Levanta las manos en señal de rendición. —Peras, manzanas... En cualquier caso, tu secreto está a salvo con nosotras.

Suspiro. —Gracias. Lo siento. Fue una noche larga. Necesitaba un paseo.

—¿Dónde has ido?

—A ninguna parte. Solo... por ahí.

Antes de que puedan verme la cara y darse cuenta de que miento, me quito los zapatos y me siento en el borde de la piscina. Mi ropa aún está húmeda por haber estado en el mar con Ilya, pero intento apartar todo eso de mi mente. Apartarlo a *él* de mi mente.

El problema es que no estoy segura de que sea posible sacar a Kirill completamente de mi sistema. Ha echado raíces en rincones de mi mente que no puedo limpiar.

Incluso ahora, estoy sentada junto a mis hermanas, pero mi mente está de nuevo en esa playa. La mano de Kirill me rodea la garganta y mi espalda se arquea contra él. Puede que estuviera enfadado conmigo, pero también le gustaba. Podía sentir su excitación presionando contra mi cadera, letalmente dura, peligrosamente tentadora.

—¿Rayne?

La voz de Lana me saca de mis sucios pensamientos. La miro avergonzada. —Lo siento. ¿Sí?

—Alexis y yo te estábamos esperando aquí porque... Bueno, queríamos hablar.

Inmediatamente, mis alarmas empiezan a sonar. —Vale —digo despacio—. ¿Sobre qué?

—Bueno, en primer lugar, lo sentimos —dice Alexis—. Anoche fue un espectáculo de mierda. Habíamos estado bebiendo antes de que aparecieras y luego seguimos bebiendo. Básicamente, éramos unas borrachas fastidiosas y lo sentimos.

Lana no dice nada. Pero, cuando Alexis le da un codazo en el costado, se levanta de un salto. —Sí. Lo sentimos. No debería haber dicho las cosas que dije anoche.

Me encojo de hombros. —Eso depende. ¿Realmente piensas eso?

Lana duda. —Bueno...

Alexis gime. —No, no, no, ustedes dos —interrumpe—. No estamos haciendo esto. Nos estamos disculpando.

—¡Me disculpé! —protesta Lana.

—Y tus disculpas no significan una mierda si querías decir lo que dijiste.

Lana agacha la cabeza, los hombros encogidos alrededor de las orejas. —Hago todo lo que puedo. Pero no puedo hacer mucho. Si Rayne no quiere aceptar mis disculpas, allá ella.

—Y si Lana quiere dar una disculpa a medias que no es sincera —le respondo—, entonces es cosa suya.

—No es a medias —arremete Lana—. Lo siento. Me di cuenta de que herí tus sentimientos y me siento mal.

—No te sientes mal por lo que dijiste; solo te sientes mal porque me molestó.

Pone los ojos en blanco y le murmura a Alexis—: Te dije que esto no iba a salir bien.

—Si crees que no va a salir bien —interrumpo—, entonces no saldrá bien. Porque ya has tomado una decisión sobre esta conversación y sobre mí —saco los pies del agua y me pongo de pie—. Sé lo que sienten por mí.

—¿Qué significa eso? Te queremos. Eso es lo que sentimos —protesta Alexis.

Resoplo. —Oh, sí, totalmente. Me quieres tanto que temías que intentara quedarme contigo y con Dustan tras la muerte de mamá.

La cara de Alexis palidece. —¿Qué? ¿Quién ha dicho eso?

—Dustan. Anoche. Lo escuché hablar con Mitchell después de que se fueran.

—Ese idiota —sisea.

Me vuelvo hacia Lana. —Y Mitchell puede enfadarse todo lo que quiera porque anoche me llevé su coche a dar una vuelta. Porque estoy bastante molesta porque se ha estado refiriendo a la casa de invitados como la "suite de la cuñada perdedora" desde que llegué.

Lana jadea. —Yo no... Lo siento, Rayne. Nunca me ha dicho eso. Le habría dicho que no lo dijera.

—No importa si lo dice o no —digo—. Y no importa que los escuchara anoche. Lo que importa es que sé que todos piensan que soy patética. Que soy una carga para ustedes y que tiré mi vida por la borda para limpiar la saliva de los labios de nuestra madre moribunda. Sé lo que piensan. Ninguna disculpa va a arreglar eso.

Lana se levanta y me coge las manos. Me aparto de un tirón y ella suspira de mala gana.

—Bien —dice mirándome a los ojos—. Pero escúchame ahora mismo, ¿vale? Sacrificaste parte de tu vida para cuidar de mamá.

—No, yo no sacrifiqué...

—Es un hecho —anula con firmeza—. Indiscutible. En lugar de irte de casa y conseguir un trabajo a tiempo completo o ir a la escuela o aprender a vivir por tu cuenta, renunciaste a eso para quedarte con mamá y cuidarla. Definitivamente, cambiaste tus planes por ella.

Me encojo de hombros. —Vale. Sí, supongo que sí. Pero quería estar allí. Si pudiera elegir, lo volvería a hacer. Mamá me necesitaba. Nos necesitaba. Ella necesitaba a su familia a su alrededor, y yo era la única dispuesta a dar un paso adelante. Eso no es culpa mía.

—Tienes razón. No es culpa tuya —dice Lana.

Alexis se levanta, asintiendo. —No fue culpa tuya... porque fue de mamá. *Ella* es la razón por la que no tenía a nadie allí con ella al final. *Ella* es la razón por la que estaba sola.

Parpadeo y miro a mis hermanas. —¿Qué demonios significa eso? ¿Es culpa de mamá que ustedes dos la abandonaran?

Estoy temblando. La adrenalina me recorre el pecho e inunda mis brazos y piernas.

Mis hermanas y yo ya habíamos hablado antes de este tema, pero nunca lo habíamos afrontado así. Siempre imaginé cuándo llegaría el día. Pero, en mi imaginación, lo sentían.

En realidad, no tienen ninguna vergüenza.

No sé qué hacer con eso.

—No la abandonamos —dice Lana suavemente—. Ella nos abandonó a nosotras.

Vuelvo a sacudir la cabeza. —Lo que dices no tiene sentido. Darle la vuelta así a las frases no las convierte en verdad. Mamá cuidó de nosotras. Ella estaba allí cuando papá se fue y...

—Ella estaba allí para ti —corrige Alexis.

Lana asiente. —Sí. Mamá siempre estuvo ahí para ti. Pero no para nosotras.

Cierro la boca y espero a que continúen. Si sigo hablando ahora, es probable que diga algo de lo que me arrepienta.

—Mamá era... complicada —continúa Lana con cuidado—. Era joven cuando nos tuvo. Aún más joven cuando se casó con papá. Supongo que ahora soy más comprensiva. Sé lo que es estar en una relación, una vida, que no se parece a la tuya. Pero la diferencia es... que yo me quedo por Lily y Brady.

Me aprieto la frente con la palma de la mano. —Oye, siento que no te guste tu vida. Pero ¿qué tiene que ver esto con mamá? Ella las quería a las dos. Nos quería a todas.

—Ella no es quien crees que era —dice Alexis—. O al menos, no era la misma madre para nosotras que para ti. No la vemos a través de las mismas gafas de color rosa que tú.

—¿Por qué no? —me quejo—. ¿Qué ha hecho?

Alexis se inclina y coge una caja de debajo de la tumbona de mimbre que tiene detrás. Ni siquiera me di cuenta cuando me acerqué, probablemente porque está muy descolorida por el paso del tiempo. En el lateral de la caja hay un triángulo de aspecto antiguo, pero todos los colores se han atenuado hasta convertirse en variaciones del marrón. La tapa aún está cubierta de polvo.

—¿Qué es eso?

Alexis me la tiende, pero no la cojo. No estoy segura de lo que hay dentro, pero tengo la sensación de que no me va a gustar.

—Cógela —dice—. La trajimos como ayuda visual.

—Pruebas —añade Lana.

Toco la tapa de la caja, pero me detengo. —No. No voy a abrir eso... sea lo que sea. Ustedes dos están aquí. Díganme qué está pasando. ¿Qué es esto?

Lana se acerca y esta vez dejo que me coja la mano. —Rayne —susurra—, mamá tenía una aventura.

Asimilo las palabras, pero no las proceso. Flotan en mi cabeza como aviones sin lugar donde aterrizar.

—No. No. Mamá y papá se divorciaron. Ella nunca salió con nadie cuando yo era pequeña. Éramos solo nosotras dos. ¿Cómo pudo ella...?

—Antes —explica Alexis—. Mamá tuvo una aventura antes de que ella y papá se divorciaran. En realidad, su aventura es la razón por la que papá se fue.

Los avioncitos de mi cabeza explotan. Tengo la cara caliente, pero el resto del cuerpo está helado.

¿A esto se refiere la gente cuando dice "se me heló la sangre"? Porque todo mi cuerpo se siente como un glaciar. Congelado en su lugar.

—Duró años —continúa Lana—. La caja son todas las cartas y fotos que guardaba mamá. Creo que papá la encontró, y así fue como se supo la verdad.

Alexis asiente. —La única razón por la que sé la verdad es porque los escuché gritar una noche. Mamá decía que papá no debería haber revisado sus cosas. Intentó decirle que eran de hace años, de cuando ella era adolescente. Pero las cartas estaban selladas y fechadas.

—Papá no quería decírnoslo. Incluso cuando se lo pedimos sin rodeos —dice Lana—. Me dijo que no quería que pensáramos diferente de mamá. "*Sigue siendo su madre*", decía. "*Ella las quiere*". Pero mamá me dio la caja.

—¿Qué dijo cuando te la dio? —pregunta Alexis—. Dijo que quería que tú... ¿Qué?

Lana aprieta la mandíbula, con la frustración reflejada en el rostro. —Mamá me dio la caja y me dijo: "Toma. Puedes leer esto y ver cómo es el amor de verdad. Si no sientes esto por alguien, no te cases con él. O acabarás como yo".

Abro la boca y luego la cierro. Tengo demasiados pensamientos como para mantenerlos claros, pero no palabras. Finalmente, sacudo la cabeza. —No tenía ni idea.

Lana asiente. —Ella no quería que lo supieras. Nos pidió que no te lo dijéramos.

—¿Y le hicieron caso? —contesto—. Podrían habérmelo dicho, de todos modos.

—Podríamos haberlo hecho, pero no habría cambiado las cosas —dice Alexis—. Vivías con mamá. Papá estaba a horas de distancia. Incluso si te lo hubiéramos dicho y hubieras odiado a mamá por ello, ¿de qué habría servido?

Un montaje de recuerdos parpadea en mi mente. Escenas de mamá y yo cenando frente al televisor. Las dos limpiando la casa un domingo por la mañana con todas las ventanas abiertas. Mamá me arropaba en la cama por la noche, asegurándose de subirme las mantas hasta la barbilla.

¿La habría odiado por lo que hizo? ¿La odio ahora?

—Nunca íbamos a decírtelo —continúa Lana—. Mamá nos pidió que no lo hiciéramos y papá no quería volver a sacar el tema. Para él, las cosas acabaron como tenían que acabar y podía vivir con ello. Pero yo no podía vivir con ello.

—¿No podías vivir con qué?

—Con la forma en que nos miras cada vez que sale el tema de mamá o papá —explica suavemente—. Es obvio que estabas enfadada. Las cosas no hacían más que empeorar.

Quiero negarlo, pero tiene razón. Mi amargura había empezado a supurar.

—Bueno, parte de eso es porque siempre me estás diciendo que desperdicié mi vida —digo—. No nos acercó exactamente.

—Lo sé. No debería haberlo hecho, pero... bueno, era difícil no sentir que te habían engañado.

—¿Crees que mamá me engañó?

Lana se encoge de hombros. —Más o menos. ¿Tú no?

Mi instinto es defender a mi madre. Siempre fuimos nosotras dos contra el mundo, incluso cuando se trataba de mis hermanas. Pero ahora, ella no está aquí. Solo estoy yo. Sin ella, no tengo ni idea de cómo me siento realmente.

—No estoy segura. Está claro que no me dijo toda la verdad, pero mamá era buena conmigo. Me quería. Sinceramente, era mi mejor amiga —me trago la emoción—. No es que mintiera y me dijera que papá la engañó y la abandonó. Simplemente dejó muchos vacíos. Yo los rellené con mi propia versión de la historia.

—¿Nunca le preguntaste a papá? —pregunta Alexis.

Sacudo la cabeza. —No me pareció un buen uso del tiempo. Si hubiera querido estar a mi lado, lo habría estado. Incluso esta nueva información no cambia el hecho de que se mudara a horas de distancia. Podría haberse quedado más cerca, ser una parte más importante de mi vida. Pero no lo hizo.

—No, pero sí cambia el hecho de que te negabas a ir a visitarlo en vacaciones escolares o en los veranos. Alexis y yo íbamos y pasábamos algunas semanas seguidas con él cuando estábamos de vacaciones en la universidad, pero tú te negabas a ir.

Recuerdo haber recibido fotos de todos ellos por correo. Fotografías de Alexis y Lana junto a nuestros hermanastros y medios hermanos aún más pequeños. Papá me garabateaba mensajes en el reverso con su desordenada letra de niño pequeño: *¡Te queremos y te echamos de menos, Raynie!*

—Supongo que nunca le di una oportunidad a papá —enrosco un dedo alrededor de mi collar, deslizándolo nerviosamente de un lado a otro de la cadena—. Quizá debería haberlo hecho...

Lana extiende la mano y me la detiene. —Esta cadena... ¿te la dio mamá?

—Sí. La llevó hasta el día de su muerte. Me hizo prometer que la llevaría y la usaría. Quería que se viera.

Alexis me dedica una sonrisa triste y compasiva. —Creemos que fue un regalo del hombre que le escribió todas esas cartas.

Dejo caer la mano, el amuleto de plata apoyado contra mi clavícula. —Oh.

El mundo tal y como lo conocía ha cambiado. Es como si la gravedad hubiera cambiado y, de repente, estuviera flotando por el mundo al revés, intentando volver a poner los pies en el suelo.

Lana desliza la caja de zapatos hacia mí. —Puedes quedártelas. Léelas, no las leas, no importa. Es lo que tú quieras.

—Quémalas por lo que a mí respecta —añade Alexis con amargura—. El hecho de que sigamos hablando de esta estúpida caja veinte años después es razón suficiente para que quiera destruirla. Ya se ha interpuesto entre suficientes miembros de nuestra familia.

—Quizá quemarla rompa la maldición —dice Lana con una risita oscura.

Me doy cuenta de todo. —La otra noche, cuando hablabas de que los Garner eligieron a la persona equivocada para casarse, supuse que te referías a que mamá eligió casarse con papá. Pero... eso no es verdad, ¿no?

—Hablaba de papá eligiendo a mamá —confirma—. Por nuestro bien, me alegro de que se casaran y nos tuvieran a las tres. Pero la vida de papá habría sido mucho menos complicada si nunca la hubiera conocido.

Agarro la caja en mi regazo y miro fijamente la tapa. Dentro hay cartas de amor que mi madre escribió y recibió del hombre con el que engañó a mi padre.

Supuestamente, al menos. Alexis y Lana tienen su versión de los hechos. Papá tiene la suya. Sentada en mi regazo hay otra vuelta de tuerca a la verdad.

Tal vez lea las cartas y llegue a odiar a mi madre por lo que le hizo a papá. Quizá comprenda el amor que sentía por ese otro hombre y simpatice con ella.

No estoy segura de qué camino tomará, pero una cosa es segura: he pasado gran parte de mi vida etiquetando a la gente como víctimas y héroes. Pero quizá las cosas no sean tan sencillas.

Puede que todos tengamos un poco de ambas cosas en nuestro interior. Todo depende de tu perspectiva.

32

RAYNE

La mansión bulle de actividad, pero siento como si tuviera un peso de plomo en el estómago. Parte de ello se debe a que aún estoy asimilando la noticia de la aventura de mi madre, incluso horas después de la horrible conversación en la piscina con Lana y Lexi. Pero mucho más se debe a que Kirill está sentado al otro lado de la pared de la cocina con su no tan ex prometida y su familia. En menos de dos minutos, voy a tener que salir y servirles.

—Ten cuidado ahí fuera —me susurra Natalia al oído.

—¿Qué? —honestamente, olvidé que estaba a mi lado—. ¿Afuera dónde?

Inclina la cabeza hacia las puertas dobles que tenemos delante. —Una de las chicas me dijo que esos tipos son un gran problema. Están entre los más buscados del FBI. Podrían hacernos desaparecer a todos.

Genial. Como si mi ansiedad no fuera lo suficientemente alta, añadamos la posibilidad de convertirme en una persona desaparecida. Eso ciertamente mejorará mi ritmo cardíaco.

—Al menos, eso es lo que he oído —se encoge de hombros—. Yo no verifico los rumores; solo los difundo. Como el rumor de que tú y Kirill se han acercado bastante.

Dirijo mi mirada hacia ella. —¿Quién ha estado diciendo eso?

—Todo el mundo. ¿Por qué? ¿Hay algo de verdad en ello? Solo estaba bromeando.

La respuesta es sí, por supuesto. Pero es más complicado que eso. Kirill y yo éramos cercanos. ¿Pero ahora?

Ahora, no estoy tan segura.

—No somos cercanos —le digo—. Yo tengo mi lugar en esta casa, y él tiene el suyo. No voy a cruzar esa línea.

No sé si he convencido a Natalia o no, pero no importa. Sonya se pone delante del personal de servicio, dando palmas para llamar nuestra atención. Solo hay cuatro camareras y dos ayudantes,

así que supongo que es una cena bastante íntima. Esa información no ayuda a calmar mis nervios.

—Atención —ordena Sonya en un susurro gritado—. El servicio está a punto de comenzar. El Sr. Zaitsev espera profesionalidad de todos ustedes. Su trabajo es ayudar a la fiesta, no unirse a ella. Cumplan con sus deberes y luego quítense de en medio. Ustedes son muebles de fondo. ¿Entendido?

Todos asentimos. Sonya ha repasado las instrucciones dos veces. Cada vez, se ha asegurado de enfatizar exactamente lo separados que debemos estar de Kirill y sus invitados. Y cada vez me ha dedicado una mirada más larga.

Entiendo las indirectas.

—Te juro que si pudieran volvernos invisibles, lo harían —me susurra Natalia al oído—. *¿Cómo es que mi vaso se rellena solo? Nunca lo sabré. Es magia*. Así ni siquiera tendrían que reconocer nuestra presencia. Qué ideal para ellos.

A Natalia le molesta la idea, pero, si yo pudiera volverme invisible ahora mismo, lo haría. Pero antes de que pueda descubrir ese truco, Sonya abre de un empujón las puertas dobles que dan al comedor.

Uno de los primeros días que trabajé en la mansión, me asignaron la tarea de fregar los suelos de madera de esta habitación. Era grande y fría cuando llegué. Los muebles estaban arrinconados y envueltos en pesadas telas.

Ahora, la sala brilla con calidez y vida. Las lámparas de araña gotean del techo, llenando el espacio de luz. Los ramos de flores blancas y doradas se distribuyen uniformemente a lo largo de una gran mesa y el olor a vino dulce y panecillos con mantequilla inunda el aire.

Kirill sí que sabe cómo organizar una fiesta.

Al entrar, se levanta y se dirige a los invitados. Me pierdo el comienzo de su discurso porque al verlo con una camisa negra de botones ajustada y pantalones de lana mi cerebro sufre un cortocircuito temporal. No está bien que le quede tan bien todo. Traje de etiqueta, bañador, desnudo... Aún no he visto un lado de él que no sea atractivo.

Eso es probablemente parte de su encanto en este mundo. Se cazan más moscas con miel que con vinagre, como diría mamá.

El breve pensamiento de mi madre escuece.

Parece que estoy entre la espada y la pared. O tengo pensamientos inapropiados sobre mi jefe o pensamientos dolorosos sobre mi madre.

Quizá lanzarme a esta actuación pueda ser un respiro. Hago todo lo posible por despejar mi mente y concentrarme en lo que Kirill está diciendo a sus invitados.

—...Beban y coman todo lo que quieran. Me aseguraré de que todos lleguen a casa sanos y salvos —Hay una pequeña risita de los cerca de quince invitados alrededor de la mesa—. Así

que, dicho esto, disfruten.

Comienza el segundo servicio. Me dirijo al extremo de la mesa más alejado de Kirill.

Si tengo suerte, podré quedarme aquí y evitar oírlo toda la noche.

Natalia me dijo que tuviera cuidado con esta gente, pero los hombres que estoy viendo no son amenazas. Uno de ellos, Arnov, es el hombre más alto y delgado que he visto. Tiene pinta de haber pasado por una máquina de pasta y haber sobrevivido para contarlo. Su cita, en cambio, es una mujer bajita, redonda y con unos pechos enormes. Como un plátano y una pera cogidos de la mano. Los polos opuestos se atraen, supongo.

La extraña pareja y los hombres de rostro adusto a ambos lados, que supongo que son de seguridad, quieren empezar con ensaladas. Me apresuro a volver a la cocina para recoger sus platos.

En mi camino por la sala, la voz de Kirill salta entre la multitud y me resulta familiar.

Y, a pesar de mis mejores intenciones, me giro hacia el sonido.

Nuestras miradas se cruzan en la habitación.

Kirill está sentado a la cabecera de la mesa, con una copa entre sus largos dedos. Su expresión está vacía, pero hay una sensación de superioridad en la forma en que arquea las cejas. Sus ojos verdes me atraviesan, iluminándome más que cualquiera de las enormes lámparas de araña que cuelgan del techo.

Luego, como si no le afectara en absoluto, Kirill se da la vuelta. Y así, el calor que siento en mi interior se vuelve dolorosamente frío.

Voy dando tumbos durante el primer plato, sonriendo educadamente y asintiendo cuando es necesario. Pero no puedo dejar de mirar hacia la mesa, preguntándome de qué estará hablando Kirill. Con quién está hablando. En qué estará pensando.

La respuesta fácil es la más dolorosa. Viktoria está sentada a su lado, pero hago lo posible por fingir que no existe.

Cuando vuelvo a la cocina a por más pan, Natalia me aparta de un tirón. —Él y Viktoria no se han hablado en toda la fiesta —me informa.

La miro sin comprender. —¿Qué?

—Viktoria y Kirill —sisea, mirando por encima del hombro para asegurarse de que Sonya no está cerca—. No se han dirigido la palabra. Ni siquiera la está mirando, aunque la pobre chica está haciendo todo lo posible para mover sus tatas de una manera que atraiga los ojos del gran hombre.

Mis ánimos decaídos levantan ligeramente la cabeza antes de recordar que se supone que no me importa. —¿Vale? No estoy segura de qué quieres que...

—Se supone que están prometidos, ¿no? —pregunta—. Entonces, ¿por qué no están hablando?

Alguien me dijo que la mujer que está con el padre de Viktoria no es su madre; es su *amante*. ¿Puedes creer esa mierda?

Me vuelvo y miro por la ventana cuadrada que hay en la puerta. La mujer sentada entre Viktoria y su padre no puede tener más de diez años más que Viktoria, como mucho.

—¿Trajo a su amante a una cena familiar? —pregunto asombrada—. ¿Y todo el mundo lo sabe?

La aventura de mi madre destrozó a toda mi familia. Pero los Kozlov exhiben sus infidelidades para que todo el mundo las vea.

Este es realmente un mundo diferente.

—Supongo que sí —dice Natalia—. Es una locura, por decir lo menos. Pero eso no me interesa tanto como la rareza entre Viktoria y Kirill. ¿Están comprometidos o no?

Kirill me dijo que había terminado con Viktoria, pero tal vez solo lo dijo para hacerme sentir mejor. También es posible que no quiera que sea de conocimiento público todavía. No estoy segura de lo que puedo decir.

—No tengo ni idea. Solo me interesa no derramar nada sobre nadie.

La expresión de Natalia es tan mordaz que las palabras mueren en mis labios. —No me vengas con esa mierda. Estás ahí fuera con cara de cachorrito triste y perdido. Si quieres hacerte la dura, tienes que esforzarte mucho más. Tu enamoramiento de Kirill está llamando mucho la atención.

Quiero negarlo, pero no tengo fuerzas. Me desplomo hacia delante, cansadísima. —Anímate, amiga —me dice, pellizcándome el codo—. Todavía hay tiempo de sobra para darle la vuelta a esto

—¿Qué es *esto*?

Natalia pasa a mi lado y coge dos cestas de pan. Me da una y me empuja hacia las puertas giratorias.

—Lo que sea que sea esto —dice con regocijo gesticulando hacia mí—. Todavía puedes lucir inafectada.

Resoplo. —No estoy inafectada.

—Claro que sí —dice ella, nada convencida ni convincente—. Pero lo primero es lo primero: tienes que bajar y enfrentarte a él.

Antes de que pueda discutir con ella, Natalia se apresura a cruzar la puerta y reclama mi sección. No me queda más remedio que ocupar su sección... en el extremo opuesto de la mesa.

Donde están sentados Kirill y Viktoria.

Estoy a punto de meterme en la cocina y esconderme en la despensa, pero entonces miro y veo a Viktoria mirándome.

Lleva un escotado vestido verde que le cae por los hombros. Lleva el pelo rubio perfectamente

rizado y peinado. Sin dejar de mirarme ni un segundo, se inclina y pasa el dedo por el dorso de la mano de Kirill.

Apunten. Fuego.

Levanto la barbilla y me dirijo a su lado de la mesa. —Más pan —anuncio, imprimiendo a mi voz todo el encanto y la dulzura que puedo. Deslizo el cuenco hasta el centro de la mesa y retrocedo—. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarlos ahora mismo?

Siento la proximidad de Kirill como el principio de una quemadura de sol. Me entran ganas de protegerme del calor, pero me resisto. Concentrarme en el hombre que supongo que es el padre de Viktoria ayuda un poco.

Tiene el pelo rubio y ralo por encima, pero el bigote está lleno y erizado. Rodea con el brazo el respaldo de la silla de su acompañante demasiado joven y me sonríe. —Depende de lo que ofrezcas.

Reprimo una arcada. ¿Realmente está sugiriendo lo que creo que está sugiriendo? No estoy segura, así que sonrío suavemente. —Puedo traer más panecillos o ensalada. Lo que quieras.

—Has dicho esas palabras antes, ¿no? *Lo que quieras* —Viktoria se burla—. Rayne hará cualquier cosa para complacer a los hombres a los que sirve.

Vale, definitivamente está sugiriendo lo que creo que está sugiriendo. No puede faltar ese doble sentido. Pero me obligo a no mirar a Kirill. No necesito que me proteja o me defienda. Especialmente, no de gente como Viktoria.

—Estaré encantada de escuchar cualquier petición específica —digo, luchando contra el impulso de derramar el contenido de la mesa justo en el regazo de Viktoria—. Haré todo lo posible para asegurarme de que todos tengan lo que necesitan.

El padre de Viktoria vuelve los ojos a su plato. Parece que se le ha acabado la diversión conmigo. Poco a poco, los demás van desviando la mirada hacia otro lado, hasta que casi me convenzo de que, después de todo, me he vuelto invisible.

Me doy la vuelta para volver a la cocina, pero, antes de dar un paso, se oye un fuerte estruendo.

Viktoria se lleva una mano a la boca y abre mucho los ojos. —Uy. He hecho un desastre.

Su plato está destrozado en el suelo y su vaso está tirado de lado sobre la mesa. Una mancha oscura se extiende por el mantel, el vino se cuela entre los platos y empapa las servilletas.

Sin querer, miro a Kirill.

Mira a Viktoria con los ojos entrecerrados. Y sé que estamos pensando lo mismo.

Lo hizo a propósito.

Dudo solo una fracción de segundo. Tal vez Kirill dé un paso adelante y le diga a Viktoria que limpie lo que ha ensuciado. Tal vez se ocupe él mismo del desorden. Pero no hace ni lo uno ni lo otro. En lugar de eso, se gira y entabla conversación con el padre de Viktoria, ignorando por

completo el caos.

Es un modelo de cómo debo responder yo también.

No muerdas el anzuelo.

—Traeré unas toallas de la cocina —aseguro con dientes apretados.

—¿No crees que primero habría que limpiar el plato roto? —interrumpe Viktoria—. No me gustaría que alguien se cortara con los fragmentos.

Sí, qué pena sería que una de esas piezas se atascara bajo cada una de sus uñas. Qué tragedia. Estaría completamente devastada.

Con una sonrisa en la cara, rodeo la mesa y me arrodillo en el suelo, entre las sillas de Kirill y Viktoria. Tan cerca, puedo sentir el calor que desprende la pierna de Kirill. Puedo oler su colonia amaderada.

Y puedo oír perfectamente las palabras que murmura Viktoria en voz baja.

—Estoy segura de que estás más que cómoda de rodillas —sisea—. Nunca olvides cuál es tu sitio, zorra.

En mi mente surgen argumentos e insultos. *Tengo que defenderme. No puedo dejar que Viktoria me hable así y se salga con la suya.*

Excepto que puedo dejar que me hable así. No tengo que defenderme.

La idea de cerrar la boca y dejar que me falte al respeto es incómoda, pero nada de lo que diga va a hacer cambiar de opinión a Viktoria. Lo único que conseguiré es montar una escena en medio de la cena de Kirill. Y echarle una o dos broncas a Viktoria no vale la pena ante la posibilidad de que alguien en esta fiesta me haga “desaparecer”.

Así que recojo en silencio los trozos del plato y me levanto. —Volveré con una aspiradora para quitar los trozos más pequeños.

—Aspirar es territorio conocido para ti, ¿verdad? —Viktoria mira a su padre—. Rayne es en realidad el personal de limpieza aquí. Es su trabajo diario.

—Ah, ¿sí? —pregunta su padre, volviéndose hacia mí. Creo haber oído que se llama Leonid—. Kirill realmente te está poniendo a trabajar, entonces, haciéndote camarera además de todas tus otras tareas. Espero que no te esté explotando.

A pesar de mis esfuerzos, me ruborizo. La sonrisa de Viktoria se afila. Estoy segura de que esto va mejor de lo que ella podría haber imaginado.

—Volveré con la aspiradora —repito—. Por favor, tengan cuidado con los trozos de cristal hasta que vuelva.

Me doy vuelta y corro hacia la cocina. En cuanto atravieso la puerta, suelto el gemido que llevo dentro.

—Basándome en ese sonido, estoy pensando que podrías estar realmente enfadada conmigo —Natalia está de pie justo al lado de las puertas batientes con una mueca de disculpa.

—No estoy encantada —admito.

—Lo siento. Pero parecías distraída. Quería ayudar, ¿sabes? Echarte una mano. Intentaba ser una buena amiga.

—Si de verdad eres una buena amiga, volverás ahí fuera y harás la escena que yo quería. Tal vez pisar el dedo del pie de Viktoria y derramar salsa por su escote.

—¿Viktoria se está comportando como una perra? —pregunta en voz baja.

—Está siendo ella misma. Así que sí.

Natalia resopla. —¿Quieres volver a cambiar? No me importa aguantar a esa zorrita insolente.

—Absolutamente sí, quiero cambiar. Pero... —dejo caer la barbilla, soltando otro gemido—. Si me escabullo ahora, sentirá que ha ganado.

—¿Ganado qué? Esto no es una competencia.

—Claro que sí —digo—. Todo con ella es una competencia. El premio es mi dignidad y amor propio. Así que tengo que volver ahí fuera y demostrarle que no puede conmigo.

Natalia mueve la cabeza como si no estuviera de acuerdo. Una parte de mí piensa que va a discutir conmigo, a intentar que me eche atrás. Sinceramente, no le costaría mucho convencerme. Estoy agotada. En lugar de eso, me da una toalla de la estantería que tiene detrás. —Buena suerte, bebé.

La cojo y vuelvo al comedor con la cabeza bien alta. De camino, cojo una aspiradora de mano de un armario y vuelvo a la mesa para recoger.

Por suerte, Viktoria se ha alejado de la mesa para hablar con un grupo de personas. Puede que no quiera escabullirme y esconderme de ella, pero eso no significa que quiera hablar con ella si no es necesario.

Kirill también está en el otro extremo de la mesa, sentado junto a Arnov. Los dos hombres parecen sentirse cómodos el uno con el otro. Mi sensación de la noche es que la gente en esta sala es aliada. No creo que tenga que preocuparme de que nadie ataque a nadie, pero, con Kirill, supongo que es difícil saberlo.

Recojo los vidrios con la aspiradora y me pongo a secar la mesa. Tengo que reorganizar el centro de mesa y los platos de todo el mundo, pero ni una sola persona se ofrece a ayudar. Simplemente se sientan y me miran trabajar.

Incluido el padre de Viktoria, cuya atención hacia mí parece demasiado específica para ser sincera.

Cuando lo miro por tercera vez y veo que sigue mirándome, sonríe y se inclina hacia delante. —¿Cómo de duro hace trabajar Kirill a sus criadas?

¿Lo dice así a propósito? Si es así, asqueroso. Si no... sigue siendo asqueroso, de alguna manera. La mujer excesivamente maquillada sentada a su lado ni siquiera está escuchando. Está mirando su teléfono debajo de la mesa.

—Aquí tenemos mucho personal —digo diplomáticamente—, así que nadie está sobrecargado. El Sr. Zaitsev es muy justo.

Aunque nunca hubiera hablado cara a cara con Kirill en mi vida, aunque nunca nos hubiéramos acostado, diría lo mismo. Puede que sea un criminal, pero es un buen jefe.

Leonid se inclina, su voz baja. —¿Rota por el personal de limpieza o lo atienden todas al mismo tiempo?

—Lo siento, señor... supongo que no estoy segura exactamente de lo que...

—A mi hija no le gustas —interrumpe Leonid—. No es tan sutil como cree.

Kirill sigue al otro lado de la mesa. Todos los que están cerca de mí conversan o no me prestan atención. Nunca me había sentido tan sola en una multitud.

—Oh, bueno, yo no... no he tenido mucho contacto con su hija. Por mi parte, no hay resentimientos.

Se ríe entre dientes. —Claro que no. Tú eres la que se está follando a su prometido. ¿Por qué debería importarte lo que ella piense al respecto?

El corazón se me sube a la garganta. Lo miro a los ojos y me devuelve la mirada con cara seria.

Es extraño. Escuchando la voz de Leonid, supondría que es un hombre encantador. Pero mirándolo a los ojos, no hay ni una pizca de amabilidad. Nada cálido o acogedor. Solo hay oscuridad.

Recuerdo lo que Natalia me dijo. *Podría hacernos desaparecer a todos...*

Viktoria trató de atropellarme con su coche. ¿Qué clase de fuego infernal podría descargar su padre sobre mí?

Sacudo la cabeza. —No, yo no... no he hecho nada con... el señor Zaitsev es mi jefe. Yo no...

—No me mientas, cariño —replica—. Es vergonzoso para ti e insultante para mí. La honestidad es la mejor política, ¿no crees?

El corazón me retumba en el pecho. Kirill es el doble de grande que Leonid, y sin duda más poderoso. Pero nunca me ha hecho sentir así. Nunca me he sentido insegura a su lado.

Pero ahora mismo, estoy segura de que Leonid podría aplastarme como a un insecto sin pensárselo dos veces.

Intento encontrar las palabras para negarlo todo, para arreglar esto de algún modo y protegerme. Pero una mano se posa en mi espalda.

Suelto un gritito y me doy vuelta. Cuando veo a Natalia de pie, me siento tan aliviada que podría

llorar.

—Te necesitan en la cocina —dice, con los ojos más abiertos que de costumbre—. El próximo plato está listo.

Lárgate de aquí, dice su cara.

No tiene que decírmelo dos veces.

Sin mirar al padre de Viktoria, recojo la toalla y la aspiradora y me apresuro hacia la cocina con Natalia a mi lado.

Una vez que estamos cerca de las puertas, se inclina. —¿Por qué parecía que Leonid Kozlov quería llevar tu piel como un bonito vestido?

El miedo se resquebraja en mi pecho y consigo soltar una carcajada desesperada. —Gracias por salvarme. Es todo lo que diré.

Me abre la puerta y me hace señas para que entre en la cocina. —No me des las gracias todavía, chica. La noche está lejos de terminar.

33

KIRILL

Gente de mierda. Comida de mierda. Charla de mierda.

Sabía que esta cena sería un asunto vacío, pero no esperaba que fuera tan agotadora.

Es el último lugar del mundo en el que quiero estar.

—Esperaba ver a... ¿cómo se llama? —Arnov pregunta—. ¿Stefano, creo? Ese hombre que conocí hace unos meses en Nueva York. Es amigo tuyo, ¿no?

—Era un aliado —corrijo—. Nunca un amigo.

Arnov me mira con recelo. —Espero que esa distinción no *nos* impida ser amigos.

Agarro el hombro del hombre. Es huesudo bajo mi mano. —Por supuesto que no. Primero fuiste un amigo. Nuestra asociación es un extra.

Arnov y su familia nunca han sido amigos de verdad. German ha sido mi único amigo de verdad. Por eso no lo obligué a asistir esta noche. Aún así, en cuanto a aliados, Arnov es uno de los más soportables. No me importa adularlo un poco.

—Es estupendo oír eso —dice—. ¿Eso significa que no me reclamarás estratégicamente territorios y alianzas uno a uno hasta que no me quede nada?

Me río. —Hace un segundo, fingías no saber el nombre de Stefano. Pero parece que sabes mucho más de él de lo que aparentas.

El hombre sonríe, cosa que desearía que no hiciera, porque me revuelve el estómago cada vez con esos dientes rotos y amarillos. —Sabes que es mejor no enseñar nunca la mano, Kirill. Sigo el ritmo de algunas personas de tu círculo. Iba a tener que replantearme nuestra relación. Si así es como tratas a tus amigos, no estoy seguro de querer contarme en ese grupo.

—Stefano me traicionó. Tuve que vengarme.

Arnov asiente con complicidad. —Entonces. hiciste lo que era mejor.

—Lo mejor para mí.

—Que es lo mejor —subraya—. Cuidarse es siempre lo mejor. Egoísta, quizá. Pero no somos un grupo desinteresado, ¿verdad?

—Depende de a quién preguntes —murmuro.

Solo una persona en mi vida me ha llamado desinteresado.

Echo un vistazo a la mesa. Rayne está limpiando el desastre que ha hecho Viktoria, alrededor de mis invitados, que no hacen ningún movimiento para ayudarla.

Tampoco me ofrecí a ayudar. Habría levantado demasiadas cejas. Viktoria sabe exactamente hasta dónde llevar las cosas para poder divertirse sin causar problemas. Si hubiera estallado contra ella por burlarse de una criada, habría mostrado demasiadas cartas de mi propia mano.

Eso no significa que no tenga fantasías de colgarla del techo por los tobillos.

De repente, Arnov me da una palmada en el hombro. —Trabajar contigo es lo mejor para mí. No hay necesidad de hablar de otra cosa.

—¿No quieres que nos pongamos al día? —pregunto con aire burlón—. No me has hablado de tus hijos ni de tu mujer. Podríamos hablar de Sasha.

—No quieres ponerte al día —corrige—. Y tengo toda la intención de permanecer en tus buenas gracias. Además, me conviene no hablar de mi hijo.

Sasha, el hijo en cuestión, está sentado dos espacios más abajo que su padre, susurrando al oído de una de mis criadas y palmeando no tan sutilmente su muslo bajo el vestido.

—Supongo que sigue dando problemas —digo.

—Problema y medio. Pero nada que te preocupe, Jefe Zaitsev. Dejaré que tus otros invitados te molesten con sus disputas familiares —dice—. En cuanto a mí, sentarme aquí y disfrutar de la hospitalidad de tu comida y bebida es suficiente.

Sasha aún es joven. Apenas tiene veinte años. Aún quedan muchos años antes de que tenga que preocuparme de que se encargue de su padre, así que no hay razón para perder el tiempo preocupándose por él ahora.

—Por eso eres mi favorito, Arnov. Entiendes cuando lo suficiente es suficiente.

Arnov me dedica la misma sonrisa de dientes amarillos, le doy la mano y me pongo en pie.

Cuando vuelvo la vista a la mesa, Rayne se ha ido. Ella y otra criada se dirigen a toda prisa hacia la cocina. Me doy cuenta de que Leonid la vigila de cerca. Demasiado para mi gusto.

No he hablado con ella desde nuestra pelea en la playa. Una decisión que tomé a propósito. Permití que mis sentimientos nublaran mi buen juicio. Algo que juré no volver a hacer. Hablar solo hará las cosas más difíciles.

Pero resulta que estar en la misma habitación con ella y no poder interactuar también dificulta las

cosas.

Si no hubiese nadie más involucrado, me subiría a la mesa y mandaría a la mierda a todo el mundo menos a Rayne. Despejaría la mesa y lamería entre sus muslos hasta que sus gritos resonaran más allá de las lámparas de araña. A la mierda mis aliados y todos los arreglos que habíamos hecho. Nada más importaría... excepto ella.

Hay otras personas involucradas, sin embargo. A saber, Ilya.

Incluso eso se está convirtiendo en una complicada justificación para alejar a Rayne. Pregunta por ella los días que no viene a verlo, la echa de menos, se pregunta adónde habrá ido.

Comprendo el sentimiento.

Me siento a la cabecera de la mesa, justo cuando Leonid se desliza en la silla vacía de Viktoria. —Interesante grupo el que has reunido esta noche.

—¿Lo es?

—No —se ríe—. No lo es. La misma gente de siempre, las mismas conversaciones de siempre. Espero que no lo encuentres de mal gusto si digo que fue brevemente interesante después de la muerte de tu padre. Que te hicieras cargo inyectó algo de vida nueva a estas fiestas aburridos.

—Nada sobre la muerte de mi padre es de mal gusto. Excepto que no sucediera antes.

—Ahh, la lucha entre padres e hijos. Tú y los tuyos, Arnov y Sasha... todo hace que me alegre de haber tenido solo una hija.

—Viktoria te adora —murmuro. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no arrugar la nariz de asco al sentir su nombre en mis labios.

Mira a su hija con una sonrisa. —Es una buena chica. También será una buena esposa. Obediente.

—El único rasgo que uno podría pedir en una esposa. O —añado—, en una amante.

Si Leonid capta mi sarcasmo, no lo menciona. En lugar de eso, asiente. —Necesitas a alguien en quien puedas confiar a tu lado.

—Alguien que esté de acuerdo contigo. Eso es lo que quieres decir, ¿no?

—No hay ninguna diferencia.

Si tan solo Rayne pudiera oír esto. Consiguió controlar su temperamento con Viktoria, pero esta declaración podría llevarla al límite.

—Nuestro trabajo es estresante —continúa Leonid—. Un sinfín de vidas están en nuestras manos. Depende de nosotros proteger a nuestros aliados, dar sustento a las familias de los hombres que trabajan para nosotros. Aportamos estabilidad a las comunidades controlándonos y equilibrándonos unos a otros.

—Nunca había oído a alguien hacer que las empresas criminales sonaran tan nobles. Y yo que

pensaba que se trataba de ganar dinero.

—Es noble —dice a la defensiva—. Y lo último que necesitamos cuando lleguemos a casa es alguien que se vaya a tumbar a nuestro lado y nos diga lo que hemos hecho mal. O alguien que exigirá algo más de lo que ya se le ha dado. Tu mujer debe ser alguien que te sirva.

Miro sus labios manchados de vino y vuelvo a hacer una mueca. —¿Y crees que tu hija me servirá?

Asiente. —Así es. Y, si no lo hace, puede ser entrenada. Aprende rápido. Es leal.

Leonid podría estar tratando de venderme un perro. A decir verdad, si fuera un perro, estaría más dispuesto a comprar. Pero Viktoria es difícil de vender, en las mejores circunstancias.

—Lo tendré en cuenta.

—Estaremos más que encantados de darte la bienvenida a la familia —dice Leonid, inclinándose más cerca—. Dije que me alegraba de tener solo una hija. Pero, a decir verdad, siempre he querido un hijo.

De cualquier otra persona, tal vez ese pensamiento sería agradable. Pero sé a ciencia cierta que a Leonid no le importa una mierda su familia. Es el negocio familiar lo que le importa. Sería genial para su marca, para su imperio. Hasta ahí llega su afecto.

—He dicho que lo tendré en cuenta.

Leonid se echa hacia atrás y cruza el tobillo sobre la rodilla. —A pesar de lo viejo que soy ahora, recuerdo cuando tenía tu edad. Parece como si tuvieras toda la vida por delante. Tiempo más que suficiente para vivir como quieras y luego preocuparte por una familia más adelante.

—Eso suena muy parecido a que digas que no me queda mucho tiempo, Leonid.

Suelta una risa nerviosa. —¡Ajá! Tienes el mismo sentido del humor seco que tenía tu padre. Divertidísimo. Pero lo digo en serio. Demasiados hombres malgastan su juventud en la bebida y las mujeres. Luego, para cuando sientan cabeza y adquieren poder real, son mayores. Menos motivados. Y es porque los hombres piensan que su diversión tiene que terminar cuando se casan. Pero yo soy la prueba de que eso no es cierto.

Lo miro fríamente, esperando a que se explique. Apenas necesita invitación para seguir hablando. Pocas cosas le gustan tanto a Leonid Kozlov como el sonido de su propia voz.

La amante de este hombre es un secreto a voces. Incluso su mujer está al corriente de sus indiscreciones. Pero nadie menciona su presencia junto a él en los actos. Nadie habla de ella directamente. Es como si no existiera.

Leonid se inclina hacia delante, con voz grave. —Los hombres como nosotros podemos tenerlo todo, Kirill. Empieza tu familia ahora, asegura tu linaje y aprovecha tu influencia mientras está en su apogeo. Mi hija te dará hijos sanos con fuertes lazos con dos de las familias más poderosas de este país. Eso asegurará el futuro de ambos. Entonces, una vez que el trabajo esté hecho, tendrás tu diversión. Que te obliguen a elegir qué trozo de tarta quieres del buffet no es divertido.

¿Por qué elegir cuando puedes probarlo todo? Yo lo he hecho.

Leonid se acerca y agarra la mano de su amante. Es una mujer joven, no mucho mayor que Viktoria, pero le sonríe con adoración. No puedo evitar fijarme en los anillos de diamantes que lleva en los dedos y en la gruesa cadena de oro que cuelga de su cuello.

Como le dije a German, el dinero es la única razón por la que una mujer aguanta a Leonid.

—Tu mujer debe estar encantada con tu gusto en pasteles.

—Mi mujer está en casa, en Toronto —refunfuña—. Probablemente sentada en la mansión que le compré, comiendo comida cocinada por el chef personal que yo pago, y encargando ropa a medida a sus diseñadores favoritos en una cuenta que yo financio. Yo diría que está contenta con su parte del trato.

Nunca me he considerado un defensor de la monogamia, pero tampoco de jugar a dos bandas. El matrimonio es un voto entre dos personas. Una promesa de fidelidad que no pienso romper.

El hecho de que a Leonid le parezca bien orinarse sobre ese voto no habla bien del valor de su palabra.

—Suenas como un granjero vendiendo un cerdo como premio, Leonid. Estamos hablando de tu hija. No del cerdo más gordo de tu establo.

La sonrisa de Leonid vacila. —En un mundo perfecto, haría muchas cosas de otra manera. Pero no vivimos en un mundo perfecto. Vivimos en un mundo en el que los señores no pueden ignorar a sus hermosas doncellas de ojos azules, ¿verdad?

La irritación que llevo dentro se solidifica y se asienta como una piedra en mi pecho. Ha estado mirando a Rayne. Lo suficientemente cerca como para notar el color de sus ojos. Para darse cuenta de que yo también la he estado mirando.

No tiene ni idea de la peligrosa línea que está pisando.

Viejo tonto testarudo.

—Yo pensaría bien lo que vas a decir antes de continuar, Leonid.

—Somos aliados, Kirill. Amigos. Eso significa que queremos lo mejor para el otro, ¿no?

—Deberías hablarlo con Arnov —le digo—. Él tiene ideas diferentes.

Al igual que a su hija, a Leonid no le gusta que lo dejen fuera de la broma. Continúa como si no me hubiera oído. —Lo mejor para mí es que mi hija forme una conexión contigo y formalice nuestra alianza. Lo que sea, o a quien sea, que tengas que *hacer* para que eso funcione para ti, puedo acatarlo.

Quizá me haga gracia que Leonid Kozlov se preocupe tan poco por su propia hija que esté dispuesto a utilizarla como peón. En muchos sentidos, Viktoria se lo merece. Pero, en realidad, lo encuentro todo agotador. Toda esta existencia puede ser agotadora. Siempre buscando la ventaja, nunca seguro de si la persona con la que trabajas planea sacrificarte en su propio

beneficio.

Más que nunca en mi vida, la honestidad me atrae. Experimentar una atracción descarnada por alguien que no tiene nada que ver con lo que podría hacer por mí... Eso hace que me arda la sangre.

Estoy sentado en una sala con algunos de los hombres más ricos y poderosos del país, pero el pensamiento más emocionante para mí es levantarme y encontrarme con mi hermosa doncella de ojos azules.

—¿Y bien? —presiona Leonid.

Deslizo mi silla fuera de la mesa y me levanto. —Disculpa, Leonid.

—Kirill —me llama mientras me alejo—. Espera.

Pero lo ignoro.

Quizá Viktoria ya le haya dicho que cancelé el compromiso, o quizá no. De cualquier manera, lo sabrá muy pronto. No tengo intención de retractarme de mi decisión.

Abro de un empujón la puerta de la cocina y me encuentro con la criada de pelo morado de antes. Sus ojos se desorbitan cuando me ve en la cocina. —Sr. Zaitsev, hola. ¿Está todo a su gusto? Puedo buscar a Sonya si necesita...

—Rayne —interrumpo—. ¿Dónde está?

Pasa el pulgar por encima del hombro hacia una puerta lateral que da al pasillo. —Tomando un descanso entre platillos. El siguiente sale en cinco minutos.

La despido sin palabras y atravieso la puerta.

El pasillo está oscuro. Es un pasillo de servicio entre la cocina y el comedor secundario. Como esta noche estamos en el gran salón, este lugar está vacío.

Excepto por una sombra familiar apoyada contra la pared.

Rayne se sobresalta cuando atravieso la puerta.

—Estás nerviosa —observo—. ¿Esperas a alguien más?

—No esperaba a nadie. Vine aquí para estar sola.

—¿Una noche dura?

—Una vida dura —en cuanto las palabras salen de su boca, me doy cuenta de que se arrepiente. Sacude la cabeza—. Estoy bien. Es solo una broma.

Me acerco a ella e inmediatamente me siento atraído. Una vez que nos ponemos a tiro, es una especie de atracción magnética. Una fuerza física más allá de mi control. —No dejes que Viktoria te afecte.

—Lo mismo te digo.

—Eso sucederá cuando los cerdos vuelen —gruño—. Esa familia no podría afectarme ni que me lance un piano en la cabeza.

—Bueno, algo te está afectando. ¿Verdad? —pregunta dubitativa—. No parece que lo estés pasando bien.

No sé por qué me sorprende que se dé cuenta. Rayne se da cuenta de todo. Incluso cuando se ve obligada a recoger cristales del suelo y fregar bebidas derramadas, no se le escapa nada.

—Las fiestas así son miserables.

—Pensé que esa era tu gente. Ya sabes, gente de tu mundo. Tus iguales.

—Cristo, no me insultes así. Son unos miserables.

Se gira para mirarme, con el hombro apoyado en la pared. —¿Por eso has venido aquí a esconderte?

—No.

Se pasa nerviosamente el extremo de la coleta por encima del hombro. —Entonces, ¿por qué has venido?

Me acerco más a ella. Apenas nos separa medio metro. Tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos.

—He venido a buscarte.

Su boca forma una “o” de sorpresa. —¿Qué quieres?

Sin previo aviso, la agarro por la cintura y la aprieto contra la pared. Le paso la otra mano por la mejilla. Noto cómo tiembla.

—Kirill —respira. Mi nombre en sus labios es una advertencia y una bienvenida. Es una promesa y una súplica. Cuando siento su aliento susurrar en mi cuello, no puedo ignorarlo ni un segundo más.

Me inclino y aprieto mi boca contra la suya.

No tengo un plan para esto. No pienso a dónde me llevará ni hasta dónde lo llevaré.

Quizá por eso se descontrola tan rápido.

Quizá por eso, cuando Rayne suspira en mi boca, pierdo la puta cabeza.

34

RAYNE

Su beso es todo lo que me juré que no necesitaba.

Adivina qué: mentí.

En cuanto Kirill me besa, es como si alguien accionara mi válvula de escape. Toda la presión de mi pecho se disipa. Me tumbo contra él, como una seda en sus brazos, tan aliviada por tocarlo que no puedo pensar en nada más.

Aparentemente, él tampoco puede. Está tan vibrantemente presente, tan devastadoramente aquí. Kirill arrastra sus manos por mis costados, moldeándome contra él. Luego sus manos bajan. Me agarra el culo y me levanta contra la pared. Engancho los tobillos a su espalda y la fricción entre nuestros cuerpos me hace gemir.

Somos un amasijo de labios, dientes y lenguas. Incluso mientras el parloteo de la fiesta se filtra a través de la pared, nos machacamos juntos, imprudentes y estúpidos y sin parar ni un momento.

Sé que tengo responsabilidades y un sitio en el que estar, pero es imposible pensar en nada de eso cuando Kirill me está tocando.

De repente, la luz me quema los párpados. Entrecierro los ojos ante la brusca claridad, y veo a Natalia en la puerta de la cocina, con las luces del pasillo encendidas.

—¡Lo siento! —jadea, con los ojos muy abiertos—. No sabía si... no me di cuenta...

Kirill me deja en el suelo y se aleja de mí. Siento como si alguien me hubiera quitado las mantas en medio de un sueño maravilloso. Un escalofrío me recorre la espalda.

—Ya están listos los platillos —explica Natalia—. Quería... Sonya me dijo que viniera a buscarte.

Kirill aprieta los dientes y me mira. Espero con la respiración contenida lo que dirá.

Nos vemos en la playa.

Vámonos juntos.

No vayas.

En lugar de eso, mira por encima de mi hombro, con los ojos desenfocados. —Lleva un plato al tercer piso. Alguien de arriba se alegrará de verte.

Antes de que pueda preguntar o decir nada, Kirill se da la vuelta y sale del pasillo.

En cuanto se va, me desplomo contra la pared. Sin querer, subo la mano y me rozo los labios. Todavía me hormiguean. Es la única razón por la que sé que lo que acaba de pasar es real.

—¿Qué demonios fue eso? —sisea Natalia. Cierra la puerta de la cocina—. ¿Qué estaban haciendo? Bueno, ya sé lo que estaban haciendo. ¿Pero ahora? ¿Esta noche? ¿Es la primera vez?

Estoy demasiado agotada para inventarme una mentira. —No. No es la primera vez. Ya ha pasado dos veces.

—¿Se han besado otras dos veces? —pregunta con incredulidad en el rostro. Hago una mueca y la incredulidad de Natalia aumenta—. Oh —respira—. Más que besar... han follado.

—No lo digas así.

Levanta las manos en señal de rendición. —Lo siento. Pero, basándome en el espectáculo que acabo de ver, han estado follando como conejos. Eso fue caliente.

—No es así. Quiero decir, lo es. Caliente, sí. Es muy caliente. Pero eso fue... Estaba enfadado por algo, y ha sido una mala noche, y yo he tenido un par de días de mierda —me aparto el pelo de la cara y respiro hondo—. Pero no debería haber hecho eso en el trabajo.

Natalia gime. —Oh, no.

—¿Qué?

Ella sacude la cabeza. —Nena, por favor dime que eres más lista que esto.

La vergüenza se convierte rápidamente en actitud defensiva. Me separo de la pared y me cruzo de brazos. —¿Más lista que qué? ¿Qué pasa?

—No solo te acuestas con él, Rayne. Te gusta, ¿verdad?

Me rodeo el cuerpo con más fuerza. Pero mi falta de respuesta es una respuesta en sí misma.

—Esto no va a acabar bien —advierte—. Si solo te lo follaras... No sé. Tal vez eso estaría bien. Pero no puedes tener sentimientos. No puedes.

—¿Cuál es la diferencia? ¿En qué se diferencia el sexo sin sentido de esto?

—Hablas como alguien que nunca ha tenido sexo sin sentido —se burla Natalia—. Está en el nombre, tontita. El sexo sin sentido no tiene sentido. No hay sentimientos de por medio, así que nadie sale herido. No hay expectativas. Pero los sentimientos no tienen ese sentido común. Vas a tener todas estas ideas en tu cabeza sobre este hombre y te va a decepcionar.

—¡No tengo ninguna idea!

Natalia arquea una ceja y se echa hacia atrás, por encima del hombro, el pelo de la parte que no está rapada. —Vale. Entonces, ¿qué crees que pasará entre ustedes cuando él se marche dentro de unas semanas para volver a Nueva York?

Iré con él. Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero consigo tragármelas a tiempo.

No importa. Natalia puede ver más allá de mis muros. —Crees que irás con él, ¿verdad?

—Él me lo pidió —suelto.

Su cara se frunce y hay simpatía en ella. Nunca me he sentido tan patética.

—Me pidió que fuera a trabajar con él —me recupero—. Me pidió que me quedara en su plantilla permanente.

—¿Te pidió que siguieras siendo su criada? ¿Y te parece bien limpiar lo que ensucia y quedarte con las sobras al final del día?

Me encojo de hombros. —No es que tenga nada más que hacer.

Puede que ni siquiera tenga eso, en realidad. Kirill me degradó ayer. ¿La oferta de ir con él a Nueva York desapareció con eso? ¿O ha vuelto ahora que nos besamos en el pasillo y quiere que vaya a ver a Ilya?

—Eso hace que parezca que estoy desesperada, pero no lo estoy —continúo—. Me gusta trabajar para Kirill. Es un buen dinero. Por eso estás tú aquí.

—Pero hay una diferencia entre trabajar para un hombre como él durante tres meses y estar a tiempo completo en su plantilla.

—¿*Un hombre como él*? —resoplo—. ¿Qué significa eso?

—Un criminal —dice, inexpresiva, como si yo estuviera siendo obtusa—. Alguien que es el jefe de toda una puta Bratva. Por favor, dime que al menos te has dado cuenta de eso.

Tenía mis sospechas. Sabía que el mundo de Kirill era muy diferente al mío. Pero descubrir que es una especie de miembro de la realeza del hampa amplía la ya grande brecha que nos separa.

—Sé lo suficiente. No soy estúpida.

—Todos somos estúpidos en el amor, Rayne —dice Natalia suavemente—. Por eso estoy aquí, para golpearte en la cabeza y decirte que tomes mejores decisiones.

Natalia es capaz de derribar los muros que construyo. Descruzo los brazos y me reclino contra la pared. —Deberías haberme golpeado en la cabeza hace unas semanas.

Me mira con simpatía, los ojos brillantes. —¿Qué ha pasado entre ustedes?

—Es una larga historia. Pero probablemente tengas razón. Se suponía que era un enganche sin sentido, no una relación.

La cruda realidad me golpea fuerte y rápido. Puedo sentir cómo todas mis fantasías infantiles

desaparecen a mi alrededor. Es como ver los copos de nieve derretirse sobre tu piel. Solo un siseo de frío dolor, y luego desaparece. Como si nunca hubiera existido.

—¿Eso es lo que te dijo Kirill? —pregunta.

Sacudo la cabeza. —No me dijo nada. No me hizo ninguna promesa. Simplemente me sentí... me siento tan unida a él. Pensé que quizá él también sentiría lo mismo.

Una parte patética de mí espera que Kirill sienta lo mismo. Pero recordando todos nuestros momentos juntos, su apego a mí nunca dura mucho después del sexo. Tan pronto como dormíamos juntos, se alejaba. Conseguía su pequeña dosis y luego me dejaba a un lado.

Como una buena chica, me senté y esperé pacientemente a que volviera a mí cada vez.

Pero no otra vez. No puedo seguir haciéndolo. Mi corazón no sobrevivirá.

—No es el tipo de hombre que va a tratarte bien o a serte fiel —dice—. Quiero decir, mira a Leonid Kozlov ahí fuera. Confirmé con un miembro de su equipo de seguridad que está aquí con su amante mientras su mujer está en casa.

—Eso es asqueroso.

—Eso es normal en hombres ricos como ellos —dice—. Es mejor que te mantengas alejada.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Creo que mi familia está maldita. Parece que siempre nos enamoramos de la gente equivocada.

Natalia resopla. —Si crees que tu pequeña reserva genética es la única que tiene mala suerte en el amor, tengo dos tías tres veces casadas y una familia rota propia para tu consideración. Por no mencionar mi accidentado historial de citas.

—¿Estás diciendo que no soy tan especial como creo? —bromeo miserablemente.

—Eres especial, Rayne —me dice, tirando de mí contra su costado en un abrazo que no sabía que necesitaba—. Pero no cuando se trata de tener mala suerte con los hombres. Ese es un problema universal.

35

RAYNE

Cuando vuelvo a la cocina, Sonya está de pie junto a las puertas dobles, con una mirada amarga. En cuanto nos ve a Natalia y a mí, se agria aún más.

—¿Dónde han estado? El servicio está empezando —dice.

Natalia se apresura a coger una bandeja, pero, cuando yo la cojo, Sonya me hace un gesto de descarte. —Esta es la tuya —señala un plato de comida. La orden de Kirill mientras se alejaba vuelve a mí.

—¿Tercer piso? —pregunto.

Pone los ojos en blanco, molesta porque se lo pregunte. —Sí. Ve rápido y vuelve enseguida. Te necesitan aquí abajo.

Natalia nunca me preguntó por qué me asignaron a trabajar en el tercer piso, pero, por la forma en que me ve salir de la cocina, tendrá preguntas más tarde. No importa si Kirill y yo estamos juntos o no, nunca le diré a nadie lo de Ilya.

Moverse por la casa tan tarde por la noche es espeluznante. Está oscura y vacía. Sigo esperando que alguien salga de las sombras. Sigo esperando que Kirill salga de las sombras.

Aunque espero que no lo haga. Porque, incluso después de mi revelación de hace unos minutos, sé que no podré resistirme a seguirlo hacia la oscuridad.

Pero no veo a nadie cuando subo en ascensor a la tercera planta y entro en el piso de Ilya. Espero que haya algunas lámparas encendidas, quizá incluso la televisión. Pero, como el resto de la casa, las habitaciones de Ilya están a oscuras.

—¿Hola? —llamo suavemente—. ¿Ilya?

Entonces, lo veo. Ilya está de pie frente a la pared de ventanas de su salón, mirando el océano.

—¿Ilya? —digo—. Soy yo. Rayne.

Se vuelve lentamente hacia mí. Su expresión es serena. Tarda unos segundos en darse cuenta de

que hay alguien en la habitación con él. Entonces, por fin, sonríe.

—Rayne.

Saludo con la mano libre y levanto un plato. —Te he traído la cena. ¿Tienes hambre?

Se encoge de hombros y se vuelve hacia las ventanas. Deslizo el plato sobre la isla y lo cubro con una toalla de papel.

—Puedes calentar esto si tienes hambre más tarde. ¿Por qué está tan oscuro aquí? —acciono el interruptor de la pared del salón. Pero, en cuanto lo hago, Ilya se vuelve hacia mí.

—¡No! —sacude la cabeza, con la frente arrugada—. No. Apagado. Sin luces.

Rápidamente, vuelvo a apagar las luces. —Lo siento. Esto está muy oscuro. ¿No quieres una luz encendida? Tal vez pueda conseguirte un rompecabezas o ponerte algo en la televisión. Quizá podrías...

—Rayne —la voz de Ilya es sorprendentemente clara—. Mira.

Da tres golpecitos en el vaso y yo me acerco, me pongo a su lado e inhalo bruscamente.

—Vaya —respiro—. Ilya, esto es...

Apoya la palma de la mano en el cristal. —Bonito.

Sonrío. —Sí. Bonito.

Con todas las luces apagadas, parece que el océano se extiende directamente bajo nuestros pies. No hay hierba, ni arena, ni playa. Solo las oscuras olas del océano rompiendo contra nuestros pies, y extendiéndose hacia el infinito como un cristal negro deformado.

Una de las cosas que menos me gustan de Los Ángeles es lo poco que se ven las estrellas por la noche. Pero tan cerca de la costa, algunos puntitos de luz salpican el cielo.

Sin embargo, el verdadero espectáculo de esta noche es la luna llena. La luz plateada resalta las crestas de las olas y tiñe el mundo de blanco y negro. Las crestas de las olas brillan.

La mano de Ilya en mi muñeca es tan inesperada que doy un respingo. Se retira rápidamente y yo lo cojo. —No pasa nada. Lo siento —le digo—. Me has sorprendido.

Arruga las cejas.

—Nunca me habías buscado. No me lo esperaba. Pero está bien.

—De acuerdo —asiente y sé que se está confirmando a sí mismo que todo va bien. Me vuelve a agarrar de la muñeca y tira de mí hacia la puerta—. A nadar.

—Es demasiado tarde para nadar esta noche —le digo—. Además, Kirill suele llevarte, ¿recuerdas? Podemos preguntarle mañana.

Sacude la cabeza y tira de mí hacia la puerta. —Ahora.

La puerta mosquitera de aquí arriba está cerrada desde fuera por la seguridad de Ilya, así que sé que no puede abrirla. Pero, aún así no me gusta la facilidad con la que puede arrastrarme hacia la puerta. Si quisiera salir, no podría detenerlo.

—No podemos. Está demasiado oscuro —le explico suavemente, tratando de apartar mi mano de su agarre—. Y hace frío. El agua estará helada.

—Nadar —dice con más firmeza. Tiene la mandíbula apretada y la cara roja. Ya no me lo está preguntando, me lo está diciendo.

Enrosco mi mano alrededor de la suya, tratando de apartar sutilmente sus dedos de mi muñeca. —Le pediré a Kirill que te lleve mañana. ¿Te parece bien? Será más divertido bajo el sol. Podrás ver conchas en la arena. Esta noche estará oscuro y hará frío. No queremos ir esta noche.

—Quiero ir. Quiero ir. Ahora —se rasca la pierna con la otra mano, rasgando la tela.

Veo que la ansiedad se apodera de él como una oscura nube de tormenta. —Respiremos juntos. Podemos respirar hondo y luego...

—¡Ahora! —ladra, suelta mi mano y golpea la suya contra el cristal. Apenas contengo un grito. Me sorprende que el cristal no se haya roto.

Mi instinto es retroceder e ir a buscar a alguien que me ayude. Pero Ilya no puede estar solo ahora. Necesita a alguien que se acerque y lo entienda, que lo escuche. Aunque él no lo sepa.

Despacio, me muevo a su lado y miro por la ventana. —Es precioso ahí fuera.

—Quiero ir.

—Yo también. Ojalá pudiéramos.

Me mira. —¿Nadar?

—Sí, me gustaría que pudiéramos nadar —digo—. Me gustaría hacerlo contigo.

Vuelve a cogerme de la mano para tirar de mí hacia la puerta.

—Tendría mucho frío, Ilya. Escalofríos —me rodeo con los brazos y tiemblo, fingiendo que me castañetean los dientes—. Me congelaría como un cubito de hielo.

Convertir el rechazo en un juego siempre funciona con Lily y Brady. Si consigo que se rían, podemos evitar una crisis. Ilya se muestra claramente dubitativo, intuyendo que intento distraerlo. Pero no puede evitar sonreír.

Vuelvo a temblar, más dramáticamente. —Los dos nos convertiríamos en cubitos de hielo y flotaríamos ahí fuera.

Se rodea con los brazos y también tiembla.

—Exactamente así —le digo con una sonrisa radiante—. Ya lo tienes. Así que no podemos salir, ¿verdad? No, a menos que quieras convertirte en cubitos de hielo.

—No —dice, aún sonriendo—. Demasiado frío.

—¿Así que te quedarás aquí donde hace calor?

Vuelve a mirar por la ventana, con el ceño fruncido por la decepción, y asiente. —Me quedaré aquí.

—Genial. Y recuerda que te he dejado la cena en la cocina. Puedes calentarla si te entra hambre. ¿De acuerdo?

Ilya asiente, aunque no creo que me esté escuchando realmente. Sigue mirando el océano. Pero al menos ahora está tranquilo.

—Hablaremos más tarde, Ilya. ¿De acuerdo?

Vuelve a asentir y yo me deslizo a través de las puertas dobles y bajo las escaleras.

La casa sigue a oscuras, y mi mente permanece arriba con Ilya. Hemos llegado tan lejos en tan poco tiempo. El lenguaje que hemos creado entre nosotros, una mezcla de palabras y tacto, parece ayudarlo de verdad. Kirill tiene que ser capaz de verlo. Diga lo que diga, sabe que le estoy ayudando. Estoy segura de que me dejará volver a trabajar con Ilya cuando se calme.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que no veo al hombre apoyado en la pared junto al pasillo de la servidumbre hasta que estoy a pocos metros.

Cuando lo hago, me quedo paralizada.

—Lo siento —dice el hombre. Es joven, probablemente unos años más joven que yo. El comienzo de una barba oscura le surca la mandíbula—. No quería asustarte. Solo necesitaba alejarme de la locura que hay ahí dentro.

—¿La fiesta, quieres decir?

—¿Esa es tu idea de una fiesta? ¿Tres generaciones compartiendo una comida servida por camareras abotonadas hasta el cuello? —mira mi traje como si quisiera quitármelo con los dientes—. Sin ofender, o lo que sea.

—Claro que no —murmuro—. En mi idea de una fiesta, no suelo servir comida.

—¿Qué estarías haciendo en tu idea de una fiesta? —se gira y apoya un hombro en la pared. Por la forma en que cruza los brazos, me doy cuenta de que se cree mucho más interesante de lo que en realidad es. Al menos, más de lo que yo creo que es.

—Estoy demasiado ocupada trabajando como para hablar de eso —le digo—. Tengo que volver.

Doy otro paso hacia la puerta, pero el hombre se desplaza hacia el marco. Es larguirucho y enjuto, y sus hombros apenas ocupan la mitad de la puerta, pero no voy a empujarlo. Sería casi tan agresivo como él.

—Soy Sasha —presenta su nombre como un regalo—. ¿Quién eres tú?

Le dedico una sonrisa lo más amable que puedo. —Si de verdad te importara mi nombre, te lo

diría. Pero estás en esta fiesta con tu familia y te aburres. No estoy aquí para ser una distracción; estoy aquí para hacer mi trabajo.

Sus ojos se entrecierran, afilando los bordes de su sonrisa. —Tu trabajo es servir a los invitados a esta fiesta, ¿correcto?

—Mi trabajo es servir comida. No... lo que sea que estás pensando.

Sus ojos me miran de nuevo, esta vez con más descaro. Oigo el murmullo de la fiesta a través de las paredes, pero la gente nunca me había parecido tan lejana.

—Tienes fuego. Me gusta.

—Siento decepcionarte, pero me llamo Rayne. Lo opuesto al fuego —digo bruscamente—. Pero necesito que salgas de mi camino y...

—¿Rayne? ¿*Eres* la criadita de la que todo el mundo murmura?

Pierdo algo de fuego y retrocedo medio paso. —¿Todo el mundo cuchichea sobre mí?

Llena más la puerta, mirándome por su larga nariz. Sasha parecía un adolescente cuando me acerqué. Pero, de repente, es difícil no darse cuenta de lo mucho más alto que yo que es.

—Parece que le causaste una gran impresión al Jefe Kirill ahí dentro.

Sacudo la cabeza. —¿Al qué?

Resopla. —Supongo que no me molestaré en impresionarte con el título que tendré dentro de unos años. Me imaginaba que eras un conejito Bratva, pero parece que no.

—Escucha, estás diciendo muchas cosas que no entiendo. Pero puedo decir que no es halagador. ¿Puedes moverte para que pueda volver al trabajo?

Continúa como si yo no hubiera hablado. —Kirill ha estado básicamente comprometido con Viktoria desde que nacieron. Pero si está echando por tierra ese acuerdo por ti, debe valer la pena. Siendo tú una criada y todo eso, no puede ser mucha ganancia financiera. Así que, si tuviera que adivinar, diría que solo tienes un dulce coño.

Mi mano se flexiona a mi lado. Mi reflejo natural de darle una bofetada a este hombre casi anula mi sentido común.

Antes de que eso ocurra, exhalo un largo y lento suspiro. —Apártate de mi camino —digo con firmeza. —Esta conversación ha terminado.

Sasha no hace ningún intento de moverse, pero ya me he cansado de hacerme la simpática. Si no me deja entrar por la puerta trasera a la cocina, atravesaré el comedor. Doy media vuelta y me dirijo rápidamente hacia las puertas dobles.

—Oh, vamos. No seas tan susceptible —dice Sasha. Puedo oírlo siguiéndome—. Necesitarás un respaldo para cuando Kirill te deje.

Acelero, hablando por encima del hombro. —No necesito nada de ninguno de ustedes.

—Esta relación con él no durará. Tienes que saberlo. Por ahora eres divertida, pero entrará en razón y elegirá a alguien más ventajoso para él. Para eso existimos los primogénitos: para tener hijos con una mujer que tenga un papá poderoso. ¿Tu papá es poderoso?

Estoy a solo unos pasos de la puerta ahora. Una vez que entre, Sasha retrocederá. Me dejará en paz.

—Exactamente lo que pensé —continúa—. Así que eso te sitúa firmemente en la zona de "follar por diversión". Y eso no tiene nada de malo. Hazlo mientras puedas. Estás buena y eso durará otra década o así, estoy seguro. Muchos hombres te alojarán en un lugar agradable, y pagarán un buen dinero para que les chupes la polla. Yo incluido.

Intento ignorar a Sasha, pero es tan repulsivo que es casi imposible.

—No existe suficiente dinero en el mundo para obligarme a tocarte —siseo—. Prefiero morir.

Abro de un tirón una de las puertas dobles, justo cuando la mano de Sasha me rodea la muñeca. Durante un breve instante, miro hacia el gran salón. La fiesta continúa como de costumbre, todos comen y charlan. Veo a Kirill en la cabecera de la mesa.

Él también me ve.

Nuestras miradas se cruzan durante un segundo, aunque se prolonga durante un minuto, una hora. Incontables palabras y frases se transmiten en esa mirada. Entonces, sus ojos se desvían hacia Sasha. Veo la rabia en su mirada. Mientras Sasha me aparta de la puerta, sé lo que hará Kirill.

Sasha me aprieta contra la pared. Su aliento empapado en alcohol me inunda mientras me gruñe en la cara—: ¿Dices que prefieres morir? Bueno, eso se puede arreglar.

36

KIRILL

Rayne ya debería haber vuelto de la habitación de Ilya.

Se me pasan por la cabeza mil posibilidades de por qué tarda tanto. Ilya ha estado temperamental los dos últimos días. Quizá está teniendo una explosión y Rayne necesita ayuda para lidiar con ello.

O quizá el beso en el pasillo llevó a Rayne al límite. Quizá, cuando me alejé de ella, giró sobre sus talones y salió de mi casa dando pisotones, para no volver a ser vista nunca más.

Leonid sigue intentando hablarme, pero apenas lo escucho. Viktoria también dice algo, pero es poco más que el zumbido de un mosquito en mis oídos.

—Todo el mundo sabe que Stefano es un aliado escamoso en el mejor de los casos —se burla—. Kirill hizo lo correcto al cortar con él. Sean cuales sean sus razones.

—¿Cuáles fueron las razones? —pregunta Leonid suavemente.

Mastico despacio un bocado del filet mignon, vigilando la puerta de la cocina por si veo alguna señal de Rayne. Pero no es la puerta de la cocina la que se abre. Es una de las puertas principales. Llevan cerradas desde que llegaron todos los invitados, pero una de ellas se abre un momento.

Y, a través de ella, veo a Rayne de pie en la puerta, con la cara enrojecida y los ojos muy abiertos. Al instante, sé que algo va mal.

Entonces, veo la mano viscosa envuelta alrededor de su muñeca.

Sasha Lenin está de pie en la oscuridad, a la derecha de la puerta, pero las sombras no son lo bastante profundas como para disimularlo. Reconozco su cuerpo larguirucho. Su melena grasienta.

Entonces, Rayne es empujada hacia un lado y la puerta se cierra con un ruido sordo.

—¿Kirill? —dice Viktoria—. Papá te ha hecho una pregunta. ¿Puedes...?

Me levanto rápidamente, haciendo sonar la mesa y casi volcando mi silla en el proceso.

Se hace el silencio en la habitación, pero el torrente de sangre en mis oídos es tan fuerte que apenas lo noto. Tres pequeñas palabras pasan por mi cabeza. Las he pensado antes en otras circunstancias, pero nunca con tanta intensidad, nunca con tanta violencia.

Voy a matarlo.

Si Sasha Lenin le pone las manos encima a mi mujer, lo mato. Es una simple causa y efecto. Una situación de si/entonces que no requiere más exploración.

Viktoria se acerca a mí, pero me la quito de encima y me dirijo hacia las puertas.

—¿Ha visto algo? —pregunta Leonid a la mesa.

—¿Dónde está Sasha? —pregunta Arnov, ya adivinando lo que ha llamado mi atención. Seguro que conoce a su hijo.

Sé las repercusiones que esto causará, pero ninguna de ellas importa ahora mismo. Lo único que importa es llegar a Rayne antes de que Sasha pueda hacerle daño.

Estoy a medio camino de la habitación cuando la puerta se abre de nuevo. Rayne tropieza con aspecto desaliñado. Tiene la camisa torcida, el pelo revuelto y los ojos desorbitados.

Sasha le pisa los talones. Si fuera un hombre inteligente, retrocedería. En realidad, si fuera un hombre inteligente, reservaría un vuelo de ida al puto Paraguay y nunca se lo volvería a ver.

Pero, al parecer, no es un hombre inteligente. Porque, en lugar de hacer nada de eso, alcanza a Rayne.

—Quítale las putas manos de encima —gruño.

Pero no estoy seguro de que Sasha me haya oído. Porque, al segundo siguiente, Rayne se acerca a la mesa que hay justo al otro lado de la puerta, rodea con la mano una fuente de plata y la agita con todas sus fuerzas.

El plato choca con la cara de Sasha y suena como un gong. El sonido reverbera por toda la habitación.

Durante un segundo, todo queda en silencio.

Entonces, Sasha se dobla y grita. —¡Maldita *zorra*! ¿Qué demonios acabas de hacerme?

Tiene las manos apretadas alrededor de la nariz. Veo que le sale sangre por los dedos.

Me invade un orgullo que nunca había sentido.

—Te rompió la nariz —gruño—. Lo hizo antes de que yo pudiera hacerlo, por desgracia.

Rayne me mira, pero sus ojos están vidriosos. Veo el comienzo del pánico en la palidez de su rostro. No puede creer lo que acaba de hacer.

Ya somos dos.

—¿Y qué coño harás al respecto? —Sasha chasquea—. ¿Dejas que tu personal asalte a tus

invitados?

—Si tuvieras idea de lo cerca que estoy de agredirte yo mismo, cerrarías la puta boca.

Aprieta la mandíbula. Por un segundo, pienso que podría ser sensato y marcharse. No sé qué me hace pensar eso.

—Vaya. Realmente debe ser un buen polvo si estás dispuesto a…

Recorto la distancia que nos separa en tres zancadas y vuelvo a golpear a Sasha contra las puertas dobles.

Hace un gesto de dolor e intenta soltarse, pero no le he dejado margen de maniobra.

Está inmovilizado y lo sabe.

—¿Qué ibas a decir? —le respiro en la cara—. Termina. Termina esa puta frase.

—No me harás daño. No delante de todos aquí. Matar a un niño no sentará bien a tus aliados.

—Menos mal que no eres un niño —le digo mientras le aprieto más contra la pared. Resopla—. Quizá lo hayas olvidado, ya que nunca te han obligado a madurar y a ponerte las pilas, pero ya no eres un adolescente, Sasha. Definitivamente no eres un niño. Cuando juegas a juegos de adultos, ganas premios de adultos. Una bala en el cerebro, por ejemplo.

Sus ojos se iluminan. Mira rápidamente alrededor de la habitación, probablemente buscando a su padre. No tengo ni idea de dónde está Arnov, pero me encargaré de él también si es necesario. Nadie me falta al respeto en mi propia casa.

—Vamos, Kirill —gimotea Viktoria desde detrás de mí—. Déjalo ir.

—Escucha a tu prometida —se burla Sasha—. Estás a punto de tirar por la borda dos alianzas por culpa de tu putita. ¿Vale ella todo eso?

German me preguntó lo mismo. Ahora tengo una respuesta. —Ella vale más de lo que cualquiera de ustedes valdrá jamás.

Mi brazo es una banda de acero sobre el pecho de Sasha. Intenta inhalar, pero le sale un silbido agudo. —¿Vas a perder la asociación de los Lenin por una puta *criada*?

—No lo sé. ¿Eso haré? —pregunto retóricamente por encima del hombro—. ¿Dónde está Arnov? Me encantaría oír lo que tiene que decir sobre esto.

Arnov Lenin se adelanta y se eleva por encima de Viktoria y Leonid, que están acurrucados en la periferia. Su expresión es ilegible. —Estoy aquí, Jefe Zaitsev.

—Me encantaría escuchar tu opinión sobre la situación, amigo.

—Le agradecería que no matara a mi hijo —dice diplomáticamente—. Aparte de eso, no tengo nada que decir.

Sasha se burla. —Papá, está amenazando tu linaje.

—Y, si no cierras esa boca idiota, cumplirá esas amenazas —suelta Arnov. Es lo más feroz que le he oído nunca.

—De camino aquí, dijiste que Kirill era un idiota por cambiar a Viktoria por una criada —continúa Sasha—. Dijiste que no tiene la mentalidad estratégica de su padre. Dijiste...

—Dijo que cerraras la puta boca —interrumpo—. Tal vez deberías escuchar antes de que los mate a los dos.

Arnov gime suavemente. —Jefe Kirill, siento la falta de respeto de mi hijo. Yo nunca... Todos decimos cosas en privado que no queremos que nadie oiga. Pido disculpas en nombre de mi hijo.

—Estás perdonado por tener el sentido común de hacer tus habladurías en privado.

Me vuelvo a centrar en Sasha. Su cuello se está poniendo rojo mientras le saco el aire. —¿Pero tu hijo se disculpa?

A Sasha se le encienden las fosas nasales, pero se queda callado.

—Porque los he invitado a todos a mi casa —digo en voz alta, recordándoselo a todo el grupo—. Los he convocado como amigos y aliados, y no he oído más que especulaciones infundadas sobre mi vida personal. Y ahora, ha habido un ataque descarado contra mi hogar.

—Es una criada, no tu mujer —suelta Sasha. Mira por encima de mi hombro hacia los Kozlov—. Vamos, Leonid. También le está faltando al respeto a tu hija. ¿Qué tienes que decir?

Viktoria está notablemente callada. Seguro que hay muchas cosas que desearía que dijera su padre. En cambio, Leonid se aclara la garganta. —Creo que deberías escuchar a tu padre, muchacho. Discúlpate y acaba con esta vergüenza.

—Si tuvieras un solo pensamiento en la cabeza, sabrías que hago todo lo posible por proteger a los que considero amigos —le digo a Sasha—. Si yo fuera tú, trabajaría mucho más duro para convertirme en uno de ellos. Podría salvarte la vida algún día.

Sasha vuelve a echar un vistazo a la habitación. Espera encontrar apoyo allí, pero la gente no apuesta por el perdedor una vez que la lucha ha terminado. Sasha ha perdido y tiene dos opciones ante sí: arrepentirse o morir.

Cuando baja la barbilla, sé que ha acertado.

—Le pido disculpas por mi mal comportamiento, Jefe Kirill —dice entre dientes apretados.

Me encantaría presionar más y dejar que esta vergüenza se apodere de mí, pero siento a Rayne detrás de mí como un contacto físico. Como una caricia en la nuca. Quiero asegurarme de que está bien más de lo que quiero enseñarle a Sasha Lenin una valiosa lección que debería haber aprendido hace mucho tiempo: *No jodas con Kirill Zaitsev.*

Así que lo suelto de mala gana y doy un paso atrás.

Se inclina hacia delante y respira entrecortadamente. Nada más incorporarse, Arnov Lenin avanza y agarra a su hijo por el cuello.

—Gracias por su hospitalidad, Jefe Kirill —Arnov es todo formalidad en la superficie, pero hay una rabia palpable hirviendo a fuego lento por debajo—. Lo llamaré y hablaremos pronto. Por ahora, hemos abusado de su hospitalidad.

—Eres bienvenido cuando quieras, Arnov —digo malhumorado, ajustándome los gemelos.

Un día, Sasha puede sustituir a su padre y me veré obligado a tratar con él. Si para entonces no ha aprendido a mostrarme respeto, con gusto terminaré con toda la línea Lenin.

Pero ese día no es hoy.

Los Lenin se marchan, seguidos de su séquito, y la tensión en la sala disminuye ligeramente. Viktoria y Leonid están de pie frente a su propio séquito. La amante de Leonid está a un lado, observando el desarrollo del drama como si estuviera en una sala de cine.

Podría tener una bolsa de palomitas en las manos y no me sorprendería.

Al cabo de un segundo, Leonid da un par de palmadas. —No teníamos ni idea de que vendríamos a cenar y a un espectáculo. Qué lujo.

Viktoria sonríe, pero es una sonrisa débil y poco inspirada.

—Arnov necesita controlar a su hijo —continúa Leonid—. Sasha no está ni mucho menos preparado para la responsabilidad que conlleva el poder. No como mi Viktoria.

Viktoria alza la barbilla como si fuera de la realeza. En su mente, estoy seguro de que lo es.

—Sin embargo, no todos estamos hechos para el liderazgo —dice—. No como tú, Kirill.

—No seas condescendiente conmigo en mi propia fiesta, Leonid.

Sonríe. —¿Para qué más está la familia?

No se me escapa la insinuación no tan sutil en sus palabras. Lo que dijo Sasha de que yo cambiara a Viktoria no le sentó tan bien a Leonid como quiere hacer creer. Las apariencias ganan, sin embargo. Él no va a causar una escena.

Al menos, hoy no.

Asiento y la sala empieza a dividirse en grupos más pequeños, todos fingiendo que no me prestan atención mientras me vuelvo hacia Rayne.

Está de pie cerca de las puertas, con la bandeja de plata aún en sus manos. Ni siquiera sé si respira. Permanece inmóvil, mirando la habitación como un ciervo sorprendido por los faros.

—Rayne.

La sensación de protección me invade de nuevo. Si Sasha estuviera aquí, probablemente volvería a golpearlo en la nariz solo por poner esa expresión inexpresiva en la cara de Rayne.

Doy un paso adelante y le cojo el brazo. —¿Te ha hecho daño? ¿Qué te...?

—Puedo cuidar de mí misma —dice Rayne con voz ronca. Se aclara la garganta y se vuelve para

dejar la bandeja en la mesa. Le tiemblan las manos.

—Se merecía lo que le hiciste. Se merecía mucho más que eso, en realidad.

—Entonces, ¿por qué todavía sientes la necesidad de venir aquí y actuar como si yo te perteneciera? Porque no te pertenezco —insiste—. No soy de tu propiedad.

—No, pero trabajas para mí.

—¿Y en qué cambia eso las cosas?

Doy un paso adelante y bajo la voz. —Porque, si trabajaras para otro, podría haber dejado que Sasha y su padre te mataran para compensar tu ataque contra él.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Yo le ataqué? Pero él me agarró y...

Me encojo de hombros. —Es tu palabra contra la de Sasha. Como es de una familia poderosa y beneficiosa para mi Bratva, estaría justificado que me pusiera de su parte y no de la tuya.

Sus mejillas se ruborizan. Es mejor que la palidez que lucía hace unos minutos. —Tú no harías eso.

—Que, como dije, es por lo que deberías sentirte afortunada de trabajar para mí en vez de para otro.

Rayne retrocede como si la hubieran golpeado. Luego se yergue, echa los hombros hacia atrás. —Muchísimas gracias, Kirill. Estoy encantada de tener la oportunidad de trabajar para ti y ser asaltada por tus invitados de alto nivel. Qué afortunada. Verdaderamente bendecida.

Hace una leve reverencia burlona y se marcha a la cocina.

En cuanto se cierra la puerta, alguien me da una palmada en el hombro.

—Un auténtico petardo, ese —dice Leonid con una risita—. Olvídate de Sasha Lenin. Entiendo perfectamente por qué dudas en dejarla marchar. Merece la pena. Aunque nunca será una esposa Bratva, es sin duda una distracción admirable.

Se me ocurren tantas cosas que decirle a Leonid Kozlov ahora mismo. Pero, hablando de lo que vale la pena, Leonid ni siquiera empieza a entrar en esa lista.

—Disculpa —le digo secamente.

Cruzo la habitación y voy tras Rayne.

37

RAYNE

En cuanto se abre la puerta de la cocina, sé quién es.

Por alguna razón, nadie del personal de cocina estaba en el comedor principal cuando golpeé a Sasha en la cara con una bandeja de servir. Cuando entro, todos empiezan a preguntarme qué pasó. Pero, ahora que Kirill se cierne detrás de mí, respirando agitadamente, actúan como si estuviera maldita y se pudiera transmitir con el tacto. Hay un radio de dos metros a mi alrededor en el que nadie se atreve a entrar.

—Déjennos solos —gruñe Kirill.

La cocina se vacía en un instante. Natalia es la última en irse. Se queda a mi lado un segundo, lo suficiente para que yo sepa que quiere quedarse.

Entonces, ella también se ha ido.

Y Kirill y yo estamos solos.

—No sé por qué pensé que podía entrar aquí y esconderme de ti —murmuro, dándome la vuelta con un suspiro—. Esta es *tu* casa. Soy *tu* empleada. Todo lo que veo y toco es *tuyo*.

Aparentemente, sufro de la misma aflicción que Sasha Lenin: No sé cuándo cerrar la boca. —¿Te das cuenta de que casi mueres el día que nos conocimos? —pregunta Kirill.

No sé qué esperaba que dijera, pero no era eso. Le devuelvo el parpadeo.

—Stefano iba a hacer que sus matones te metieran en un coche para poder hacer solo Dios sabe qué contigo. Pero intervine cuando no tenía que hacerlo. Hice de tus problemas mis problemas y te protegí —continúa—. En cierto modo, cada día de tu vida desde entonces me pertenece.

Admito que no he dejado que mi mente considere lo que ese horrible hombre habría hecho conmigo esa noche. Es una pesadilla que no quiero explorar.

Aun así, no me gusta lo que insinúa.

—¿Me estás diciendo que me debo a ti? ¿Que de alguna manera mereces un premio? —escupo

—. Si es así, creo que te lo he pagado con creces.

Resopla. —No considero el sexo como una forma válida de recompensa. Aunque el respeto estaría bien. La gratitud sería aún mejor. ¿Cuántas veces tengo que intervenir en tus crisis para que veas lo mucho que he hecho por ti?

—¡Te dije que gracias por salvar a Brady!

Se queda impasible. —¿Y qué me dices de cuando evité que Sonya te despidiera el día que te presentaste a trabajar? ¿O la vez que te recogí de la cuneta después de que Viktoria te atropellara? Por no hablar de la vez que evité que mi hermano te estampase contra la baldosa el día que te colaste en su apartamento —Kirill sacude la cabeza—. Cualquier humano normal se arrojaría a mis pies.

—¡Y la mayoría lo hace! Si eso es lo que quieres, ve a por una de ellas. ¡Dios sabe que Viktoria hará lo que le pidas! Di una palabra y ella estará desnuda en tu cama otra vez.

Kirill está perfectamente quieto. Es siniestro, sinceramente. Como un gato en una caja, me encuentro esperando a que salte.

—No quiero a Viktoria.

Levanto las manos, frustrada. —La lista de lo que no quieres es interminable. En cuanto a lo que *realmente* quieres, ¿quién demonios lo sabe? No tienes ni idea de lo que quieres. Quizá cuando lo descubras puedas...

Se mueve tan rápido que ni siquiera tengo tiempo de sobresaltarme. De repente, Kirill está pegado a mí, con sus brazos alrededor de mi cuerpo. Levanto la vista y me mira fijamente. Sus ojos verdes son claros y verdaderos.

—Sé lo que quiero.

Entonces, Kirill se inclina y presiona sus labios contra los míos.

Me recorre la misma descarga de electricidad que sentí en el pasillo, pero este beso no se parece en nada a aquel. Es reflexivo y mesurado. Kirill es completamente dueño de sí mismo y de sus movimientos. Eso hace que este momento parezca aún más peligroso. Si Kirill sacudió mi mundo cuando actuaba por puro instinto, ¿cuánto más fácil le resultará derribar mis muros cuando lo haga estratégicamente?

Me alejo de él, desesperada por recuperar el aliento. —Estamos en medio de una fiesta.

Sus labios no vacilan. Me recorre el cuello con la boca, abriéndome el cuello del uniforme para dejarme el pecho al descubierto. —No. Estamos en la cocina.

—¡Cualquiera podría entrar aquí!

—No lo harán —su lengua me pasa por la clavícula—. Pero, ya que estamos, enumera tus otras preocupaciones.

—Demasiadas para mencionarlas —admito.

—No me sorprende. Siempre tienes algo para decir.

—¡Eh! —le doy una ligera palmada en el pecho, pero Kirill me coge la mano y se la lleva al cuello. Su pelo es pura seda, oscuro y espeso e imposible de no tocar. Si fuera posible arder de pura sexualidad, ardería ahora mismo. Le paso los dedos por los rizos de la nuca.

Un gruñido de satisfacción retumba en el pecho de Kirill. —¿Ves lo bonitas que pueden ser las cosas cuando escuchas y haces lo que te pido?

—¿Ves lo rápido que arruinas las cosas tratando de controlarme? —me quejo.

Intento empujar de nuevo contra su pecho, pero me agarra de las muñecas y me endereza los brazos por encima de la cabeza. De algún modo, consigue subirme a la isla manteniéndome inmóvil.

Sus caderas me presionan y mis piernas se abren por instinto. Lo acojo hasta que siento su dura longitud contra el interior de mi muslo. Mi cuerpo se retuerce ante la promesa de meterlo aún más adentro.

—Así es como me veo controlándote —dice contra el lóbulo de mi oreja—. ¿Estoy arruinando las cosas?

Está arruinando mi autocontrol. ¿Eso cuenta?

—Tienes que aprender que no siempre tienes que tener el control para conseguir lo que quieres.

Antes de que Kirill pueda discutir, arqueo la espalda y giro las caderas contra él. Él gime y, sin querer, me suelta la muñeca. Aprovecho la oportunidad para soltarme y deslizar una mano alrededor de su cuello y la otra por el cincelado plano de sus abdominales. Con un movimiento de los dedos, le desabrocho los pantalones y deslizo la mano por su interior.

—Alguien está aprendiendo a jugar sucio —respira. Se le cierran los ojos y lo rodeo con la mano.

Sonrío. —He aprendido del mejor.

Lo acaricio entre el calor de nuestros cuerpos, olvidando con cada caricia a qué estoy jugando. ¿No es este el premio? Los dos lo queremos. ¿Por qué no podemos simplemente aceptarlo? ¿Por qué tiene que ser tan complicado?

—Eres mía, Rayne —susurra Kirill.

Levanto la vista y me mira fijamente a los ojos. Sus pupilas están dilatadas por la lujuria, pero su voz es uniforme.

Ah, cierto. Por eso.

Su mejilla barbuda acaricia la mía. Me pellizca la oreja y no puedo enfadarme tanto como quisiera. No cuando su aroma a bosque me envuelve. No cuando me ahogo en el calor de su cuerpo.

Tengo tantas ganas de luchar contra él y decirle que se equivoca, que no soy suya, que nunca lo

seré. Pero el charco de calor líquido que siento en el vientre se calienta cada vez más cada vez que lo dice.

Me quita las bragas, desliza la mano entre nosotros y me toca el coño. Cuando su dedo recorre mi abertura, no puedo contener un grito.

—Odias tanto cuando digo eso, ¿verdad? —me canturrea al oído—. No quieres ser mía. Pero te encanta. Lo deseas. Estás empapada por ello.

Me aparta las bragas y me mete el dedo hasta el segundo nudillo. Inmediatamente, me vuelvo loca de deseo. Muevo las caderas contra su mano y aprieto los labios contra su oreja. —Más. Por favor, Dios, más.

Kirill escucha. Desliza un segundo dedo dentro de mí, y no me siento cohibida ni preocupada por quién pueda irrumpir. Lo único que existe en este momento somos nosotros.

—Crees que se trata de convertirte en un objeto inanimado que uso para excitarme. Pero podría anunciar que busco una mujer dispuesta a follar, y tendría una cola en mi puerta en menos de una hora —dice Kirill.

Me empuja con un ritmo tan firme y delicioso que no lo dudo ni un segundo.

—Si eso fuera todo lo que quería de ti, te habría despedido al segundo día —continúa—. Ya estarías lejos y olvidada.

Gimo y apoyo la cabeza en su hombro. —¿Cómo eres capaz de mantener una conversación ahora mismo? No puedo... no puedo pensar en otra cosa.

—De eso se trata —enrosca los dedos dentro de mí y me arranca un largo gemido—. Necesito llevarte a un lugar donde no tengas más remedio que recibir. Mis dedos, mis palabras, la verdad. Lo necesitas todo.

Asiento, desesperada, respirando con dificultad contra su cuello. —Lo necesito, Kirill. Por favor.

Estamos hablando de dos cosas muy distintas, pero Kirill lo entiende. Me acaricia lentamente con sus largos dedos y luego sube el pulgar para rodear mi clítoris. Veo estrellas.

—Ahí —jadeo—. Tócame.

Gira la cabeza y me besa la sien. —No hasta que me digas la verdad.

—Cualquier cosa.

Su pulgar roza mi carne hipersensibilizada y gimo. —La razón por la que estás tan enfadada conmigo es porque te estás enamorando de mí.

Prácticamente, salto del mostrador. La única razón por la que no lo hago es porque Kirill me rodea la cintura con un brazo y me sujeta.

—¿De qué estás hablando? —jadeo—. ¿De verdad estás intentando sacarme una confesión de amor?

—Intento forzar la verdad —desliza sus dedos dentro de mí y yo reprimo un gemido.

—Si mi orgasmo depende de eso, entonces me temo que ambos nos decepcionaremos.

Se echa hacia atrás y me mira, con una ceja oscura arqueada. —¿No estás lista para admitirlo?

—No estoy dispuesta a mentir para conseguir sexo. Yo también podría tener una fila de pretendientes en mi puerta, ¿sabes? Hombres mucho menos complicados que tú.

—Entonces, ¿por qué no estás con uno de ellos ahora mismo? —se inclina y se lleva el pezón a la boca. Su lengua recorre mi piel llena de piedrecitas, y estoy tan desesperada por liberarme que podría llorar.

—Porque... —pierdo el hilo de mis pensamientos cuando me pasa la lengua por encima, al mismo ritmo que sus dedos—. Por esto. Nunca había sido así. Con nadie.

—Podría acabar solo escuchando los sonidos que haces cuando te toco —gruñe Kirill.

Giro las caderas hacia su mano, buscando más contacto. Entonces, vuelvo a meterle la mano en los pantalones y agarro la barra de acero de su polla. Inmediatamente, la empuja contra mi palma, provocándome una revelación.

—Por eso no has dejado de tocarme —lo acaricio mientras me deslizo por sus dedos—. Por eso vas a dejar que me corra aunque nunca diga lo que quieres que diga.

—¿Por qué? —pregunta.

Me inclino hacia atrás, observando su cara mientras pronuncio las siguientes palabras. —Porque te estás enamorando de mí.

Sus ojos verdes se abren y se clavan en los míos. La electricidad que pasa entre nosotros es letal. No sé cómo seguimos vivos.

Ya que estamos, podríamos aprovecharlo al máximo.

Kirill me arranca las bragas de un tirón y yo le bajo los pantalones por los muslos. Los dos nos movemos frenéticamente, desgarrándonos para acercarnos. Pero, en cuanto se desliza dentro de mí, nuestros movimientos se ralentizan.

Me agarra por la cintura y me aprieta contra él mientras sus caderas me empujan más profundamente. Suspiro y Kirill se estira para besarme el cuello.

—¿Vas a dejar que me corra? —pregunto.

Ahora que estoy tan cerca, me preocupa que me lo arrebate en el último momento. Lo necesito. *Lo necesito a él.* Puedo admitir eso, al menos.

Desliza un dedo entre mis pechos. Aprieto el vientre cuando lo desliza hacia abajo y se me pone la carne de gallina.

Entonces, de repente, Kirill se sale de mí.

Abro la boca para quejarme, pero me baja del mostrador y me hace girar demasiado rápido. —Dejaré que te corras —susurra, ya apretándome por detrás—. Pero solo porque sé lo tortuoso que es esto para ti.

Arqueo la espalda, apretándome más contra él. —Oh, todo esto es para torturarme, ¿verdad? Lo siento, pero no me lo creo.

Se desliza fuera de mí y luego entra, acariciando partes de mí que rara vez reciben atención. —Es una tortura para ti tener que admitir que necesitas esto. Tal vez podrías tener una fila de hombres en tu puerta, pero no los quieres. Me quieres a mí.

—Quiero correrme. No me importa quién lo haga posible. De hecho, llama a Sasha. Él puede terminar el trabajo y tú puedes quedarte a observar.

Gruñendo de repente como una fiera provocada, Kirill me pasa la mano por la base de la garganta. Trago saliva. El corazón me retumba en el pecho. Cada centímetro de mi cuerpo está en alerta máxima, mis terminaciones nerviosas electrificadas. Hay un momento en el que realmente me pregunto de cuánta violencia es capaz Kirill Zaitsev.

—No me mientas, Rayne. No te atrevas a mentirme, maldición —su voz es fría y plana, directamente opuesta a la forma en que me acaricia el culo con su mano libre, calmando mi piel acalorada—. ¿A quién quieres ahora?

Aprieto los labios, sellando su nombre en mi boca.

Se desliza casi hasta el fondo, provocándome con su punta. —¿A quién quieres, Rayne? Dímelo y te lo daré.

Los pequeños empujones son irrisoriamente insuficientes, pero cada uno de ellos me acerca más al borde de la desesperación. Me tiemblan los muslos. Podría separarme de él. Podría liberar el arco de mi espalda, apartar sus manos y acabar con esto.

O podría decir la verdad.

No toda la verdad, por supuesto. No tengo que revelar cada pedazo feo de mi alma destrozada. Solo una pequeña astilla. Es todo lo que necesito para conseguir lo que quiero.

Ahora mismo, con mis deseos tan tentadoramente cerca, me parece un trato justo.

Alargo la mano y la rodeo por la parte exterior de su muslo. Clavo las uñas en su carne y lo atraigo hacia mí. —Te deseo.

Su presión sobre mi garganta disminuye. —Buena chica.

Si tuviera algún control sobre mis poderes de expresión, le preguntaría a Kirill a quién quiere. Aunque ya sé la respuesta.

Ambos sabemos la verdad. Solo que somos demasiado tercos para decirlo.

Me enderezo, presionando firmemente las palmas de las manos contra el mostrador mientras Kirill me penetra una y otra vez por detrás. Cuando intenta apartar la mano de mi cuello, le

agarro la muñeca y lo retengo.

Me gruñe al oído—: ¿Alguien más sabe que eres así de mala, Rayne? ¿O soy el único?

Me aprieta, sacándome un grito ahogado —Solo tú. Siempre tú.

Los minutos siguientes son animales. Ya no se habla ni se bromea. No hay intentos de imponerse. Todo se pierde en una bruma de lujuria y deseo. Cuando mi cuerpo se aprieta alrededor de la dura longitud de Kirill, mi cabeza se echa hacia atrás en un grito, sé que daría cualquier cosa por experimentar esto.

He dado mi dignidad y mi libertad, mis horas de vigilia y mis horas de sueño. Y seguiré dando hasta que no me quede nada.

Tómalo todo, Kirill Zaitsev. Mientras te tenga a cambio.

Kirill cae un segundo después. Me rodea el torso con un brazo y me penetra cada vez con más fuerza. Siento el estremecimiento de su liberación.

—Maldición —me raspa el omóplato con los dientes y me alivia el dolor con un beso.

Hay un minuto de éxtasis. Sesenta segundos maravillosos de la sensación cálida y flotante que viene después de un sexo realmente increíble.

Vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro. —Todo el mundo va a saber lo que estábamos haciendo aquí.

Desliza la mano por mi cuello hasta agarrarme la mandíbula. Suavemente, echa mi cabeza hacia atrás y me besa en los labios. —Espero que lo sepan.

Sonrío. Casi podría decirle la verdad.

Creo que te amo.

Las palabras brotan dentro de mí. Podría ser imprudente. Puede que sea un error. Pero ¿por qué si no iba a volver? ¿Qué otra cosa puede explicar que nuestros cuerpos respondan el uno al otro de esta manera? Nunca he experimentado esto antes y puede que nunca lo vuelva a experimentar... a menos que le diga lo que siento.

Abro la boca para decirlo. Para soltarlo, sin importar las consecuencias. Antes de que pueda, un grito resuena en el gran salón.

Kirill se pone rígido y se vuelve hacia la puerta. —¿Qué dem...?

—Un cuerpo —grita una mujer—. ¡Encontraron un cuerpo en el agua!

El aliento me abandona de golpe, pero logro decir una palabra. —Ilya.

Kirill duda un segundo, sus ojos recorren mi cara. Luego sale corriendo de la cocina y desaparece.

38

RAYNE

Me visto lo más rápido que puedo y corro al gran salón.

Todos, invitados y personal, están alineados a lo largo de la pared de ventanas. Las luces del techo se atenúan para que puedan ver mejor la acción que se desarrolla en la arena.

Kirill no está en la sala, pero veo la cabeza medio afeitada de Natalia al final de la fila.

Corro hacia ella y la agarro del hombro. —¿Quién es?

—No lo sabemos. Sonya y Kirill fueron y nadie aquí lo reconoce.

Nadie *lo* reconoce.

Por favor, no.

Por favor, Dios, no.

Nunca he sido una persona que rece, pero caeré de rodillas y rogaré con mi propia vida que esto no suceda.

Cualquiera menos Ilya. Se merece algo mucho mejor.

—Uno de los guardias de servicio vio a alguien caminando por la playa. Supongo que cuando fueron a escoltarlos fuera de la propiedad, se dieron cuenta de que el hombre estaba luchando en el agua —Natalia señala el cristal, refiriéndose a la sección de playa más cercana al apartamento de Ilya—. Lo han devuelto a la orilla hace un minuto.

Sigo su dedo y veo un grupo de sombras en la playa. Hay algunos faros y linternas de teléfono. Apenas la luz suficiente para iluminar al hombre arrodillado en el suelo, haciendo enérgicas compresiones a un cuerpo en la arena.

Kirill. Él está bombeando con sus brazos a una persona que no puedo ver, claramente dando todo lo que tiene.

Solo hay una razón en el mundo para que sea él quien haga las compresiones torácicas. —Dios

mío —susurro con voz ronca.

Natalia se vuelve hacia mí. —¿Qué pasa, Rayne? ¿Sabes quién es?

No podría responder, aunque quisiera. Tengo un nudo en la garganta que me impide hablar.

En lugar de eso, giro sobre mis talones y corro hacia las puertas dobles.

—¡Se supone que tenemos que quedarnos aquí! —me dice otra camarera—. Nos dijeron que esperáramos.

Leonid también dice algo. Pero no me importa ninguno de ellos. Me importan Kirill e Ilya. Mis chicos.

—Los amo a los dos —digo con voz ronca, sin que nadie me escuche, mientras bajo las escaleras al patio trasero de dos en dos y de tres en tres.

¿Cómo pudo ser tan difícil admitirlo hace unos minutos? Ahora es tan obvio. Tan cegadoramente, estúpidamente obvio.

Corro por la playa y la gente que rodea a Kirill parte como si fuera una película. Como si hubiera alguien gritándoles indicaciones a través de un megáfono.

Despeja el camino para el angustiado interés amoroso. ¡Tres, dos, uno, corazón roto!

Entonces, se abre el telón de cuerpos y la escena que tengo delante es peor que cualquier película que haya visto nunca. Porque es dolorosa y asombrosamente real.

—No —jadeo, cayendo de rodillas—. No. Ilya, No.

Lo digo una y otra vez, como si tal vez Ilya pudiera escucharme. Como si de algún modo pudiera deshacer lo sucedido.

—No puedes estar aquí —me ladra un guardia. Intenta agarrarme del brazo, pero me lo quito de encima.

Sonya está de pie a unos metros, con una mano tapándole la boca. Tiene lágrimas en los ojos. Si me hubieras preguntado al principio de la noche, te habría dicho que Sonya no podía llorar. Ojalá aún lo creyera.

Me tropiezo con ella. —Ilya me preguntó si podía ir a nadar. Quería meterse en el agua, pero le dije que no.

—¿De qué estás hablando? —suelta, consiguiendo parecer enfadada aunque esté llorando—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ilya quería nadar, pero le dije que no podíamos —repito—. Cuando le llevé la cena, lo convencí para que se quedara dentro. Estuvo de acuerdo. Me dijo que no saldría al agua. Su puerta estaba cerrada. Pensé que estaba a salvo. Le dije que no saliera.

Sonya me mira durante unos segundos, mientras mis palabras calan. Luego, vuelve a mirar hacia el agua. —No hizo caso.

Aparece un guardia que escolta a un médico en una especie de carrito. El médico es mayor, con el pelo blanco y la piel pastosa, pero salta del asiento y corre por la arena como un hombre veinte años más joven.

—Sigue haciendo compresiones —le dice a Kirill—. Voy a preparar el desfibrilador.

Saca un maletín negro y empieza a secar el cuerpo de Ilya. Le coloca paletas en el bajo vientre y una sobre el corazón.

Es la primera vez que me permito ver a Ilya.

Reconocer que este cuerpo en la arena es el mismo hombre que conozco.

Reconocer que no se mueve ni respira.

Que sus largas extremidades están chuecas en la arena, sin vida y flácidas.

—Creo que voy a vomitar —murmuro, apartándome de la escena.

Cuando miro hacia arriba, veo las siluetas de todos los que están arriba. Por un momento egoísta, pienso en lo bonito que sería estar arriba con ellos. Si hubiera venido a trabajar para Kirill y hubiera seguido siendo profesional, podría estar allí arriba. Nunca me habría acercado a él, no tendría ni idea de quién es Ilya, y podría estar dentro, donde hace calor, felizmente inconsciente de la carnicería que tengo delante.

En cambio, estoy aquí.

Peor aún, yo podría ser la responsable.

—¡Despejen! —grita el doctor.

Me doy la vuelta para mirar. Ilya está tumbado solo en la arena, sin que nadie lo toque.

—Hazlo, maldición —gruñe Kirill—. Dale una descarga.

El médico niega con la cabeza. —No puedo. La máquina no registra el pulso. No puedo darle una descarga sin alguna actividad eléctrica en el...

Kirill empuja al médico y continúa con las compresiones. Respira con dificultad y tiene la camisa pegada al pecho por el sudor, pero está enloquecido de dolor.

Luego de otros insoportables sesenta segundos, el médico comprueba si hay signos de ritmo. —Nada —dice, bajando la cabeza al dar la noticia—. Me temo que... se ha ido, Kirill.

Kirill lo ignora y vuelve a hacer compresiones. Parece que pasan horas, aunque solo deben de ser uno o dos minutos. Solo oigo el ruido de las olas y los gruñidos de dolor de Kirill.

El médico comprueba el pulso por tercera vez, pero todo el mundo puede ver que no es más que una cortesía. Una amabilidad, si es que puede llamarse así, para apaciguar a Kirill.

—Nada —dice—. Lo siento mucho.

Kirill se deja caer en cuclillas y mira a su hermano.

El dolor, el amor y la pena surgen en mí, más palpables que nada que haya sentido jamás. Daría cualquier cosa por cambiar de lugar con Ilya. Por quitarle el dolor a Kirill.

Todos los demás mantienen las distancias. Nadie parece saber qué hacer. Lentamente, me abro paso entre la multitud y me dejo caer en la arena junto a Kirill.

Ilya está aún más pálido a la luz de la luna. Podría estar hecho de piedra, tallado en mármol pálido y conmemorado en algún museo para siempre.

Un sollozo se me atrapa en la garganta, pero lo aclaro. —Kirill, lo... lo siento mucho —Kirill respira hondo, pero no responde.

—Sonya —dice German desde detrás de nosotros—. Dile a los invitados y empleados que se vayan. Despeja todo el mundo.

Los guardias se dispersan y, segundo a segundo, la realidad se va imponiendo.

Esto está sucediendo. Ilya se ha ido.

De repente, Kirill se levanta y coge a su hermano. Lo pone de lado y un poco de agua sale de la boca de Ilya.

—Espera. ¿Qué estás haciendo? —pregunto—. Tal vez deberías dejarlo...

—Necesito llevarlo adentro. Está helando aquí fuera. No voy a dejar a mi hermano en el maldito frío olvidado por Dios.

Quiero decirle que Ilya ya no siente el frío, pero Kirill ya está cargando a su hermano en brazos, levantándose y dirigiéndose a la casa.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta German.

Kirill sacude la cabeza y German se echa hacia atrás. Sabe que debe dejarle espacio. Yo, al parecer, aún no he aprendido esa lección.

—¿A dónde vas a llevarlo? —pregunto, trotando mientras Kirill marcha resueltamente hacia el resplandor brillante de la mansión—. Tal vez deberíamos llamar a un médico.

—Llamé a un médico.

—Una ambulancia, quiero decir. Podríamos llevarlo a un hospital y...

—¿Y qué? —dice Kirill—. ¿Qué harían que yo no haya hecho ya? —No hay nada del fuego habitual en su voz. Es ronca y quebrada y aún más devastadora por ello.

No tengo respuesta para eso. O, en realidad, la tengo. Pero desearía no tenerla.

Nada. No hay nada que nadie pueda hacer.

Ilya está muerto.

Lo sigo sin decir palabra por la puerta de atrás. Somos una triste procesión. Los brazos y las piernas de Ilya se hunden contra el cuerpo de Kirill. La arena cae de su cuerpo en un camino por

el suelo.

Mi mente va de pregunta en pregunta sin sentido. ¿De quién será la tarea de limpiar?

Alguien tendrá que subir y recoger las cosas de Ilya. O quizá venda la casa y todo lo que hay en ella. La única razón por la que compró este lugar fue para que Ilya escapara del ruido de la ciudad. Sin Ilya, ¿este lugar significa algo para él? ¿Significo algo yo? No me necesitará en Nueva York si Ilya no está allí...

No seas egoísta, zorra.

No es mi intención, pero, si me permito pensar en Ilya, en lo mal que está Kirill, me volveré loca. No puedo. Tengo que mantener la calma, y si ser egoísta es la única opción que tengo, entonces está bien, la tomaré. Porque estoy peligrosamente cerca de desgarrarme por las costuras.

Kirill coloca a Ilya en el suelo de baldosas. Su aspecto es aún peor bajo la luz artificial.

Casi gris. Quiero taparlo, aunque más por el bien de Kirill que por el mío propio. Nadie debería ver así a su familia.

Lo sé a ciencia cierta. Vi a mi madre marchitarse hasta las cenizas en esa maldita cama de hospital.

—Una manta —mi voz sale como una ronca inútil, así que me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo—. Puedo conseguir una manta. Para que descanse.

—¿Así estará más cómodo? —pregunta Kirill con amargura.

Hay un borde extraño en su voz. Quizá pena. El graznido del desamor. Doy un paso adelante y le pongo una mano en el omóplato. —Sí. Traeré su favorita de arriba y...

Kirill se da la vuelta y se eleva sobre mí. —Ya no puede sentir nada, Rayne. ¿Lo entiendes? ¿O de verdad eres tan estúpida?

Sus ojos son negro puro. Nunca he visto nada igual.

—L-lo entiendo —tartamudeo—. Lo sé. Solo... quiero ayudar.

—Has ayudado mucho.

¿Qué significa eso? Quiero preguntar, pero no puedo preguntarle nada a Kirill ahora mismo. No después de lo que ha presenciado esta noche, lo que está sintiendo ahora mismo. Mis preguntas no son importantes frente a este tipo de tragedia.

—¿Silencio de repente? —Kirill chasquea—. Precisamente ahora, ¿no tienes nada que decir? Siempre tienes la última palabra. Todos estamos esperando. La palabra es tuya.

Sacudo la cabeza. —Quiero ayudarte, Kirill. Lo que necesites. Todo lo que quiero es ayudarte.

Me señala con el dedo. —Por *eso* estamos aquí ahora. Porque querías ayudar. Porque le hiciste creer a Ilya que podía hacer lo que quisiera. Que ya no me necesitaba.

—Eso no es lo que estaba haciendo. Nunca quise...

—¿Lo querías fuera de casa? —dice, con el labio superior hacia atrás en una mueca—. Parece que se cumplió tu deseo. Ilya salió de la puta casa, Rayne. Míralo ahora. Libre como un puto pájaro.

Lanza un brazo en dirección a Ilya, pero no puedo mirar. No quiero. Me niego a recordarlo así. Me niego a aceptar que esto sea culpa mía.

Se me obstruye la garganta por la emoción y las lágrimas me queman el fondo de los ojos, pero me lo trago todo. Aquí nadie va a sentir compasión por mí. No es eso lo que quiero. Quiero ayudar. De verdad.

Así que, si culparme hace que Kirill se sienta mejor, aunque sea por unos minutos, que así sea. Puedo llevar esa carga.

—¡Di algo! —ruge Kirill.

Antes de que pueda encontrar las palabras, se da la vuelta y hace caer una lámpara de la mesa. Se hace añicos en el suelo y los fragmentos se esparcen por todas partes.

Kirill mira el desorden durante un segundo antes de coger la mesa en la que había estado la lámpara y lanzarla contra la pared. La pared se resquebraja como un trueno. El polvo se esparce por el aire.

—Kirill —suplico, retrocediendo de la carnicería—, no hagas esto. Por favor.

Miro a mi alrededor en busca de German o Sonya, pero estamos solos.

Cuando conocí a Ilya, tenía una rabieta como esta. La diferencia es que, bajo el arrebato de Ilya, vi confusión.

Lo único que veo en Kirill es dolor.

Rabia. Pena. Dolor crudo y punzante.

Se vuelve hacia mí, con el pecho agitado. Un hilo de sangre corre por el dorso de su mano, pero no parece darse cuenta. —¿Qué pasa, Rayne? ¿No tienes algún truco mental que me ayude a calmarme? Cuéntame tu plan para mejorar todo esto. *Tap tap tap* ¿no?

Pestañeo para contener las lágrimas, pero es imposible. Ruedan por mis mejillas.

—¿Lloras porque me tienes miedo? —pregunta—. ¿O es culpa?

La palabra me golpea en el estómago. Jadeo por su fuerza. *Culpa*. Tiene razón. Todo esto es culpa mía.

—Lo siento —sollozo. La emoción me embarga. Mis lágrimas son un grifo que no puedo cerrar —. Lo siento mucho.

La cara de Kirill es despiadada. —Solo vete.

Lo miro. —Kirill, por favor. Quiero ayudar. Déjame... Me quedaré y ayudaré. Por favor.

—¡Vete! —ruge. Su voz resuena en el frío suelo de baldosas.

En el fondo de mi mente, tengo un pensamiento estúpido: *Está haciendo mucho ruido; despertará a Ilya*. Pero ya no hay forma de despertar a Ilya. Nunca más.

Es el clavo en el ataúd de mi aceptación. Los sollozos me ahogan, y salgo corriendo de la habitación antes de perder la capacidad de mantenerme en pie.

Cuando abro de un empujón la puerta principal y empiezo a correr hacia la parada del autobús, otro mueble se estrella en el pasillo y se convierte en un montón de madera astillada y cristales rotos.

Quemará toda la casa si nadie lo detiene. Dado lo que pasó aquí esta noche, no estoy segura de que sea la peor idea.

Tal vez me arroje a las llamas.

39

KIRILL

German me deja destruir la mitad del salón antes de entrar por la puerta. —Tenemos que pensar en los próximos pasos, Kirill.

Me corre sangre por las manos debido a los cristales rotos. Estoy casi seguro de que tengo astillas bajo las uñas y clavadas en las palmas. Aunque en realidad no lo sé. No siento nada.

Antes no me había fijado en un pisapapeles de cristal que había en la mesita. No sé de dónde ha salido, quién lo ha traído, pero me cabe perfectamente en la palma de la mano. Cuando lo arrojo contra la pared más cercana, se rompe en tres pedazos y cae al suelo.

—Ilya debe de haber dado en el clavo con el papel pintado —reflexiona German, distante—. ¿Está ayudando toda esta destrucción?

Su nombre resuena en mí como un disparo. Siento su implacable tajo directo en mi pecho.

Por el rabillo del ojo, veo los pies de mi hermano asomando por detrás del sofá. Está descalzo. Tal vez salió de su habitación así, caminando hasta la orilla sin zapatos. Quizá la corriente se llevó sus zapatos.

Nunca lo sabré.

Porque yo no estaba allí.

Aprieto los ojos y me doy vuelta. Destruir la casa es más fácil que frenar, que afrontar lo que ha pasado y lo que tiene que venir después.

Es más fácil que afrontar lo que he hecho. —Debería haber estado con él —susurro.

—Esto no es culpa tuya, Kirill. Quién iba a imaginar que decidiría salir de su apartamento por primera vez y...

—Esta noche no. Quiero decir... también debería haber estado allí esta noche. Pero cuando era niño. Cuando nuestro padre... —aprieto los dientes, me invade la rabia. Me abruma cada terminación nerviosa, y empiezo a pensar que destruir toda la casa podría ser una gran idea,

después de todo.

—¿Su accidente? —German probablemente ha captado lo esencial de lo que pasó ese día. He dejado caer pequeñas pistas aquí o allá. Pequeñas partes de la verdad se han escapado.

Pero nunca he hablado de ello. No en su totalidad. Ni siquiera con él.

—A papá lo cabreaba que pasara tanto tiempo con Daria. Ella no formaba parte de nuestro mundo, y él no creía que fuera a durar. Con dieciocho años, estaba seguro de que lo sabía todo. Estaba seguro de que se equivocaba, de que Daria era el amor de mi vida —me río entre dientes por la inocencia del término—. Como no le hacía caso, padre intentó demostrar que podía sustituirme. Empezó a cargar mis obligaciones sobre Ilya. El hecho de que Ilya tuviera doce años no le importaba. *Ve a buscar el dinero con los traficantes*, decía. *No lo arruines*, decía.

German sacude la cabeza. —Maldición. Incluso para mis estándares, pedirle a un niño de doce años que haga eso es jodido.

Sin embargo, estoy perdido en mis recuerdos. La presencia de German aquí apenas se registra. —Probablemente, Ilya era autista. Nunca lo llevamos al médico, así que es difícil saberlo. Pero relacionarse con otras personas era difícil para él. Arrojarlo a una situación estresante como esa habría sido un desastre. Así que le prometí que yo lo haría.

Lo recogeré todo de camino a casa de Daria, le dije a Ilya antes de irme. *Mantente alejado de papá hasta entonces. Ahora vuelvo.*

Aún puedo sentir cómo Ilya me rodeaba con sus brazos. El tacto de su suave pelo al acariciarle la cabeza.

Gracias, Kirill. Te quiero.

Fue la última interacción normal que tuvimos.

—Daria me invitó a su casa porque sus padres estaban fuera de la ciudad. Una cosa llevó a la otra...

Mi mente vuelve a hace una hora. Con Rayne en mis brazos. Enterrado en su interior, ajeno a todo lo demás.

Así me sentía entonces con Daria. Tenía dieciocho años y estaba totalmente centrado en ella. Todo lo demás desaparecía.

—Me olvidé de recoger el dinero —admito—. Cuando volví a casa, papá se había desquitado con Ilya.

German maldice en voz baja, pero no hace ningún movimiento para detenerme. Creo que sabe que necesito quitármelo de la cabeza. Los recuerdos son lo bastante tangibles como para alcanzarlos y tocarlos.

—La casa estaba destrozada. El sofá estaba volcado, los platos de la cocina destrozados y había sangre por todas partes. Cuando encontré a Ilya, pensé que estaba muerto —la imagen de mi hermano tendido en el suelo en un charco de su propia sangre ha sido lo más inquietante que he

visto en mi vida... hasta esta noche—. Lo cargué hasta el coche y lo llevé al hospital. Me senté con él en la UCI durante semanas. Mi padre no lo visitó ni una vez.

—Mierda. Sabía que las cosas estaban mal. Quiero decir, Ilya estaba... bueno, no en buena forma. Pero no tenía ni idea de que fuera así —German sacude la cabeza—. Sabes que no fue culpa tuya, ¿verdad?

Miro fijamente a German, dándole vueltas a las palabras en mi cabeza. —Por aquel entonces, todo parecía culpa mía. Si hubiera salido a tiempo de casa de Daria y me hubiera acordado de recoger el dinero, todo habría ido bien. Me dejé distraer. Dejé que una mujer me distrajera. Después, juré que no volvería a hacerlo.

—Pero eso no fue culpa tuya —insiste Germán.

—Puede que no. Pero esto —vuelvo a mirar los pies descalzos de mi hermano. Son blancos y poco a poco se vuelven azules en los dedos—. Esto sí lo es.

—No —responde Germán—. Esto tampoco es culpa tuya.

—Entonces, ¿de quién es? —me giro hacia él, con los ojos muy abiertos. La pregunta suena retórica, pero me encantaría tener una respuesta. Cualquier cosa que me quite este peso insoportable de encima—. Me hice cargo del cuidado de Ilya. Lo traje a esta playa olvidada de Dios. Envié a Rayne a su puerta.

Oí a Rayne en cuanto apareció en la playa esta noche. La voz entrecortada cuando dijo que Ilya le había pedido que lo llevara a la playa.

Lo convencí para que se quedara dentro. Estuvo de acuerdo. Me dijo que no saldría al agua. Su puerta estaba cerrada. Pensé que estaba a salvo. Le dije que no saliera.

Tan optimista. Tan confiada en su conexión con él que pensó que todo iba bien.

Estaba tan obsesionado con ella que, si me hubiera contado esa interacción, habría confiado en ella.

Incluso sabiendo lo que hizo, habría acabado con ella en aquella cocina. Nada habría cambiado.

Aprieto la mandíbula. —Mientras Ilya se ahogaba, yo me follaba a Rayne en mitad de una cena Bratva. ¿De quién más podría ser la maldita culpa de todo esto, Germán?

Me mira, sus ojos imposiblemente tristes. Pero no dice ni una palabra. Eso ya lo dice todo.

Esta culpa es mucho peor que cuando era niño. Porque ahora sé sin lugar a duda que el único culpable de esta situación soy yo. No Rayne, aunque intente culparla.

Yo. Solo yo.

Lo que significa que soy yo quien tiene que recoger los pedazos.

—Sacamos a Ilya y lo enterramos en la arena detrás de la casa —digo rotundamente—. Es lo que él querría. Estar cerca del océano.

German desconfía. —Eso es manipular un cuerpo, Kirill. Si alguien se entera de que lo enterraste ahí atrás, te podrían...

—Nada que alguien pueda hacerme es peor que esto. Me da igual. O me ayudas o te callas la puta boca.

German cierra la boca. Al cabo de un segundo, asiente.

Trabajamos en silencio, envolviendo a Ilya en su manta favorita de su habitación. La misma manta que Rayne se ofreció a conseguirle. Luego lo llevamos a la playa.

German y yo nos turnamos para cavar, trabajando hasta que se nos entumecen las manos por el frío húmedo antes de cambiar. Cuando el agujero es lo bastante profundo, el cielo está infinitamente oscuro. Es como mirar a la eternidad, el negro se traga el mundo y no deja ni las migajas.

No está tan lejos de lo que se siente al bajar al suelo el cuerpo envuelto en una manta de mi hermano. La tierra lo consume. No deja nada para los vivos.

—¿Hay algo que quieras decir? —pregunta German cuando ambos estamos sudando bajo la oscuridad del amanecer sin luna—. ¿Quieres que diga algo?

La vida de Ilya parpadea ante mis ojos. Igual que estoy seguro de que parpadeó ante los suyos cuando el agua oscura lo sumergió.

Lo veo en cada edad, en cada etapa. Un bebé, un niño, un hombre. Veo su enorme sonrisa cuando entro en la habitación. Siento sus abrazos aplastahuesos mientras su cuerpo maduraba, aunque su mente no lo hiciera.

Mezclados contra mi voluntad, veo destellos de Rayne. La forma en que le cuidaba con ternura a pesar de que apenas lo conocía. La forma en que él la adoraba más que a nadie que hubiera conocido.

Veo sus enormes manos, imitando la señal de su nombre. Rayne. *Como la lluvia. Océano en sus ojos.*

Al final, hablo en nombre de los dos. En el mío y en el de Rayne. Porque sé exactamente lo que ella querría decir.

—Lo sentimos, Ilya.

Me agacho para dar tres golpecitos al cadáver amortajado. *Tap. Tap*. *Tap.*

Entonces, me enderezo y echo la primera pala de tierra. German hace lo mismo y empezamos a llenar el agujero. Pala a pala, mi hermano desaparece.

Cuando terminamos, Germán se echa hacia atrás, con las manos en las caderas. —Nadie lo encontrará aquí. Está escondido cerca de la casa y es propiedad privada. Estoy seguro de que estará bien. Incluso si vendes...

—No venderé nada.

—Claro —dice—. No de inmediato. Pero incluso en el futuro...

—Me quedo con la casa de la playa —digo—. A Ilya le encantaba estar aquí. Me la quedo.

Alza las manos en señal de rendición. —Lo que quieras, Kirill. Estoy contigo. Lo sabes.

Creo en German. Le creo. Siempre ha sido un amigo leal conmigo. Pero a partir de ahora, vaya donde vaya, haga lo que haga, dependeré de mí mismo.

Mientras entierro a mi hermano, entierro a mi viejo yo. Es apropiado entonces, que mi propia vida pasa ante mis ojos.

Mi hermano.

Mi padre.

Mi mujer.

Los veo todos.

Y uno por uno, los dejo ir.

40

RAYNE

TRES SEMANAS DESPUÉS

La casa de invitados es un desastre, incluso para mis estándares. Por lo visto, ser criada no te convierte en una persona más ordenada.

Envases de comida china para llevar, botellas de agua aplastadas y puñados de pañuelos de papel manchados de lágrimas y mocos ensucian todas las superficies posibles. El mismo pijama que me pongo por la noche y que cambio por pantalones de chándal por la mañana está en el suelo, junto a la cama. Y la cama... bueno, casi me da vergüenza evaluarla. Las mantas son un nido infestado de migas en el centro del colchón. Me he hecho un ovillo por la noche y me he escondido bajo las mantas. Como si pudiera condensarme en una bola lo bastante pequeña como para que el universo se olvidara de que existo.

Desplazo mi teléfono por la habitación, mostrando a Harmony cada ángulo insoportable. A través de la videollamada, silba. —Mierda, chica. Ese lugar se ve asqueroso.

—*Soy* asquerosa —añado—. O lo era. De hecho, hoy me he duchado.

Por primera vez en demasiados días, me avergüenza admitirlo. Pero cuando empiezas a tener arcadas con tu propio olor, hay un problema. Aunque las circunstancias atenuantes también juegan un papel. Desde esa noche... bueno, mi apetito ha sido inexistente. Soy más propensa a vomitar la comida que a mantenerla en el estómago.

—Corazón roto —pronunció Lana cuando entró en mi habitación y me pilló con la cabeza en el retrete—. Le hace cosas raras al cuerpo.

Me pareció un eufemismo enorme.

—Siento mucho todo esto, cariño —murmura Harmony—. No deberías haber tenido que lidiar con todo eso sola. Debería haber estado allí.

—No puedes subirte a un vuelo internacional cada vez que estoy pasando por algo.

—Pero esto fue algo grande —argumenta—. Tu madre murió hace un año, y ahora, el hermano de tu jefe... Eso lo hace parecer trivial, pero ya me entiendes.

Sí la entiendo. Durante las dos primeras semanas. Lana y Alexis solo pudieron enterarse de algunos fragmentos de lo sucedido cuando me las arreglé para balbucear explicaciones a medias de mis recuerdos entrecortados. Lo único que sabían con certeza es que yo no estaba bien. Ni mucho menos.

Cuando dejé de atender las llamadas de Harmony, ella buscó el número de Lana en Internet y empezó a mandarle mensajes a diario para que la pusiera al día. Hasta hace una semana, no encontré fuerzas para explicárselo todo con detalle.

—Fue horrible —digo, tragándome la emoción que está a segundos de desbordarse—. La peor noche de toda mi vida.

Harmony asiente. —Solo puedo imaginarlo. Antes de que pudieras contarnos exactamente lo que pasaba, pensábamos que era una reacción retardada a la verdad sobre tu madre.

Me río entre dientes. —Ni siquiera he tenido tiempo de pensar en eso. Durante cinco segundos, que mi madre tuviera una aventura y rompiera su matrimonio con mi padre fue importante. Ahora, no he pensado en ello ni una sola vez en semanas. Es increíble lo rápido que cambia la vida.

—Fuiste testigo de algo verdaderamente horrible. Tiene sentido que todo lo demás pasara a un segundo plano. No merecías ver eso, Rayne.

—Y él no se lo merecía —susurro.

No está claro si me refiero a Ilya o a Kirill, pero creo que la respuesta es a ambos. Ninguno de los dos se merecía esto.

Ninguno de nosotros lo merecía.

—Por supuesto que no —dice Harmony—. ¿Has hablado con él? ¿Con tu jefe, quiero decir? ¿Kirill?

Es la primera vez que oigo su nombre en tanto tiempo. Es casi chocante. Por un segundo, siento que Harmony podría haberlo invocado como un Beetlejuice diabólicamente guapo.

Lo echo de menos con una ferocidad que cala los huesos. Todo lo que he querido durante semanas es verlo, hablar con él, pero no tenía ni idea de cómo le diría lo que necesito decirle.

Hasta hoy.

—Voy a hacerlo —le digo—. Se va a Nueva York mañana, así que necesito verlo antes de que se vaya.

—¿De verdad vas a salir de casa? —Harmony jadea.

Ignoro su sorpresa y asiento. —Sí. De hecho, salgo en unos minutos.

Pensar en ello hace que mi corazón se acelere. Me culpó por la muerte de Ilya. Con razón, en algunos aspectos. Podría odiarme y volver a echarme por la puerta, pero es un riesgo que debo correr.

Ya he perdido mucho en esta maldita vida mía. No puedo permitirme perderlo a él también.

—De acuerdo, entonces —dice Harmony rápidamente—. Entonces dejaré que hagas tus cosas. De todas formas, estoy ocupadísima. Hablamos más tarde, ¿de acuerdo?

—Oh. De acuerdo. Sí. Adiós.

Harmony cuelga rápidamente sin despedirse siquiera. Estoy tan distraída arreglándome por primera vez en tres semanas que no pienso en ello hasta que llaman a mi puerta.

—¿Rayne? —llama Lana a través de la puerta—. Soy yo.

—¡Nosotras! —Alexis corrige—. Las dos estamos aquí. Abre la puerta.

Abro la puerta de un tirón y mis hermanas prácticamente la atraviesan dando tumbos. —¿A dónde vas? —pregunta Lana nada más entrar—. ¿Te vas?

Alexis da una patada a mi pila de pijamas viejos y arruga la nariz. —Está claro que piensas volver. Has dejado todas tus cosas aquí.

Mis hermanas han estado haciendo la "guardia de Rayne" por turnos. Una de ellas viene por la mañana y otra por la noche para asegurarse de que técnicamente sobrevivo. El hecho de que las dos estén aquí significa que algo pasa.

Me quejo. —Harmony te llamó.

—Me envió mensajes de texto, en realidad —dice Lana.

—Está preocupada por ti, Raynie. Todas lo estamos —Alexis me agarra de los hombros y me mantiene a distancia—. No estamos seguras de que hablar con Kyle sea una buena idea.

—Kirill —corrijo. Me he empeñado en decirle el nombre de Kirill varias veces y, cada vez, Alexis se equivoca.

—Lo que sea. Te rompió el corazón. No necesito saber su nombre.

—Porque su hermano murió. Él también ha estado sufriendo. No puedes culparlo.

Alexis respira hondo. —Me siento mal por él. Lo siento. Pero él no es asunto mío. Lo eres tú. Nunca en mi vida te había visto tan deprimida como en las últimas tres semanas. Has perdido peso, apenas has salido de casa y has estado casi catatónica durante dos semanas. Casi llamamos a un psiquiatra para que viniera a verte.

Miro a Lana en busca de confirmación y ella se encoge de hombros. —Teníamos miedo.

—Este hombre se acostó contigo mientras eras su empleada y luego te culpó por la muerte de su hermano —Alexis sacude la cabeza—. A mí me parece inestable. Creo que deberías cortar todos los lazos con él. Ninguna relación, cero contacto. Déjalo en seco. Pronto olvidarás que existió.

Me muerdo el labio inferior. —Realmente no creo que eso sea posible, Alexis.

—Sé que ahora mismo parece la persona más importante del mundo para ti, pero eso se

desvanecerá —dice Lana—. Dale tiempo y seguirás adelante.

Las últimas tres semanas sin Kirill ya han sido bastante duras. Pensar en toda una vida así, con días, semanas y meses interminables sin verle, es demasiado doloroso.

Además, aquí está en juego algo más que mis sentimientos.

—Esto no es solo yo estando enferma de amor, ¿de acuerdo? Necesito hablar con él. Tenemos... cabos sueltos que atar.

—Por favor, no te preocupes por el dinero ahora —salta Lana—. No me debes ni un céntimo. Puedo hablar con Mitchell y conseguirte un trabajo con uno de sus amigos. La gente siempre está buscando secretarias.

Alexis arruga la nariz y se inclina para "susurrar" a Lana, aunque no estoy segura de que su voz sea capaz de bajar tanto. —No puedes enviar a nuestra hermanita a ser la secretaria de los amigos pervertidos de Mitchell. Ya sabes cómo tratan a sus ayudantes. La estaríamos convirtiendo en una prostituta.

—¡Vale! —agito la mano entre ellas, interrumpiendo esta conversación no tan secreta—. Ya está bien. Puedo cuidar de mí misma, ¿de acuerdo?

Ambas se vuelven hacia mí, con las cejas levantadas.

Les devuelvo la mirada. —Me parece justo. Las últimas semanas han sido... poco estables. Pero serán mejores. Me estoy sintiendo mejor. Hablar con Kirill no cambiará nada. Créanme.

A pesar de lo que él pueda pensar, algunas cosas escapan incluso al control de Kirill.

Lana y Alexis hacen todo lo posible por detenerme. Me siguen hasta el coche. Mitchell me dio las llaves de su compacto cuando Lana estaba desesperada por convencerme de que saliera de casa, aunque estoy segura de que se arrepiente ahora que acepto su oferta.

—Entonces, llámalo —sugiere Alexis—. No hay nada que no puedas decirle por teléfono.

Sacudo la cabeza. —En persona es mejor. Volveré pronto.

—Iré contigo —suelta Lana.

Resoplo. —Kirill te odia y viceversa. Tu presencia no mejorará las cosas. Además, necesito hacer esto sola.

En cuanto cierro la puerta, pulso el botón de bloqueo para que ninguna de las dos intente lanzarse al interior del vehículo. Por suerte, no lo intentan. Eso sí, se paran en lo alto del camino de entrada y se despiden como si me dirigiera a la horca.

Puede que, en cierto modo, eso esté haciendo.

Pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.



CUANDO LLEGO, la verja al final del camino está abierta. No veo a ningún guardia, y el trozo de terreno para empleados que veo en la parte trasera de la casa parece vacío. Cuando salgo del coche y subo los escalones de la entrada, ya tengo el corazón en el estómago.

Algo va mal.

Esperaba que Kirill me recibiera en el porche nada más llegar. Él tiene una manera de saber todo lo que pasa en su propiedad en todo momento. Se alegre o no de verme, si pudiera, me recibiría en la puerta.

Sin embargo, cuando llamo a la puerta, es Sonya quien responde. Mis esperanzas vacilantes se ven alentadas por su cara familiar. Eso es algo, al menos.

—Hola —levanto la mano para saludar.

Sonya me mira fijamente. Su expresión es ilegible. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Oh. Cierto —me enderezo, tratando de ordenar mis pensamientos. Con todo el coraje que tuve que reunir para llegar a este porche, en realidad nunca planeé exactamente lo que diría—. Vengo a ver a Kiri… al Sr. Kirill. Emm, ¿al Jefe Zaitsev? —suspiro. —Kirill. ¿Está en casa?

Algo pasa por la cara de Sonya. Se parece alarmantemente a la lástima. —No está.

—¿Se ha ido solo por la tarde o...?

Sonya frunce los labios y la veo considerar sus opciones. Al final, sale al porche y baja la voz. —El Sr. Zaitsev se marchó la mañana siguiente a la muerte de Ilya. No ha vuelto desde entonces. No espero que vuelva.

Mis esperanzas se estrellan contra el suelo a mis pies. Intento hablar, pero mi voz es gruesa. —¿Quieres decir... que se ha ido?

—Lo siento —es todo lo que Sonya dice antes de volver a entrar. Al instante, sé que la pizca de humanidad que acababa de mostrarme ha desaparecido. Ahora, ella es solo la cuidadora de la casa de nuevo. Una empleada. Volvemos a lo de siempre.

Me muevo inquieta con el collar de mi madre colgado del cuello. —¿Hay algún número al que pueda llamarle?

—Lo siento, no —Sonya me hace un último gesto con la cabeza y cierra la puerta.

Me quedo mirando la puerta cerrada durante demasiado tiempo, tratando de entender lo que ha pasado.

Finalmente, cuando está claro que nadie va a abrir la puerta y anunciar que se trata de una broma cruel, bajo las escaleras a trompicones y rodeo la mansión en dirección a la playa.

No he estado cerca del agua desde la noche en que murió Ilya. Una parte de mí temía que ahora odiaría verla. Todo el amor que mi madre sentía por el océano, todos mis buenos recuerdos, se esfumaron en un trágico segundo.

Sin embargo, al quitarme los zapatos y meter los pies en la arena, el océano me llama como

siempre.

El rugido de las olas. El calor de la arena contra mis pies. El aire fresco del mar, como un beso en la mejilla.

Camino hasta el centro de la playa y me tumbo. La marea sube cada vez más. En poco tiempo, el agua fresca me hace cosquillas en los dedos de los pies.

—Hola, océano —le digo suavemente, hablándole al oleaje como a un amigo—. Creo que esta vez estamos los dos solos. No viene Kirill a sorprendernos. Bueno, en realidad, no solo a nosotros dos...

Sé que no está aquí, pero de todos modos miro hacia la casa. Han bajado las persianas de las ventanas que sé que pertenecían a Ilya. El resto de las ventanas están a oscuras.

Realmente se ha ido.

Excepto que, en realidad, no lo ha hecho. No completamente. Siempre tendré un poco de él conmigo.

Me llevo una mano al estómago. Una lágrima rueda por mi mejilla mientras acaricio a nuestro bebé. —Somos tres, en realidad. Hola, pequeño. Soy tu mamá.

~

Continuará

La historia de Kirill y Rayne continúa en el Libro 2 del dúo de la Bratva Zaitsev, MISERICORDIA RUBÍ.

¡Haz clic aquí para seguir leyendo!